Mujeres Apasionadas

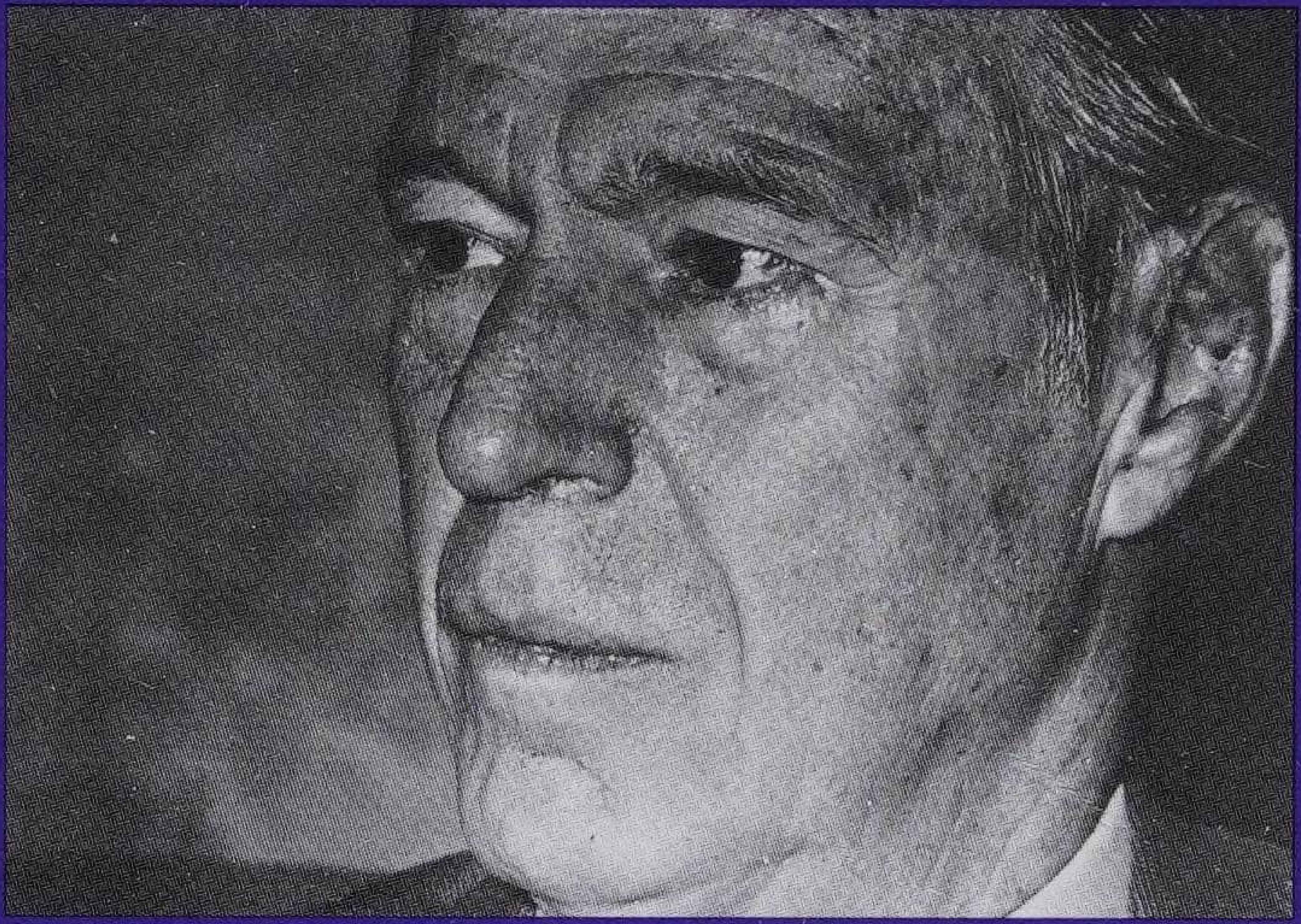
MATA-HARI

Fernando Díaz-Plaja

Una mujer muy amada
que acabó una vida pletórica
de emociones mirando serenamente
al pelotón que iba a fusilarla.

Planeta

Fernando Díaz-Plaja, nacido en Barcelona en 1918, ha dedicado su vida a enseñar y a escribir. Doctor en Historia por la



Universidad de Madrid, ha sido profesor en diversas universidades extranjeras (Estados Unidos, Alemania, Italia, Brasil, Austria) y tiene publicados en España y fuera de ella cerca de noventa libros, aparte de centenares de artículos. Sus temas favoritos son los referentes a las costumbres de los españoles de ayer y de hoy, colecciones de documentos de nuestro pasado y ensayos literarios. Su afición viajera (tres vueltas al mundo en barco) se refleja en las obras, en que describe los paisajes de los cien países visitados. Entre sus obras figuran *Teresa Cabarrús, Guzmán «el Malo», El español y los siete pecados capitales, Marchena, vida, tiempo y obra, A la sombra de la guillotina, Las Españas de Goya, Catalina la Grande, emperatriz de todas las Rusias, Francia 1789-España 1936, dos revoluciones y un paralelo, Ilustres presos españoles, Fernando VII. El más querido y el más odiado de los reyes españoles, Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses, María Walewska. El gran amor de Napoleón* y *Madame du Barry. Del lecho de un rey a la tabla de la guillotina,* las tres últimas publicadas en esta misma colección.

Mujeres Apasionadas

Las grandes historias de amor suelen tener como protagonistas a mujeres apasionadas, que hicieron de su vida lo que la posteridad ve a modo de verdaderas novelas, pero que fueron dramas reales y muy intensos que compiten ventajosamente con las ficciones más famosas de la literatura.

Nadie hubiera podido imaginar heroínas amorosas con una personalidad tan fuerte, tan patéticas y arrebatadas como las que conocemos con todo lujo de detalles por las crónicas de tiempo atrás; desde los sentimientos más sublimes del amor divino hasta la venalidad de las célebres cortesanas de antaño, sin desdeñar la voluptuosa atracción que es posible sentir por el poder, el arte o la ciencia, toda la gama de las inclinaciones del corazón femenino.

En esta colección se recogen de forma a un tiempo rigurosa y amena, con la seriedad de un punto de vista objetivo e histórico, pero también con la maestría de los buenos escritores, las apasionantes vidas de estas mujeres que hicieron de su nombre un símbolo del amor que, según el poeta, «mueve el mundo y las estrellas».

Digitized by the Internet Archive
in 2023 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/matahari0000diaz

MATA-HARI

Fernando Díaz-Plaja
MATA-HARI

Planeta

COLECCIÓN MUJERES APASIONADAS
Dirección: Rafael Borràs Betriu
Consejo de Redacción: Mariona Costa, Marcel Plans y Carlos Pujol

© Fernando Díaz-Plaja, 1994
© Editorial Planeta, S. A., 1994
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)
Diseño colección de Hans Romberg
Ilustraciones cubierta: anterior, retrato de Mata-Hari (foto Keystone-Nemes); posterior, ejecución de Mata-Hari (foto Roger-Viollet)

Procedencia de las ilustraciones: Archivo del autor, Archivo Editorial Planeta, Archivo Vendrell y Keystone-Nemes

Primera edición: mayo de 1994
Depósito Legal: B. 16.127-1994
ISBN 84-08-01158-8
Composición: Fotoletra, S. A.
Papel: Offset Munken Book, de Munkedals AB
Impresión: Duplex, S. A.
Encuadernación: Auxiliar Gráfica Jiro, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Índice

9 Prólogo

11 La holandesa rebelde
19 La esposa colonial
27 La bailarina oriental
73 La espía
105 Mata-Hari en España
137 La procesada
167 El fin de una mujer y el principio de un mito

199 Bibliografía general

201 *Cronología*
209 *Índice onomástico*
215 *Obras del mismo autor*

PRÓLOGO

La mayor altura que un personaje histórico o literario puede alcanzar es que su nombre se convierta en símbolo. Así se dice de alguien que es un donjuán, un Barba Azul, si ha abusado o matado a las mujeres, un cid si es valiente por demás, un quijote si sueña imposibles desdeñando lo práctico, una celestina si sirve de intermediaria amorosa, un Maquiavelo al que busca la eficacia por encima de lo ético...

...Y una Mata-Hari a quien logra informaciones importantes valiéndose de su encanto femenino.

La mujer que logró convertirse en paradigma de la espía que obtiene noticias secretas entre caricia y caricia, nació en un pueblecito de Holanda con el nombre de Margaretha Zelle. Como quien tenía que ganarse la vida con el engaño, empezó a falsear su propia biografía convirtiéndose en hindú unas veces, en javanesa en otras, creciendo entre textos védicos y danzas sagradas en aquellas lejanas regiones donde sí estuvo pero mucho más tarde como esposa de un militar holandés.

Y cuando agotó el éxito de su exótico espectáculo oriental, inició otra misión, también cuajada de misterios. La de agente secreto de un país, primero llamado Alemania, después, denominado Francia. En un momento determinado servía a los dos, intentando convencer a cada uno que era el único al que seguía fiel.

Hasta que la suerte la abandonó, sus manejos fueron descubiertos y Mata-Hari, detenida en París, resultó procesada y condenada a morir por fusilamiento en el castillo de Vincennes.

Ésta es la sucinta historia... demasiado lineal y clara para describir a una mujer que, empezando por mentir sobre sí misma, acabó mintiendo a todos los demás, a sus numerosos amantes, a sus distintos y aún opuestos jefes, a los policías y a los jueces. Y lo hizo tan bien, se mostraba tan a gusto en la nebulosa de la incertidumbre, que sus perseguidores no consiguieron justificar ante la posteridad la pena de muerte que le impusieron. Casi todos los contemporáneos, todos los biógrafos que se han sucedido estudiando textos y declaraciones propias y ajenas han llegado a la misma doble conclusión: en primer lugar, Mata-Hari era probablemente culpable de espionaje; en segundo lugar, no se logró una sola *prueba válida y concluyente que apoyara esta opinión. Con lo que la sentencia bastante injusta sólo fue debida al ambiente nervioso, rayano en la histeria, que se respiraba en la Francia de mediados de 1917. La guerra iba mal y quien tuviera la más mínima posibilidad de haber influido en esa dramática situación tenía que pagar por ello.*

Y le tocó a Margaretha Zelle, ex señora de McLeod, alias «Mata-Hari», estar en el lugar equivocado en el momento mal escogido.

Era bella, alta, esbelta, sensual, misteriosa, vivió lujosamente, fue amada por muchos, se la sospechó culpable de la muerte de miles de muertes y acabó una vida pletórica de emociones mirando serenamente al pelotón que iba a fusilarla.

¿Cómo no iba a entrar una mujer así en la leyenda y el mito?

LA HOLANDESA REBELDE

En cada lugar del mundo hay un personaje característico de los que unos se mofan y otros admiran por su manía de situarse en lugares prominentes para mostrarse al pueblo. En la pequeña ciudad holandesa de Leeuwarden (sólo veintisiete mil habitantes) este papel lo desempeña un hombre llamado Adam Zelle. En los acontecimientos públicos él es quien lleva el estandarte de la Guardia de Honor e incluso los enemigos de su vanidad, que son muchos, tienen que reconocer que, alto y rubio como es, posee empaque y hace quedar bien al Municipio cuando desde el caballo que maneja con soltura, inclina el estandarte ante huéspedes ilustres como el gobernador de la provincia o el mismo rey Guillermo II que llega en junio de 1873 al pueblo durante su visita oficial a Holanda.

Adam Zelle se siente orgulloso de esas actividades públicas que le hacen olvidar por unos instantes el trabajo a que se dedica que, aunque provechoso económicamente, no le da el menor derecho al título de «barón» que, entre bromas y veras, le da la gente.

Porque el oficio de Zelle, más que provocar que la gente se destoque a su paso, contribuye a que se cubra. Zelle es sombrerero aunque, eso sí, de los mejores de la ciudad, lo que le proporciona unos buenos ingresos.

Adam tiene una buena figura y el pelo claro como era el de su padre y la mujer con la que se ha casado, Antje Vandermeulen. Por ello queda sorprendido, y no agradablemente, cuando en 1876 le nace una hija, Margaretha Geertruida, de tez bronceada y cabello negro. Una investi-

gación apresurada de los antepasados marca la culpabilidad de la mujer en ese resultado genético. Antje desciende de los Wondkers, que siempre han tenido una piel distinta de los vecinos. Sin saberlo ellos, esa herencia marcará el destino de una holandesita que un día podrá presentarse de forma convincente en los escenarios como sacerdotisa hindú.

Color aparte, Margaretha es «su» hija y Adam traslada a ella la vanidad que exhibe personalmente. A los seis años, la niña ingresará en el colegio más caro y elegante de la ciudad, el que rige mademoiselle Buye y para que maestras y alumnas sepan desde el principio que se trata de la hija del «barón», acudirá a las clases en una carretela dorada que tiran dos cabritas blancas. Podemos imaginar el efecto que causaría la pequeña al llegar con ese aparato; las cejas fruncidas de mademoiselle Buye no fueron nada en comparación con la irritación y burlas sangrientas de sus compañeras de clase ofendidas ante semejante exhibición.

Lo que era normal en situación parecida en cualquier colectividad escolar y resultó distinto, mostrando un rasgo que la caracterizaría, fue la reacción de la protagonista del escándalo. A diferencia de la forma de actuar de cualquier chica de su edad cuya ambición es ser «como las otras» y no destacar excesivamente, Margaretha se enorgullece del efecto obtenido y se pavonea a pesar de su pequeñez al verse convertida en el centro de todas las miradas. Esa seguridad ante el público que alguien llamaría impertinencia, la acompañará cuando salga por vez primera a escena. Margaretha Zelle ha nacido para exhibirse, no para ocultarse, y lo que en otra persona ocasionaría desasosiego para ella es una necesidad vital. Como dirá una compañera de colegio muchos años después: «Sabía que era diferente de las otras y muchas no la podían soportar y se morían de celos... Se atrevía a llevar vestidos originales al contrario que las demás, lo que provocaba celos, pero yo la defendí siempre explicando que era su forma de ser. En su naturaleza estaba el deseo de brillar.»

Pero ahora esa exhibición de lujo va a desaparecer y no precisamente porque el padre haya comprendido su

inoportunidad. Lo que ocurre es que varios negocios ruinosos van socavando paulatinamente las bases económicas en que Adam apoyaba sus «gastos de representación». El dinero empieza a faltar y la esposa, que ya disentía de los extravagantes gustos del marido en la educación de su hija, ve en esa disminución de capital la razón que le asistía; las discusiones se hacen continuas entre los cónyuges. Mientras la madre reprocha al marido los gastos que les han llevado a la ruina, la hija reclama de su padre la continuación de una forma de vivir a la que ya se ha acostumbrado.

Si los primeros años de la vida son, como dicen los psicólogos, los que crean una personalidad, Margaretha Zelle ha desarrollado ya una afición al lujo que contribuirá, mucho más que su afán aventurero, a su brillante carrera y a su fatídico fin.

Las peleas conyugales terminan, como es obligado, en la demanda de divorcio por parte de los dos. El 4 de septiembre de 1890 queda roto el vínculo matrimonial; Antje abandona gustosa la custodia de una hija más unida a un padre que comparte sus delirios de grandeza aunque sus temperamentos choquen; pero tampoco Adam asumirá la responsabilidad de su desarrollo. Un consejo de familia reunido a toda prisa y vista la poca solvencia moral y material del padre y la ausencia definitiva de la madre que muere poco después, decide asumir toda la responsabilidad e ingresar a Margaretha y a sus tres hermanos (que tienen entonces sólo once, nueve y seis años, respectivamente) en la Escuela Normal de Instituciones de Leyden, patria chica del pintor Rembrandt.

Y en ese colegio, a los quince años –guapa, alta, delgada, ojos almendrados–, Margaretha muestra otra de las características que informarán su vida. La atracción que ejerce sobre los hombres se prueba aquí nada menos que con el director de la institución, Wibrandus Haanstra, quien, de acuerdo con su curioso nombre de pila, enloquece por la joven y muestra su pasión humillándose hasta escribirle cartas románticas y exaltadas y llorar a sus pies como un hombre totalmente entregado; sin embargo, al verse rechazado, aprovecha su categoría administrativa y le prohíbe salir del colegio y reunirse con los

amigos de su edad que la muchacha empezaba a tener.

Esa embarazosa situación dura hasta que Margaretha cumple los dieciocho años, momento en que decide poner fin a la persecución amorosa del director y acogerse a la ayuda que le ofrece un tío suyo llamado Tacomis que accede a tenerla en su casa de La Haya. La futura Mata-Hari puede ya realizar la vida de una muchacha de su edad, con paseos, charlas con las amigas y, sobre todo, flirteos con los amigos que, desde el primer momento, *tienen* que ser militares. El amor a los uniformes será una constante de esa mujer que los considera de un gremio excepcional. «Un oficial es un hombre superior que vive en plena epopeya, siempre dispuesto a todas las aventuras y a todos los peligros.»

Eso no lo dirá ahora, sino muchos años más tarde ante el Consejo de Guerra que la juzga... Y no miente; lo habrá probado durante toda su existencia.

Y en esta búsqueda todavía vaga y sin rumbo fijo, de la aventura, Margaretha verá un día un anuncio en el periódico *Her Niew Van Der Dag* (Noticias del día). Estamos a primeros de 1895 y ella tiene dieciocho años.

«Oficial destinado en las Indias Orientales holandesas, de permiso en La Haya, desearía encontrar señorita de buen carácter con fines matrimoniales.»

Margaretha se queda deslumbrada ante dos detalles del anuncio. El primero: se trata de un militar, esa profesión que le ha atraído desde niña y, por si fuera poco, el hombre que solicita una esposa está sirviendo a su patria nada menos que al otro lado del mundo, en las islas cuyo nombre tienen resonancia exótica –Java, Sumatra– y por tanto ofrecen maravillosas posibilidades para una mujer soñadora que está saliendo de la adolescencia. Es verdad que quizá ella no tenga ese buen carácter que pide el anunciante pero puede compensar esa falta con una apariencia que sabe que lo impresionará. Y se apresura a escribir a la dirección indicada.

Rudolf McLeod había recibido quince cartas en respuesta a su anuncio pero sólo contestó la de Margaretha, quizá porque ésta, muy segura de su físico, fue la única que mandó su fotografía con la misiva.

La cita se fija ante el Rijsmuseum de Amsterdam; él

aparece con arrogancia marcial –quepis, dolmán, chaquetilla y sable– y se enfrenta con la sugestiva figura de ella; el flechazo, el *coup de foudre* es tan inmediato, la atracción física simultánea tan violenta, que deciden trasladarse inmediatamente a la habitación del hotel que ocupa el capitán. Siguen unos días de pasión que se trasluce en la carta que le envía Margaretha unos días más tarde.

«Querido –empieza–, mi único querido, mi tesoro, mi ángel querido, ¡qué suerte que tengamos los dos el mismo ardiente temperamento! No puedo creer que todos esos goces puedan terminar nunca.» Y en otro mensaje le tranquiliza sobre la posibilidad de que algo natural en la mujer pueda estropear una de sus citas.

«No temas que esté indispuesta... lo he estado en la fecha precisa y mañana puedes pedirme lo que quieras.»

Evidentemente se lo pidió, y tan a menudo que al mes siguiente de conocerse el médico le confirmó sus sospechas de que estaba encinta. Hubo entonces que precipitar los preparativos de la boda proyectada. Adam Zelle ve en el matrimonio la posibilidad de revivir sus sueños de grandeza. Margaretha tiene que llegar a su casa con su prometido en coche para deslumbrar a las vecinas; todos tienen que saber el buen partido que ha conseguido su hija. Será una gran fiesta. Pero la realidad reduce de nuevo los sueños de Adam Zelle. La boda será civil, se celebrará ante el juez y el fastuoso banquete que soñaba su suegro se reducirá a un modesto almuerzo en el hotel Americano de Amsterdam. En cuanto al viaje de novios lo realizarán a Wiesbaden, el balneario de Alemania.

(Por vez primera Margaretha toma contacto con un pueblo que influirá en su futuro tanto para el bien como para el mal.)

Esto fue en 1895. Seis meses después nace su hijo Norman y durante dos años, mientras el capitán McLeod espera nuevo destino en Ultramar, la pareja vivirá la existencia modesta de quien depende sólo de un sueldo oficial. Como tantas veces ocurre, será la familia quien ayude a unos recién casados con pocos medios de subsistencia y su primera residencia será la casa de Frida, tía de Rudolf; también siguiendo la tradición, esa pariente no

gustará demasiado de una muchacha demasiado moderna e independiente para la severa educación protestante de los McLeod y llegará un momento en que la animosidad de Frida hará difícil la convivencia y los McLeod se instalarán en un pequeño piso por su cuenta.

Margaretha ya va descubriendo que aquélla no es la vida que esperaba y tampoco él está muy satisfecho de cómo se comporta la mujer elegida para acompañarle en su vida; sabía al casarse que él sólo era un oscuro capitán: ¿qué esperaba?

Pero ese «oscuro capitán» de vez en cuando muestra la brillantez que acompaña al ejército en las grandes solemnidades.

Como cuando el 23 de abril de 1896 se celebra en el Palacio Real de La Haya una solemne recepción a la que ambos están invitados. Y en esas ocasiones un militar con uniforme de gran gala, desde el cuello bordado a la adornada chaquetilla y relucientes botas negras, oscurece a cualquier financiero por rico que sea, al ministro más famoso, al universitario más sabio. Desde el momento en que el chambelán de la puerta anuncia «el capitán McLeod y señora de McLeod», Margaretha se siente transportada al mundo que siempre ha soñado disfrutar. Aparte de lucir a un espectacular marido nota que todas las miradas se posan admiradas en ella.

Admiradas y sorprendidas. No es corriente ver en un salón holandés a una compatriota de esa estatura y belleza, por morena, diferente y exótica. Los asistentes, hombres especialmente, se aglomeran a su alrededor invocando los más curiosos pretextos para saber quién es y de dónde procede. Margaretha se encuentra en la gloria y en los meses siguientes mirará con más simpatía a un marido que le ha permitido asomarse a ese mundo socialmente superior y que ansía con toda su alma. Para acercarse más a él, indaga sobre los antecesores de Rudolf. Ese apellido McLeod, ¿no indica unos antepasados nobles? Él contesta que cree que efectivamente puede haber algún timbre de nobleza en el viejo árbol genealógico y a Margaretha, nacida Zelle, le basta esa vaga referencia para pasar a autodenominarse «lady McLeod». Es la primera vez que usa un falso nombre y no será la última...

La fiesta palaciega parece haber marcado el inicio de un cambio favorable en la vida de la pareja. A principios de 1897, Rudolf McLeod es ascendido a comandante y destinado a la guarnición de Malang, en la isla de Java. Margaretha exulta. Por fin empieza su nueva vida en un ambiente exótico, distinto, soleado y apasionante, muy lejos de la aburrida y sombría Holanda.

El primero de mayo de 1897 la familia –Rudolf, Margaretha, Norman– embarcan hacia su nuevo destino en el *Princess Amalie*. La futura Mata-Hari tenía veintiún años.

LA ESPOSA COLONIAL

Las Indias Orientales holandesas adonde el barco llevaba a la joven desposada estaban constituidas por la parte occidental de Nueva Guinea y las grandes islas de Sumatra, Java y Madura, así como las islas pequeñas del archipiélago de Sonda, las Célebes, las Molucas y la mitad occidental de Timor. En total casi dos millones de kilómetros cuadrados y más de treinta y siete millones de habitantes, de los que la mayoría vivían en Java y Sumatra. Esos territorios habían sido arrebatados por la poderosa flota holandesa a España y a Portugal, su descubridora y primera colonizadora, en los siglos XVII y XVIII.

Ocupadas por los ingleses durante las guerras napoleónicas ya que Holanda dependía entonces del emperador a través de su hermano el rey Jerónimo, en 1815 fueron devueltas a una Holanda libre y en su poder seguían cuando la familia McLeod se dirigía a ellas.

El sistema que empleaba allí el gobierno de La Haya, aparte de algunos puntos estratégicos que dependían directamente del gobierno militar, consistía en confiar a los rajás locales la administración de sus parcelas siempre bajo el control de un gobernador general establecido en Batavia, que era también el comandante en jefe del ejército y la escuadra... Le asesoraban cinco miembros de un consejo nombrados por la metrópoli. Los indígenas mantenían las leyes tradicionales siempre que algunos aspectos de ella, por ejemplo, las penas infligidas a los culpables, no chocaran demasiado con las costumbres de la metrópoli.

La parte económica se basaba en la riqueza de la agricultura –azúcar, arroz, café– exportadas a todo el mundo. El trato a los indígenas era, como en todas las colonias, paternalista cuando bueno y severo ante la mínima posibilidad de rebelión, aunque el carácter apacible de los indonesios en general, no obligaba al país colonizador a tomar medidas enérgicas.

La esclavitud había sido abolida en 1854 –adelantándose Holanda en eso a muchos países– pero se mantenía la desigualdad social visible en el numeroso ejército de criados que, en cualquier casa de los militares o de otros funcionarios, convertían la vida de la dueña en una mínima ocupación pudiendo dedicar el resto del día al deporte, sobre todo a montar a caballo, en lo que la señora McLeod fue pronto una experta; se entregaba con fruición al placer de las visitas donde se tomaba el té, se jugaba al crocket sobre el bien cuidado césped y, sobre todo, se discutía largamente de empleos y destinos (los hombres) y de modas y especialmente de chismes sobre aventuras amorosas reales o imaginadas (las mujeres).

La verdad es que Margaretha Zelle no cuajó demasiado en esa rutina, que complacía a las demás esposas de militares y empleados civiles pero que a ella le resultaba aburrida. En cambio se interesó desde el principio por la cultura indígena (algo que no importaba nada a la mayoría de las matronas coloniales que, aparte del clima y la abundancia de servicio, vivían y pensaban exactamente igual que en su Holanda de origen) y se deleitaba viendo los arrozales, una sucesión de terrazas con el agua encharcada que reflejaba el sol sobre lo verde y punteadas por las siluetas de los campesinos coronadas por el sombrero cónico.

A Margaretha, como a cualquier turista de hoy, lo que más le impresionó fue comprobar que en Indonesia no puede preguntarse dónde está el templo porque todo el país es un templo asomándose a cualquier rincón del paisaje. Templos grandes colectivos y templos pequeños en cada casa; aun en el cruce de caminos, tras la apariencia de una máscara terrorífica, hay siempre un genio que protege al viandante.

Margaretha se enteró con asombro que a los dieciséis

años a los chicos y chicas de Bali les limaban los colmillos porque, en esa punta aguzada, los nativos veían el símbolo de la perfidia y, al convertirlos en romos, dejaban sin fuerza al genio del mal. Pensó qué hermoso sería si fuese tan fácil mejorar a los hombres...

Y sobre todo se enamoró del baile ancestral que se movía al compás de los xilófonos. La bailarina aparecía, ante sus asombrados ojos occidentales, cubierta de espléndidos ropajes y adornada con brillantes brazaletes y ajorcas en los tobillos. Extendía los brazos y la cabeza oscilaba sobre los hombros de lado a lado. No se parecía en nada a otro baile del Pacífico, el que ofrecían las indígenas de Tahití, con pechos y caderas agitándose a un compás frenético, una llamada reiterada al hombre, al macho. Aquí lo que las danzarinas contaban con el tijereteo de sus dedos, movimientos de cuerpo y pies era una larga historia remontada a los orígenes de su cultura. Podía ser la narración del príncipe Rama quien, con la ayuda de un ejército de monos, recuperaría a su mujer Sita de las garras del rey de los demonios. Todo procedente de la cercana India que dictaba allí su cultura.

Margaretha se quedará hipnotizada: ¡qué belleza y qué simbolismo! Tras su primera visita vuelve al templo a menudo, conversa con los sacerdotes y la bayaderas, pregunta por el significado de cada movimiento y repasa las láminas que le muestran sobre aquellos curiosos ritos. De buena gana sería, además de espectadora, partícipe de las fiestas, pero el capitán McLeod, al que desde el principio le ha parecido mal ese ridículo interés por lo nativo, se lo prohíbe duramente. ¿Qué dirían en la colonia si su mujer se vistiese de aquella forma y se agitara así frente al público?

El amor a la danza de Margaretha Zelle será uno de los motivos de los disgustos y disputas que, poco a poco, van envenenando la vida del matrimonio McLeod en las Indias Orientales; Margaretha, que había escrito a Rudolf lo maravilloso que era tener temperamentos parecidos, se extasía ante una religión que, en vez de ocultar hipócritamente el acto sexual entre cortinas como hace la puritana sociedad holandesa, lo exhibe en letras y arte plástico

como una maravillosa forma de realizarse. Alguien que tuvo acceso a sus habitaciones particulares por entonces, contará que Margaretha tenía el Kamasutra anotado y comentado en su dormitorio.

Esas aficiones podían unirle más al marido de temperamento idéntico según la carta arriba mencionada. Pero en un cambio de mentalidad muy propio del sexo masculino, el amante desaforado de ayer se ha convertido en un caballero que ve el sexo sólo como una obligación íntima que no puede destacar en la vida del circunspecto hogar de un oficial de su Majestad, la reina Guillermina de Holanda, en las Indias Orientales.

Empiezan las desavenencias que no arregla el nacimiento de una hija llamada Luisa, por su tía paterna. Él la acusa de conducta disoluta, ella a él de déspota. Según Rudolf ella sólo piensa en placeres; según Margaretha, él es un monstruo que la golpea continuamente llegando a azotarla.

Las quejas de ambos llegan a sus respectivas familias en la patria lejana y Adam Zelle se siente obligado a defender a su hija bienamada del «monstruo» que tiene por marido amenazando con denunciarle a la autoridad competente. Al recibir estas nuevas, el comandante McLeod monta en cólera y amenaza con su revólver de reglamento a Margaretha, que huye gritando del dormitorio conyugal. El escándalo provoca la intervención de los jefes militares y McLeod queda todavía más resentido contra su esposa a la que describe así en cartas a su hermana en Holanda:

«Si una epidemia me pudiese librar de esta criatura podría volver a ser feliz. No puedo aguantar más estar cerca de esa sinvergüenza. Pero ¿cómo me voy a librar de ella? Con escándalo o sin él me da igual.»

En otra carta menciona el temor de perder a sus hijos en la separación:

«¡Cuánto me hace sufrir! He pasado días enteros sin dirigir la palabra a esa zorra que sólo vive para placeres abandonando a los pequeños... ¿Y cómo me libro de ella sin perder a los niños? Será muy difícil. Si tuvieras el dinero para comprar su consentimiento... porque hará de todo para conseguirlo...»

Para agravar la situación del hogar sobreviene una tragedia que será el comentario de la colonia durante largo tiempo. El cocinero nativo de la familia comete una falta que a los ojos del duro militar merece un fuerte castigo. El criado, ofendido y humillado, decide vengarse y como no se atreve a hacerlo con el padre, castiga al hijo a quien envenenará en una de sus comidas, causándole la muerte.

En los matrimonios felices esas pérdidas a veces sirven para unir más a los padres pero en los desdichados contribuyen a separar más a la pareja. Margaretha puede ahora dar la culpa de lo ocurrido al carácter iracundo de su esposo. Mientras éste comunica a su hermana Luisa sus deseos de librar a la hija que queda de la influencia nefasta de Margaretha.

«Es absolutamente necesario substraer a la pequeña de la influencia infecta de madre; si no lo hago, se perderá para siempre.»

Con reacciones como éstas, el matrimonio va cada vez más a la deriva. Afortunadamente el calvario de ambos va a terminar pronto. Ha llegado la edad de retiro para McLeod y en febrero de 1901, la familia vuelve a Holanda donde ambos presentarán la demanda formal de divorcio, mientras Margaretha se traslada a casa de su tío en Harlem. El tribunal de Amsterdam decidirá en agosto de 1902 la separación legal de ambos.

Margaretha vuelve a llamarse Zelle y está libre.

Libre y pobre. ¿Qué hará con su vida? Madre poco afectuosa no le importa que su ex marido se quede con la pequeña Luisa llamada «Nonah» o niña pequeña en malayo, a cambio de una pensión mensual de cien florines que el comandante retirado McLeod no le enviará jamás. Es su forma de vengarse de lo que, según él, le ha hecho sufrir, aquella odiosa mujer por la que enloqueció un día lejano...

... Y que ahora tiene veintiséis años y la necesidad de buscar un camino nuevo, no demasiado fatigoso y al mismo tiempo remunerador, algo que le procure la admiración de muchos y unos ingresos capaces de proporcionarle la existencia lujosa que siempre deseó tener.

Y de pronto le surge la idea. Lo único que posee ella

en comparación con otras mujeres europeas de su edad es el conocimiento de unas costumbres y un arte exótico: el de las Indias. Cuenta además con un físico cobrizo, y un pelo negro más cercano al de aquellas gentes que al de las mujeres holandesas, francesas o alemanas. Cuanto más lo medita más segura está de que ésa es la decisión acertada. Dejará atrás una piel y entrará en otra totalmente nueva. Bailará las danzas que aprendió en Sumatra y Java, se convertirá en una mujer distinta, trocará incluso de nombre. Margaretha Zelle y Margaretha McLeod han muerto. Desde ahora se llamará Mata-Hari, que en malayo significa «ojo del día» –o sea, el sol.

Margaretha comunica su decisión a Adam; si se tratara de un padre corriente le diría que abandonase aquel ridículo intento de fingir una personalidad que no podía engañar a nadie y buscara un trabajo adecuado a una divorciada con una hija que mantener. Pero el señor Zelle que sigue siendo el fantasioso de siempre, le encanta el rumbo aventurero que va a emprender su pequeña. Para empezar le divierte aprender que en la nueva biografía de Margaretha él no será ya un fabricante de sombreros y gorras... y sí un rajá perteneciente a la casta de los brahmanes quien, por su amor a los pobres, recibió el nombre de Assirvadam, que significa «bendición de Dios».

Ahora hay que inventarse una nueva madre. La pobre y devota Antje es ahora Kanda Swany, danzarina del templo, y dado que no está entre los vivos, habrá que «matarla» a los catorce años, justamente cuando dio a luz a Mata-Hari.

Sigamos improvisando para dar mayor dramatismo a la cosa. ¿Cómo ha llegado Mata-Hari a Europa? Ha sido raptada por un capitán del ejército holandés (lo que ya roza la realidad) y está separada de su marido. Ahora, libre, quiere volver a sus orígenes y mostrar al pueblo de París –los dos, padre e hija, están de acuerdo en que es el sitio indicado– las maravillosas danzas religiosas que aprendió de niña en los templos hindúes.

Terminado el retrato que acaba de hacerse, Margaretha decide instalarse ya en la capital francesa; su padre le aconseja que primero tiente el terreno trabajando en cualquier oficio que le acerque a los medios artísticos de

la ciudad del Sena. Es un buen consejo y Margaretha lo sigue; durante unos meses ejercerá de modelo de pintor; posar le aburre pero, a través de ello, consigue entablar amistad con gente cercana al espectáculo que pueden orientarle sobre la oportunidad de sus actuaciones futuras.

De todas maneras su carrera como modelo no tiene demasiado porvenir. Su cuerpo, espléndidamente modelado en caderas, brazos, piernas y cintura fracasa estrepitosamente en el seno, flojo y marchito a pesar de su joven edad. Ante la decepción de los pintores, Margaretha tuvo que mentir –ya nunca dejará de hacerlo– inventando que de adolescente había tenido un pecho bellísimo pero que su marido, en uno de sus arrebatos de cólera por celos, se lo había mordido ferozmente tragándose –¡incluso!– un pezón y destrozando su perfil.

Pero con el pecho cubierto por unas medias lunas de metal sigue pudiendo bailar sus danzas lejanas y misteriosas; eso es lo que intentará, en círculos de amigos intelectuales aficionados al arte. Pronto circulará en el París elitista el comentario sobre aquella muchacha que trae una extraña y sugestiva forma de moverse al compás de una música también lejana y turbadora.

LA BAILARINA ORIENTAL

Margaretha era mujer ágil y graciosa de movimientos pero no poseía conocimientos ni estilo de bailarina y ella lo sabía bien. Lo que tenía que dar al público –pensó– era una imagen distinta a la que estaban acostumbrados a ver en los escenarios parisinos. Por de pronto ofrecería una mayor desnudez. Hasta entonces las artistas más audaces iban cubiertas al menos de una malla que moldeaba el cuerpo pero que tapaba su piel. La nueva artista, en cambio, se iba a ofrecer al público casi desnuda, y por «casi» entendemos el pecho que como ya dije se veía obligada a cubrir por razones más que castas, estéticas.

Su otro as era el tema de su actuación. La sociedad francesa de la *belle époque* gustaba de las narraciones que viajeros, cada vez más numerosos gracias a la mejora de las comunicaciones, contaban de lejanos y misteriosos países. El gusto por lo oriental se notaba en la decoración de las casas ricas, tapices con escenas del desierto, camellos incluidos, elefantes de marfil, madera o porcelana, alfombras, sofás con almohadones y cojines; el té se servía preferentemente en servicios de China (en el mundo anglo-sajón ese nombre llegó a equivaler al de la porcelana); también se veían en los salones elegantes pipas tipo *narguilé* y maderas talladas. Era el clima donde florecería más tarde escritores como Pierre Loti. Tocar esa fibra de moda en la sociedad europea representaba asegurar el éxito preparado por su audacia primera.

Pero Margaretha al no tener contactos con el mundo teatral para debutar en un escenario auténtico, tenía que

aprovechar sus relaciones con una sociedad que gustaba de ayudar al artista para mostrar que no sólo había frivolidad en sus fiestas. De esa clase de mecenas interesados había bastantes en el París de principios de siglo y Mata-Hari tuvo la suerte de conocer a una de ellas, madame Kireevsky, cantante conocida y rica, que celebraba a menudo fiestas donde la beneficencia y el esnobismo se daban la mano.

Allí en su salón y ante una concurrencia pequeña pero selecta debutó Margaretha Zelle, ya Mata-Hari, con sus danzas indias. El efecto fue fulminante; un periodista inglés allí presente publicó el 4 de febrero de 1905 en *The King,* revista británica, un artículo en el que se destacaba el doble impacto a que antes aludíamos. Por un lado se elogia la nota exótica dada por una mujer llegada de lejos para «ofrecer las riquezas vivaces y coloristas de Oriente a la sociedad desencantada, *blasée,* del mundo europeo». Por otro, se mencionaba el aspecto erótico de una bailarina que usaba «unos velos flotantes que luego se abrían» produciendo «cierta incitación a la lubricidad».

La frase no tiene precio como definición de un espectáculo hasta entonces inédito. El que Mata-Hari acababa de inventar, buscando para su presentación algo que combinase la riqueza oriental de un vestido con su intención de ofrecer a la vista del público un cuerpo que sabía bien formado, era nada más y nada menos que el *strip-tease,* nombre angloamericano del género tan repetido en años posteriores y que funda su secreto en ocultar primero y ofrecer después, por etapas hábilmente ralentizadas, trozos de piel hasta llegar a la apoteosis del desnudo total.

El éxito fue rotundo entre los asistentes a la representación. La ventaja de Mata-Hari era que, al dar a su espectáculo un tono cultural –se trata de danzas del misterioso Oriente, ¡señores!–, podía deslizar en ellas, como de contrabando, el mensaje sexual que encandilaba a los hombres y no molestaba demasiado a las mujeres que admiraban (y quizá envidiaban) su audacia.

Entre el público estaba aquella noche un rico industrial, coleccionista y protector de las artes y especialmente experto en el Extremo Oriente. Se llamaba Guimet y

quedó tan fascinado por la actuación de Margaretha que decidió apadrinarle otra actuación, esta vez en el teatro montado en el lujoso Museo de Arte Oriental que él había regalado a la Villa de París. Esa admiración por la nueva bailarina por parte del financiero provoca algunas preguntas. ¿Cómo un especialista del Oriente podía creer que aquella mujer era realmente hija de una bayadera hindú como aseguraba, nacida en la misma India? Para empezar el nombre de que presumía Mata-Hari no era hindú sino malayo, y cualquier pregunta precisa a la holandesa habría descubierto que jamás había pisado las riberas del Ganges.

Pero Guimet era sólo un aficionado al mundo indio... como ella; su pequeña cultura de aquellos países la había adquirido ya mayor, cuando su fortuna le permitía dedicarse a su afición favorita, viajar por allí y comprar las piezas que pudo de aquel arte misterioso y lejano. Para él, esa otra aficionada representaba lo más puro y completo del Extremo Oriente y tenía que hacer lo posible para que su figura y su arte llegasen donde se merecía.

Para ese lanzamiento, como hoy diría la moderna publicidad, no regateó esfuerzos ni dinero. En el Museo de Arte Oriental se había instalado un escenario que flanqueaban estatuas y tapices traídos de la India. De la colección Guimet era también la rica vestimenta con que aparecía en escena Mata-Hari, un atuendo en que brillaban las copas de metal adornadas de piedras semipreciosas cubriendo los senos, brazaletes en muñecas, brazos y tobillos, cinturón también de metal y piedras, y un *sarong* que se abría por debajo del vientre.

A ambos lados de la protagonista de la velada cuatro figurantas, vestidas de negro, están sólo para servir de marco a la bailarina que empieza a moverse al son de una música de origen, más o menos, hindú o javanés, algo misterioso y por ello atractivo para el público, y a cuyos compases empiezan los movimientos, de forma lenta primero, más animados después, con gestos felinos, de Mata-Hari.

El éxito de la velada se reflejará en los días siguientes en la prensa parisina. Un periodista dará un análisis un poco seco pero eficaz para resumir su actuación:

«Baila con chales, una placa en los senos y poco más. Ha nacido en Java, ha crecido en esa tierra de fuego sacando de ella una inverosímil agilidad y un encanto mágico pero debe seguramente a Holanda ese poderoso torso.

»Hasta ahora nadie se había atrevido después de estremecimientos de éxtasis a quedar así, sin velos bajo la mirada de los dioses. ¡Y qué gestos, a la vez osados y púdicos! Ella es Absaras, hermana de las ninfas, de las Ondinas, de las walkirias y de las náyades, creadas por Indra para la perdición de los hombres y de los sabios. Mata-Hari no interpreta sólo con sus pies, sus ojos, sus brazos, su boca, sus uñas pintadas de rojo, Mata-Hari a la que no oprime ninguna ropa molesta, actúa con sus músculos y su cuerpo entero...»

Este análisis, publicado en *La Presse* del 18 de marzo de 1905, define la impresión de la mayoría de espectadores que la vieron entonces y después. El gran acierto de Mata-Hari, voluntario o inocente, había sido teñir de religiosidad unos movimientos que sin esa «coartada» podrían calificarse de una vulgaridad de *music-hall.* Así, en cambio, los bienpensantes se detienen ante la censura monjil porque hay que tener presente que *allí* el amor físico es parte de su religión. Como terminaba el articulista de *La Presse:*

«Pero el dios invocado permanece sordo ante el ofrecimiento de su belleza y de su juventud; ella entrega casi todo; une a uno los velos, símbolos del honor femenino, caen a los pies del dios. Pero Siva es todavía inflexible. Entonces la Devidasha se acerca; si quedaba un velo, ya no hay ninguno y de pie, en su orgullo y victoriosa desnudez ofrece al dios la pasión que la hace arder. A su alrededor las Navtsch (las mudas figuras de antes), cubiertas de vestidos oscuros, la excitan profiriendo extraños gritos («stá, stá, stá») mientras la sacerdotisa, acezando, extremeciéndose, cae a los pies del dios y sus acompañantes la cubren con un manto dorado. Entonces Mata-Hari, sin la menor turbación, se levanta con gesto gracioso, se envuelve en el velo sagrado y agradeciendo los aplausos de los parisinos con las manos juntas se retira ante una tempestad de ¡*bravos*!»

(El saludo es el símbolo de un recipiente que contiene el corazón de quien saluda para ofrecerlo al interlocutor. Por ello ese gentil gesto no debe hacerse juntando los dedos por entero sino sólo la punta de ellos, ahuecando las dos manos.)

Alguien que no estuvo en esa primera aparición de la bailarina –y que se llamaba Gómez Carrillo– juzga así la actuación a la que asistió pocos días después, en la Legación de Chile a la que concurrían las damas más distinguidas del cuerpo diplomático:

«Me acuerdo de que antes de comenzar el espectáculo, un anciano muy grave explicó al público lo que significaba la ceremonia rítmica a la cual íbamos a tener la suerte de asistir: una virgen que es bella como Urvaci, que es pura como Damayanti y que sale de un monasterio como Sakuntala –nos dijo– va a presentaros el mito de la perla negra. Y después que el docto conferenciante terminó su historia tenebrosa, vimos aparecer a una mujer morena, delgada, de rostro duro y de ojos de fuego, que, envuelta en una túnica que le dejaba desnudo el vientre, comenzó a bailar lentamente, esforzándose por sugerir las escenas del drama legendario, en el cual la princesa Anuba, sabiendo que en el fondo del mar hay una concha que contiene una perla negra igual a la que brilla en el pomo del puñal de Mescheb, trata de seducir al pescador Amry para que vaya a buscarla. Con cara de susto al oír aquella proposición, el pescador contesta a la princesa que es una locura lo que le pide, pues la concha está custodiada por un monstruo que devora a los que se le acercan. Pero ella insiste, se hace mimosa, lo embriaga con sus miradas de fuego. Y al fin el pescador va al fondo del mar y vuelve, agonizante, desgarrado por el monstruo, para entregar la perla a la princesa. Y la princesa, entonces, acariciando la gema manchada de sangre, baila, baila, goza, delira... Yo, la verdad sea dicha, no acertaba a descubrir lo que en tal leyenda había de religioso. Pero, en cambio, me explicaba muy bien el entusiasmo que la danzarina despertaba entre los artistas parisienses, ávidos de sensaciones exóticas. Porque, realmente, en aquella serpentina Mata-Hari, que tan bien mimaba la coquetería trágica, la terrible coquetería que pide la vida

de un hombre a cambio de un beso, y que la pide con deleite diabólico, paladeando de antemano el sabor de las más crueles sensaciones, había una llama de pasión que alucinaba, que seducía y que daba miedo.»

Así contaba Margaretha Zelle su falsa historia:

–Yo nací en el sur de la India, en las costas del Malabar, en una ciudad santa que se llama Jaffuapatan, en el seno de una familia de casta sagrada de los brahamanes. Mi padre, Suprachetty, era llamado, a causa de su espíritu caritativo y piadoso, Assirvadam, lo que significa «bendición de Dios». Mi madre, gloriosa bayadera del templo de Kanda Swany, murió a los catorce años, el día mismo de mi nacimiento. Los sacerdotes, después de quemar el cadáver, adoptáronme y me pusieron Mata-Hari, lo que quiere decir «pupila de la aurora». Luego, cuando pude dar un paso, me encerraron en el gran patio subterráneo de la pagoda de Siva, para enseñarme, siguiendo las huellas maternales, los santos ritos de la danza. De mis primeros años no quedan en mi memoria sino los recuerdos vagos de una existencia monótona, en la que, después de imitar automáticamente, durante las largas horas matinales, los movimientos de las bayaderas, pasábame las tardes en el jardín, trenzando guirnaldas de jazmines para adornar los altares del templo. Pero al llegar a la pubertad, la gran maestra, que veía en mí a una criatura predestinada, decidió consagrarme a Siva, iniciándome en sus misterios una noche de sakty-pujda de primavera...

Pausa dramática y luego...

–¿Tenéis idea de lo que es el sakty-pujda de la pagoda de Kanda-Swany? –preguntaba a sus adoradores prosternados.

Y ante su negativa ella, animada por el vino y por la vanidad, explicaba, ilustrando sus discursos con actitudes y movimientos más elocuentes que las palabras, los misterios de la Noche Suprema, en la cual los fakires saborean en vida los deleites crueles y divinos del paraíso de Siva. Las primeras horas de la fiesta están siempre consagradas a las meditaciones silenciosas en una atmósfera de opio y de languidez. De pronto, allá cuando los Magos descubren en el cielo los signos de las Tres Diosas, las orques-

tas comienzan a estirar, en la sombra, las notas de sus alucinantes armonías. Entre las frondas espesas de la jungla, un murmullo misterioso anuncia el despertar de las serpientes sagradas que, reconociendo los ritmos de sus danzas, se encaminan hacia el templo donde Siva espera sus homenajes... Y bailan... Y mezcladas con ellas, tortuosas como ellas, como ellas frígidas en su desnudez cubierta de pedrerías, las bayaderas bailan también...

«No puede usted imaginarse –me dice un amigo que asistió a una de las famosas cenas en que Mata-Hari refería y mimaba su iniciación artística, sigue Gómez Carrillo– el efecto de delirio místico que se desprendía de sus actitudes lascivas, de sus temblores febriles, de sus contorsiones catalépticas. Había en ella algo de ídolo y algo de reptil. Sus grandes ojos negros, entornados en un gesto de éxtasis, sólo dejaban filtrar, por entre los párpados, dos llamas fosforescentes. Sus brazos redondos, color de ámbar, muy largos, muy trepidantes, parecían enroscarse alrededor de un ser invisible. Sus piernas anillosas, lustrosas, musculosas, palpitaban con sobresaltos de tendones que amenazaban romperse bajo la epidermis. Si usted la hubiera visto, habría creído que asistía a la metamorfosis de una serpiente convirtiéndose en mujer...»

También Louis Dumur describe, sensual y barrocamente, a Mata-Hari bailando en el palacio de la duquesa de Eckmuhl:

«Sólo los pequeños senos estaban cubiertos de dos cúpulas de cobre cincelado sujetos por unas cadenitas. Brazaletes brillantes de piedras preciosas sujetaban muñecas, brazos y tobillos, todo el resto estaba desnudo, fatídicamente desnudo, desde las uñas de los dedos a la punta de los pies. El vientre plástico y firme modelaba su flexibilidad andrógina entre las curvas simétricas que desde las axilas expuestas bajo los brazos levantados, caían sobre la concha de sus caderas. Las piernas se elevaban ideales como dos finas columnitas de pagoda. Las rodillas se enlazaban como dos botones de flor de lis. Las pantorrillas se evadían; todo era blanco, amarillo suave, ambarino, recamado de luces doradas y de reflejos rosados mientras que, apoyado en el doble capitel de los largos muslos dulcemente abultados, el estrecho cuenco de

marfil ofrecía en su centro crespo el fondo del pubis.»

Pero aún le quedaba a la bailarina el *tour de force*, la sorpresa final.

«Tras una última invocación Mata-Hari se volvió hacia el dios dormido y sonriente se prosternó tres veces. Después, revolviéndose lentamente sobre sí misma, desprendió de su muñeca izquierda al mismo ritmo despacioso, el ancho brazalete metálico que le ceñía. Entonces se vio aparecer en el lugar de ese brazalete de cobre otro natural que, tatuado en azul sobre la piel de oro pálido, representaba una serpiente que se mordía la cola.»

Colorismo excesivo aparte, después de tantos años, hay que admirar el sentido dramático que Mata-Hari daba a su trabajo en el escenario y permite comprender el éxito que sus actuaciones tenían, especialmente entre el público masculino. Incluso el detalle de cubrir sus senos mientras mostraba el resto del cuerpo –pudor que se debía como sabemos a la poca estética de esa parte de su anatomía– debía de dar a su actuación un mayor encanto. Mata-Hari cuidaba de la escenografía y de la música que acompañaba su espectáculo se encargaba, según Gómez Carrillo, un compositor, Pablo, que le propuso un baile búdico, y al que escribió: «Me agrada la idea del templo índico con la diosa; así comencé en el museo Guimet, donde aún se hallan mis retratos; después, otras han imitado aquello, lo que no impide que fuese yo la primera. Ése es el único modo de hacer un fondo adecuado para las danzas sagradas. El templo puede ser todo lo quimérico que se quiera, pues yo también lo soy.»

Y al encargar el *ballet*... «*La Flor sagrada* será la leyenda de una diosa que tiene el poder de encarnarse en una de las flores que se queman como ofrenda en su altar. El príncipe entra en el santuario con orquídeas; las quema, y del humo, ella (la diosa), se levanta y baila. Oscuridad: La diosa y el príncipe desaparecen. Yo debo ser la orquídea, toda de oro y diamantes. Ya sé cómo lo haré. Pablo puede decirme cuándo tendrá necesidad de mí; estaré lista. Quiero que me dedique la partitura. La música del *Agua corriente* queda como preludio, pues el templo se halla en la selva junto a una cascada.

»Pablo debe traducir en su música las frases siguientes: encarnación, aparición, floración. Esas tres evoluciones corresponden a los poderes de Brahma, Vishnu y Siva, o sea creación, fecundidad y destrucción. La destrucción, en este caso, es creativa, y por eso Siva iguala, y aun se muestra superior a Brahma. La destrucción en la encarnación, hacia la creación, he aquí lo que la danza debe significar.»

De frases parecidas se deduce que a Mata-Hari podía faltarle rigor histórico-religioso en la interpretación de sus danzas sacras, pero tenía muy claro el efecto sensual y dramático que debían de producir en el público.

Mata-Hari había conseguido mantener la atención de los conocidos igualmente cuando, vestida elegantemente de noche tras el espectáculo, contaba en tono didáctico las diversas facetas de la religión hindú y de los libros sacros de los Vedas que parecía conocer a fondo. En París no se hablaba más que de ella y los contratos se sucedieron. Durante el año 1905 dio más de treinta representaciones en distintos teatros, sin olvidar las casas particulares de cierto renombre. Mata-Hari sabía lo mucho que le había ayudado su primera actuación en casa de madame Kireevsky y no vaciló en aceptar otra invitación de la misma dama en una velada a beneficio de la Cruz Roja rusa, muy necesitada de ayuda económica tras la derrota de Moscú ante los japoneses en Mukden.

Margaretha sabía que la escasez de público en esos festivales quedaba ampliamente compensada por la calidad del mismo, aparte que para una mujer con el delirio de grandezas heredado de su padre y que ya le había llevado a inventarse el título de lady McLeod, el trato con embajadores y alta nobleza francesa y rusa, era muy gratificante para la hija del sombrerero.

Otros marcos famosos la ampararon: la casa del barón Henri de Rotschild, o el «Gran Círculo» donde comparte el escenario con la famosa soprano Lina Cavalieri. Ahora le toca el turno de invitarla a la reina del teatro de entonces, Cécile Sorel. En el álbum de recortes de Mata-Hari quedó fijada la carta que esa actriz le envió al día siguiente de su actuación:

«Señorita: sus bellas danzas han encantado a mis invi-

tados y el señor Menier desea volver a verlas el día (9 de mayo de 1905) en su casa. ¿Está libre?

»Bailaría en un marco digno de su gran arte; un jardín magnífico con las plantas y flores más raras.

»Con mi mejor recuerdo artístico. C. Sorel.»

El citado Menier era, como Guimet, un industrial riquísimo, al que llamaban el «rey del chocolate». Si Guimet tenía la manía del arte oriental, Menier se inclinaba por la nueva moda de la fotografía y las que tomó durante la danza de su invitada las unió a una carta enviada a ella horas más tarde.

«Querida señora: podéis estar segura de que no he olvidado enviaros la fotografía del jardín de mi casa donde habéis bailado de forma tan deliciosa... Para vos será sólo el recuerdo de una de vuestras actuaciones pero para mis invitados y para mí será el de una fiesta artística ideal en la que habéis figurado como la auténtica belleza antigua; las pequeñas fotografías que he adherido a ésta describen mejor que cualquier discurso la impresión que ha dejado vuestra bella aparición digna de un sueño oriental.

»Por mi parte estoy encantado de haber contribuido a situaros en el marco de luz y objetos artísticos que, según me dicen, acompañaban como se merece la silueta de vuestro admirable cuerpo.»

Críticas periodísticas, cartas particulares, comentarios recogidos en «Memorias» contemporáneas nos dan una imagen algo confusa del porqué del éxito de Mata-Hari. Todos los que la veían parecen más transidos de emoción –lírica o sensual– que analistas fríos de una presencia en el escenario. Por eso es de agradecer una voz disonante, la del crítico de *L'Écho de Paris* quien, después de admirar la belleza de la bailarina «de ojos grandes y una boca sonriente como una hendidura en la pulpa de una fruta madura», precisa de forma un poco brutal que «sus danzas no tienen el interés ni la perfección que podían emocionar».

Reacción parecida, distinguiendo el arte de la persona, la tendrá Colette al recordarla después de su muerte: «Apenas bailaba pero sabía desvestirse progresivamente moviendo un cuerpo largo y orgulloso. Llegaba casi desnuda, bailaba vagamente con los ojos cerrados y desaparecía envuelta en sus velos.»

Lo que sí admira más el biógrafo al trazar este esbozo de los comienzos de Mata-Hari es la seguridad, increíble en una novata, con que llevaba sus relaciones públicas. Hablaba a cada uno según su categoría social e intelectual y de la misma forma se portaba cuando se trataba de públicos diferentes. Así cuando supo que la condesa de Loysne gustaba de rodearse de académicos en sus fiestas procuró que las joyas con que se cubría fueran más numerosas que de costumbre para no ofender los castos ojos de aquellos sabios, lo que provoca el sarcástico comentario del *Journal Amusant*: «Ha bailado tan desnuda como un discurso académico.» En cambio, al ser invitada al *Círculo Artístico y Literario*, creyó que la bohemia del ambiente merecía otro trato personal y apareció desvestida de los pies a la cabeza, «desnuda como Eva en su primer pecado sin más hoja de parra que una pequeña alhaja de oro». Resuena algo exagerado; quizá sea mucha audacia desmentir tantos años después a un testigo presencial pero se puede asegurar que ni siquiera en aquella festiva ocasión, Mata-Hari bailó del todo desnuda. Sabía que el pecho, el «talón de Aquiles» de su hermosura, tenía que seguir oculto a la mirada del público.

Su biografía –al menos la que contaba– seguía siendo un amasijo de mentiras y verdades mezcladas sabiamente según las circunstancias de tiempo y lugar donde se encontraba. La tónica general por entonces era subvertir las épocas de su existencia. En lugar de nacer en Holanda e ir casada a las Indias, sostenía haber nacido allí, venir a Europa a los doce años y regresar allí tras casarse con «lord» McLeod en Wiesbaden. Así desaparece de la historia el pobre sombrerero y ella puede mantener el lady McLeod que añadía precediéndolo al nombre de Mata-Hari en sus primeras actuaciones.

En cuanto a su arte lo define con sencillez y pedantería al mismo tiempo:

«Las danzas brahmaniles son símbolos y cada gesto corresponde a un pensamiento... La danza es un poema y cada movimiento es una palabra», lo que llevó al corresponsal italiano de *La Patria en París* a asegurar que «Mata-Hari combina la ciencia teológica de un brahmán con el encanto de una danzarina», algo que podía complacer

igualmente al estudioso de religiones lejanas y al amante de Terpsícore y en todo caso, como decía antes, agradar, por un lado o por el otro, a partidarios de cada una de esas especialidades.

Toda carrera artística necesita de un agente y Mata-Hari tuvo la suerte de encontrarlo pronto gracias a su amigo abogado Clunet, en la figura de Gabriel Atruc, empresario que se hará célebre mundialmente años después al presentar en París los *Ballets rusos* de Diáguilev con el genio Nijinski a la cabeza. Buen conocedor de su oficio conseguirá para Mata-Hari su primer escenario de categoría haciéndole trabajar en el Olympia, todavía existente hoy en el Boulevard des Capucines de París. Como el número de la bailarina no duraba bastante tiempo, lo rodeó de otras atracciones como un grupo de bailarines árabes, un mimo llamado Fred Karno, varios acróbatas y un malabarista, *Leo y su violín infernal.*

Pero la estrella era, sin duda, Mata-Hari que recibía la fabulosa suma de 10 000 francos de entonces por su número. La crítica periodística multiplicó los elogios vertidos cuando se trataba de representaciones semiprivadas. El serio *Figaro* llegó a publicar que «si la India posee esas maravillas inesperadas, todos los franceses emigrarían hacia las riberas del Ganges».

Con igual devoción se expresaban los demás periódicos; la excepción corrió a cargo del corresponsal en París de *La Nación* de Buenos Aires, quien tuvo la idea –fue el único– de consultar a un especialista del mundo hindú sobre aquel espectáculo. La respuesta fue que las bailarinas de aquel país, en vez de exhibirse desnudas, visten en sus actuaciones un tejido largo blanco y que su castidad es proverbial en el país donde gobiernan los brahmanes. François de Nion, al citar esta respuesta en sus artículos, se pregunta si el país rendido ante esa falsa danzarina oriental había caído en el más ridículo de los engaños como cuando, en tiempos de Luis XVI, las masas parisinas recibieron con entusiasmo a un fastuoso embajador oriental... que resultó ser un tendero de Marsella.

Esa acerba crítica fue única y además publicada fuera de Francia. Asombra hoy pensar que gente tan culta y refinada como los cronistas de París, fueran unánimes en

alabar sin tasa una falsificación tan clara y que nadie se molestara en indagar, como hizo Nion, su autenticidad.

El éxito llenaba los bolsillos de la, hasta hace bien poco, pobre Mata-Hari quien, por otra parte, e inmediatamente después de cobrar sus primeros honorarios, dio libertad a su gusto para adornarse de vestidos y joyas carísimas. Así, a pesar de sus altos ingresos a las pocas semanas de su *première* ya había un joyero de París exigiéndole ante el juez el pago de facturas atrasadas a lo que Mata-Hari, en un alarde de improvisación, contestó que había adquirido las alhajas sin consultar con su marido, aquel McLeod antes dejado en el olvido. El magistrado ante esa excusa dictó una solución salomónica obligándole a abonar 2 000 francos mensuales a cuenta de los 12 000 francos oro de la deuda.

Pequeños problemas económicos aparte, el triunfo seguía y con él la aglomeración de admiradores y periodistas de todas las nacionalidades que la visitaban en el teatro Olympia o en el lujoso piso de la rue Balzac número 3 donde se había instalado. Entre los extranjeros no faltaban enviados de periódicos holandeses ávidos de contar a sus lectores el éxito de esa compatriota «por casamiento». Uno le preguntó, vista su tendencia oriental, si pensaba terminar su vida quizá en algún templo budista del Tíbet pero Mata-Hari, más práctica, le contestó que abandonaría el teatro para casarse con un conde o militar ruso que le había pedido en matrimonio y que, naturalmente, sólo existía en su imaginación.

En su imaginación y, sin saberlo ella, en el futuro. El hombre que debía ser su amor total y realmente único sería efectivamente de esa profesión y de esa nacionalidad. Pero para ello faltaban diez años.

Por cierto y hablando de maridos posibles, el auténtico, McLeod volvió a surgir entonces en su vida para demandarla a través de un abogado el divorcio definitivo ya que hasta entonces sólo existía la separación legal... A pesar de su desagrado por el comandante Mata-Hari se resistía a las instancias del enviado porque estaba encariñada con el falso título de McLeod que todavía utilizaba de vez en cuando. Fue necesario que el abogado le amenazase con la publicación en la prensa holandesa de una

fotografía de Mata-Hari desnuda –«la hizo un amigo sin mi consentimiento»– para que accediera al divorcio final que se dictó en Amsterdam el 26 de abril de 1916.

(La prisa de McLeod se debía al deseo de contraer nuevas nupcias y también esta vez con una muchacha más joven que él. Si cuando se casó con Margaretha, él tenía treinta y nueve años y ella diecinueve, en el segundo, en noviembre de 1907, llevaba a la novia veintiocho años; y aún habría un tercero.)

Mientras tanto Gabriel Astruc cree que Mata-Hari ha pasado con todos los honores su iniciación a la carrera teatral y está preparada para el salto al extranjero. A primeros de 1906 le consigue un contrato de dos semanas en Españal. Local: el Central Kursaal de Madrid que inauguraba con ella su andadura como centro de *varietées.*

España en esos momentos estaba gobernada por el Partido Liberal en la persona de Segismundo Moret y socialmente interesada por el enlace de don Fernando de Baviera y la infanta María Teresa, hermana del rey Alfonso XIII. Se daba en la prensa entre otros detalles la constitución de la nueva Casa de Sus Altezas Reales con el marqués de Sanfelices de Aragón como jefe masculino y la condesa de Mirasol, «tan estimada por sus virtudes y talentos», en calidad de primera dama.

Para ir bien vestidas a las fiestas que se celebraban en honor de la pareja, las invitadas leen a los cronistas de moda como el que recuerda que «torna a imperar el color vino de Burdeos, terciopelo color frambuesa; siguen los trajes envolantados como llevaba la emperatriz Eugenia allá por 1869».

Como se ve, se mantiene la costumbre eterna de rechazar las modas de las madres para volver a la de las abuelas. Complemento obligatorio de la señora de la época es el manguito «que ahora se lleva aplastado». (*Heraldo de Madrid,* 12 de enero de 1906.)

En cuanto a la salud hay un anuncio interesante que hoy sería imposible de publicar: «Pastillas Bonard. Cloroboro-sódicas con cocaína para enfermedades de la boca y la garganta.»

En el *Blanco y Negro* del 22 de enero se quiere quitar complejos a los bajitos prometiéndoles «crecer de dos a

cinco pulgadas en poco tiempo». Otro crecimiento mucho más importante en una época en la que triunfa el seno grande, se consigue con las «pilulas orientales» que en sólo dos meses «dan generosa lozanía al busto de la mujer sin perjudicar la salud» y, lo que es importante en una época en que la figura femenina tiene forma de S por el estrecho corsé, «ni ensanchar la cintura».

En el teatro los madrileños ricos pueden ver *El trovador* en el Teatro Real y los otros contentarse con *Locura de amor* de Tamayo y Baus, la dramática historia de Juana, la demente enamorada de Felipe el Hermoso o *El puñado de rosas,* la popular zarzuela. Quien quiera un plato más fuerte, puede asistir a *El huerto francés,* un melodrama en cinco actos cargado de crímenes y sacado de un hecho real que había conmovido a la sociedad española. Los autores que se beneficiaban de la morbosa noticia, eran Carrión y Porra.

En la línea más amable estaba *El iluso Cañizares,* donde un joven y prometedor autor alicantino llamado Carlos Arniches recreaba, ante la admiración de los nacidos en la Villa y Corte, el habla madrileña con mucha gracia. En el teatro de la Princesa otro autor también joven y moderno quiere mostrar un estilo nuevo pero el crítico de *Blanco y Negro* (27 de enero de 1906) encuentra que en *El marqués de Brandomín* de Valle Inclán «la acción es demasiado lenta».

En el Novedades se ofrecía la *Gran Compañía de Varietées,* donde actuaba nada menos que «la Formarina» y destacaba la picardía de una joven cantante, Consuelo Portela, llamada «la Chelito», cuya búsqueda de una pulga imaginaria le permitía cerrar y abrirse la bata con que aparecía en escena con gran alborozo del poco respetable público. En los cafés de Madrid, institución muy importante en la época, se comentaba la actuación de la artista y todavía más la de su madre, administradora celosa de los encantos de su hija; de ella se citaba una frase definidora de su filosofía vital, cuando «la Chelito» le comunicó que se estaba enamorando de un joven, y lógicamente poco afortunado, estudiante.

«Hija, sobre todo no olvides una cosa. Los hombres pobres son todos unos sinvergüenzas.»

El cine está empezando a atraer público a veces poco preparado para los efectos visuales. La película *El toro escapado* provoca la huida de numerosos espectadores convencidos de que el animal se les venía encima.

Ese auge de los *varietées,* nombre que indica el origen francés del género, molesta a algunos tradicionalistas porque «se impone a costa del género chico» o sea la zarzuela. Precisamente en el teatro de este nombre, se presenta un espectáculo de este tipo con la famosa Cleo de Merode a la que acompaña en el cartel una tal Antonia Fernández de la Criolla que «se burla de los japoneses y del baile oriental».

Podría tratarse de la primera parodia del acto de Mata-Hari, aunque tendría que haberse preparado con excesiva celeridad. Efectivamente esta referencia aparece en el *Blanco y Negro* del 10 de febrero de 1906 y nuestra holandesa de Java, había hecho su debut en Madrid sólo un mes antes.

La expectación despertada por su llegada tras las críticas de París, ocasionó que un redactor del *Heraldo de Madrid* se presentase en el Central Kursaal antes del estreno para informar humorísticamente sobre el *atrezzo* que traía la famosa bailarina. A juzgar por el tono de la crónica asistió también al ensayo general.

«Llegó por fin el equipaje de la famosa india Mata-Hari pudiendo inaugurar el Central Kursaal y tal.

»Ante los rumores y anuncios confidenciales –se refiere a los que advertían de la desnudez de la artista– creíamos que sería para Mata-Hari cosa sencilla renunciar al contenido de baúles y cajones para exhibirse ante el público pero advertimos pronto el error de esa opinión y vimos que el equipaje

... no es primordial
ni elemental
para lucirse
en el Central Kursaal.

»Primero vimos sobre la gentil hembra de las tierras de Bombay muchas gasas, telas recamadas en oro y plata, alhajas y un *maillot* de seda prodigiosamente *collant* cubriendo el torso.»

El pícaro periodista, evidentemente prefería usar del término francés para describir una tela ajustada al cuerpo. Parece claro que la empresa del Central Kursaal aconsejó a Mata-Hari que no se mostrara ante el tradicional público español como lo hacía en la libre París. Luego sigue describiendo el ensayo del espectáculo con cierto resquemor patriótico. Da la impresión de que se negaba a dejarse *épater,* él, un provinciano, por la fama de una artista internacional, o por una cuidada escenografía:

«Rodeaba a la artista sobre el escenario multitud de palmeras, ora artificiales, ora del desierto y que es muy posible formen parte del equipaje anteriormente calificado de poco elemental.»

La presencia de las divinidades hindúes también le deja frío:

«A la derecha del espectador aparece sobre las tablas un monigote bien tallado que, para los hindúes, tiene el augusto poder de la divinidad y para nosotros no tiene plaza de importancia ni significación alguna, sea todo lo Buda que se quiera.

»Vimos después otras gasas, otras telas recamadas y varias armas indias que también figuran intercaladas en el texto del equipaje.

»Pudimos contemplar, en otra y última escena que cofres, cajones, bailes y maletas de Mata-Hari contenían unos velos negros que, liados a parte del cuerpo de tres bailadoras y cantadoras españolas quedaron éstas de pronto y así como quien no quiere la cosa, convertidas en sacerdotisas de Buda.» (*Heraldo de Madrid,* 8 de enero de 1906.)

Aparte de la confusión religiosa del «santoral» se nota en esta reseña una reacción negativa que no presagiaba nada bueno en la prensa española para el *début* de Mata-Hari. Y sin embargo ésta quedó como la única reacción de alguien con complejo de inferioridad ante una artista llegada de París con pretensiones de triunfadora. El resto de la prensa madrileña, se rindió a los pies de la bailarina. Muestra, este texto:

«La célebre artista Mata-Hari no tiene rival en la interpretación de las danzas sagradas de la India. Así lo han

reconocido los públicos de Europa, entre los que tiene Mata-Hari extraordinaria popularidad. Es una mujer de arrogantísima figura y de espíritu sugestivo y avasallador. Tal vez las grandes dimensiones del salón no permitan a muchos espectadores apreciar en todo su mérito la finísima labor artística de Mata-Hari. En la última danza "Al venir el desnudo" produjo gran sensación. Se la aplaudió extraordinariamente.»

Y eso que iba con *collant*. El cronista elogia luego el gusto de quien la trajo.

«El Central Kursaal puede ser un espectáculo de gran importancia si los directivos o empresarios cuidan de refrescar el cuerpo trayendo grandes novedades extranjeras y tal es su pensamiento, según nuestras noticias.»

Después de lo cual y tratándose de una empresa nueva, el periodista quiere alejar sospechas de haber sido sobornado para el elogio.

«Y para concluir una pequeña aclaración:

»El repórter que firma estas impresiones no tiene relación de ninguna clase con la empresa del Kursaal. Únicamente ha mantenido una buena amistad con ella.

»Digo esto porque algunos compañeros han supuesto que me habían nombrado representante de la prensa en este nuevo espectáculo.

»¡Jesús, María y José!

»Yo no puedo ni quiero representar a nadie. Gracias con que me pueda representar a mí mismo.» (*El Liberal*, 7 de enero de 1906.)

Otro cronista fue todavía más entusiasta. Bajo el título *Bailes Sagrados* decía:

«En el Central Kursaal obtuvo los aplausos rendidos del público una artista india notable por su hermosura peregrina y por los bailes que ejecuta de un modo tan primoroso que, a pesar de ser esto el más plástico de todos los espectáculos... (se supone que por más "plástico" entiende el crítico aquel en que el cuerpo femenino se muestra en sus tres dimensiones sin embarazo)... la singular bailarina, ni por los movimientos ni por las actitudes que adopta, evoca en los espectadores otras ideas que las más puras.»

Deducción demasiado subjetiva pero que sirve al re-

dactor para elogiar al espíritu como triunfador de la materia.

«Vivo ejemplo es éste de la fuerza ideal del arte y del poder de los artistas por triunfar en los medios más materiales de expresión. La de Mata-Hari en los *Bailes Sagrados* de la India, llama la atención, con justicia, del público más culto.» (*Blanco y Negro,* 15 de enero de 1906.)

Coincidirá otro periódico en el aplauso popular.

«La artista Mata-Hari gusta mucho en la interpretación de las danzas sagradas de la India. Es una mujer de arrogantísima figura.» (*Época,* Madrid, 8 de enero de 1906.)

¡Ah! La entrada al espectáculo costaba una peseta. (El diario donde se anunciaba valía cinco céntimos.)

En Madrid, aparte del éxito profesional, conocerá, por intermedio también de Clunet, al embajador de Francia en España, Jules Cambon. Ambos serán amigos tan fieles de la holandesa que la frase estereotipada «hasta la muerte» cobrará aquí todo su significado. Como abogado el primero, como testigo favorable el segundo, estarán a su lado en el proceso que le condenó a muerte.

Pero eso queda ahora muy lejos en la cronología y mucho más ante el esplendor vital de Mata-Hari. Tras el éxito obtenido en la escena española su satisfecho empresario le prepara una *tournée* por las principales ciudades del continente. Europa le espera.

* * *

El papel que esta vez le había conseguido Astruc era algo más que otra salida a escena al son de la música hindú, las contorsiones de costumbre y la apoteosis sensual. Ahora se trataba nada menos que de participar en un ballet creado por el compositor de moda Massenet y, si el autor era importante, el escenario elegido no le andaba a la zaga. Nada menos que el teatro de la Ópera de Montecarlo, centro de la sociedad más refinada de la época.

La obra se titulaba *El rey de Lahore,* evocación geográfica en la que, lógicamente, entraba sin ningún esfuerzo el acto de Mata-Hari. El compositor que ya la había admirado en París se entusiasmó ante la idea de contar con su

colaboración; así se lo comunicó a Astruc y a ella cuando pudo conocerla personalmente. En cuanto a Mata-Hari se sintió situada en el escalón más alto de su carrera. De las variedades al gran ballet, del Gran Kursaal al teatro de la Ópera. ¡Y en Montecarlo!

El estreno fue el 17 de febrero de 1906; como se ve, Mata-Hari tuvo poco tiempo para ensayar su adaptación a un espectáculo totalmente nuevo. En el escenario alternaba con una bailarina conocida, la Zambelli, en el tercer acto, y con la soprano norteamericana Geraldine Farrar, un mito del *bel canto* norteamericano. Desde el palco real la admiraba Alberto I de Mónaco, acompañado por Massenet que le escribió después del estreno: «El veros fue un encanto, una felicidad. Mis respetuosas felicitaciones.»

Y Puccini –el gran Puccini– le envió flores y una carta elogiando a la «encantadora artista».

Como se ve no era sólo el público poco preparado quien se rendía a la artista creyendo en su autenticidad oriental. Los mismos especialistas del arte musical, gente acostumbrada a distinguir lo verdadero de lo falso, se sentían tan deslumbrados por su actuación como los periodistas monegascos, quienes la colmaron de tantos elogios como sus colegas de París y de Madrid.

Su renombre se extendió por toda la Costa Azul, que ya entonces era refugio de los nobles ingleses y ricos franceses que huían del frío, y con ocasión del Carnaval de Niza, se le pidió que desfilara en una carroza alegórica del amor en el papel de Venus.

Todo parecía abrirse a su paso y Astruc preparaba ya febrilmente sus nuevos contratos cuando Mata-Hari le comunicó una asombrosa nueva. En una visita a Berlín se había enamorado de Kiepert, un teniente alemán; otra vez el uniforme, aunque rico de familia, ¡otra vez el dinero!, y no pensaba trabajar durante unos meses.

Asombrosa actitud que hace reflexionar al biógrafo hasta ahora convencido de la frialdad de una mujer mantenida desde que inició su vida profesional. Cuando parecía que se había trazado una carrera segura y directa y que jamás dejaría que el corazón se impusiese al cerebro, cae en brazos de un militar que desde luego tenía dinero pero que, en los momentos en que ella tenía que batir el

hierro caliente de su popularidad, la retiraba del «mercado» haciéndola perder las mejores oportunidades de proseguir su meteórica carrera. Y eso a pesar de las súplicas de Astruc quien le recordaba en sus cartas la facilidad con que las masas olvidan a sus ídolos si no oyen hablar de ellos durante un tiempo, sustituyéndoles por cualquier otro que aparezca oportunamente en escena.

Todo era inútil. Mata-Hari se sentía feliz en los brazos de su Kiepert y más a gusto en Alemania; como buena holandesa le había sido fácil aprender su lengua en la escuela pero, sobre todo... le encantaba un país donde el ejército constituía la más alta expresión de disciplina y elegancia, donde un oficial era tan admirado como respetado, justamente lo que ella había sentido desde niña.

Y ese ambiente le era tan grato que cuando su amante le ofreció acompañarle a las maniobras militares de Siberia –en septiembre de 1906– accedió encantada. Durante cuatro días respiró el ambiente de unos hombres de uniforme que fingían luchar y morir en un ensayo que, pocos años después, iba a transformarse en una representación real en la guerra de 1914. Pero Mata-Hari no lo sabía. Ni podía imaginar que un día esa estancia en la sede de la Alemania guerrera iba a constituir uno de los motivos de la acusación que la llevó a la muerte. Lo que los acusadores no conocían o fingían ignorar, es que Margaretha Zelle hubiese vivido con el mismo entusiasmo unas maniobras parecidas en el ejército francés o italiano. Porque en todos ellos era el militar, el guerrero el que la fascinaba, banderas aparte, y lo demostró varias veces en su vida. Margaretha asegurará luego que a veces engañaba a Alfred Kiepert con el duque de Cumberland que entonces tenía sólo diecinueve años y con el hermano de éste, Jorge Guillermo. La tierna edad del primero no molestaba a quien apreció el físico de los jóvenes cuando ella lo era... y siguió con el mismo gusto después.

En esta ocasión, y afortunadamente para su carrera, la relación amorosa con el oficial de turno duró poco. La negativa de Kiepert a divorciarse de su esposa húngara, contribuyó a despertar a Mata-Hari el deseo de reanudar su camino artístico. Seguía en contacto con Massenet

quien la visitó en Berlín y que lamentaba en una carta posterior haberla dejado. Su «Mata-Hari, salgo hacia París, gracias, gracias y mi admiración más ferviente» hace pensar que hubo entre ellos algo más que conversaciones artísticas. Sin embargo, asediado de trabajo, no pudo componer nada que sirviera a la representación de la holandesa y ésta tuvo que aprovechar una invitación de volver a las tablas en Viena; esta vez no tenía el soporte de una ópera y tuvo que presentarse en su antiguo papel de bailarina oriental a secas; eso sí, puesto que la capital austríaca era mucho más liberal en lo referente al ropaje que Madrid, mostrándose mucho más desnuda, como en París.

Lo malo es que en la misma ciudad se exhibía otro cuerpo femenino casi igualmente desprovisto de ropa, el de la norteamericana Isadora Duncan. La coincidencia era curiosa porque ambas bailarinas jugaban con elementos lejanos a la personalidad moderna europea. Si Mata-Hari aportaba el lejano ambiente de un Oriente más o menos falso, Isadora Duncan se empeñaba en resucitar el viejo espíritu del mundo griego. Las dos tenían fuerza en su particular cruzada y las dos lo hacían con generosa exhibición de su anatomía lo que llevaba al público a compararlas y a los críticos vieneses a intentar precisar cuál de las dos era la mejor representante de su postulado artístico.

En lo que se refiere a la holandesa los comentaristas austríacos no fueron tan unánimes como los franceses o los españoles; quizá por tener mayor cultura, alguno duda que las danzas sean auténticamente orientales y otro que sí admite esa posibilidad cree que, precisamente por ello, no es Mata-Hari «que siente más que interpreta» la persona más capacitada para presentarlas.

Sin embargo todos están de acuerdo en que, falsa o verdadera, la personalidad de Mata-Hari proyecta una sensualidad que su rival Isadora Duncan está muy lejos de alcanzar con su frialdad neoclásica. Y tampoco hay disidentes en la opinión de que como mujer, Margaretha resulta muy atractiva: «Ese cuerpo formado como una obra de arte y que se mueve con gestos llenos de un encanto acariciador y sacerdotal (*sic*) es totalmente pro-

vocativo.» El público les dio la razón con ovaciones interminables al terminar cada representación.

Al éxito vienés contribuyó grandemente a mostrar la habilidad, rara en una principiante, que había mostrado Mata-Hari en París en lo referente a relaciones públicas. Adelantándose a las técnicas publicitarias de la segunda mitad del siglo XX, la artista cuidaba personalmente de la distribución de autógrafos y de aparecer en *kermesses* benéficas donde sabía que su presencia sería recogida puntualmente por la prensa y agradecida por las señoras de la sociedad austríaca que, curiosamente, dado el carácter sensual de sus bailes, se constituían en sus admiradoras más entregadas. Igual le había sucedido en París y Madrid y la única explicación posible es la que di antes al mencionar esa admiración: que todas vieran en Mata-Hari a una mujer capaz de desafiar los módulos de una sociedad que, en lo referente a la libertad femenina, permanecía todavía anclada en el pasado. En cierta manera la bailarina hacía tanto por la liberación de la mujer en el medio teatral como la sufragista miss Panhurst en la política británica. Una pedía el voto en las elecciones y la otra el derecho a mostrarse como le plugiera en un escenario.

Fue hablando con los periodistas de Viena cuando Mata-Hari dio una nueva versión de su biografía. Ahora admitía haber nacido en Holanda... pero que su abuela era hija de un príncipe de Java y «de ahí la sangre india que corre por mis venas y que se muestra en el color aceitunado de mi piel y lo negro de mis cabellos».

Ésa era una versión aceptable dado que era difícil que los austríacos supieran que un grupo étnico situado al norte de Holanda, los Wondkers, abuelos maternos de Margaretha, tenían esas características tan raras en Holanda. Por lo demás seguía negando el oficio de su padre que ahora se había convertido en un «oficial holandés»... ¡ah! y su marido vivía todavía en Malang (Java).

Era un juego más sobre el cañamazo de una historia que se complacía en presentar de diversas formas pero siempre con dos características permanentes: su sangre hindú y que allí había aprendido las danzas que ahora presentaba al público europeo. Los demás –padre, mari-

do, escuela– cambiaban en el tiempo y lugar de forma misteriosa. También gustaba de deslumbrar a los periodistas con definiciones de sus danzas, que sostenía eran más religiosas que eróticas.

«Al bailar –confiesa al *Deutsche Volksblatt*– hago olvidar que soy mujer de forma que cuando ofrezco todo al dios, incluido yo misma, esa ofrenda está simbolizándose en el lento deslizar de mi *sarong*, la última pieza de vestido que me cubre y en el momento que me quedo de pie unos segundos desnuda del todo, no sugiero al público nada más que el interés por ese sentimiento que la danza expresa.»

Probablemente al lector que había tenido ocasión de verla actuar no quedaba muy seguro de que ese fuese el único «interés» que le movía al ver el cuerpo desnudo de Mata-Hari, pero la frase era hábil porque venía a decir al público y a la gente tradicional: eso es lo que yo me propongo y si algún malintencionado saca de mi actuación un placer sensual, la culpa está en su mente y no en mi actuación. Teoría que, por otro lado, no impedía a la gente simple y más preocupada por los sentidos corporales que por las lucubraciones religiosas disfrutar de la vista de un cuerpo que todos coincidían en considerar bellísimo... y todos contentos.

Mata-Hari, decíamos, había heredado de su padre el delirio de grandeza incompatible con la realidad y esta influencia se confirmó cuando, Adam Zelle, dispuesto a sacar partido también él de la popularidad de su hija sin importarle que ésta le trocara la profesión y a veces el origen, decidió publicar *La vida de Mata-Hari, la biografía de mi hija y mis quejas de su ex marido*. En el prólogo aseguraba que la primera parte de la obra había sido escrita por la misma Mata-Hari que le mandó el original desde los Estados Unidos donde residía. Una atribución que, por cierto, engañó a más de un estudioso de la vida de la bailarina, como Gómez Carrillo y que además irritó al comandante retirado.

En su panfleto, porque lo era a pesar de su tamaño (266 páginas), Adam Zelle acumulaba mentira tras mentira. Después de la inicial de la autoría de su hija desde Estados Unidos, inventaba una familia que dejaba las his-

torias de Margaretha en una simple exageración. Porque en ese árbol genealógico, muestra de lo que hubiera querido ser, el antiguo sombrerero apiñando todos los reyes, duques y marqueses que podía inventar como antepasados suyos. Y aprovechaba el tener la pluma en la mano para atacar a su yerno que había tenido la osadía de ofender moral y físicamente a su preciosa hija acusándole de estos y de todos los delitos posibles. Naturalmente la respuesta del ofendido McLeod no se hizo esperar y salió en forma de otro libro firmado por un abogado holandés. *La verdad desnuda sobre Mata-Hari,* adjetivo realmente oportuno al tratar de la bailarina a la que ahora se le adjudicaban todos los defectos, quedando Rudolf McLeod como un caballero víctima de aquella Mesalina.

A la protagonista de las dos historias le divirtió bastante la polémica porque representaba una publicidad que ni siquiera tenía que pagar. Y aún le gustó más el homenaje comercial de un tabaquero que lanzó un cigarrillo con su nombre. El eslogan que le acompañaba era «el cigarrillo indio último grito de la moda que dará satisfacción al gusto más refinado; es mezcla elegida de tabaco de Sumatra y de Turquía».

En enero de 1907 encontramos a nuestra protagonista rumbo a Alejandría en un barco alemán llamado *Schleswig.* ¿El motivo del viaje? Buscar nuevos temas para sus danzas. Es cierto que Egipto es un país norteafricano cuya única patente oriental podría ser la cercanía de Siria o Jordania pero su público no iba a distinguir demasiado entre Oriente Próximo y el lejano. Quien había mezclado en sus espectáculos el mar de Java con el río Ganges a pesar de los muchos kilómetros que separan a las dos aguas, no iba a ajustarse ahora a parámetros más precisos.

Sin embargo desde el punto de vista de la investigación el viaje fue un fracaso, como escribió luego a Astruc. «Esperaba encontrar danzas clásicas pero desgraciadamente todo lo que era bello ha desaparecido y sólo quedan bailes insignificantes y sin ninguna gracia.»

En este viaje a Egipto coincide con un periodista, René Puteaux, que publicará en *Le Temps* (12-III-1907) de París su decepción del momento en que vivía la danzarina.

«A bordo, Mata-Hari, la famosa bailarina india que nos reveló las danzas sagradas que exigen la desnudez, ahora ha renunciado a Siva y a su culto, se ha convertido en berlinesa, habla alemán con el menor acento oriental posible y piensa terminar sus días al borde del río Spree.»

Era lógico que no se le notara acento oriental a quien, en todo caso, podía tenerlo neerlandés. El periodista se hace eco después de otras manifestaciones de Margaretha Zelle. Son las que a menudo lanzan las famosas del espectáculo para mantener la atención de sus seguidores hablando de una retirada, a menudo sólo estratégica, para que le pidan que vuelva.

«Su mayor deseo es que se olviden de su brillante carrera y de los éxitos del Museo Guimet y el Trocadero; todo está terminado y el Egipto no le atrae como para buscar danzas nuevas.»

Aparte de la falsa retirada (los artistas jamás o casi nunca se retiran por gusto; los retira el público) hay en esa crónica un tono acre; queriéndolo el escritor o no, tendía a perjudicar la imagen de Mata-Hari ante el público francés. Aunque faltaban siete años para iniciarse la primera guerra mundial, existía en el país galo resentimiento palpable por la pérdida de Alsacia y Lorena en la contienda de 1870 y las exhibiciones militares y políticas del Káiser no ayudaban a tranquilizar al francés medio sobre las intenciones del vecino.

Destacar así la germanofilia de la bailarina no contribuía a hacerla popular ante los lectores de *Le Temps* y mucho menos cuando esa simpatía general hacia lo germánico se concretó en la figura del príncipe heredero del Imperio, el Kronprinz a quien Mata-Hari conoció en Egipto. Con veinticuatro años, era más joven que ella, algo que, como ya hemos dicho, no constituyó jamás un problema para la holandesa.

Alto, delgado, narigudo, buen jinete, constituía por sus características físicas, sociales y ecuestres, un atractivo múltiple que nuestro personaje no desaprovechó. Alejado física y espiritualmente de su esposa Cecilia de Mecklenburg, tampoco el príncipe se resistió mucho a la aventura con una bella mujer de fama internacional y el tórrido verano egipcio de 1907 lo fue especialmente para los dos.

Esta relación –en cierto modo normal en la agitada vida sexual de Mata-Hari– fue puntualmente comunicada a los lectores franceses y constituyó un elemento más en la fama de Mata-Hari como unida a un país hostil a Francia. Es más que probable que ese renombre influyera diez años después en el juicio militar que se le hizo en París. Había sido enemiga de Francia desde siempre y eso tenía que pagarlo.

Aparte del amor físico, su vuelta a Berlín coincidía con un nuevo proyecto. Ha sabido que Richard Strauss va a estrenar el 10 de mayo en el teatro parisino de Chatelet la ópera *Salomé* y sueña con interpretar la célebre escena de la seducción de Herodes. Con su descaro habitual lo pide directamente al compositor citándole en Berlín. «Deseo crear la danza y sobre todo bailarla en París donde soy muy conocida. Sólo yo puedo bailar el pensamiento de *Salomé*.» Como en sus declaraciones a la prensa austríaca, veía (o fingía ver) el baile siempre como interpretación de una idea, no de un instinto. Terpsícore para ella era la compañera fiel de Platón, cerebro y ritmo mezclados ajustándose uno al otro.

La carta terminaba con la alusión a un momento de su currículum que le podía ser útil porque era la única vez que había hecho algo importante desde el punto de vista intelectual:

«En Montecarlo interpreté el "aire hindú" de Massenet. Preguntadle lo que le pareció.»

Silencio por parte de Strauss que, evidentemente, no compartía su idea de que ella era la única persona capaz de bailar *Salomé* y silencio por parte de Astruc quien, además de no recomendarla al compositor austríaco, tampoco parece empeñado en apoyar la carrera de una persona que ha dejado pasar frívolamente su ola de fama en lugar de explotarla. Mata-Hari se da cuenta de que por gozar el presente se está jugando el futuro y, después de una reconciliación con Kiepert en Berlín, vuelve al lugar de su primer éxito, París, a intentar reanudar su marcha triunfal de hace dos años.

Por de pronto hay que dar la impresión de que no ha dejado la escena por falta de contratos y sí para ampliar sus conocimientos culturales y mejorar sus números es-

cénicos. Así, una vez instalada en el hotel Meurice, rue de Castiglione, junto a rue de Rivoli (de lujo, naturalmente) procura atraer la atención del importante megáfono de la prensa; el corresponsal del *New York Herald* en París es el designado para oír las declaraciones de la diva. ¿Cómo ha estado tanto tiempo sin actuar? Porque he hecho un largo viaje y he visitado Egipto y la India donde un marajá me invitó a una cacería. Allí he encontrado motivos para tres nuevas danzas, entre ellas *La leyenda de la Rosa* con la que debutaré en febrero en la sala Fémina en los Champs Elysées. Como se ve Mata-Hari vuelve a estar en forma, inventando viajes como el hecho por el Índico, que sólo estaban en su imaginación y quizá en su deseo. (Tanto interpretar el «espíritu» de un país debían darle ganas de conocerlo, al menos como turista.)

Y esa imaginación se desbordaba todavía más en otra entrevista dedicada a la revista *Fantasía*. Ahora, para explicar y justificar la ausencia de trabajo y por tanto de contratos, Mata-Hari se lanza a unos recuerdos mucho más dramáticos que los anteriores. Como cuenta el periodista Edouard Beaudu, la desaparición temporal de la escena por parte de la famosa bailarina se debe a un drama sucedido durante su estancia en Sumatra.

«Allí, en el país donde se guerreaba, apareció en medio de la bella claridad de su vida, una gran mancha sombría, un violento drama. Entonces ella volvió a Europa (¿volvió?, ¿es que en esa versión era europea de nacimiento?) muy triste y muy hundida; ese desamparo de un alma malherida encontró, como consuelo, la danza, ese vértigo del cuerpo. Y ella bailó mucho según su fantasía, según su melancolía. Por eso esa artista danza cuando quiere, quizá cuando sus nervios están tensos, cuando ella sufre demasiado.»

Como se ve el buen Beaudu, oscilando entre la comprensión y la cursilería, añadía a las justificaciones de una artista parada una nueva, más plausible y delicada. Es la ingrata memoria la que os permite o no trabajar, según sea el recuerdo estimulante o lacerante.

La tristeza de Mata-Hari tenía sin embargo otras razones menos literarias y más auténticas. Resultaba que, tras su éxito en París y aprovechando su ausencia, muchos

empresarios avisados buscaron a mocitas atractivas para lanzarlas a bailar de forma parecida. Aquella ignorancia del público sobre ambientes lejanos que tanto había contribuido a la popularidad de Mata-Hari, se volvía en su contra al no distinguir el espectador entre la –llamémosla– autenticidad de sus bailes y la de sus imitadoras que, además, mostraban, igual que ella, la mayor cantidad de formas posibles y en algunos casos más gráciles, por ser más jóvenes sus propietarias.

Contra esa competencia desleal levantó su voz Margaretha en la ocasión, realmente poco oportuna, de una fiesta a beneficio de los autores viejos. Fue el 20 de septiembre de 1908 y su amargura se refleja desde el principio sarcástico del discurso:

«Hace ahora tres años y medio de mi primer recital en una reunión privada del Museo Guimet. Desde aquella fecha memorable ciertas damas, arrogándose el título de *danzarinas orientales,* se han multiplicado honrándome con sus imitaciones. Me consideraría muy orgullosa de esa señal de atención hacia mi arte si las exhibiciones de esas damas mostrasen cierto valor desde el punto de vista científico y estético. Pero no ocurre nada de eso.»

Después de esta andanada, Mata-Hari que está haciendo lo que más le gusta en el mundo, es decir, hablar de sí misma, se lanza a precisar la diferencia entre lo auténtico y lo falso. Para empezar –dice– no se puede bailar sin haber nacido allí como hizo ella.

«Nacida en Java, en medio de una maravillosa vegetación tropical, me han enseñado, desde mi más tierna infancia, el significado profundo de unas danzas que constituyen un culto, una religión. Sólo aquellas que han nacido y han sido educadas allí pueden impregnarse de ese sentido religioso y darles la expresión solemne que exigen.»

Con lo cual, en realidad, se descalificaba a sí misma.

Para empezar, enumera los errores de esas imitadoras: ignoran que las manos de las danzarinas deben de estar libres y vacías siempre.

«He viajado por todo Oriente y debo decir con toda sinceridad que nunca he visto a una mujer bailar con una

serpiente ni ningún otro objeto en la mano. Las danzas orientales, tales como las que he visto y aprendido en Java, mi isla natal, son inspiradas por las flores de donde extraen su poesía. El año pasado cuando me encontraba en lo más profundo de Rusia...»

¿Rusia? Es evidente que Mata-Hari viajaba más fácilmente con la imaginación que con los medios de transporte de la época. De la misma forma que no había estado en la India ni circulado «por todo el Oriente» no importaba añadir ahora a sus falsos recuerdos el espacioso país situado al otro lado de Europa.

«... en lo más profundo de Rusia no pude por menos que acercarme a una mujer pseudodanzarina oriental que se presentaba con el nombre de "Perla de Oriente". Yo le hice notar que igual que hay perlas verdaderas, también las hay falsas.»

(Entre las verdaderas, estaba ella, naturalmente.)

Sigue una temporada en que la actividad escénica de Mata-Hari alterna hábilmente con el oficio de cortesana. Dicho de otra manera: sus esporádicas apariciones en los teatros Trocadero, Fémina o en casas particulares servirán sobre todo para que los parisienses bien dotados económicamente puedan presumir de poseer una amiguita famosa cuando les acompaña, siempre elegantemente vestida, a las carreras de caballos de Longchamp o a cenar a Maxim's. Sin embargo, a pesar de lo poco que actúa, su nombre se ha instalado ya en el olimpo del espectáculo y la revista *Música* la situará entre otras figuras triunfantes en la canción o el baile, tales como Cleo de Merode, amante, fuera de escena, del rey belga Leopoldo, de la Bella Otero, la española que presume también de esas relaciones, de «Lola Montez», una irlandesa que hace de España su falso origen como ella de la India.

De esa época son también los retratos que hizo de ella el pintor de moda Frantz Namur.

Años después, interrogado por un biógrafo, ese artista daba su impresión de la bailarina:

«¿Quién puede presumir de haberla conocido? Le he hecho dos retratos, el que está en traje de calle (y del que ignoro su paradero) y otro donde la bailarina posa con una diadema hindú y un collar de esmeraldas y topacios.»

Un pintor tiene ocasión de ver, durante muchas horas de pose, no sólo lo exterior de la modelo y Namur se desconcertaba ante la «otra» Mata-Hari.

«Lo que impresionaba y asombraba en esa mujer elegida por la fortuna a quien el destino había dado todo, gracia, talento, fama, era su íntima y gran tristeza. A menudo se quedaba reclinada en un sillón donde soñaba durante horas sus secretos. No puedo decir que haya visto sonreír nunca a Mata-Hari.»

La holandesa se había disfrazado de hindú y ese disfraz, al parecer, había calado en ella hasta transformar su personalidad. Por ejemplo en lo que se refiere a la suerte y la desgracia; hija de un pueblo sensato y comerciante, se sentía completamente oriental, apunta Namur.

«Era supersticiosa como una hindú. Un día, cuando se desvestía, un brazalete de jade cayó de su muñeca. "¡Oh! –dijo palideciendo–, esto me presagia una desgracia." Y como yo se lo ofrecía tras recogérselo, lo rechazó: "Quédeselo, no quiero verlo más."»

Y sin embargo la vida todavía le sonreía. A principios de 1910 se encontró con una oferta sensacional; Antoine, el más brillante y audaz de los directores jóvenes estaba a punto de estrenar *Antar,* obra teatral de un tal Chekri-Ganem, argelino, en la que la acción se desarrollaba en Arabia; en el ballet del tercer acto había una danza que parecía perfecta para ella: *Cleopatra.* Ya hemos dicho que el sentido oriental de los franceses y en general de los europeos del tiempo era más bien vago, tanto en la geografía como en la historia pero a la que menos importaba ese desfase era a Mata-Hari que aceptó encantada el papel, mucho más cuando se enteró de que la música iba a ser del «revolucionario» Rimski Korsakov y el lugar de la representación Montecarlo, de donde tenía tan buenos recuerdos.

En su número llamado *Danza del fuego* como el de Falla, Mata-Hari «dio un buen espectáculo, de una belleza sugestivamente sonriente, mística y temible» (*Le Matin*). Como se ve todavía no se aclaraban los críticos respecto a su arte mezclando los adjetivos más dispares. En todo caso era una crítica elogiosa como lo fueron todas las de los demás periódicos, con lo que Margaretha veía abrirse

de nuevo el camino del triunfo pero, asombrosamente, Antoine, al volver a montar la obra en el teatro Odeón que dirigía, decidió prescindir de ella y la despidió alegando retrasos en los ensayos y su carácter orgulloso y petulante; eso probablemente era cierto pero cometió el error de añadir a esos motivos de ruptura de contrato su fracaso en Montecarlo, lo que fue fácilmente desmentido por el abogado de Mata-Hari con las críticas publicadas a raíz del estreno y la justicia le dio la razón condenando al empresario a pagarle 15 días de sueldo a 2 000 francos oro por presentación.

Era una buena indemnización pero Mata-Hari haciendo gala justamente del carácter orgulloso de que le acusaban, quiso pedir, además, daños y perjuicios morales por un valor económico de 5 000 francos porque según su declaración ante el juez...

«El señor Antoine no sólo ha querido asegurarse la colaboración de una bailarina renombrada; además ha querido; dar a su público una danza hindú original cuyo secreto no ha sido transmitido a través de ningún texto escrito. Yo poseo, pues, el verdadero secreto del baile y este conocimiento de las antiguas danzas hindúes constituyen para mí una propiedad preciosa.»

Como complemento a esa acusación de plagio intelectual, Mata-Hari añadía que Antoine le había hecho ensayar frente a otra bailarina llamada madame Mariquita (curioso nombre para una francesa) que había podido así robarle el secreto de su arte.

La verdad es que resultaba de gran audacia para una falsificadora como Margaretha Zelle presumir de conservar un secreto que no existía más que en su imaginación. El juez no llegó a indagar su pasado, lo que hubiera sido fatal para su carrera, pero como cita, el periódico humorístico *Gil Blas*...

«... estimó, de forma irreverente, que el secreto de una bailarina que expone generalmente al público su espléndida desnudez, no tenía probablemente la consistencia jurídica necesaria»... y decidió en su contra.

Esa sentencia, unida al desencanto de no poder estrenar la obra en París, produjo un choque emocional en la vida de Mata-Hari que se retiró de la vida pública teatral

para dedicarse a la más confortable pero menos aplaudida, de amante oficial de alguien llamado Xavier Rousseau. A pesar de ese ilustre apellido literario, era un comerciante avispado que, enloquecido por la figura y la fama de Mata-Hari, hizo más que ponerle el piso o la casita con que los hombres de dinero han mantenido y retenido siempre a sus amantes. Rousseau le puso nada menos que un castillo, La Dorée, situado en la Turena.

Y no sólo le dio una mansión histórica sino que también, lo que es casi tanto de agradecer, le dio un nombre. Efectivamente el castillo había sido alquilado a su propietaria, la condesa de La Taille-Tetrinville, y según el hijo de esta señora –que hizo de intermediario– el nuevo inquilino era un hombre honrado y serio, con posibles, casado en segundas nupcias con una tal Van Zellen. El apellido original se ennoblece así con ese Van similar al Von alemán, pero el ascenso social se hace mayor en el resto de la descripción:

«... Viuda de un inglés, lord MacDonald, ex gobernador de las Indias.» Si el paso de Leod a MacDonald es un escalón mínimo, el de comandante holandés a gobernador británico de las Indias es casi un salto mortal.

Quien había descendido de categoría en esa ocasión era ella, al convertirse de lady en nueva señora Rousseau... y aún falsa porque la auténtica vivía en París, explicando la ausencia de su marido cada fin de semana por obligaciones de negocios.

El escritor Sam Waagenar en su búsqueda de Mata-Hari consiguió conversar con Pauline, la que fue su doncella y que describe la vida de la bailarina en aquellos meses, desde el despertar sobre un lecho encaramado sobre una plataforma a la que se accede por varios escalones. Las estancias eran gigantescas pero faltaba luz eléctrica, gas y agua corriente. Después del desayuno servido por Pauline era el paseo a caballo por los hermosos alrededores. Las habilidades ecuestres de Mata-Hari aprendidas durante su estancia en ultramar son conocidas y las puso en práctica largamente durante las largas horas de soledad en el castillo. Disponía de cuatro caballos de silla, y el favorito tenía el nombre obligado por la carrera de su dueña: se llamaba *Rajá*. Pauline cuenta que,

una vez, su dueña dio una lección de montar a un muchacho de dieciséis años que, llegado de Tours a caballo, se enorgulleció de su hazaña. Mata-Hari montó a su vez y subió así la escalera interior del palacio. Después de bajarla, siempre a caballo, le pasó las riendas al deslumbrado joven diciéndole: «Cuando seas capaz de hacer esto, podrás decir que sabes montar.»

En ese momento de la vida novelesca de Mata-Hari ocurrió un episodio que recuerda la obra famosa de Alejandro Dumas (hijo) *La dama de las camelias*. Esta vez no fue el padre quien llegó a pedir a la muchacha que dejara a su hijo por su bien. Fue la madre de Xavier Rousseau quien se presentó a esta otra Margarita en La Dorée para terminar con una situación escandalosa para la familia.

Era una situación difícil pero ahí es cuando Mata-Hari demostró que su arte de seducir no se limitaba al público de un teatro o a una reunión de periodistas. A los pocos minutos de conversación, la airada señora se convirtió en un corderito. Ganada por la simpatía de su falsa nuera no sólo cambió de idea sobre ella sino que se convirtió en su mejor amiga, permaneciendo seis meses en el castillo en su compañía.

No fue la familia, pues, lo que terminó la relación del banquero con la bailarina sino la más común de las causas de ruptura, es decir, la falta de dinero. Los negocios fueron mal, el banquero quebró y en estos casos, lo primero que se abandona son los gastos suntuosos comprendidos los castillos alquilados y la amante de turno. Mata-Hari aceptó la situación de buen talante, quizá también cansada del aislamiento de los últimos meses y más cuando el hundimiento económico de su amigo no le impidió mantener un chalé con jardín en Neuilly, zona residencial de París, en la calle Windsor, número 11. Era a finales de 1911.

Tenía un hermoso alojamiento pero le faltaba dinero. Era urgente volver al teatro, más por la comida que por los aplausos y volvió a llamar a la puerta de Astruc con una propuesta más financiera que artística. Aunque el teatro contase como proveedor de fondos se trataba de buscar un «caballo blanco»...

«¿Tenéis algún amigo rico interesado en proteger a

artistas pero como inversión? Me encuentro en apuros y me harían falta unos 30 000 francos para proporcionarme la tranquilidad de espíritu necesaria para mi arte. Sería una lástima destruir ese futuro. En garantía de ese préstamo daría todo lo que tengo en este chalé comprendidos caballos (los de La Dorée que había conservado) y carruajes.»

El proyecto de Mata-Hari era devolver ese préstamo en dos o tres años con los beneficios de las actuaciones que Astruc le proporcionaría. La idea era, tan fantasiosa como casi todas las suyas porque obligaba a su agente a trabajar doblemente para asegurarse la devolución del préstamo de un amigo, ante el que se hacía responsable del éxito, sólo posible, de su patrocinada. Naturalmente Astruc se negó a una operación tan aleatoria pero para complacerla le buscó otra oportunidad dentro de la antigua relación de agente y representada.

Y no fue poco lo que pudo ofrecerle. Nada menos que dos representaciones en la Scala de Milán. Entusiasmada con la idea de volver al teatro por la puerta grande, se puso a la tarea que tan bien conocía de la publicidad sugiriendo a Astruc que empezaran a sacar fotografías de ella, vestida o mejor dicho desvestida, en uno de los papeles propuestos, el de Venus, para enviarlos a la prensa antes de la *première*.

El baile que tenía que realizar Mata-Hari era el conocido de la *Princesa y la flor mágica* y apareció en el quinto acto de *Armida,* la ópera de Gluck. La otra actuación era la de salir como Venus en *Bacchus et Lambrinus*. Si la ópera primera databa de 1777, ésta era un estreno con música de Marenco.

Dos oportunidades, pues, para obtener el aplauso del público tradicional y del juvenil. Mata-Hari que no cabía en sí de gozo, dedicó, como siempre, gran parte de su tiempo a cuidar a la prensa y a ofrecerle su imagen biográfica para llegar al estreno con un ambiente de expectación.

Si el lector a estas alturas cree que conoce su biografía de sobra, se equivoca; Mata-Hari revisaba continuamente su vida para dar una nueva versión, tal y como harán las enciclopedias soviéticas años después, para subir o reba-

jar al personaje según convenga a la política del momento. En el caso de Margaretha Zelle no había ese problema pero sí una compulsión, casi enfermiza, de transformar los hechos continuamente.

Según esta versión, de enero de 1912, su gente no procedía de la India y sí de una familia de militares gobernantes de la India; eso sí, se insistía en que ella había nacido en Java y que a los doce años vino a Europa donde se había educado en elegantes colegios de Inglaterra, Francia y de Alemania.

Lo que no dejó de hacer en esta ocasión fue exponer su vieja teoría de que su actuación era casta y que sólo los mal intencionados podían pensar lo contrario.

«Existe un proverbio hindú que reza: Cuando una danza está bien bailada, apacigua entre los que la miran los deseos que ellos querían ver excitados.» El periodista del *Corriere della Sera,* consciente de la sangre «cálida» de los compatriotas de Casanova, añadió, escéptico, a esta dedicación:

«Quizá suceda eso en la India.»

Las críticas a su trabajo no fueron entusiastas. Volvió a surgir la admiración por la fuerza «plástica» de la danza pero también el reproche de que se exhibía pero no interpretaba. La coreografía moderna del segundo espectáculo desconcertó un poco, lo que en realidad no era culpa de Mata-Hari, aunque ella, siempre pronta a teorizar incluso de lo que no sabía, escribió a Astruc las razones de su actuación admitiendo la sorpresa de parte del público.

«Interpreto a Venus con mis propios cabellos, es decir, en la sombra. Algunos se han desconcertado pero yo les he explicado que Venus es una personalidad abstracta, que es la hipérbole de la belleza y que puede ser morena, o pelirroja o rubia y han tenido que darme la razón.»

La conclusión última puede ser un poco optimista pero Mata-Hari tenía que exagerar el éxito obtenido porque veía en sus actuaciones en la Scala el trampolín para recuperar el solio que en esa época parecía perdido para siempre. A su edad necesitaba sacar de ese contrato otros muchos que garantizaran su permanencia en los escenarios unos años más, hasta que llegara la hora de retirarse.

Le urgía sobre todo actuar en el más renombrado de los espectáculos europeos, los famosos *Ballets rusos* de Diáguilev, lo que daría a alguien de ayer la consagración de hoy; para ello insiste con Astruc. *Tenía* que conseguirle ese contrato. Y como ello no llegaba no se le ocurrió otra cosa que enviar ella el documento ya firmado para que Diáguilev lo firmase a su vez. Así de fácil.

Naturalmente el director ruso que en cuanto a petulancia y seguridad en sí mismo no tenía nada que envidiar a la bailarina, contestó con un «no» seco a esa pretensión advirtiéndole a Astruc que, en todo caso, tenía que ver personalmente a la artista. Y Mata-Hari tuvo que emprender su viaje a Canossa, es decir, a Montecarlo como si en lugar de una *prima donna* del espectáculo fuera una principiante en busca de su primer contrato.

Y como ella fue tratada, efectivamente por Diáguilev; tras varias citas sin aparecer, le mandó a su escenógrafo Bakst quien le advirtió sólo le podía ofrecer una parte poco lucida en *Scherazade* pero que, incluso para ello, tenía que pasar el examen visual para ver cómo era un cuerpo que debía aparecer desnudo en escena.

¡Hacerle eso a una diva conocida en toda Europa! El 2 de abril de 1912 Mata-Hari se queja a Astruc de una humillación que debía repetir en el cuadro general.

«Me he desnudado totalmente ante Bakst lo que creo que es suficiente. Considero inútil volver a hacerlo en Beausoleil por donde transitan todos los empleados.»

No hicieron caso a sus quejas y tuvo que dejar Montecarlo ofendida y humillada, mucho más cuando, con su habitual seguridad, había contado ya a quien quiso oírla su inminente *début* con los famosos *Ballets rusos.* Por primera vez reconoce su inoportuna verbosidad en una carta a Astruc.

«Tengo que reconocer que ese asunto de los *Ballets rusos* me ha dejado en una posición difícil porque había hablado demasiado de ello.»

Quizá sean estas líneas la primera confesión de una decadencia que estaba clara para muchas personas de su mundo pero que jamás se le había ocurrido a ella. Pero luego le ganan de nuevo las ganas de vivir y de luchar, eso sí, en otro ambiente. Si el francés no la acepta, intentará

el alemán; sigue siendo Europa y Berlín la ciudad que el Káiser y sus ministros intentan hacer cada día más cosmopolita y bella para competir con el admirado y odiado París.

Irá pues a Berlín donde, además, tiene a un amigo, el embajador francés Jules Cambon, que representa ahora a su país en Alemania como lo había hecho, muy bien por cierto, en la España donde conoció a Mata-Hari. A ese encuentro se refiere amablemente al contestar su carta en demanda de recomendarla para actuar en la capital del Imperio.

«Recuerdo vuestra visita en Madrid adonde llegasteis con una carta de presentación del señor Clunet. Me decís que ahora queréis actuar en la Ópera de Berlín. Se trata del teatro de la Corte y depende por completo de la Casa de Su Majestad.»

De todas maneras se declaraba dispuesto a ayudarla y Mata-Hari, que no perdía ocasión de aprovechar sus relaciones, mandó esa carta a Astruc para que escribiera al superintendente del Teatro Imperial de Prusia en su favor, adjuntando la nota del embajador. Se añadía que tenía «el deseo más profundo de cambiar de residencia y espero que eso tenga éxito».

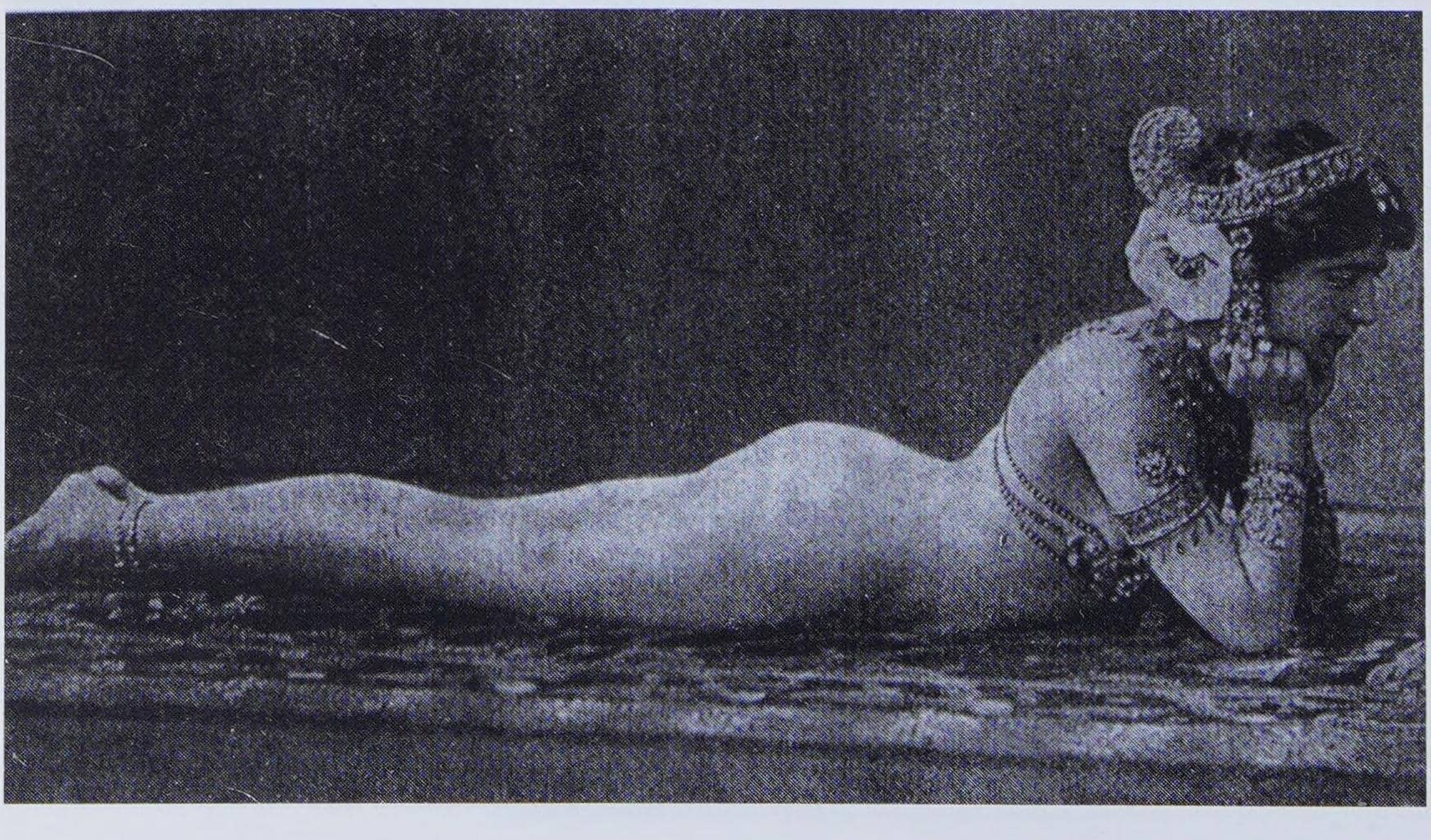
No hubo respuesta y Mata-Hari se tuvo que contentar con seguir dando representaciones en casas privadas, incluida la suya de Neuilly con lo que, al menos, conseguía no estar ausente de las páginas de la prensa de París. Sabía ya por experiencia que toda estrella del espectáculo que deja de brillar por una temporada está muerta en el recuerdo de los espectadores e intentaba evitarlo. En su obsesión de unir su espectáculo con la cultura aceptó la invitación del crítico musical de *Le Matin,* Paul Olivier, para ilustrar con su arte una conferencia que debía versar sobre las festividades sacras de Japón, India y Java. Esta vez fue otra persona quien inventó su biografía al presentarla al público. Efectivamente, según Olivier, Mata-Hari había nacido en las orillas del Ganges y dividía su tiempo entre su patria tropical y su residencia de Neuilly donde permanecía largo tiempo entregada a la meditación brahmánica. El acto de Mata-Hari tuvo el éxito de costumbre aunque no tanto como pretendía el anfitrión Olivier al

Hija de Antje Vandermeulen y Adam Zelle —un sombrerero de Leeuwarden con ínfulas de grandeza—, Margaretha Gerthrude (Mata-Hari en el siglo) tenía la piel morena y el cabello negro cuando nació en 1876. De esa «anomalía», tan poco holandesa, cabe «culpar» a la madre.

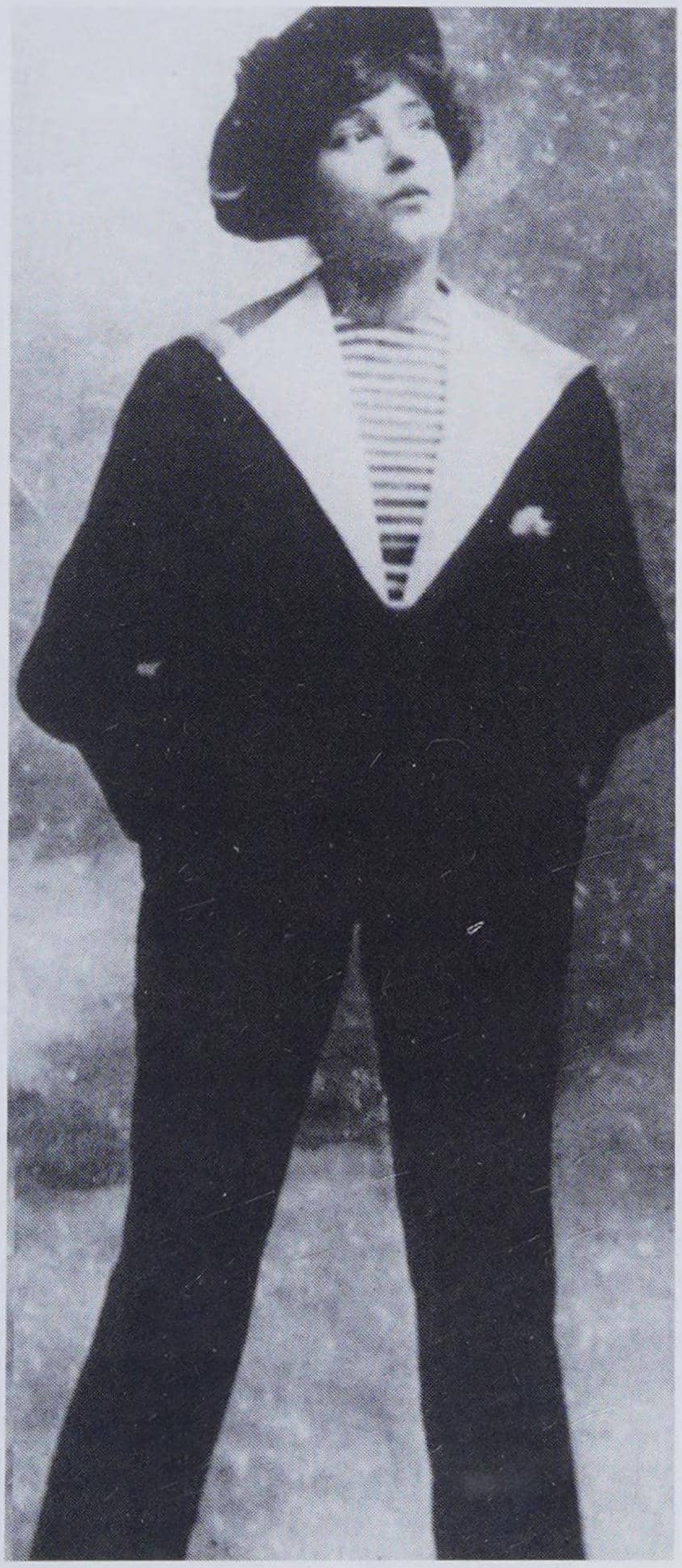
El amor a los uniformes será una constante deslumbradora en la vida de nuestra heroína. Nada tiene, pues, de extraño que tras un corto noviazgo epistolar, y a los diecinueve años, se case con Rudolf McLeod, su talludo oficial destinado a las Indias Orientales holandesas que la ha dejado embarazada.

Los cuatro años que vivieron en Java bastaron para que el desigual matrimonio se diera cuenta de su mutua «incompatibilidad», separándose legalmente ya en Amsterdam el 1902. Al calor de la fascinación europea por lo oriental (uno de sus adalides literarios, Pierre Loti, a la izquierda), **y entusiasmada ella misma con las sensuales danzas aprendidas en Java, Margaretha decide ganarse la vida en París como bayadera con el nombre de Mata-Hari.**

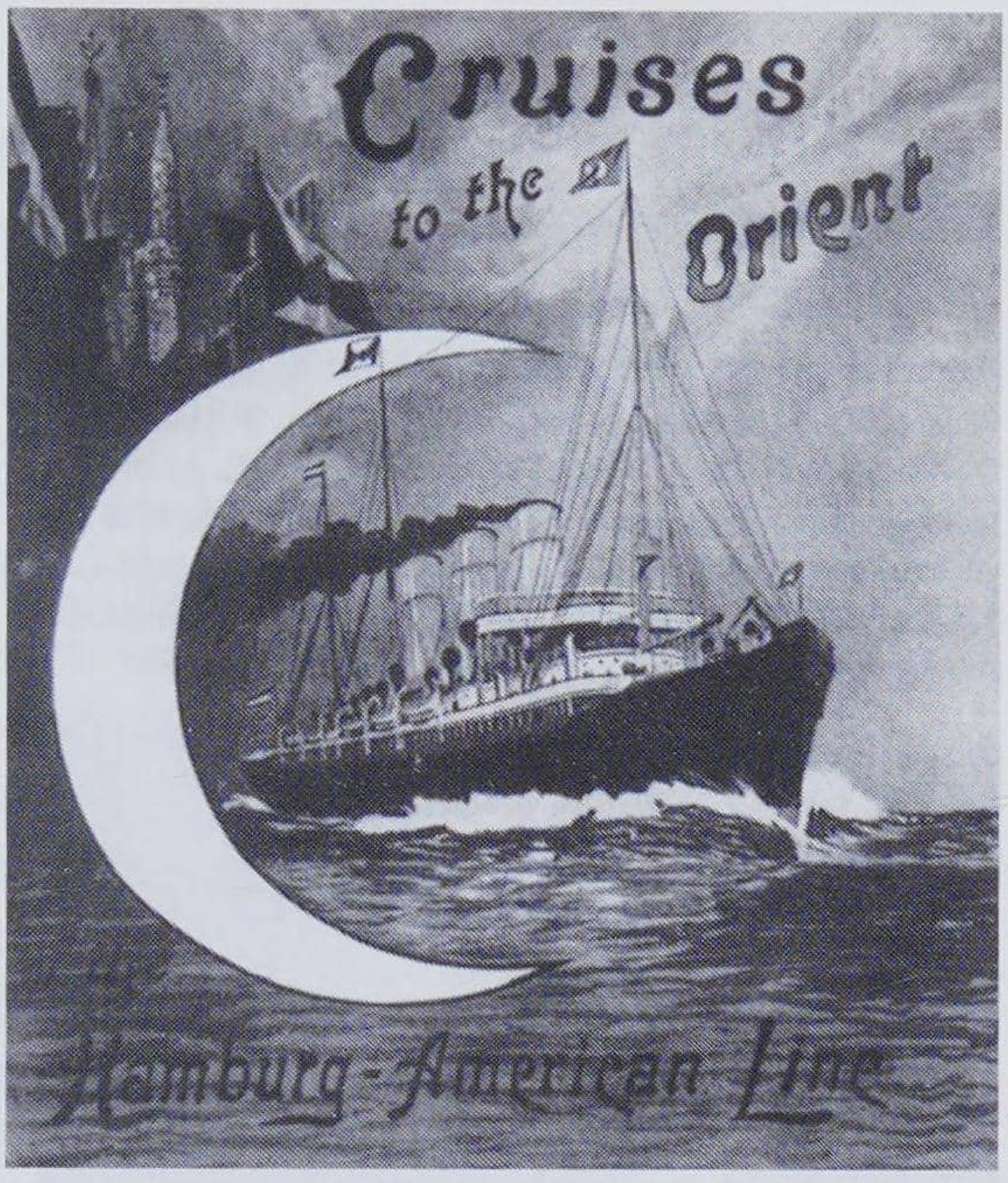
Las sagradas y exóticas danzas que interpreta no son, en definitiva, más que un atrevido «strip-tease», sus cadenciosas secuencias suficientemente insinuadas en las ilustraciones adjuntas. En cada una de las cuales pueden advertirse los discos metálicos con que Mata-Hari se cubría los senos. No por pudor, claro está, sino para ocultar su escaso volumen.



El *todo París* la aclama, entusiasta, tras verla bailar tan «desnuda como un discurso académico». No faltan, con todo, empresarios exigentes (tal Antoine, arriba) que se niegan a abrirle las puertas de sus locales a Mata-Hari, pues «sus danzas no tienen el menor interés artístico». Ni rotundas lenguas como la de Colette (aquí de «marinero»), que asegura que «apenas sabe bailar, pero desvestirse lo hace muy bien».

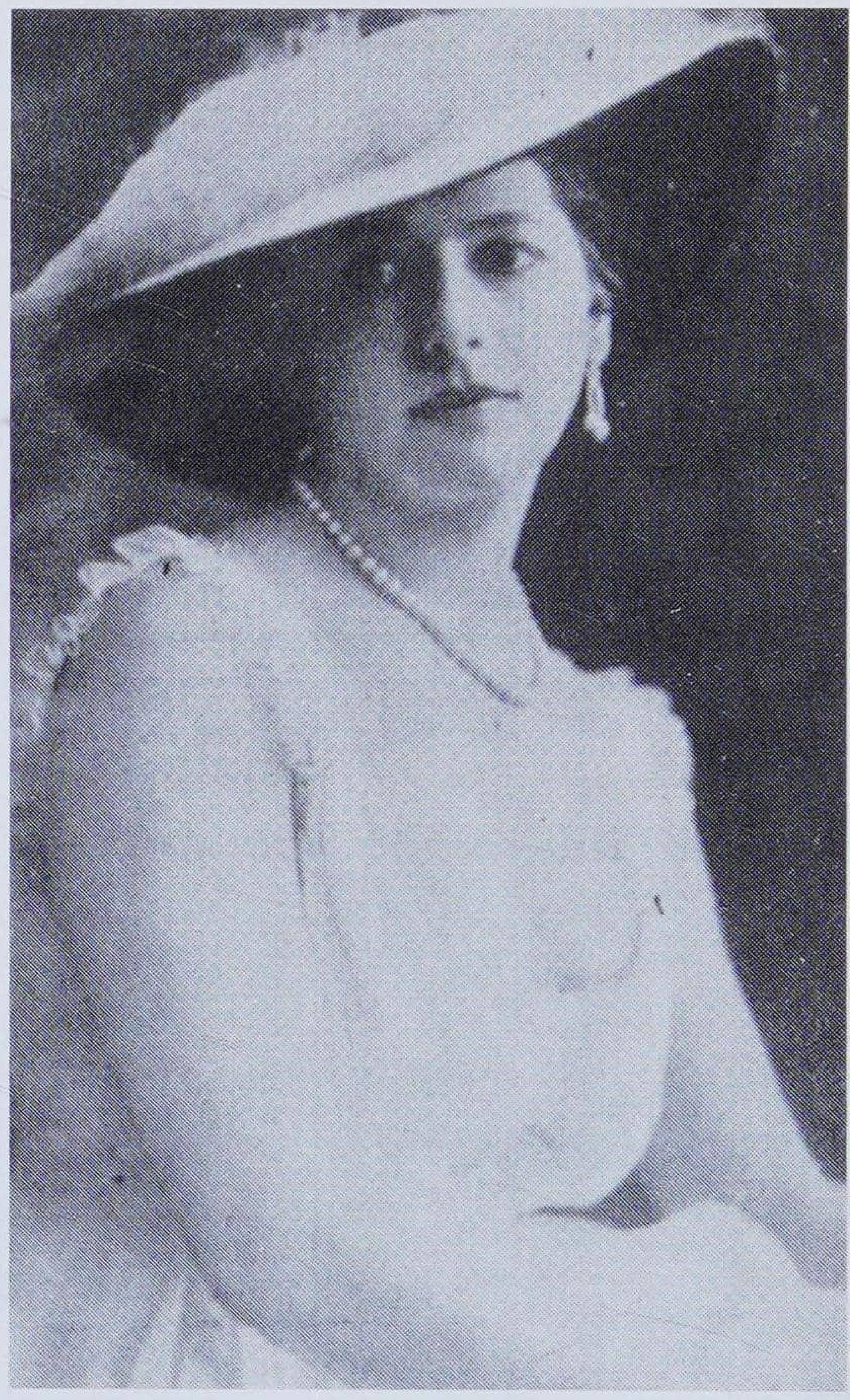


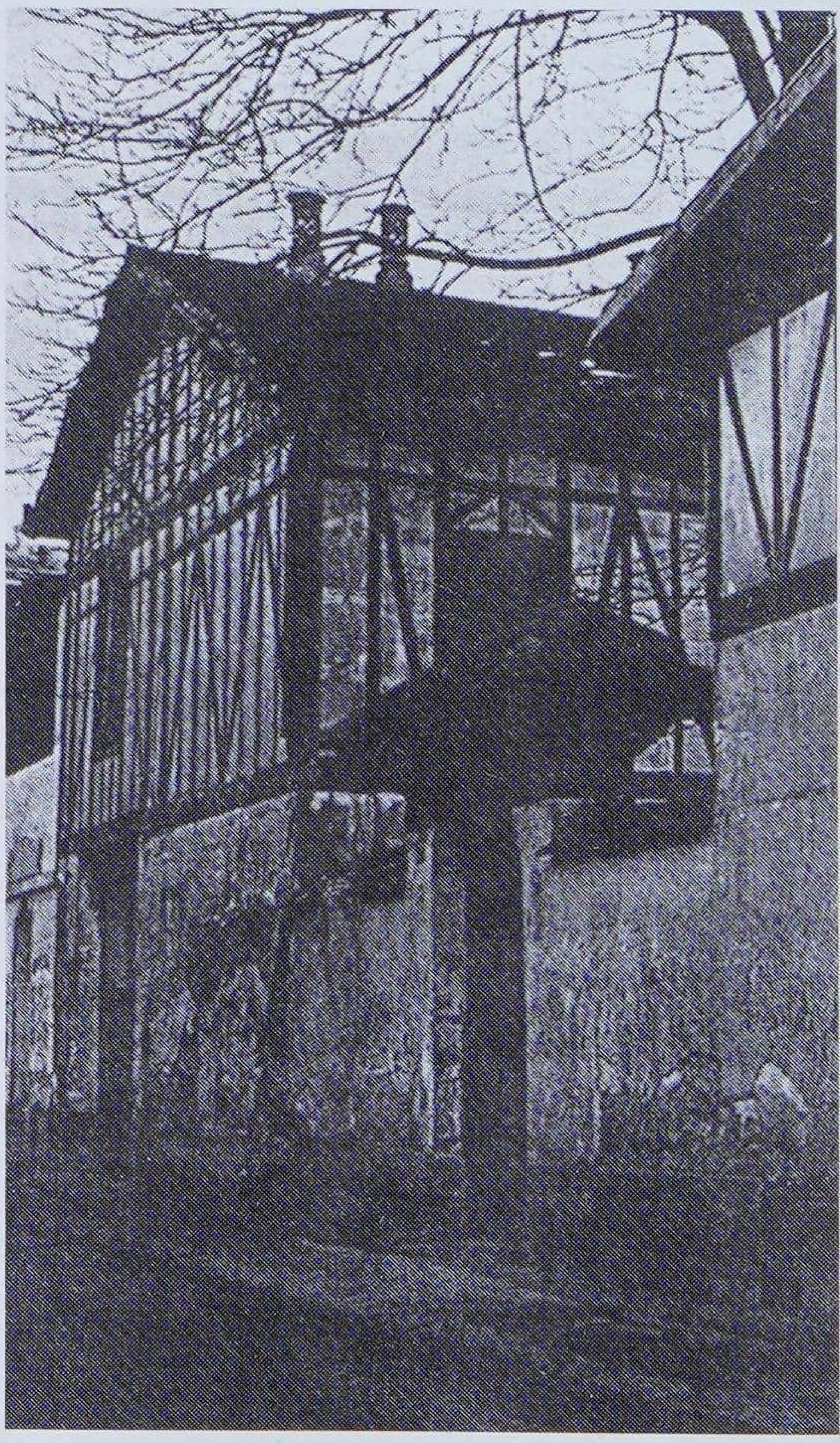
Reina del Olympia y mito del Folies Bergère, la «resultona» Mata-Hari (izquierda) se ha convertido ya en una parisiense más, de esas que castigan sus cuerpos con mórbidos corsés antes de vestirlos, y enjoyarlos, para dejarse ver en Longchamp (abajo) con los pollos pera del momento para envidia de las *midinettes*.



Tras su debut en el Kursaal madrileño en 1906 —donde iniciará su relación con el embajador galo Jules Cambon—, la javanesa de pega ocupa la primera página de las publicaciones «del corazón» por sus viajes a Oriente —en Egipto tendrá un tórrido romance con el Kronprinz (aquí con su Estado Mayor)—, Siberia o Viena, el pagano de turno al lado. En la capital austriaca coincidirá con otra de las «diosas de la danza» de vida escandalosa, Isadora Duncan.

Rechazada por Diaghilev (abajo, una de las míticas figuras de sus ballets: la Pavlova), **aunque reconocida como reina de las *varietés*, nuestra Margaretha encara el segundo decenio del siglo convertida en una de esas endeudadas, y ajamonadas, prostitutas de lujo con chalecito propio en Neuilly.**





asegurarle al día siguiente por escrito que ella había sido «la reina inolvidable, radiante y viva en esa breve hora festiva, una fiesta de arte exquisita y única de la que todos, y especialmente vuestro conferenciante, guardan un recuerdo deslumbrante».

Este mismo Paul Olivier cuando no tenía que presentarla públicamente, es decir, cuando no estaba obligado a volcarse en elogios, alternaba éstos con censuras como en este párrafo de sus recuerdos:

«A veces se mostraba como una gran dama y un minuto después se divertía en hablar groseramente, en reír a gritos como una prostituta de bajos fondos. Lírica en algunas ocasiones, me acuerdo de haberla oído declamar con un entusiasmo que demostraba un profundo amor a la belleza, trozos de grandes poemas de la India.»

Y a propósito de esa alusión al país que le había dado la imagen conocida por todos: en la conferencia-espectáculo que dio en los salones de la revista *Annals* el 14 de diciembre de 1912, estaban en el público una cantante auténticamente hindú llamada Sorga y el profesor Thuayat-Khan, maestro de música del monasterio de Hyderabad. Es decir, se trataba de dos especialistas quienes, tras verla actuar, podrían haber denunciado públicamente la falsedad de las danzas presentadas y particularmente la etnia de su protagonista. Y, sin embargo, asistieron a la representación y aplaudieron cortésmente a su final sin hacer, entonces ni después, manifestación alguna en contra del espectáculo. Era una más de las oportunidades que tuvieron los enemigos de Mata-Hari y que, como las otras, fue desaprovechada. Para mí se trata de uno más entre los misterios que envuelve la vida de la bailarina. Aparte de algunas sospechas y escepticismos ya señalados, no hubo durante el tiempo de su auge nadie que delatara a la prensa el engaño que, en nombre del arte, se venía haciendo al público de toda Europa. Hubiera bastado que alguien reuniera las biografías que en diversos sitios y épocas había dado Margaretha Zelle de sí misma para destacar las contradicciones que ellas contenían. Pero no ocurrió nada de eso. A Mata-Hari la retiró del teatro el tiempo transcurrido y su decadencia física pero no la denuncia de un especia-

lista hindú sobre la básica falsedad de su actuación.

Repasando las críticas publicadas podría encontrarse quizá otra razón para la caída de su popularidad. Al no conservarse películas de alguien que reflejase su trabajo –y ahí Mata-Hari, a pesar de su sentido publicitario, no valoró lo que el nuevo arte podría hacer por ella– intentamos hacernos una idea de la plasticidad de sus movimientos a través de las fotografías fijas, las recensiones de los periodistas o de las descripciones de sus admiradores, cosa nada fácil. Pero hay algo que puede deducirse de esa información a veces contradictoria. No sé si porque el esfuerzo físico y mental de la bailarina era mucho o sencillamente porque el tema elegido no daba más de sí, lo cierto es que el número de Mata-Hari era siempre muy corto, lo que impedía que constituyese la totalidad del espectáculo. Por ello los empresarios tenían que intercalarlo en una pieza teatral u ópera o abrigar su actuación con otras variedades, con lo que esto significa de obligada comparación entre ellas y de ahogar el impacto que podía producir en el público.

Aunque también podía buscarse otra explicación al efímero éxito –sólo unos años– de nuestra heroína. Que su actuación estaba basada sobre todo en la originalidad de una música y un baile desconocidos en Europa hasta entonces, lo que provocaba un fuerte impacto la primera vez... y un desinterés creciente en las siguientes ocasiones. En el aspecto artístico, europeos, africanos y asiáticos pueden asomarse temporalmente a las civilizaciones ajenas pero, satisfecha su curiosidad, volverán a admirar y aplaudir la música, la danza, o la declamación que refleja su propia idiosincrasia, y los valores a los que están acostumbrados.

Según chismes de entonces, Mata-Hari en 1913, vistas las pocas perspectivas artísticas que se le ofrecían, se decidió, directa y claramente, a ofrecer su cuerpo a amantes de ocasión entre casas de citas de París: las situadas en las calles Kleber 86, Lord Byron 14 y Gable 14. En todas ellas el tipo de cliente era selecto y Mata-Hari lo trataba en relación inversa de sus posibilidades económicas, es decir, rebajando su tarifa cuanto más rico. ¿Razón? El propósito de conservarlo más tiempo.

Olivier había mencionado los «recuerdos deslumbrantes» de sus actuaciones. Pero de los recuerdos deslumbrantes no se vive y menos se mantiene una residencia como la de Neuilly y Margaretha pide, mejor, suplica a su agente que le encuentre más actuaciones aunque sean en casas privadas. Si no puede obtener lo que cobraba antes no le importa bajar su *cachet*. «¿Mil francos son demasiado?; acepta seiscientos.»

Esa triste confesión de derrota emocionó a Astruc que intentó otro camino profesional para su representada: el de la comedia musical. En este género, *Minaret* de J. Richepin, había tenido grandes aplausos y su director de escena, ante la propuesta de Astruc, pensó que sería una buena propaganda para el cincuentenario de su estreno, la aparición de Mata-Hari en la fiesta de la boda del año tercero; su intuición fue acertada y la bailarina vio prorrogado su contrato durante un mes entero, hasta mayo de 1913.

Por aquel tiempo, hablando con un periodista, volvía a su obsesión de separar cualquier aspecto de provocación sexual de sus bailes. «Nosotros –se refería a los orientales, claro– también tenemos bailarinas con las que divertirse... Pero las danzarinas auténticas, las danzarinas sagradas, son respetadas y nadie las toca. Si el baile provoca a un hindú una emoción sensual, la proyecta hacia lo mejor que está a su lado, no hacia la que baila.»

Resulta curioso la persistencia de Margaretha para insistir en el carácter aséptico de su trabajo. Ella sabía que la mayor parte del éxito tenido a lo largo de aquellos años se debía a la atracción que su cuerpo, musculoso pero flexible, despertaba en el público y sin embargo se aferraba a la versión de que sus movimientos escénicos sólo eran inspirados por la religión y como tales debían verse, o quizá ésa era una forma de mantener su atractivo artístico cuando el paso del tiempo estropease, cada vez más, la lozanía de su físico.

Pero esa casta y alta ideología se veía cada día desmentida por una dura realidad y el 28 de junio de 1913 la mítica Mata-Hari tuvo que acceder a presentarse en el Follies-Bergère de París en la llamada *Revista en camisa,*

título que no dejaba lugar a dudas sobre el contenido poco literario y artístico.

Y lo que fue todavía peor. Le pidieron que, en lugar del oriente lejano, ya pasándose de moda, personificase al Oriente Próximo que, para los franceses, ha representado, desde T. Gautier y P. Merimée el vecino país del Sur, la España de la mezquita de Córdoba, los toreadores y los bandidos generosos. «Como ella conocía el país seguramente lo haría muy bien.» Y así apareció Mata-Hari en escena con falda de faralaes y bailando... una habanera.

Dado que el público era tan ignorante como ella del auténtico baile español fue largamente aplaudida.

¿Podía descender más todavía en la escala teatral? Sí; en el contrato de Palermo, en Sicilia, donde actuó en un café de cantante alternando con películas breves, como se hacía entonces, e incluso con un conjunto de perros amaestrados. Eso sí, la diva Mata-Hari era la cabeza del cartel.

Vuelta a París y nuevo intento de relanzar su carrera con declaraciones llamativas a *Vogue*. Ahora tras la españolada del Follies-Bergère, ha pensado en añadir un toque nuevo a la historia de su vida... Además de las conocidas fantasías de su infancia y adolescencia hindú recuerda ahora la acogida entusiasta que le hacía el pueblo de Madrid durante su estancia allí en 1906. «Apenas aparecía en la calle –contaba– cualquier hombre, movido por su espíritu de caballero, arrojaba su capa al suelo para que yo caminase sobre ella.» Y remataba esa declaración con esta frase definitiva: «Por ello, mientras estuve en Madrid, mis pies jamás pisaron el suelo.»

Como dirían sus antiguos admiradores franceses: *Pénible*.

Declaraciones fantasmas como éstas sólo contribuyeron a un mayor olvido por parte de todos hasta el punto que Mata-Hari decidió volver a su idea de unos meses atrás. Se iría a Berlín con contrato o sin él. Necesitaba encontrar otra ciudad donde la gente en vez de aclamarla, no se sonriera compasivamente al verla pasar.

Y en febrero de 1914 se traslada a la capital del Imperio alemán. Otra cita con el destino.

Berlín 1914

Mata-Hari trata de montar un ballet egipcio –en Egipto al menos sí había estado– en la capital alemana; busca como siempre gente que le ayude (para esto tenía una gran memoria) y su descubridor Guimet le proporciona desde París nombres de personalidades de los museos de Berlín para documentarse sobre el tema. Pero no logra nada. Como ya es su costumbre cuando le falla el teatro, siempre le queda el dormitorio y reanuda sus lazos de antaño con Kiepert con quien se exhibe en los restaurantes de moda.

Por fin consigue un contrato para un espectáculo del Metropol titulado *Der Millionendieb* (El ladrón de millones) y se apresura a convocar a la prensa en el hotel Cumberland donde reside para anunciar la buena nueva. «Mata-Hari vuelve a la escena.» No había más que esperar el dulce momento de levantarse el telón. Pero lo que se inició fue el espectáculo más sangriento posible. El *début* estaba fijado para el primero de septiembre y el primero de agosto, Alemania estaba ya en guerra contra Francia y poco después contra medio mundo.

Ese día Mata-Hari perdió no sólo un contrato más; ese día perdió además su reputación al ser considerada su actitud como de una germanófila insultante para Francia y sus aliados. Efectivamente en aquella fecha fatídica, la bailarina no sólo estaba en el corazón de una nación antifrancesa. Además almorzaba con el jefe de policía de la ciudad para celebrar el principio de la guerra. ¿Se quiere más pruebas de amor a Alemania?

Ese almuerzo se lo echarán en cara cinco años más tarde en el proceso como un acto de alta traición. Pero, para empezar, Mata-Hari no era francesa ni inglesa, había nacido en un país que permaneció neutral durante toda la guerra y que se llamaba Holanda, por lo que podía comer impunemente con cualquier jefe germano sin que su actitud pudiese ser reprochada como un acto hostil a Francia; además, como recordó más tarde en declaraciones al capitán Bouchardon, ella estaba compartiendo la

mesa sencillamente con el amante de turno que daba la casualidad que era uno de los jefes de la policía de Berlín, concretamente el que cuidaba de los espectáculos por lo que habían entablado relación.

Parece que ese jefe había sido advertido de la costumbre de Mata-Hari de bailar ligera de ropa y el tal Griebel decidió investigar a qué nivel llegaba ese hábito.

Como habituaba Mata-Hari en esos casos, decidió explicárselo a solas para que lo comprendiera mejor y de ahí había nacido el idilio que estaba en su plenitud cuando una manifestación pasó por el restaurante en que estaban juntos gritando *Deutschland Über Alles* o «Alemania sobre todos» alternando con gritos de *Nach Paris* o sea «A París»; objetivo final de los ejércitos del Káiser. No había pues relación alguna entre la comida de dos amantes y los gritos de la masa al pasar cerca por lo que aquella reunión, aunque fuese con un funcionario del Estado alemán, no bastaba a motejar a la bailarina como a una peligrosa amiga del Káiser.

La prueba que Mata-Hari no tenía nada que ver con el Estado alemán en esos momentos es que no puso su arte al servicio de Alemania. Por el contrario, decidió salir corriendo de un país que, en plena efervescencia guerrera, no mostraría ninguna simpatía por una extranjera que, además, había sido la mimada del público de París durante tanto tiempo.

Había que marcharse y pronto. Pero no era tan fácil. Como era su costumbre, Mata-Hari al prever un ingreso sólido a partir del primero de septiembre, había empezado a gastar ya en julio, con lo que el encargado del vestuario del teatro Metropol la denunció obligándole la justicia a dejar en prenda, si se mudaba, todas sus joyas y pieles. Ella intentó salir de Alemania por Suiza pero fue rechazada en la frontera mientras sus equipajes sí pasaban y se perdían. Volvió a Berlín desesperada y su amante Griebel no quiso comprometerse –estaban en guerra– con una extranjera de la que sabía poco, y menos mal que en el hotel tuvo la suerte de conocer a otro holandés que compadecido le regaló el billete de ferrocarril hasta su país.

Llegada a Frankfurt solicitó un pasaporte al consulado de su país lo que obtuvo fácilmente. El favor fue doble

porque, a partir del penoso traslado a Holanda, una mano amable (probablemente la suya propia) había cambiado la cifra 8 por 0, rebajando sus treinta y ocho años a sólo treinta. Quizá fue el primer papel oficial falsificado por la futura espía.

En Amsterdam –sin familia, su padre había muerto– vivió una temporada en casa del comerciante holandés que la ayudó en Berlín y que la acogió amablemente.

Cuando una se siente triste y sola los lazos de sangre resultan más fuertes. Margaretha Zelle se acuerda ahora –está cerca– de la hija que dejó sin demasiada angustia a su ex marido y decide que le gustaría volver a verla. Escribió directamente a Non; ya tenía dieciséis años. Su inesperada carta fue mostrada por la hija a su padre el comandante.

Sobrevino un intercambio de correspondencia, algo fría, entre McLeod y Mata-Hari y por fin la entrevista entre madre e hija que debía realizarse en Rotterdam no llegó a verificarse. Margaretha Zelle debía continuar su vida totalmente desprovista de lazos familiares.

Pasaron unas semanas. Esta holandesa no se siente en su casa en el país donde había nacido. De tanto repetir su falsa historia quizá había llegado a engañarla a ella misma y se sentía hindú por un lado y parisina por el otro, ya que en aquella ciudad había triunfado. Pero ya que estaba allí tenía que trabajar en lo que se presentara y por fin pudo firmar un contrato para debutar en el Teatro Real de La Haya el 14 de diciembre de 1914. Su situación económica, por otra parte, había mejorado algo gracias a la generosidad de un antiguo amante con el que había vuelto a restablecer lazos íntimos... Era el barón Van der Capellen, y con su ayuda alquiló una casa en Nieuwe Vitleg, 11, de Amsterdam. Llegó el estreno en el Teatro Real; los holandeses que esperaban ver las danzas orientales de las que tanto habían oído hablar se llevaron un desengaño. Lo que ella bailó o interpretó fue una serie de cuadros con temas idílico-pastoriles y los espectadores, ávidos de contemplar las atractivas formas tan renombradas, las tuvieron que adivinar tras unas severas vestiduras, flotantes pero no transparentes. En cuanto a los críticos la elogiaron sin excederse.

Por cierto que en la segunda serie de representaciones el comandante McLeod, que vivía cerca del teatro, fue invitado por un amigo a presenciar la actuación de su ex mujer. Respuesta negativa y seca del militar: «Conozco todas sus posturas y no vería nada nuevo.»

Lo que no sabía el antiguo esposo es que había perdido la última oportunidad de observarla en escena. De ahora en adelante Mata-Hari sólo interpretaría papeles mucho menos brillantes y mucho más peligrosos.

Pero ella tampoco lo sabía... ni quería saberlo. Holanda es sólo una gran provincia y a pesar de la guerra, París sigue siendo París, la única capital digna de su arte. Hacia allí se dirige y desde el Grand Hotel, inasequible al desaliento, escribe a Astruc para decirle que está allí, viva y llena de proyectos... que ha tenido un gran éxito en Holanda y quiere trabajar en su antigua obsesión.

«Veo que Diáguilev sigue existiendo. Dado que tengo algunas novedades bastante curiosas, ¿podríais prepararme una cita con él? Las he inventado yo misma. No lo hago por dinero porque estoy muy bien mantenida en Holanda por uno de los oficiales de la escolta Real (Van der Capellen era coronel de Caballería) sino porque le conviene. No se arrepentirá porque creo que le intereso.»

Follie de grandeur dirían sus nuevos paisanos. Diáguilev mostró el mismo interés por ella que años atrás, es decir, ninguno y Mata-Hari tuvo que volver a Holanda con las manos vacías y vacío encontró el ambiente de su patria natal. Vacío y poco interesante. Y regresó a París.

LA ESPÍA

Este viaje de Mata-Hari a Francia pudiera haber sido otro traslado, repetición, casi monótona, de sus últimos desplazamientos; cartas, visitas, intentos de encontrar empresario, teatro, recitales en casas particulares, es decir, la triste frustración de los últimos años. Pero esta vez todo va a ser diferente y la bailarina dejó de serlo para emprender un oficio nuevo y mucho más peligroso.

El instrumento de este cambio de rumbo se llama Kraemer y es el cónsul alemán en Amsterdam. Margaretha le conoce muy bien porque ha sido su amante aunque en la relación sólo hubo como de costumbre cambio de dinero por favores sexuales y ninguna alusión a la política internacional. Pero Kraemer, desde entonces, ha reflexionado sobre ella. Es atractiva, inteligente, conoce varios idiomas y su profesión le ha valido conocer a mucha gente. Por todo ello podría ser un valioso agente secreto al servicio de Alemania. Como buen jefe de espionaje de su país, cargo que ejerce al socaire del de cónsul, está enterado de la grave situación económica de Mata-Hari, lo que puede influir grandemente en la aceptación de una bailarina que ya no baila. Pero un agente secreto trabaja para un país y contra otro. ¿Está seguro Kraemer de que Mata-Hari es tan germanófila como para arriesgar su vida en ese empeño? Probablemente sabe, eso sí, que gusta del militarismo germano, que tuvo éxito profesional allí y que ha tenido aventuras sentimentales con diversos caballeros de Berlín pero todo eso no es suficiente para jugarse la vida por una causa. También ama los uniformes

franceses y su relación de amantes galos sobrepasa seguramente a los del otro lado del Rin. Además Mata-Hari debe a París sus más grandes triunfos... aunque, reflexiona el cónsul, también sus fracasos más dolorosos, los que hacen daño porque pueden ser los últimos.

Existe, pues, una balanza de sentimientos encontrados que sólo puede desequilibrar el peso del oro en uno de los platillos. Veremos. Kraemer, por si acaso, consulta a sus superiores en el Servicio Secreto alemán.

En 1915, éste estaba organizado con la meticulosidad del espíritu propio del país. Había tres escuelas de espionaje situadas, respectivamente, en Baden-Baden, Lonack y Wessel. Los cursos duraban tres meses y medio y en sus aulas se enseñaba el uso de la tinta simpática (invento alemán), fotografía, claves y códigos y reparación de toda clase de armas.

Obtenido el beneplácito de sus jefes, Kraemer se presenta en casa de Mata-Hari en la calle Uitgang, 11 y, como viejo amigo, no se anda con rodeos en su propuesta. Sabe que Mata-Hari prepara su residencia en París y le pregunta a boca de jarro.

—¿Quiere aprovechar su estancia allí para suministrarle informaciones sobre aspectos militares y políticos de los franceses?

Con la vida que lleva Mata-Hari está acostumbrada a propuestas de todo tipo, desde las artísticas a las obscenas, pero ésta, por un momento, la deja sin habla.

—¿Yo?

—Por vuestros servicios ofrezco veinte mil francos franceses.

Cuando se menciona dinero Mata-Hari ya se encuentra en su ambiente y reacciona exactamente igual que cuando le ofrecían el *cachet* para una representación. Fuese cual fuera la cantidad, siempre tenía que considerarla insuficiente.

—No es mucho.

—Si vuestros servicios nos son útiles la suma aumentará considerablemente. Sólo depende de usted.

Veinte mil francos no era una cifra pequeña ni siquiera para quien había llegado a percibir diez mil por una sola actuación en el teatro. Pero eso había ocurrido hacía

mucho tiempo y ahora su situación económica era, más que grave, desesperada. Lo que, además, quizá le pasó por su cabeza en ese momento fue la tentación de volver a ser alguien en la sociedad, nada menos que variando las circunstancias de una guerra. Kraemer le ofrecía la forma de resolver sus urgentes problemas financieros pero le brindaba algo más, volver a ser importante; alguien contaba con ella y eso para quien estaba viviendo el fin de una época brillante de su vida significaba algo así como una resurrección.

–Bien, ¿qué responde?

Mata-Hari levantó la cabeza y fijó sus grandes ojos oscuros en Kraemer de pie ante ella.

–Acepto.

A los tres días, en el consulado, Mata-Hari recibía la suma convenida y dos botellines con el producto para confeccionar la tinta simpática que debía utilizar en sus mensajes secretos. Le ofrecieron un recibo y cuando iba a firmarlo Kraemer detuvo su mano.

–No ponga su nombre. Sólo H-21. De ahora en adelante será su número clave.

Tinta simpática... número clave. Quizá haya que detenerse para resumir algo del mundo en que acababa de entrar Mata-Hari.

El control de la correspondencia era clave precisa para evitar en lo posible los mensajes de los espías. En Londres, desde principios de la guerra, se había establecido un servicio químico para detectar los mensajes que iban escondidos tras las noticias aparentemente inocuas.

Era una gran caldera dividida en compartimientos separados por bandejas alambradas donde se depositaba la correspondencia extranjera; inyectando en el recinto ligeros vapores de yodo se conseguía que apareciese el mensaje secreto entre líneas. Un tratamiento posterior hacía desaparecer el color marrón producido por la acción química primera y los destinatarios de cartas inofensivas las recibían sin darse cuenta de la manipulación de que habían sido objeto. Es verdad que el sobre mostraba huellas de haber sido abierto pero ésa era práctica habitual en los países en guerra que no despertaba sospechas; era costumbre recibir misivas del extranjero con el borde

abierto y cerrado después con una banda engomada y el letrero: «Abierto por el control postal.»

Claro que en algunos casos, podía ocultarse esa acción usando el viejo sistema tan conocido por madres preocupadas y cónyuges celosos; despegarlos cuidadosamente aprovechando el vapor de agua caliente. En cuanto a los sellos de lacre que, en principio, debían garantizar el secreto se levantaban con una fina hoja de acero caliente y después, tras exponer su parte inferior al fuego que los reblandecía, volvían a ser colocados en su lugar.

Pero esos sistemas se demostraron pronto ineficaces contra un enemigo alemán que había puesto al servicio de la información bélica su conocido dominio de la química; así pudo fabricar una tinta llamada simpática –el nombre divertirá a Mata-Hari cuando la inciten a usarla– que durante varios meses burló al contraespionaje aliado. Sabían que los mensajes se filtraban por el correo que pasaba por sus manos y no lograban descubrirlos. El capitán Ladoux, el perseguidor implacable de Margaretha Zelle, contará más tarde en su libro *Les chasseurs d'espions,* cómo se logró encontrar el secreto. Un abogado español, que él oculta tras el nombre de «Fuentes» para no avergonzar a una familia conocida, y que había actuado como agente secreto de Francia, se pasó, por un mejor salario, al bando alemán al que sirvió eficazmente durante meses. Sorprendido y apresado por el contraespionaje francés, éste le perdonó la vida a cambio de que facilitase el método inventado por los laboratorios I. G. y Bayer. Con sus datos, un químico de la casa Lumière y que respondía al nombre, luego tristemente célebre, de Landru, descubrió que la nueva tinta alemana era una tinta fotográfica que se aislaba uniéndola a una mezcla que le impedía ser descubierta por los vapores de yodo. Desde entonces, los servicios de Control postal fueron provistos de un laboratorio completo que permitió leer todo lo que hasta entonces había resultado invisible.

(Por cierto, a pesar de esa importante revelación el tal «Fuentes» fue condenado a muerte y fusilado. Los servicios secretos intercedieron en su favor pero los jueces militares consideraron que los daños que había causado el espía en cuestión, tras pasarse al enemigo, eran muy

superiores a los beneficios obtenidos por su segunda traición.)

Pero ¿cómo transportar los frascos de tinta simpática a través de las fronteras? Los químicos alemanes dieron con la solución perfecta. El producto se incorporaba a objetos tan familiares como pañuelos y calcetines; al llegar a su destino el agente no tenía más que introducir esas prendas en agua para recuperar el preparado. Un comisario, advertido de ello, le preguntó a bocajarro a un sospechoso a quien interrogaba en la aduana:

–¿Lleva pañuelos o calcetines?

A lo que el espía, convencido de haber sido descubierto, contestó desconcertado:

–Tengo de los dos.

El envío de noticias podía llegar a extremos inimaginables. Uno los enviaba desde Barcelona metido en bolsitas ocultas bajo las uñas o en los oídos. Otros bajo el sello de la carta que, estudiado con lupa, revelaba la disposición de tropas y artillería en determinado lugar del frente.

En otras ocasiones el espía enviaba una partitura musical al parecer corriente. Pero en realidad cada nota correspondía a una letra que unida a las otras formaba la frase informativa.

También puede estar la información dentro de un texto literario conocido. Es el caso de la obra de Bernard Shaw, *El discípulo del diablo,* cuando el contraespionaje francés descubrió que varias palabras, subrayadas con tinta simpática formaban el mensaje que se quería hacer llegar al mando alemán.

Pero quizá el más hábil de los envíos secretos fue un elegante pañuelo en el que el bello encaje que lo enmarcaba representaba a los ojos de quien lo sabía de antemano un plan estratégico de combate. Hoy se encuentra en el Museo de Policía de Berlín.

Las relaciones que se mandaban cuando se preparaba una operación ofensiva y su llegada al enemigo, tenían otro camino habitual. Periódicos franceses o extranjeros enviados a otros países llevaban letras punteadas de forma microscópica y la unión consecutiva de esas letras daba el mensaje que se quería transmitir. Contra ese

sistema sólo valía el estudio sistemático con lupa, operación tan larga y pesada, que el contraespionaje francés decidió tomar otras dos medidas. La primera, incautar los periódicos que no fuesen mandados directamente desde la administración de los subscriptores; la segunda, más eficaz, consistió en imponer cinco días de retraso sistemático a todas las publicaciones enviadas. En una guerra ese plazo de tiempo es mucho y permitía que las operaciones proyectadas estuviesen ya en marcha cuando el enemigo se enteraba de su preparación.

Pero había otra forma de enviar el mensaje y era llevarlo personalmente. Esto ocurría especialmente en una actividad de espionaje que causó mucho daño a los aliados. Era la de informar a Berlín del derrotero de los barcos que iban a salir de Marsella o el Havre o de lugares neutrales como Barcelona, con destino a puertos franceses e ingleses para que los submarinos alemanes los hundieran, privando así a ejércitos y población civil de un material necesario para su subsistencia.

La lentitud del transporte marítimo daba al agente secreto tiempo suficiente para trasladarse a Suiza, por ejemplo, y dar a la Embajada germana los datos necesarios para el ataque a las naves mercantes. Mientras los alemanes habían cerrado desde el principio de la guerra sus fronteras a cal y canto, una Francia muy habituada a la libre circulación de personas, tardó mucho en imponer una vigilancia extrema a quienes pasaban a menudo y sin causa justificada de Francia a Suiza, y viceversa.

¿Más posibilidades de envío? Bajo los bancos de los vagones de tercera, en el ténder de las locomotoras, dentro de naranjas y otros frutos e incluso en el interior de una moneda previamente ahuecada. Y naturalmente, con gran indignación (falsa) de los culpables y auténtica de los inocentes, matronas especializadas buscaron a menudo el mensaje secreto en lo más íntimo del ser femenino con notables resultados.

Y en los anuncios por palabras de los periódicos parisinos; y en las cartas que mandaban a los soldados del frente falsas madrinas que les preguntaban ansiosamente si iban a emprender una ofensiva que pusiese en peligro su preciosa vida... para advertirlo a los enemigos.

La imaginación de los agentes secretos para enviar noticias fue extraordinaria durante toda la guerra. El daño que causaron también.

El invento de la «tinta simpática» o secreta produjo en los bandos combatientes la misma lucha por mejorar los descubrimientos del enemigo que la sobrevenida a propósito del proyectil y la coraza. Cuanto más perforaba el primero, más se robustecía el segundo y así sucesivamente. Igualmente ocurrió con aquella tinta especial, inicialmente un invento alemán que los aliados tardaron mucho en descubrir. Por fin se confiscó un pañuelo de un espía alemán que, al ser mojado, reveló un mensaje en clave...

Los químicos norteamericanos, por su parte, descubrieron que cuando una carta había sido escrita en tinta simpática, secada, humedecida de nuevo con agua destilada, secada otra vez y planchada, el vapor de yodo no revelaba más la tinta porque al haber sido mojadas las fibras de papel se habían estropeado. Con ello los alemanes no podían leer las cartas de los espías aliados ni éstos enterarse de los mensajes alemanes, con lo que la tinta simpática no servía ya a ninguno de los dos.

Pero los químicos franceses realizaron otro hallazgo importante consistente en trazar rayas sobre las cartas sospechosas con dos productos químicos distintos. Si las dos rayas se encontraban es que la carta había sido humedecida y eso sólo puede hacerlo –olvidemos las lágrimas de un enamorado– un espía.

Quedaba otro problema. Las cartas tratadas con la técnica de los laboratorios tenían que aparecer como si no las hubiesen tocado porque era la única forma de no producir desconfianza en los agentes secretos y que siguieran utilizando sus métodos de envío.

... Algo realmente complicado y no es raro que a veces, vista la imposibilidad de devolver la virginidad a cartas interceptadas, llegaran en los laboratorios a fabricar papel idéntico y a imitar la caligrafía del espía, de tal forma que el recipiendario no notase el engaño.

Para esa labor los servicios secretos utilizaron a menudo la ayuda de falsificadores profesionales incluidos los presos por ese delito y que lograron la libertad con la

condición de prestar al país sus conocimientos, antes ilegales y ahora convertidos en patrióticos.

Por otra parte toda la ventaja técnica que los alemanes llevaban a los aliados en la química, en artillería y en el aire (el Zepelín) se transformaba en inferioridad cuando se trataba del reciente invento de la radio.

En Berlín estaban tan seguros del secreto de su clave que no dudaban en usar la telegrafía sin hilos para enviar cualquier mensaje secreto sin saber que los servicios aliados lo conocían desde hacía tiempo y, aunque cambiaban de cifra todos los días al llegar la medianoche, la escucha aliada, especialmente la británica, los descifraba en seguida. Todos los historiadores de la radio en la primera guerra mundial están de acuerdo con esa valoración y la historia de Mata-Hari con la torre Eiffel captando todos los mensajes entre la Embajada alemana en Madrid y el Cuartel General en Berlín, parece confirmarlo.

Una famosa espía del tiempo fue *Fraulein Doktor* quien tuvo más suerte que Mata-Hari aunque sus servicios fueran probablemente mucho más efectivos que los de nuestro personaje. Nacida en la Suiza de habla alemana y hablando francés sin acento, aprovechó su calidad de estudiante de medicina en París para pedir un puesto en los hospitales del frente, lo que le fue concedido. En esa situación aprovechaba la charla con los militares heridos para obtener de ellos información sobre el movimiento de tropas, que escribía luego con tinta simpática en tarjetas postales corrientes. Para evitar que el número excesivo de esas tarjetas escritas por una sola persona produjese sospechas en los censores, pedía a los heridos que, dado su intenso trabajo, fueran ellos los que redactaran unas líneas banales para una hermana, residente en París. Esa falsa pariente se encargaba luego de enviar la información oculta a Suiza y de allí pasaba a Alemania. Cuando *Fraulein Doktor* supo que el *Deuxième Bureau* sospechaba de una espía en el frente, cambió la fórmula de la tinta simpática con una solución especial que se mantuvo largo tiempo sin ser detectada por los franceses. «Sobre

química los alemanes lo sabemos todo», afirmó orgullosamente en sus *Memorias*.

Pero seguía la sospecha y por ello se extendió una orden general prohibiendo a los heridos hablar con nadie de cosas del frente de batalla. Al parecer algunos soldados habían contado a la policía militar que, cuando eran llevados en ambulancia, una doctora les preguntaba detalles de su vida que no tenían nada que ver con la medicina. Pero a poco se fue cerrando la red alrededor de la espía hasta que una noche y según su propia versión...

«Cuando, cansada del trabajo iba a entrar en mi cuarto para redactar mi informe, vi detenerse ante el ambulatorio un coche grande con varios militares. La cosa no tenía nada de anormal pero tuve un presentimiento y corrí hasta el bosque vecino. Cuando oí, tras de mí, los ladridos de los perros policiales comprendí que no me había equivocado. A pesar de la presencia de agentes y perros y de la voz de alarma dada para arrestar a "una joven rubia vestida de enfermera" conseguí escapar de mis enemigos. En mi país cuando se conoció mi actividad me bautizaron con el nombre de *Fraulein Doktor* por mi labor en el hospital. Ese título, por extensión, se aplicó a todas las mujeres rubias que trabajaban para nosotros en los hospitales franceses con lo cual mi fama se multiplicó por diez imaginando mi presencia en varios lugares distintos a la vez.»

Una historia interesante con final feliz para su protagonista. A la nuestra, en cambio, le faltó siempre ese sexto sentido ante el inminente peligro que obligó a *Fraulein Doktor* a huir precipitadamente de su lugar de trabajo al ver llegar un automóvil con varios oficiales. De haberlo tenido es evidente que Mata-Hari no habría vuelto a París en enero de 1916.

* * *

Las calles del París en guerra eran tristes. Mucha gente iba a pie porque la mayoría de coches habían sido requisados, había problemas domésticos: ¿dónde se encuentra un fontanero?, ¿sabes si ha quedado un dentista sin movilizar?

Oscuridad por las noches, la mitad de los faroles no

funcionan, los otros están semitapados y dejan pasar una luz tenue. Es el miedo a los ataques aéreos, nueva arma ofensiva de los alemanes.

Después de los aviones Taube del principio de la guerra, llegaron con sus bombas los famosos Zepelines y ya en 1918, exactamente el 19 de marzo, unos parisinos que no habían oído el menor ruido de motor recibieron en la iglesia de Saint Gervais el impacto de un obús lanzado desde ¡ciento veinte kilómetros! de distancia por el último descubrimiento de la industria armamentista alemana... el gigantesco cañón denominado «Gran Berta» por el nombre de la esposa del industrial Krupp. Hubo en el templo ochenta y ocho muertos y sesenta y nueve heridos.

Cuando pasan soldados surgen aplausos entre los habitantes, muchos de los cuales llevan en el ojal una banderita que puede ser francesa, belga, inglesa, rusa, serbia, hasta un total de veinticinco países aliados para indicar el lado de la trinchera en que está su portador. Luego se añadiría la italiana y, mucho más tarde –¡cuánto tardaron!, dicen–, la norteamericana.

Para la correspondencia se aconseja usar las cartas especiales también embanderadas y en las que sólo caben unas breves líneas para informar sobre la salud familiar.

¿Y si alguna esposa quiere saber más de su marido en la trinchera? El frente estuvo cerca de París muchos meses para susto de los capitalinos, tantos que el 7 y el 8 de septiembre de 1914, las fuerzas fueron a combatir ¡en taxi!, los famosos taxis del Marne.

Pues a pesar de esa cercanía se prohíbe a las esposas acercarse a su *poilus,* los peludos como llaman la gente a los combatientes. La razón es que se había notado que, tras cada visita, la moral del soldado bajaba peligrosamente. Pero si no se permite la presencia de la esposa de uno sí se deja y aún se organiza la de la mujer de todos. En efecto, las prostitutas tienen fácil acceso a los cuarteles cercanos al frente por la razón contraria a la anterior. Remontan la moral de los soldados; claro que hay que guardar las formas. Las muchachas llegan al primer control y dicen al jefe del puesto: «Voy a ver a mi primo.» Basta que esa frase se acompañe con un guiño para que el paso quede libre.

La prensa contribuye a entristecer a la población con noticias casi siempre pesimistas del frente (las contraofensivas fracasan, los alemanes no avanzan pero tampoco los echamos de sus peligrosas posiciones) y con sus notas necrológicas, algunas tan estremecedoras como ésta:

«La señora viuda de P. tiene el sentimiento de comunicar la noticia de la muerte de sus tres hijos. El primero en 1914, el segundo en 1915, el tercero en 1916.» Esto se publicó el 8 de septiembre de 1916.

Nace una nueva actividad que permite a muchas mujeres tener la sensación de ayudar de alguna forma en una contienda en la que no pueden ser protagonistas, papel reservado todavía a los hombres. Es la de madrinas de guerra. La mayoría de ellas tienen un solo ahijado al que miman, enviándole ropa y comida pero otras no se conforman y llegan a tener varios, cada uno, convencido de que es el único. Si da la mala suerte de que todos obtengan permiso por las mismas fechas para ir a París se les advierte antes de que lleguen y descubran su engaño que, lamentándolo mucho, su madrina ha tenido que salir de la ciudad *precisamente* en esas fechas.

Cualquier relación de la retaguardia con el frente podía ofrecer filtraciones de secreto militar y, conscientes de ello, los hombres del contraespionaje (*Deuxième Bureau*) vigilaban constantemente esas relaciones. Una de las formas de saber si la madrina actuaba movida sólo por patriotismo y la caridad, era estudiar las cartas en que se ofrecían para ese cometido. Las presuntas «espías», aparte de multiplicar sus ofertas, las redactaban de una forma oficial y fría, sin poner en sus líneas la menor espontaneidad.

Las precauciones contra el servicio de información enemiga se extendía también a las conversaciones entre soldados y desconocidos:

«Callad, desconfiad, los oídos enemigos os escuchan», rezaban los carteles en las paredes ilustrados con dibujos simbólicos –una gran oreja tensa cerca de unos distraídos charlatanes.

Otra profesión que se pone de moda es la de enfermera; seducidas las mujeres por los carteles de reclutamiento donde una bella dama ataviada de blanco sostiene en

sus brazos a un guapo oficial herido en el frente, las señoras más elegantes se precipitan a los hospitales para ofrecer su ayuda. Al principio son afectuosamente recibidas hasta que los comandantes médicos descubran la gran parte de frivolidad que muestra la mayoría de ellas llegando tarde a su trabajo y exigiendo sólo cuidar a románticos heridos de bala con el brazo en cabestrillo y no a tristes y vulgares enfermos de disentería o enfermedades cutáneas. Ante ese panorama las órdenes de los mandos de Sanidad son tajantes. Las enfermeras que se incorporan pasarán inmediatamente a lavar la ropa del hospital. A las pocas semanas sólo quedaban en ellos pocas señoras pero eran sinceras y entregadas.

Las mujeres francesas, colaboradoras o no, siguen la nueva moda que, dadas las circunstancias, aconseja la prensa especializada. Por ejemplo, que hay que vestir de forma discreta y reservada porque, mientras los hombres luchan, no hay motivo ni razón para perifollos pero eso sin olvidar la elegancia que ha inspirado siempre la moda francesa para poder seguir vendiendo los productos al exterior y robustecer así la economía de guerra. El mayor movimiento físico por falta de vehículos y, el trabajo femenino sustituyendo a los hombres movilizados, hacen necesario acortar las largas faldas hasta ahora en uso y, por vez primera en la historia, los hombres pueden observar a placer el tobillo femenino que hasta entonces se entreveía al subir ellas a un autobús o vagón de tren.

Esa circunstancia, por otra parte, valorará más esa parte de la anatomía y hará surgir un atuendo que la realce. Así llega lo que se perpetuará incorporándose para siempre en el atuendo femenino: la media de seda.

Algunas vestían de forma que recordaba lo militar llegando a veces a la caricatura: Los botines con lazos a un lado recordaban las botas de aviador. Los botones de traje tenían formas de balas, granadas o culatas de cañones... se llevaban anillos de aluminio hechos de un obús alemán.

Pero los consejos de vestuario eran más precisos en caso de luto; como decía una revista de moda al pie del dibujo de una mujer de negro:

«Joven viuda triste; el verdadero luto de guerra, el más

elegante, se lleva en *charmeusi* y en *crêpé georgette* para el vestido, terciopelo para el abrigo.»

Con ello la dama irá ataviada como corresponde a su dramática situación.

«Vestida así, dais exactamente la impresión de dolor contenido y dignamente llevado que conviene a vuestro estado de ánimo.»

Se recomendaba usar pocas joyas y éstas discretas.

Los sombreros se llevan en general más pequeños (aunque Mata-Hari los adoraba grandes) y prácticos para la nueva vida de trajín de las parisinas. Dado que ellas van ahora más en Metro, se prohíbe el uso de las largas agujas para sujetarlo que constituían un peligro para los otros viajeros. Puede usarse también el favorecedor turbante y el *canotier* de paja copiado de los remeros ingleses de Oxford y Cambridge para el verano.

Los teatros están todos abiertos porque se considera útil para la moral de la retaguardia y distracción de los militares con permiso pero la guerra se nota al final de las representaciones, cuando la primera actriz aparecía envuelta en la bandera tricolor e iniciaba el canto nacional de *La Marsellesa* coreado por el público puesto de pie. Con el mismo espíritu patriótico si el parte de guerra era particularmente bueno para la causa aliada, el primer actor interrumpía la representación para leerlo en voz alta ante los aplausos de todos.

Mata-Hari tenía que volver a París pero, asombrosamente, y digo asombrosamente porque entonces Mata-Hari no había realizado la menor gestión que pudiese señalarla como espía, ve rechazada su petición de visado para Inglaterra en ruta hacia Francia (desde Holanda entonces no se podía ir a París por el camino más recto, el de Bélgica, ocupada por los alemanes). Y no sólo esto. Llegada, por fin, en barco a España, intenta penetrar en Francia por Hendaya y se le niega de nuevo el paso. Parece que extraños genios se están confabulando para evitar que alcance su destino pero ella no hace caso y consigue terminar el viaje.

Allí le espera –dentro de unos meses– la muerte pero ahora Mata-Hari encuentra el gran amor de su vida. Es un oficial ruso que, como aliado de los franceses, combate

en el frente occidental contra Alemania. Un día el tesorero del batallón le llama para entregarle un gran fajo de billetes; son sus pagas atrasadas que representan 5 000 francos oro, una pequeña fortuna.

–¿Qué harás con tanto dinero?

–Gastármelo en París. Tengo un permiso de una semana.

–En ese tiempo no podrás acabar con él a no ser que compres una casa.

–No hará falta. ¿Nos jugamos una cena?

El capitán Vadim Masslov, rubio, alto, de ojos azules, llega a París dispuesto a divertirse y a ganar la apuesta gastando todo lo que posee. En ambas iniciativas tiene suerte. En el Grand Hotel donde se hospeda y apenas recién llegado, un compañero de armas le presenta una mujer alta de ojos negros y cuerpo esbelto. Ella tiene ya cuarenta años, él veintitrés pero la llama es idéntica para los dos. Desde ese momento hasta su partida no se dejarán un minuto del día –paseos, tiendas, carreras de caballos, restaurantes, teatro– ni de noche –cena y baile en Maxim's y horas apasionadas en la habitación del hotel–. Mata-Hari flota como en un sueño. No sólo la abraza un joven militar sino que es festejada, mimada, regalada como no lo había sido nunca. Cualquier parada suya ante un escaparate de joyería en Place Vendome significa el regalo inmediato de las mejores alhajas, la ojeada a una tienda de modas de Faubourg Saint-Honoré, la adquisición de los vestidos más caros y bellos y de las pieles más elegantes. Colmada en su afán de lujo, satisfecha sexualmente, la bailarina vive esos días como en un sueño.

Hasta que llega el despertar con el fin del permiso militar. Un exhausto pero satisfecho Vadim Masslov pone una conferencia telefónica a su amigo el tesorero del batallón que le pregunta.

–¿Qué tal ese permiso?

–Espléndido –contesta Masslov–. A propósito, he ganado la apuesta. ¿Te importa mandarme veinticinco francos por giro telegráfico? No me queda dinero para el billete de vuelta.

Ésta podría ser una aventura más en la vida de Mata-Hari, unos días de sexo, unos regalos, un «adiós querido»,

pero va a resultar el gran amor de nuestro personaje; la expresión típica y casi siempre falsa: «Te querré hasta la muerte» revestirá aquí su significación total. Margaretha Zelle ya no querrá a nadie más que a ese oficial ruso y mientras le quede vida soñará en pasar el resto de sus días en su compañía sea en Francia o en la patria de su amado, Rusia. Cualquier cosa que haga mientras tanto, toda su actividad de espionaje se entrelazará con las cartas que le dirija y serán las únicas líneas sinceras que escribirá desde ahora hasta su muerte.

Mata-Hari está en París en el Grand Hotel (vuelve a poder permitírselo). La situación ha mejorado considerablemente para ella. Veinte mil francos para empezar su nuevo trabajo no está nada mal... ¿y cuál es ese trabajo? Averiguar lo más posible del amante de turno siempre que sea militar o diplomático. Especialmente del primero o cualquiera de las tres armas, ejército, marina o aviación puede sacar, entre beso y beso, cuál es su unidad, dónde está situada y si se habla en ella de trasladarse a algún lugar próximo al frente –señal de una inmediata ofensiva– o si, por el contrario, permanecerán acuartelados. Luego no hay más que redactar el informe con tinta simpática y hacerlo llegar a Kraemer en la neutral Holanda. Él se encargará de transmitirlo a Berlín. Y todo ello, repito, entre copa y copa, entre beso y beso. ¿Hay algún oficio más apetecible para una mujer ya apasionada por los uniformes? Le están pagando por lo que le gusta hacer, nunca se han unido más cómodamente lo útil y lo agradable. Mientras la gente sea tan loca como para seguir matándose en las trincheras ella podrá vivir de esas muertes, disfrutar a costa de esas catástrofes. Luego ya veremos...

La situación es tan apetecible que de pronto a Mata-Hari se le ocurre ampliarla. Está visto que los hombres de hoy sólo derrochan su dinero en armas o en conseguir unos datos que perfeccione su uso. ¿Por qué entonces no ofrecerse también al bando contrario del que está sirviendo ahora? Si además de Alemania le pagase Francia las perspectivas de ganancia se multiplicarían. ¿Por qué no? ¿Qué fidelidad le debe ella a los alemanes para no engañarles como engaña ahora a los franceses?

¿Ellos no la utilizan? Pues también Mata-Hari se aprovechará de ellos.

El proyecto de Mata-Hari se llama en la jerga de la guerra secreta ser un agente doble sirviendo a dos amos, cobrando a dos cartas... pero expuesta a su vez a una doble venganza en caso de que descubra su juego.

Aunque novata en estas lides, Mata-Hari sabe el riesgo a que se expone pero el miedo no es una característica de nuestro personaje. No está involucrada en ninguno de los bandos porque para empezar ni siquiera lo está con su patria natural a la que renunció públicamente por una falsa nacionalidad hindú; por lo tanto, en el fondo de su corazón, no traiciona a nadie y aunque así ocurriera, tampoco le importa. La sociedad la dejó caer cuando empezó su decadencia y ella ahora puede tratarla con la misma dureza y sin el menor remordimiento.

Desprovista por la edad y circunstancias de sus armas de poder que eran sus éxitos como bailarina, le queda la capacidad de dominar al prójimo engañándole, consiguiendo a cambio y al mismo tiempo el único bien que no acaba cuando llegan las arrugas, el entumecimiento de piernas o, sencillamente, un cambio en el gusto artístico de la gente.

Este bien es el dinero, «el poderoso caballero» que cantaba el español Quevedo tres siglos atrás; el único medio de volver a colocar a Mata-Hari en el seno del lujo a que se acostumbró... –¡es tan fácil!– en poco tiempo. Y ello aderezado por el sabor de la aventura y el encanto de la transformación. Quien pasó fácilmente de holandesa a hindú tendrá que ser ahora de mil colores distintos para obtener las informaciones con qué servir a dos amos. Excitante. Y sobre todo, remunerador.

Mata-Hari ya decidida pide una entrevista al capitán Ladoux, de quien sabe –lo sabe todo París– que está al frente del Servicio de Espionaje y Contraespionaje francés.

Cómo se desarrolló la primera conversación lo sabemos básicamente a través del libro de memorias que, después, publicará el citado funcionario. Como siempre en esa clase de libros, el autor da énfasis a sus aciertos y minimiza sus fallos pero dado que su interlocutora Mata-

Hari no dejó escrita su versión de los hechos, no tenemos más remedio que fiarnos de una descripción que, por otro lado, se acuerda bastante con la personalidad que ya conocemos de la bailarina holandesa.

En principio Mata-Hari sólo iba a pedir un permiso para trasladarse a Vittel, aparentemente para tomar las aguas en aquel balneario situado en zona militar y por tanto fuera del ámbito donde los paisanos pudieran hacer visitas. En realidad se trataba de estar al lado de su capitán Masslov que convalecía allí de heridas sufridas en el frente de batalla.

Ladoux la observa mientras habla y deduce lo mismo que Kraemer. Una mujer elegante, conocida internacionalmente por su pasado artístico, que pueda penetrar en cualquier medio social o político podría ser una buena ayuda para el servicio de inteligencia francés. Y así, después de las primeras frases sobre la posibilidad o no de llegar a Vittel, le preguntó si le interesaría prestar servicios a Francia.

–Porque amáis a Francia, ¿verdad?

–Mucho. Aquí triunfé en el teatro y adoro su cultura y a su gente.

–Entonces en ese trance, ¿la ayudarías con informaciones que le fueran útiles? Previo pago de unas cantidades, naturalmente.

Mata-Hari le mira a los ojos.

–¿Cuánto?

Ladoux contesta como lo hiciera Kraemer... o como lo haría cualquier comerciante que en el mundo sopesa lo que vale y lo que puede obtenerse de algo en venta.

–Depende de la calidad y cantidad de datos que nos podáis dar.

Mata-Hari asegura que reflexionará sobre el tema y va a pedir consejo a un antiguo amigo, Henri de Margerie, a quien conocía de cuando trabajaba en la embajada de Francia en La Haya en los primeros años del siglo (¿fue entonces su amante? Tratándose de Margaretha Zelle es más que posible). El diplomático tenía ahora un puesto importante en el Ministerio de Asuntos Extranjeros y esa consulta ha servido a algunos amigos de la bailarina como Leo Faust y a biógrafos como Waagenar a deducir

la poca calidad como posible espía de una mujer que lo primero que hace es contar un secreto tan grave como el de que le han ofrecido a una tercera persona.

No estoy de acuerdo con esa deducción. Por el contrario creo que podría tratarse de una hábil maniobra de Mata-Hari quien, al pedir la opinión a esa tercera persona (por otra parte, de total confianza dado su cargo) justificaba su decisión de colaborar con el Servicio Secreto, la «santificaba» dicho de otra manera. Y así lo haría constar en el segundo interrogatorio de su proceso.

«Margerie me dijo que era muy peligroso aceptar misiones como la que me querían confiar pero añadió que, en su calidad de francés, estimaba que si alguien podía prestar servicios a su país, era yo.»

Al día siguiente fue a ver al capitán Ladoux y le dijo:

–Capitán, en principio, acepto.

–Hablemos de ellos. ¿Podrías ir a Alemania o a Bélgica? ¿Tenéis ya algún plan?

–De momento –contestó– quiero ir a Vittel. Dejadme que haga mi cura termal y a la vuelta hablaremos.

Vittel, hemos dicho, estaba en zona militar junto al aeropuerto y Ladoux no estaba seguro de su nueva recluta como para dejarla mover a sus anchas en aquel lugar delicado desde el punto de vista estratégico. Por eso y según cuenta en su libro *Cazador de espías,* tuvo a sus hombres vigilando a la bailarina durante toda su estancia allí.

No tenía que preocuparse porque la actividad de Mata-Hari en aquellos días se redujo a la amatoria. En el álbum de recuerdos que consiguió Waagenar figura la fotografía de un guapo oficial con este pie escrito por la mano de Margaretha.

«Vittel 1916. Recuerdo de los días más bellos de mi vida con mi Vadim, a quien amo por encima de todo.»

Contado por ella en el mismo interrogatorio este episodio se desarrollará así:

«El primero de septiembre llegué a Vittel donde encontré al capitán Masslov gravemente herido por gases asfixiantes; había perdido completamente la visión del ojo izquierdo con riesgo de quedarse totalmente ciego.

»Una noche me dijo:

»–Si me llegase esta desgracia ¿qué harías?

»–No te dejaría jamás –contesté– y sería para ti siempre la misma mujer.

»–¿Te casarías conmigo?

»Respondí que sí y luego reflexioné. He aquí mi vida ya definida. Pediré al capitán Ladoux bastante dinero para no tener que engañar a Vadim con otros hombres. Dejaré al marqués de Beaufort, dejaré al coronel y al barón, iré a Bélgica a hacer lo que el capitán (Ladoux) me pida, venderé en Holanda mis muebles y mis objetos de valor, volveré a París al apartamento que he alquilado, el capitán Ladoux me pagará, me casaré con mi amante y seré la mujer más feliz de la tierra.»

He mencionado antes la poca fiabilidad de las memorias donde cada uno escribe en el interés de quedar bien, *pro domo sua*. El mismo o mayor escepticismo hay que mantener cuando quien habla es una procesada en peligro de ser condenada a muerte. Y digo «o mayor» porque en este caso lo que resultará de sus confesiones no es ya quedar mejor o peor ante sus contemporáneos sino salvar o no la vida. Esa imagen de mujer enamorada que sólo sueña en redimir su pasado junto a su amor y que por ello pone en riesgo su vida, tenía que conmover a sus jueces... O al menos ella así lo esperaba.

Sigue la declaración con la vuelta a París y su entrevista con Ladoux.

«El 15 o 16 de septiembre (1915) fui a ver al capitán Ladoux. Me felicitó por mi correcto comportamiento en Vittel donde me había hecho vigilar.»

Otro detalle curioso en esta curiosa historia. Tan grave desde el punto de vista de la técnica del espionaje era contar una conversación secreta a un tercero (caso Margerie) como advertir a alguien sospechoso de que estaba siendo vigilado. ¡Y eso lo hacía el jefe del Servicio Secreto!

«Me preguntó después dónde pensaba operar.

»–¿Dónde quiere? ¿En Alemania o en Bélgica?

»–Mejor sería en Bélgica, Alemania nos interesa menos.»

Tampoco es normal que interesara menos el país enemigo por excelencia que el que había sido ocupado por el

ejército del Káiser a no ser –cosa difícil– que tuviesen «cubierto» totalmente el primero. Resuelta la elección, Mata-Hari pensará en cómo cumplir su misión lo mejor posible. Por su «afectiva» vida anterior, e igual que los marineros tienen un amor en cada puerto, Mata-Hari podía ubicar en cada capital de Europa un amante de quien obtener algo en cada momento de su vida. Éste de ahora es holandés pero con importantes conexiones belgas.

«Me acordé entonces de mi amante Van der Schak, quien en Amsterdam me había presentado al señor Wurebain. Éste me invitó a ir a verle a Bruselas; allí tenía una gran mansión donde daba fiestas e incluso bacanales a oficiales del Estado Mayor alemán, con quien realizaba negocios de importación y exportación. Era íntimo del general Von Bissing, gobernador general de la Bélgica ocupada. Recordando todo ello le dije al capitán Ladoux:

»–He aquí mi plan. Desde mi casa de La Haya invitaré a Wurebain a tomar el té. Luego iré a Bruselas con atavíos deslumbrantes, frecuentaré el Estado Mayor alemán y... no digo más. Pero tengo que advertir que tengo un carácter un poco brusco y espontáneo. No tengo la menor intención de languidecer allí durante meses con asuntos mediocres. Daré el golpe, uno solo y después lo dejaré.

»El capitán pareció entusiasmado y me preguntó qué ganaba yo en servir a Francia, añadiendo que esa demanda la hacía a todos los que empleaba.

»–No tengo más interés que el de casarme con mi amante y ser independiente.

»–Buen objetivo –admitió–, pero en lo que se refiere a dinero ¿ha pensado en alguna cifra?

»–Pido un millón (de francos) –contesté– pero sólo después de haberse reconocido el valor de mis servicios.

»–Es una buena suma –contestó el capitán– pero si obtenemos lo que pedimos sabremos pagar. Hemos llegado a dar a otros, dos millones y medio.»

Está hablando la protagonista de la conversación que, como ya dije, tiene que salir bien parada de todos esos recuerdos. No es normal que, quien vaya a pedir un favor, se manifieste con tanta arrogancia ni se preste tan dócilmente quien lo va a dar. Tampoco es corriente que este

último mencione una cifra tan elevada dada a otros, algo que en un trato comercial –y éste lo era– provocaría inmediatamente la petición de igualar la recompensa.

Recordemos que ésta es la versión de Mata-Hari y en ella aparece como protagonista única, segura de sí misma mientras el pobre interlocutor no sabe qué decir. Pero si leemos la otra memoria del mismo encuentro, las cosas cambian bastante. Ahora es el capitán Ladoux el amo de la situación y Mata-Hari una mujer acosada que apenas sabe cómo contestar a las hábiles preguntas y deducciones de su interrogador.

... estamos citando los recuerdos del capitán Ladoux en su libro *Cazador de espías*. Según esta obra él había descubierto desde el primer momento que la holandesa trabajaba para los alemanes, por lo que, aun aceptable como agente doble, pensaba vigilarla estrechamente para que sirviera a los intereses franceses y no a los enemigos.

En esta versión, en lugar de aceptar a las primeras de cambio la demanda millonaria de Mata-Hari por su colaboración, le dijo:

«–Un millón es mucho dinero, porque el espionaje francés no es tan rico como el alemán. Claro que si valiera la pena... por ejemplo, si fuerais la amante del príncipe heredero de Alemania...

»–Es que lo he sido –contestó irguiendo la cabeza Mata-Hari– en Berlín y en Egipto y puedo volver a serlo cuando quiera.

»–... O si consiguierais entrar en el Cuartel General alemán... Pero nadie procedente de Francia podría hacerlo.

»–Yo sí. Mi amante en Holanda que me presentó Kraemer es el proveedor del ejército alemán y tiene mucho contacto con los altos mandos.»

Ladoux entonces, siempre según sus memorias, le hizo una exposición del futuro que le esperaba si aceptaba el trabajo que le ofrecía. Ante ella tenía el tapete verde de la ruleta y podía jugar a dos colores: rojo y negro. «rojo» simbolizaba a los franceses, «negro» a los alemanes. Ella debía elegir a sabiendas que, en aquel momento, se jugaba algo más que una cantidad de dinero. Y desde luego no cabía poner la apuesta en ambos lados del tapete. Tenía que decidirse.

Y que ella contestó:

«Juego al rojo.»

Tras la elección parece que la situación se ha aclarado y que su nuevo jefe le dará instrucciones precisas y concretas sobre el trabajo que debe realizar.

Pero en esta oscura historia nada es tan sencillo. Como afirmará Mata-Hari en su segundo interrogatorio, Ladoux, en lugar de órdenes, le ponía trampas:

«–¿Conoce Bélgica?

»–He estado una vez en Bruselas con el barón Van der Capellen.

»–¿Y en Amberes?

»–Nunca.

»–¿Y si os digo que os han fotografiado allí?

»–Es imposible porque no conozco esa ciudad.»

Después de este intento de cazarla viene otro. Al preguntar Mata-Hari cómo reconocería en Bélgica al emisario de Ladoux que debía darle instrucciones posteriores, el jefe del espionaje francés le dice sonriendo que llevará «este número» y escribe en un papel: AF-44.

«–¿Qué significa? –preguntó Mata-Hari.

»–¿No habéis visto nunca ese número?

»–Nunca.

»–Creía que era el vuestro.»

Hay algo extraño en esa charla como en toda la relación de Ladoux y Mata-Hari. ¿Había oído el capitán por parte de sus espías que la holandesa tenía asignado una clave en el Servicio Secreto alemán conteniendo letras y cifras? AF-44 no está tan lejos de H-24; número repetido, letras cercanas en el alfabeto. Una audición defectuosa (a través de un teléfono o de una ventana semicerrada) podía haber dado esa información aproximada que Ladoux lanzaba como globo sonda para ver la reacción de su interlocutora que, naturalmente, no fue de turbación y sí de cierta ira bastante justificada. ¿Cómo puede una persona comprometerme con otra para una operación importante si empieza por desconfiar de ella? Ésta es la lógica respuesta que ella le dio. Quitemos, como de costumbre, énfasis al recuerdo y aun así tiene sentido común.

«Capitán, os lo ruego de una vez por todas; renunciad

a todas esas insinuaciones y a los informes de vuestros ridículos agentes; todo eso me irrita y como sigáis así me negaré a hacer nada.»

Bueno, si la trampa no ha funcionado buscaremos otra prueba de la devoción que puedo esperar, piensa Ladoux... Y sin reparar en lo ilógico de su demanda –¿no desconfiaba de ella?– le dijo:

«Si nos entregáis la cabeza de un espía alemán, español y holandés... sólo eso os valdría 25 000 francos.»

Mata-Hari se estremece. Para su desbordante imaginación, una espía es una dama que logra secretos militares de envergadura en el curso de una noche de amor, no la delatora vulgar de un nombre.

«No puedo prometer eso. Me encargaré gustosamente de transmitir informes militares o diplomáticos pero denunciar a alguien me resulta aborrecible.»

Otra extraña respuesta que Ladoux debía haber contestado: «Lo siento pero un agente secreto no puede juzgar la moralidad o la elegancia de las misiones que le encargan. Si tenéis escrúpulos no serviréis para este oficio.» Pero no. Cambiando una vez más de tema da por resuelto el examen.

«Bueno. Id a la jefatura de policía, Boulevard du Palais, 7 y dad al señor Maunory esta carta; él os proporcionará el visado necesario para vuestro viaje.»

Un viaje, recordémoslo una vez más, extremadamente complicado por causa de la guerra. De París a Bruselas, incluso en los trenes del tiempo, no se empleaban más de cuatro horas pero había que atravesar nada menos que el frente de batalla. De forma que Mata-Hari tenía que ir a España, tomar un barco en Vigo para Holanda y de este país neutral entrar en Bélgica lo que, dadas las relaciones sociales de que se vanagloriaba, le sería fácil.

Pero el hombre propone y otro nombre, en este caso un país, dispone.

En 1916 el continente europeo estaba dominado por los Imperios Centrales, Alemania y Austria, pero el mar, a pesar de la peligrosa presencia de los submarinos alemanes, seguía siendo feudo de las naves inglesas que detenían a cualquier barco sospechoso aunque su bandera fuera de país neutral y lo registraban en su carga –bus-

cando un posible contrabando de guerra– y en la persona de sus pasajeros; y ahí la obsesión se centraba en encontrar agentes secretos del enemigo.

Uno de esos navíos fue el que detuvo al barco holandés *Hollandia* en el que una mujer que, entrando por Irún, acababa de atravesar España, había tomado un camarote. Su nombre en la lista de pasajeros era el de Margaretha Geertruida Zelle McLeod, de nacionalidad holandesa y dirigiéndose a su patria. Todo en regla, pues a los ojos de cualquier investigador una ciudadana de un país neutral (Holanda), procedente de un país aliado (Francia) y tras cruzar otro país neutral (España) se preparaba a volver a su hogar seguramente huyendo del conflicto europeo.

Pero las autoridades militares de Falmouth, lugar adonde el buque de guerra obligó a dirigirse al *Hollandia* no compartieron esa idea. Como contó en el proceso Mata-Hari...

«En Falmouth el barco fue invadido por policías, soldados y matronas encargadas de cachear a las mujeres. Dos de estas funcionarias registraron mi camarote llegando incluso a desmontar los espejos de la pared y a mirar bajo la litera. Un oficial me interrogó sobre mi identificación; después me miró fijamente y sacó del bolsillo una fotografía hecha sin duda por un aficionado, donde aparecía una mujer vestida de española, tocada con una mantilla blanca y con un abanico en la mano derecha mientras se recogía la falda con la mano izquierda.»

Como se ve una representación de la típica españolada. Era hasta posible que Mata-Hari durante su estancia en España, en 1906, hubiera vestido aquel atuendo típico y tópico como disfraz pero...

«El retrato se me parecía un poco pero la mujer era más pequeña y algo más gruesa que yo. Me eché a reír pero mis protestas no convencieron al oficial quien aseguró que la fotografía me la habían sacado en Málaga, lugar donde yo no he estado nunca.»

A menos que nosotros sepamos. La hicieron desembarcar, la metieron en un tren con dirección a Londres y allí fue encarcelada en Scotland Yard.

Era el 13 de noviembre de 1916. El 16 del mismo mes

el jefe del servicio de contraespionaje sir Basil Thomson escribía al embajador de Holanda en Londres la carta siguiente:

«Señor: tengo el honor de informarle que una mujer llevando un pasaporte bajo el nombre de Margaretha Zelle McLeod, número 2 603 expedido en La Haya el 12 de mayo de 1916, está detenida aquí bajo la acusación de ser un agente alemán, de nacionalidad alemana, que lleva el nombre de Clara Benedix de Hamburgo. Ella se niega a identificarse con esa mujer pero se realizan gestiones necesarias para basar esta acusación. El pasaporte tiene señales de haber sido alterado. Ella ha pedido se le autorice a escribir a Vuestra Excelencia y el material necesario para ello le ha sido facilitado hoy. Soy señor su más atento servidor. B. H. Thomson.»

El jefe del contraespionaje británico ciertamente no demuestra en esta carta su capacidad para el cargo que ocupaba. Para empezar se equivoca al mencionar la nacionalidad expresada en el pasaporte; si era francés ¿por qué iba a molestar al representante de Holanda? Tampoco se da cuenta que la alteración de los datos del documento de viaje se limita a variar la fecha del nacimiento, algo muy común entre las señoras de todo tiempo y país y de lo que no se libran siquiera las espías. Concretamente Mata-Hari mentirá sobre su edad hasta los últimos momentos de su vida. Ni mostró excesiva inteligencia al confundir a la detenida con una espía alemana con quien no tenía nada que ver. Claro que siempre podrá decirse a favor de sir Cecil que había sabido olfatear a un agente secreto sólo viéndole, aunque equivocara la persona.

Y si su astucia no se destacaba, tampoco el *fair play* de los ingleses hizo su aparición en esa correspondencia. Porque el permiso de escribir se lo había solicitado Mata-Hari en *el mismo momento* de la detención y en su poder desde hacía tres días estaba la carta dirigida por la reclusa al embajador de su país y que decía así:

«Me han implicado en un terrible asunto. Yo soy la señora McLeod, de soltera Zelle, divorciada. Me dirijo a Holanda a través de España provista de *mi mi* (repetido) y (subrayado) *auténtico pasaporte*. La policía inglesa sostie-

ne que es falso y que yo no soy la señora Zelle. Estoy al borde de un ataque de nervios encerrada desde esta mañana en Scotland Yard y os ruego vengáis en mi socorro.

»Vivo en La Haya, en el 16 de Nieuwe Uitleg y soy tan conocida allí como en París donde he residido durante años. Estoy sola aquí y os juro que absolutamente toda mi situación está en regla.

»Se trata de un malentendido pero, os ruego, ayudadme. M. G. Zelle McLeod.»

Esta carta escrita el 13 sólo fue enviada el 16 por la tarde acompañando otra del señor Thomson, donde para no admitir su error del que acababa de darse cuenta, se olvidaba de Clara Benedix y tras mentir sobre el trato utilizado con ella, acusaba vagamente a la prisionera de faltar a la neutralidad a que le obligaba su pasaporte.

«Excelencia: tenemos el honor de informarle que una señora portadora de un pasaporte holandés y llamada madame Zelle McLeod ha sido rogada que bajase del barco holandés *Hollandia* por sospechosa de actos contrarios a la neutralidad. Me ha pedido que os envíe la carta adjunta.»

Hay una investigación en marcha que se efectúa lo más diligentemente posible por cable y ella no será detenida más tiempo del necesario. Naturalmente si se descubre que es culpable de actos contrarios a la neutralidad, podrá ser necesario más tarde iniciar su acusación.

Palabras oficiales para ocultar un notable error de identificación. No había más remedio que soltar a la detenida y sir Cecil lo hizo pero para justificar su actitud anterior se empeñó en interrogarla a fondo.

Y en ese momento, es cuando Mata-Hari muestra que el papel de espía le venía grande. Porque quizá para borrar las últimas sombras de sospecha en el jefe británico, quizá por presumir de su nueva ocupación y dado que está hablando con un aliado fiel de sus jefes, no se le ocurre más que decirle que se dirige a Holanda «porque está encargada por los franceses de una misión confidencial».

Sir Cecil se apresura a telegrafiar a su colega en Francia, al capitán Ladoux. ¿Es verdad lo que dice esa mujer? Y ahora el asombrado es el capitán francés. ¿Cómo va a

fiarse de un agente que cuenta su misión al primero que encuentra?

Es verdad que esas declaraciones no confirman sus sospechas de que se trata de un agente doble –ninguno sería tan bocazas– pero desde luego una persona así no es capaz de cumplir la misión señalada. Hay que mandarla a otra parte; y telegrafía a Thomson.

«No comprendo nada. Devuelva a Margaretha Zelle a España.»

Cuando oye la noticia, Mata-Hari se desconcierta. Su primer encargo ha abortado antes de iniciarse. Y ahora ¿a España? ¿A qué?

Bueno, supone que ya le darán algo. Y embarca hacia Vigo.

Lo que había conseguido Mata-Hari con sus importantes declaraciones a Thomson era despertar unas sospechas, hasta entonces dormidas, sobre su actividad. No sólo Ladoux quedó preocupado. El mismo embajador holandés en Londres que había sido informado de las acusaciones inglesas y de la defensa de Mata-Hari, mandó un informe a su gobierno en el que, por vez primera, alguien la señala oficialmente como agente de Alemania.

«Esas sospechas (las de que se trataba de Clara Benedix) se revelaron sin fundamento pero una comunicación oficial recibida en esos momentos de París dio motivo a creer que madame McLeod se dedicaba de todas maneras a actividades fuera de la ley. Fue liberada pero quedó bajo el control de la policía. Durante los interrogatorios a que fue sometida, ella explicó que en París los aliados le habían encargado que transmitiese informaciones desde Holanda. La policía no dio crédito a estas declaraciones y sus dudas fueron confirmadas por una comunicación posterior recibida de París en la que se precisaba claramente que dicha misión no había sido encargada del lado aliado sino, al contrario, del lado enemigo.»

Repasemos este informe porque, a pesar de estar redactado por un diplomático, muestra un desconocimiento absoluto de las reglas del espionaje. La obligación primera de un agente secreto es seguir siéndolo y si describe su misión a alguien aunque sea un aliado, la de su jefe es negarla de forma rotunda. Por otra parte tampo-

co es cierto que el jefe aludido por ella, Ladoux, la hubiera señalado como agente del enemigo porque, en este caso, lo lógico sería que hubiera seguido en la cárcel en espera del severo juicio de guerra correspondiente.

Y en lugar de eso...

«Después de lo cual ha habido una nueva conversación con la sospechosa y ella ha consentido en volver voluntariamente a España.»

¿Cómo se puede enviar a un país neutral dejándole en posición de seguir haciendo daño a quien se acusa de trabajar para el enemigo? Lo que se deduce años después de este enredo, es que ambos jefes, el británico y el francés, decidieron que se trataba de una persona con más vocación que habilidad para el oficio que había elegido, confusa en sus lealtades y que era mejor liberarla... y vigilarla. En cuanto a Ladoux, imagino que apartándola de la misión importante –Bélgica–, la situaba en España pensando que allí podía todavía serle útil transmitiendo algún mensaje que otro. Si era agente doble, para disimular mientras trabajaba para los alemanes; si lo era sólo de París, para hacer méritos. Ya procuraría su gente en Madrid controlar esa actividad cuando pudiera ser nociva para la causa aliada. Dicho de otra manera, se la ponía a prueba, aunque fuera con muchas dudas.

En su despedida, Cecil Thomson le dio el consejo dictado por el convencimiento de que la señora McLeod no estaba preparada para el papel que soñaba en desempeñar.

«Señora, si queréis aceptar la advertencia de un hombre que casi os dobla en edad, renunciad a lo que habéis comenzado.»

Y la dejó en el barco que la llevaba de nuevo a España.

Ahora parece claro que el funcionario británico tenía razón pero... hay otros elementos de juicio que hacen dudar de la imagen de una mujer equivocando sus primeros pasos y haciéndose sospechosa para todos. Lo digo porque, luego, a la hora de defenderse de las acusaciones de la gente a la que engañó como Von Kalle o de las más graves del fiscal en su proceso, Mata-Hari no aparecerá en ningún momento como una ingenua novata que confunde lo que tiene que hacer con lo que le gustaría hacer

y es sincera cuando no tiene por qué confesar... Y como es difícil cambiar de personalidad en pocos meses, queda la duda de si Margaretha Zelle representó (al fin y al cabo era una actriz) el papel de bobalicona en Londres para que amigos y enemigos menospreciaran su capacidad dejándole las manos libres para actuar a favor de unos o de otros pero primordialmente en su propio provecho.

En favor de la teoría de que se hacía la incapaz sin serlo, está, por ejemplo, la versión que ella dio de su viaje de vuelta en la instrucción de su proceso durante el segundo interrogatorio.

«Embarqué en Liverpool el primero de diciembre en el *Araguya* llegando a Vigo el día 6. En el hotel Continental de esa ciudad me enteré que Clara Benedix (con la que la confundieron en Londres) era una espía alemana muy conocida que residía a menudo en España.»

(Ya es gracioso que una espía pueda ser «muy conocida».)

«Quien me lo dijo era el señor Marcel Cazeaux, secretario del consulado holandés en Vigo, que es francés. A mi vez y a cambio, le conté lo que me había dicho el capitán del *Hollandia*, que la pareja de belgas que viajaba conmigo (hacia Holanda) eran dos espías, él a sueldo de Inglaterra y ella de Alemania. Su nombre era Allard.»

Ser un agente doble era ya difícil pero debe ser la primera vez en la historia del espionaje que dos personas actúan tan juntas y tan lejanos uno del otro. A veces da la impresión que esa principiante se burla de su interrogatorio. Sigue la extraña historia con detalles tan inverosímiles como éste:

«Al día siguiente, cuando me paseaba por el muelle, el señor Cazeaux me abordó con estas palabras:

»–¿Querríais ir a Austria a actuar para los rusos? Han venido a preguntármelo.»

Lo anormal, tratándose de una aventurera sospechosa de doble juego es que le ofrezcan así, directamente, una tercera posibilidad. Según Mata-Hari, ella no se inmutó.

«–¿Por qué no?

»–¿Cuánto pide por ello?

»–Un millón cien mil francos. –Reconozco que lo dije medio en broma, como correspondía a la oferta.»

Pero su nuevo amigo sigue seriamente en el intento.

«–Es muy caro.

»–Si consigo salvar a cien mil hombres ¿es mucho diez francos por cabeza?

»–Creo que están en conversaciones con los norteamericanos que lo harían por menos. Pero lo intentaré, cuando venga a verme el ruso. ¿Dónde puede encontrarla en Madrid si aceptáis?

»–En el Ritz; ¿cómo le reconoceré?

»–Con la mitad de mi tarjeta... –y la partió dándome un trozo.

»El señor Cazeaux –sigue impertérrita Mata-Hari– me parecía una persona modesta para un asunto tan importante pero si los rusos lo apoyaban, como decía él, todo era posible. Tomé el tren en Vigo, llegué a Madrid al día siguiente y apenas instalada en el hotel Ritz, escribí en claro (es decir sin clave) al capitán Ladoux para contarle lo que me había ocurrido en Inglaterra (¡como si no lo supiese!) y pedirle instrucciones...»

Mata-Hari está metida en ese trabajo sobre todo para obtener dinero y entre bromas y veras, entre demandas extraordinarias y aceptaciones menores, no desperdicia la ocasión de cobrar. Si Ladoux no le contesta intentará otra vez la nueva posibilidad.

«Esperé cinco días sin recibir noticias de Vigo y telegrafié al señor Cazeaux.

»¿Hay que esperar más? Me contestó por carta pero la correspondencia se retrasó por un alud de nieve que en esa época cubría la región de Vigo. En la carta que finalmente llegó, me decía: "Esperad un poco más. El ruso en estos momentos se encuentra en Suiza."»

En el tercer interrogatorio (28 de febrero de 1917) Mata-Hari cuenta cómo, a falta de instrucciones francesas y de promesas rusas, decidió ponerse en contacto con los alemanes para ir preparando su futuro servicio de información. No olvidemos que en ese momento Mata-Hari está ante un funcionario del contraespionaje francés, que se está jugando la vida y que le interesa especialmente mostrar su fidelidad a la causa aliada. De haber caído en

manos alemanas sus respuestas hubieran sido totalmente diferentes, el engaño se hubiera aplicado a los franceses y la fidelidad a Berlín.

«Viendo que no llegaban noticias pensé: ¿por qué no aprovechar el tiempo y efectuar algunos contactos? Puedo relacionarme con los alemanes y eso será tiempo ganado. En ese momento si hubiese encontrado la forma de acostarme con el embajador de Alemania lo habría hecho. A las cosas importantes se llega por esos medios y no interrogando a modestos empleados.»

La verdad es que toda la doblez que pueda encontrarse en algunos aspectos de Mata-Hari es inexistente al hablar de su vida sexual. Mucho antes de que se hablase en el mundo de la liberación de la mujer, la holandesa había ya proclamado su derecho a usar de los hombres como éstos han usado de las mujeres a lo largo de la historia.

En el hotel Ritz vivía entonces otra espía. Aunque no ha pasado a la historia con la misma fama que Mata-Hari, fue mucho más afortunada en su actuación. Se llamaba Marthe Richard y era la amante del agregado naval alemán Von Krohn.

mentos alemanas sus respuestas hubieran sido realmente diferentes; el engaño se hubiera aplicado a los franceses y la fidelidad a Berlín.

«Viendo que no llegaban noticias pensé, ¿por qué no aprovechar el tiempo y efectuar algunos contactos? Pude relacionarme con los alemanes y eso era tiempo ganado. En ese momento si hubiese encontrado la forma de acostarme con el embajador de Alemania lo habría hecho. A las cosas importantes se llega por esos medios y no interrogando a modestos empleados».

La verdad es que toda la doblez que pueda encontrarse en algunos aspectos de Mata-Hari es inexistente al hablar de su vida sexual. Mucho antes de que se hablase en el mundo de la liberación de la mujer, la holandesa había ya proclamado su derecho a usar de los hombres como estos han usado de las mujeres a lo largo de la historia.

En el Hotel Ritz vivía entonces otra espía. Aunque no ha pasado a la historia con la misma fama que Mata-Hari, fue mucho más afortunada en su actuación. Se llamaba Marthe Richard y era la amante del agregado naval alemán Von Kronn.

MATA-HARI EN ESPAÑA

El Madrid de 1916, símbolo de toda la España del tiempo, era el campo de batalla, sin sangre, de las simpatías de los españoles hacia uno y otro bando. Los francófilos, en general, pertenecían a la izquierda, los germanófilos, a la derecha, aunque había excepciones sonadas como la de Pío Baroja, laico y enemigo del clero pero que prefería el triunfo del Káiser.

La prensa escrita se dividía con el mismo entusiasmo elogiando sin tasa a los de un lado y atacando ferozmente a sus contrarios. Mientras los francófilos solicitaban una actitud política favorable a la Entente, los germanófilos pedían una neutralidad total por parte de los españoles ante la contienda.

El problema de dónde situarse ideológicamente ante el conflicto empezaba en el Palacio Real, donde Alfonso XIII sufría en su misma familia el problema que dividía a todos los españoles. Su madre, nacida Cristina de Habsburgo, tenía lógicamente afecto a los Imperios Centrales. Su esposa, Victoria de Battemberg, se inclinaba por su antigua patria Inglaterra y su aliada Francia. Ambos tenían parientes luchando en campos contrarios...

Y a pesar de ello y como un ejemplo de la mentalidad que debía regir en el país, según la declaración solemne realizada al principio de la guerra en agosto de 1914, jamás salió de la residencia real un solo comentario oficial a favor de uno de los bandos y las misiones extranjeras en Madrid. Así lo registraron puntualmente los contemporáneos.

Para ser exactos, sí existió una acusación al rey de apoyo a Alemania y fue debida a la interpretación que algunos servicios secretos franceses hicieron de los cables telegráficos cruzados entre Alfonso XIII y el agregado militar en la Embajada española en Berlín, captados por el *Deuxième Bureau*. En ellos se hablaba, al parecer demasiado, de estrategia y tácticas militares, lo que podía dar lugar a pensar que el rey español comunicaba a alguien situado en Berlín y por tanto al alcance del gobierno alemán, noticias al menos indiscretas que podían favorecer la causa germánica.

Contra este cargo se alzaron, sin embargo, voces autorizadas de los servicios secretos franceses empezando por el mismo perseguidor implacable de Mata-Hari, el capitán Ladoux, quien en su libro reduce esa posible información real a una simple imprudencia, sin la menor importancia estratégica, de un monarca a quien su afición a los temas militares le llevó a discutir con el técnico amigo, una serie de asuntos que era mejor silenciar para evitar suspicacias fáciles en aquel tiempo. A propósito de ese incidente, Ladoux sostiene, como tantos otros, que la mentalidad del rey fue impecable y sirvió de ejemplo a sus súbditos por lo que, simpatías aparte, España se mantuvo rigurosamente al margen desde el principio al final de la contienda.

... Mientras procuraba mitigar en lo posible su crueldad. En esa línea fue universalmente admirada la acción de Alfonso XIII quien, movido por la carta en que la madre de un soldado francés, desaparecido en el frente, le pedía le procurase noticias a su hijo, montó en el mismo palacio y pagando los gastos de su peculio particular, una oficina de información para prisioneros de guerra de los dos bandos; durante los cuatro años y tres meses que duró la guerra, esa oficina llevó a muchos hogares franceses, alemanes, ingleses e italianos la benéfica noticia del paradero de los que habían dejado de escribir a los suyos y se daban por muertos en combate.

Aparte de los periodistas que defendían una actividad partidista por razones de tradición, surgieron también los que actuaron por conveniencia económica subvencionados por las distintas embajadas para que sirvieran a su

causa. España no había entrado en la guerra de forma física pero sí mentalmente. Los españoles se escindieron en dos grupos antagónicos que llevaban al seno de las relaciones personales sus convicciones políticas. Hubo a largo de ese período amistades de toda la vida que se rompieron por la discrepancia sobre la razón que tenían unos y otros e incluso entre miembros de la misma familia se enfriaron las relaciones y se llegó a la distancia total por los mismos motivos.

Madrid era un hervidero de rumores y el caldo de cultivo de informaciones de toda índole. Al ser España, con Portugal, el único país neutral del Occidente, en ella se multiplicaba la actividad de los diplomáticos de ambos lados de las trincheras con dos misiones concretas e importantes. La primera era procurar atraer las simpatías de gobernantes y ciudadanos hacia su causa, para lo que utilizaban desde la velada amenaza hasta el soborno.

En esto estaban de acuerdo y actuaban de forma parecida, los enviados de Alemania y Austria y los de Francia, Inglaterra y Rusia. La otra misión, más típica de los primeros, consistía en informar a sus gobiernos del movimiento marinero de los puertos españoles.

Hay que darse cuenta de lo que era la atmósfera de las grandes poblaciones neutrales, de Ginebra, de Madrid, de Amsterdam, para comprender la inverosímil facilidad con que los agentes del Káiser encontraban colaboradores más o menos desinteresados de todas las clases sociales. «En Berna –dice Gómez Carrillo–, en el torbellino extraordinario provocado por la guerra, el espionaje era cosa corriente, a la que todos, más o menos, se consagraban espiándose los unos a los otros. En los círculos cosmopolitas de Madrid, en el Palace, en el Ritz, pasaba algo por el estilo. Las bellas aventureras que hablaban lo mismo francés que alemán, no se recataban para penetrar en las embajadas. "Una espía", decíase. Y se decía sin sorpresa, sin recelo, sin asco. Había una inmensa tolerancia, hecha, en parte, de escepticismo, y en parte de hábito de oír siempre, en todas partes, a todas horas, el eterno estribillo. Es más: en ciertos círculos, hasta se notaba una simpatía malsana y novelera hacia los seres miserables que, exponiendo su vida, iban y venían, sirviéndose de

pasaportes falsos para ganar la prima de las hecatombes, de los naufragios, de las catástrofes. Porque cada buque torpedeado por los submarinos y cada sorpresa en los frentes mal vigilados, era la consecuencia de alguna comunicación del servicio de espionaje.»

El 7 de mayo de 1915 el capitán Bouchardon había redactado este nombramiento.

«El señor Pablo Fernando Collart, comisario de policía, provisionalmente adscrito a la Dirección de Seguridad General, es enviado a España en misión temporal. Se dirigirá inmediatamente a Madrid y al llegar se presentará en la Embajada de Francia para conocer sus instrucciones. Se le recomienda especialmente mantener ocultas todas las acciones que debe efectuar. Se esforzará en encontrar ayuda en todos los medios y especialmente los que le sean designados por el embajador de Francia en Madrid. Cuidará de tener a la Dirección de Seguridad General informada exactamente de todas sus acciones y movimientos y de seguir las instrucciones que le han dado de forma verbal.»

(Sí, porque ni siquiera cuando se trata de personas de toda confianza es conveniente darlas por escrito.)

Éste es el cazador encargado de llevar a cabo la misión de informarse de los pasos que puede dar en España cualquier enemigo de Francia. Y a los pocos meses de su llegada, el 11 de diciembre de 1916, le comunican cuál es la pieza que debe vigilar y controlar en todos sus movimientos. Se llama Mata-Hari; sus papeles están a nombre de Margaretha Zelle pero utiliza el nombre de condesa Masslov (se va a casar con él, explica, en su sueño sin cumplir) y se instala en el hotel Ritz situado en la plaza de la Lealtad de Madrid, junto a la iglesia de los Jerónimos y a tiro de piedra del Museo del Prado.

En la recepción le espera ya un agente francés del grupo de Pablo Collart. Se llama Julián Valade y ha contratado a un *valet* español, Juan, para que le ayude en la misión de enterarse de las idas y venidas de las personas sospechosas...

... Como Mata-Hari. En cuanto sube a la habitación le

manda al empleado elegido para atenderle que, naturalmente, es Juan. Valade sabe que es muy importante asistir al momento de abrir el equipaje porque lo que se observa en esos momentos puede servir para conocer las costumbres de la persona sospechosa y aun de sus intenciones.

Por ejemplo, si lleva mucha ropa, indica que se quedará tiempo. Si el nuevo cliente mira a la ventana frontera, explora los cortinajes, es que busca inconscientemente lugar donde alguien puede espiar o esconderse. Si retira ese cuaderno u objeto envuelto personalmente y lo coloca en un cajón con llave, demuestra su valor. También es importante el que no se saca de un fondo de la madera y, al contrario, se cubre con ropa para disimular su existencia.

Veamos el cuarto de baño. Una persona elegante y mucho más una mujer, tiene varios frascos de crema y perfumes pero si su número es excesivo, puede ser que algunos contengan otros productos aptos para otras cosas que no sean el embellecimiento. Observemos los documentos de apariencia oficial, en cantidad excesiva, poco en consonancia con una persona que no tiene un cargo público... o artículos de periódicos recortados cuidadosamente cuando el cliente no es un investigador conocido.

...Y esa agenda de direcciones que no se deja nunca abandonada sobre una mesa o la cómoda para que nadie del servicio pueda consultarla. Y si el cliente pregunta si el hotel tiene varias salidas...

Como le han enseñado, Juan se fija en todas esas cosas mientras ayuda a la recién llegada a deshacer sus maletas. Mata-Hari que no ve en él más que al *valet* de servicio, le habla de sus éxitos como bailarina para explicar por qué se despoja tranquilamente de la ropa de viaje en su presencia. Lo ha hecho así en todos los teatros de Europa.

Juan sale del cuarto tan interesado como deslumbrado. Comunica sus impresiones a su jefe Valade y éste se traslada a informar a la Embajada de Francia. Sí, ésta ya conocía la llegada por un mensaje de París y la orden tajante: seguirla a todas partes, comunicar todos sus movimientos.

La mujer de Collart, Roda, era española de nacimiento, lo que quizá había influido en el nombramiento del comisario en Madrid. Siempre es bueno tener a mano a alguien conocedor del lenguaje y las costumbres del país donde se va destinado.

Pero aparte de ello, a Roda le fascina desde el principio el trabajo encargado a su marido y se ofrece a colaborar con él. Y es ella la primera persona que sigue a Mata-Hari por las calles de Madrid en su primera salida. Había sido elegida porque Pablo («don Pablo» en el ambiente español), sabe que una mujer se nota menos tras otra mujer y así los hombres designados para la vigilancia tendrán menos posibilidad de ser detectados.

Mata-Hari camina a paso ligero gracias a sus largas piernas de bailarina; a veces se detiene ante los escaparates calculando cuánto equivalen en francos los precios marcados en pesetas. Entra en una perfumería a comprar una polvera y borla. Y vuelve al hotel a cenar y a dormir. Poco botín para una vigilante tan celosa, que tiene que anotar minucias.

De los escaparates –informa– mira sobre todo los que exhiben sombreros. Hay que recordar que Mata-Hari era de una estatura aventajada lo que indica que podía usar sombreros muy grandes y aparatosos sin que el conjunto desmereciera. Porque, como señalaba con razón el cronista de moda de una revista del tiempo:

«Las mujeres muy altas y muy delgadas peinadas de manera que la cabeza resulte lo más chiquita posible, y con un casquete de esos que puede confundirse con un gorro de Pierrot, recuerdan los fósforos antiguos, largos, con la cabeza muy pequeña. En cambio las bajitas aunque no sean gordas, abrumadas bajo un enorme sombrero, traerán a la memoria las estufas petrolíferas con mesa.» (*Blanco y Negro,* Madrid, 17-XII-1916.)

Algo que no le ocurría a nuestra altísima y bien formada Mata-Hari.

* * *

Como hará en la segunda guerra mundial, Alemania, contestando a la restricción comercial contra ella, había

decretado el bloqueo marítimo de su enemiga Inglaterra y por ello, desde primeros de 1915, cualquier barco que intentase aprovisionar las Islas Británicas, era susceptible de ser hundido por los barcos de superficie germanos o por los submarinos, más peligrosos por su actividad basada en la sorpresa.

El problema radicaba en que la eficacia militar podía estar a veces reñida con la política y en contra de la buena imagen que un país daba de sí mismo. En la Embajada alemana de Madrid se enfrentaban dos hombres con distinto criterio sobre el tema. El agregado naval, Von Krohn, quería hundir todos los barcos españoles que se atrevieran a acercarse con material, de contrabando o no, a las costas francesas o inglesas, mientras Von Kalle, agregado militar, sostenía que cada hundimiento de un barco español con pérdida de vidas inocentes, significaba una ofensa a la sensibilidad del país que no compensaba la pérdida de material de guerra. Von Kalle decía, con razón, que ellos no podían aspirar a aliar España con Alemania, con que se mantuviese neutral bastaba.

Por esa razón, conocida por todos, declararse neutral en aquellos momentos equivalía a germanófilo.

Von Krohn no opinaba lo mismo; su táctica era la directa y brutal y así entre otras imprudencias ayudó a escapar a un submarino alemán internado en el puerto de Cádiz donde debía permanecer durante toda la guerra según las leyes internacionales. El gobierno español se quejó al alemán y Von Krohn fue destituido de su cargo y destinado a Berlín.

Sin él, Von Kalle pudo proseguir su labor más discreta pero eficaz. Con el beneplácito del embajador el príncipe Ratibor, se entiende con los carlistas (germanófilos por tradicionalistas y enemigos de la Francia laica) y con las Juntas de Defensa, la agrupación corporativa militar que se resistía a aceptar las normas administrativas del Ministerio de Guerra. También usó la embajada cinco millones de pesetas –suma muy alta entonces– enviadas desde Berlín, para apoyar a los candidatos al Congreso de Diputados que simpatizaban con el Káiser. Otra importante misión, aprovechando la situación geográfica de España y su presencia militar en Marruecos, era alentar con dinero

a tribus contrarias a Francia a que se sublevasen contra la metrópoli, lo que podía significar la apertura de un molesto segundo frente en el Sur, capaz de distraer fuerzas y dinero aliados.

También se utilizaba desde la Embajada la propaganda escrita y gráfica. Fotografías de Guillermo II con su autógrafo se enviaban a los simpatizantes de toda España que las solicitaran. Allí se empleó por vez primera el reciente invento del cine distribuyendo documentales sobre la potencia y la organización del ejército alemán.

Entre las misiones de Von Kalle estaba la de organizar el contraespionaje pero ese cometido falló estrepitosamente en sus primeros intentos con su agente de confianza llamada Marthe Richard; aunque nacida con el nombre alemán de Betenfeld, era una francesa con el título de aviador a la que, por su sexo, no dejaron combatir por lo que pensó en hacerse espía. A través de un médico alemán conoció a Von Krohn, que se enamoró de ella poniéndole una perfumería en Madrid. Fue ella la que consiguió descubrir la fórmula de la tinta simpática alemana mandándola a París.

De ella recibía Von Kalle informes sobre las fábricas de guerra españolas, hasta que se descubrió que estaba al servicio de Francia.

La vigilancia de barcos se desarrollaba en todos los puertos españoles; agentes allí situados frecuentaban las tabernas donde se reunían los marineros para beber con ellos y enterarse de la fecha y hora de partida, carga que llevaban y sus posibilidades de defensa. (Algunos llevaban un pequeño cañón oculto contra el submarino agresor.) En esa búsqueda de noticias podía utilizarse el amor. Así, en Marsella, la amante del primer oficial del barco *Sebastopol* dio a Madrid los datos oportunos sobre la derrota y el buque fue hundido con pérdida de quinientos hombres. La espía que, al ser detenida, aseguró que no podía imaginar las consecuencias de su acción, murió fusilada en Vincennes.

Marthe Richard sabía de la existencia de Mata-Hari en Madrid y en su mismo hotel pero no conocía sus actividades. Hasta que, meses más tarde, estando la holandesa en Francia, un periodista del *Matin* de París, debido a la

igualdad de las iniciales V. y K. confundió los nombres de los dos agregados a la Embajada alemana en Madrid asegurando que el amante de Mata-Hari era Von Krohn en lugar de Von Kalle. Esto sirvió a la espía para montar una escena de celos a Von Krohn en su despacho donde entró enarbolando el periódico en cuestión.

«No lo niegues. ¡Ahora lo comprendo todo! Esa bailarina vivía en el hotel Ritz al mismo tiempo que yo cuando llegué a Madrid.»

Von Krohn aseguró que se trataba seguramente de un error y que el aludido debía ser Von Kalle, pero su amante aprovechó la ocasión para insistir en su indignación. «¡Nadie es capaz de inventar algo así y la misma Mata-Hari ha declarado conocerte!»

La falsa ira de la espía logró un resultado inmediato para su información. En el intento de calmarla, Von Krohn abrió por vez primera en su presencia un cofre donde guardaba la ficha y fotografía de todos los agentes secretos que había utilizado en España con una síntesis de los servicios realizados y entre ellos no estaba Mata-Hari. Tampoco figuraba «entre los agentes empleados por la Embajada aunque, siendo holandesa –afirmó–, es posible que actúe para los servicios de información de su país».

Estas informaciones están contenidas en el libro autobiográfico que Marthe Richard publicó en 1935 contando unas aventuras como espía que tuvieron el final feliz de ser condecorada en 1933.

Y que abre otra incógnita en la vida de Mata-Hari. Si ésta trabajó para Von Kalle, como explicó al oficial encargado del proceso y luego al tribunal que la juzgó, ¿por qué no figuraba en el registro secreto de Von Krohn teniendo en cuenta la precisión germánica en esos casos? La única explicación podría ser que su imaginación volcánica (como corresponde a una javanesa) inventara toda la historia. Si no fuera que poseemos los datos del grupo de Pablo que confirman las frecuentes visitas –no precisamente de cortesía– que la bailarina había efectuado a Von Kalle, la única explicación de esa falta de sincronía entre el despacho del agregado militar y el del naval podría basarse en la antipatía que se tenían y que era

pública, no sólo en la Embajada, sino en todo Madrid. Es más posible que Von Kalle ocultara la existencia de su nuevo agente a su compañero y rival para aparecer como el único depositario de secretos... caso de que Mata-Hari hubiese dado tantos como prometía.

Es la única forma de compaginar dos actitudes al parecer reconciliables. Porque nadie confía a una persona, en este caso una mujer, la referencia a un desembarco alemán en Marruecos o la revelación de que la clave telegráfica francesa ha sido descubierta, si no existen lazos de total confianza entre los dos.

Pero esa escasez de datos va a cambiar en los días sucesivos. Mata-Hari ha venido a Madrid a ejercer su oficio de espía y lo hace de la manera menos profesional posible. En lugar de hacerse la encontradiza con el hombre que tiene que sonsacar, el agregado militar alemán Von Kalle, le envía una carta con el membrete del hotel:

«Capitán, querría hablaros. ¿A qué hora de qué día podríais recibirme?»

Sale rápidamente, se encamina a la Embajada alemana situada entonces en el número 23 del Paseo de la Castellana y deja el mensaje en manos del portero. Al día siguiente por la mañana recibe la respuesta.

«Señora, no tengo el honor de conocerla pero la recibiré mañana a las tres de la tarde.»

Puntualmente llega y es introducida en el despacho de Von Kalle que le hace sentar saludándole con una frase igualmente asombrosa en el mundo falso y retorcido del espionaje al que pertenecía...

—Señora, no tengo la costumbre de recibir a desconocidas que podrían ser enviadas por nuestros enemigos —hace una pausa—, sé que en este caso no es cierto.

Mata-Hari, sorprendida, enarca las cejas.

—¿Y eso?

—Porque desde hace diez meses me han ascendido a comandante y en vuestra petición de audiencia me llamabais capitán; es un error que no cometería nunca un servicio secreto francés que conoce bien nuestros grados... como nosotros los de ellos.

Mata-Hari sonríe por dentro. He aquí que la equivocación de sus jefes puede servir a sus intereses.

–Claro que no me envía nadie. Soy holandesa aunque hablo el alemán porque he vivido en Berlín durante tres años.

–¿Podéis darme el nombre de alguien a quien conocierais allí?

–Más que conocerle... mi amante se llamaba Alfred Kiepert.

–Ahora os recuerdo. –Von Kalle se ha relajado en su asiento–. Les vi juntos cenando en el Carlton y luego usted estuvo en las maniobras del ejército alemán en Silesia.

Con esos recuerdos comunes la confianza entre los dos aumenta, la expresión en los ojos ya es más de hombre a mujer que de una visita oficial. Hay electricidad en el ambiente.

–Tengo una cosa para usted –dice ella de pronto, y le entrega un *dossier*–. Son informaciones que debo entregarle; creo que le serán útiles. (Y a cambio de ello, cobremos. ¿No estamos en este trabajo para eso?) ... Por cierto, estoy sin dinero. Si quiere que continúe con este trabajo me haría falta una cantidad fuerte para empezar.

–Es lógico –contesta Von Kalle–, me cuidaré de esto.

Y de pronto, algo increíble en esta increíble historia, le cuenta a esa mujer de la que no posee datos concretos sobre sus simpatías, un secreto militar.

–¿Sabe? Estoy muy cansado. Resulta que estoy preparando el desembarco desde un submarino de oficiales alemanes y turcos con material de guerra en el Marruecos francés.

¿A qué venía esa confesión? No había mediado entre ellos ni siquiera una escena de amor que, al terminar, propicia las confidencias. ¿Por qué iba a abrirse así el agregado militar alemán a la recién llegada si no estuviera seguro de su identidad? Pero al parecer, sí lo estaba. Así lo prueba al menos el mensaje que manda por radio apenas salida su visitante y que la torre Eiffel de París captará para la historia.

«Agregado militar a Estado Mayor de Berlín.

»El agente H-21 de la sección de Centralización de Información de Colonia acaba de llegar.

»Ha fingido aceptar la oferta del Servicio de Información francés y realizar un viaje de ensayo a Bélgica de acuerdo con aquel servicio.

»Quería, con la autorización del mismo, ir de España a Holanda a bordo del buque *Hollandia* pero aunque poseía documentación francesa, los ingleses que abordaron la nave seguían considerándola sospechosa y la devolvieron a España.

»Me ha dado informes muy completos sobre los temas que transmito por carta, comprendidos los emplazamientos de ciertos regimientos.

»Ha recibido cinco mil francos en París a primeros de noviembre y pide ahora otros diez mil.»

¿Iban de verdad con el *dossier* esos emplazamientos, información importante en guerra o eran falsos, preparados por Ladoux para engañar al enemigo? Sería lógico que su jefe de París le hubiera facilitado la típica carnaza para conseguir la confianza de Von Kalle pero, en el proceso, esos informes serán auténticos y peligrosos por un lado, anodinos recortes de periódicos para otros.

Tras despedirse de su nuevo amigo, Margaretha vuelve a pie a su hotel seguida por un nuevo hombre del equipo de «don Pablo», Alfredo. Ya en su misión, la espía alemana de hace unos momentos, se convierte en una espía francesa que escribe a su jefe, Ladoux; tras quejarse de su silencio le da cuenta de que ha entablado relación con un alto jefe germano y que estaba segura de que, como mujer admirada y deseada que se sentía, obtendría de él cualquier dato importante para Francia. Para empezar ya había conseguido saber una operación de desembarco en Marruecos que le detallaba.

Mientras tanto en el piso de «don Pablo» se hace resumen de las observaciones efectuadas hasta la fecha sobre los comercios ante los cuales se ha detenido, sus idas y vueltas de la Embajada, su visita a un apartado de Correos y la retirada de unas cartas que ya no llevaba al salir de la Embajada (informe de Alfredo); incluso la forma en que la bailarina se peina en su habitación: lleva el cabello con raya en medio y trenzado cuidadosamente. Para salir lo levanta para formar un gran moño sobre la nuca encima del cual lleva un sombrero –tiene muchos,

siempre anchos y voluminosos–. (Informe de Juan corroborado por Alfredo; sus escaparates favoritos son los que exhiben tocados femeninos.)

La persona así vigilada es evidentemente distinta a las que hasta ahora han sido objeto de la atención del grupo que lidera «don Pablo»; como observa con cierto amago de celos, Roda, si se tratara de un hombre, Juan no precisaría tanto sobre su físico.

«Es muy alta, escultural, una auténtica nórdica pero en moreno. La cintura estrecha, las caderas amplias. Los rasgos de su cara no son excepcionales en lo que se refiere a belleza pero sus labios son muy sensuales, los ojos grandes y oscuros, las cejas espesas.»

Algo por otra parte muy corriente en la época. La depilación sobre los ojos llegará más tarde.

Si Mata-Hari cree poder impresionar a su jefe con sus datos secretos se equivoca totalmente porque Ladoux duda si se trata de una burla o de ignorancia supina de quien se llama su agente. Porque esa operación marroquí era ya conocida por los servicios secretos de París que sabían ya el destinatario de las armas: el rebelde El Hibba, contra el sultán, amigo de los franceses; además del nombre del capitán Proebster, el del suboficial Frunbeiss e incluso el del militar turco, Hairy Bey. También conocían el lugar exacto del desembarco, donde salía al mar el río Draa, fronterizo entre las zonas francesa y la española; sabían cómo había volcado la chalupa procedente del submarino perdiéndose todo el cargamento, mientras los hombres, detenidos por las autoridades españolas, habían sido enviados a las Canarias para ser retenidos allí hasta el final de la guerra según las leyes internacionales.

¿A qué jugaba Mata-Hari entonces? ¿A satisfacer sus obligaciones para con París con noticias ridículas y viejas mientras ofrecía a su otro jefe, el alemán, auténticos datos militares?

La verdad es que Ladoux no conocía la veracidad de esos datos y por ello no sabía si realmente eran importantes pero su decisión, más pasional que científica, se tomó en aquellos momentos. Mata-Hari era una espía alemana que sólo había pretendido servir a Francia. Para él la suerte de la bailarina estaba decidida y sólo le quedaba

esperar el momento preciso de detenerla y que fuera juzgada.

* * *

¿Y el Congreso qué hace, príncipe?

–El Congreso baila, señor.

La única frase de Metternich sobre la frivolidad de los participantes en las reuniones de Viena, mientras el mundo se enfrentaba con la catástrofe bélica, podía aplicarse en pequeño a una mujer llamada Mata-Hari; en París se ha decidido prácticamente su suerte o mejor su desgracia, y ella asiste a un baile navideño en el Ritz; lleva un vestido claro, de amplio escote, largo, con dos grandes flores de lis bordadas que se cruzaban bajando desde la espalda a los pies calzados con zapatos de terciopelo negro y ricamente alhajada... un collar de brillantes que le compró Vadim en el segundo día de su loco y generoso permiso. A su admiración por las joyas se unía, para lucirlo, el recuerdo del único ser que Mata-Hari había amado de verdad.

La fiesta fue un éxito. Como acostumbraban a decir los cronistas de la época «no se sabía qué admirar más, si la belleza de las damas o la arrogancia de los caballeros». Mata-Hari se desplaza por el salón provocando el comentario de todos tanto por su destacada estatura como por el *chic* de su atavío... de París, claro. A veces encuentra a alguien que la recuerda de sus actuaciones en Madrid en el Central Kursaal «y ahora ¿dónde baila?...» Ahora descanso, contesta con una amable sonrisa Margaretha. Una de las presentes en el salón coincidió con ella en un teatro y ahora está trabajando en Madrid. «¿Irá a verla? Con mucho gusto. Uno de estos días.»

Ahora el director del hotel quien, como es natural presume de su bella huésped, la presenta a un diplomático holandés. Recuerdan juntos la patria lejana y por ello siempre más querida. Llegada de un militar francés que se apoya dificultosamente en dos bastones y nueva presentación.

–El coronel Denvigne, agregado militar a la Embajada de Francia; la condesa Masslov.

Los dos querían conocerse personalmente; uno porque recibía todos los días informes sobre las actividades de Mata-Hari. La otra porque esperaba llegar más eficazmente a Ladoux a través de él.

Así cuando el diplomático holandés se aleja buscan un rincón discreto para hablar. Mata-Hari muestra la primera de sus cartas.

–A usted se lo puedo decir; trabajo para los Servicios de Información franceses.

Denvigne finge sorpresa.

–¡Ah! Por eso está usted en Madrid, claro. Pues si me necesita para su trabajo estoy a su disposición.

–En realidad no debía estar trabajando en Madrid sino en Holanda... pero los ingleses no se han entendido con París y me han devuelto a España. Ya que estaba aquí he empezado a moverme y ya estoy en contacto con Von Kalle, de la Embajada alemana.

¿Es una broma o un desafío? Porque ella ya puede imaginar que el agregado militar francés sabe de su visita a plena luz del día, a la Embajada alemana. En todo caso su interlocutor no parpadea.

–¡Buen contacto! De ahí puede sacar muchas informaciones.

–Por lo pronto –contesta ufana Mata-Hari– ya he sabido que un submarino alemán ha desembarcado hombres y municiones en la costa marroquí.

Nuevo error. Un espía sólo informa de sus descubrimientos a su jefe inmediato, jamás a un desconocido aunque éste tenga un alto cargo del mismo Estado. En muchos casos los secretos entre los distintos servicios de un gobierno están tan celosamente guardados como ante el extranjero.

Denvigne, naturalmente, conoce este particular hecho pero se finge interesado.

–Eso es muy importante. Procure obtener más datos de Von Kalle. Yo salgo para París pronto, ¿queréis algo?

–Sí, por favor, que veáis a Ladoux y que le digáis que estoy muy disgustada, sin noticias suyas. Y que tengo la impresión de que no se fía de mí.

Denvigne se inclina a besarle la mano.

–Se lo diré, no se preocupe.

Según declaró Mata-Hari después en la instrucción del proceso, el coronel Denvigne le hizo la corte con un estusiasmo increíble para su avanzada edad y su estado de salud. «Todos los días –afirma– el coronel me regalaba un ramillete de violetas rogándome que las conservara entre mis senos de donde él las recogería por la noche. Igual que hacía con una cinta de mi cubrecorsé que retiraba a la misma hora nocturna. Interpretaba la comedia amorosa como un joven.»

En su habitación del hotel, Margaretha repasa los periódicos locales que le ha entregado el conserje; aunque no sabe bien el español, su conocimiento del francés le ayuda a interpretar las noticias del día en aquel invierno madrileño. Sabe que el presidente del Gobierno, conde de Romanones, es neutralista pero con una clara tendencia francófila; que el principal jefe de la oposición, Antonio Maura, es también neutralista pero admirador del Imperio alemán. Se entera también que el mayor obstáculo para que esa neutralidad se mantenga es el repetido hundimiento de barcos mercantes españoles que, con la pérdida de compatriotas, impresiona desfavorablemente a todo el país aunque los partidarios del Káiser, tiendan a culpar de esas muertes a los armadores que, cegados por la codicia, envían a la muerte a aquellos jóvenes marineros. Se dice que algunos incluso avisan ellos mismos a los servicios de espionaje alemán de la salida y trayectoria del barco para que éste sea torpedeado y cobrar después el sustancioso seguro.

Cuando se cansa de leer noticias políticas o bélicas, Margaretha recorre los anuncios deteniéndose preferentemente en los de ropa y joyas. También se informa de las novedades del espectáculo tan familiar para ella. Parece que está obteniendo un gran éxito en el Romea, Pastora Imperio, una «bailaora» a quien admira. ¡Cómo mueve las manos! Tendrá que ir a verla uno de esos días...

La publicidad comercial, por su parte, le promete salud a base de «pastillas del doctor Andreu» o combatir los problemas de estómago, hígado e intestino e incluso parálisis. ¿Cómo? Con la moderna invención de un cinturón eléctrico, Galvani, que se usa durante el sueño.

También hay ofertas para el hogar como ese gramófo-

no Pathe-Form que por ocho pesetas cincuenta al mes puede ser suyo a los dos años.

Y para el pelo existe un producto milagroso ofrecido así: «Una cabellera abundante y con su primitivo color es la mejor diadema que puede lucir la mujer. Usad el Agua de la flor de oro, tendréis esa cabellera y evitaréis su caída, así como la caspa y la canas.»

Más abajo hay otro anuncio: «¿Debilidad genital? Curado con Vigor Koch de uso externo.»

Su Masslov –sonríe Margaretha– no necesitaba de esos menjunjes. ¿Dónde está ahora? No contesta a ninguna de las cartas que le ha enviado. Pero debe ser a causa de la guerra que entorpece toda la correspondencia, incluso la más importante, la que lleva suspiros y frases de cariño a dos seres que se quieren.

Otra nota, ésta social. En su propio hotel, el Ritz, desde el 5 de diciembre hay un «té» al que sigue un baile. Quizá baje a echar una ojeada aunque, en realidad, esas reuniones son más bien para gente joven en busca de noviazgo. Su mundo, en cambio, es el de la política, de la aristocracia, de las fuerzas armadas y de los diplomáticos y todos los que pueden ofrecerle datos para su trabajo están representados más bien en los bailes de gala y en los despachos de embajadas.

¿Qué hace con sus días Mata-Hari? Según los datos que suministraban regularmente Julián y éste Juan a don Pablo, la holandesa no tuvo relaciones íntimas con nadie durante su estancia en el hotel. No por fidelidad a su amante ruso, sentimiento que tenía que olvidar a menudo en su oficio de espía, sino porque, al parecer, no se interesó por nadie durante esa estancia en España. Los encuentros con Von Kalle los tenía en el despacho íntimo de éste en la Embajada o en su piso particular.

Y si estaba vigilada en el hotel, el equipo francés la tenía también bajo control en sus salidas. A menudo el seguimiento lo hacían «don Pablo» y su mujer Roda, cogidos del brazo como una inocua pareja de casados deambulando burguesamente por la calles madrileñas mientras, situado unos metros más atrás, otro miembro del equipo «Miguel», vigilaba a su vez que no les siguieran a ellos. Era un sistema seguro pero hasta entonces no

había dado el menor resultado. Mata-Hari no veía a nadie aparte de Von Kalle; iba, eso sí, a Correos cargada de cartas y volvía con otras tantas recibidas a su nombre en su apartado postal. Juan no había conseguido ver ninguna de las misivas que enviaba ni las que recibía pero sí comprobar que las direcciones de los sobres eran casi todas para militares en el frente de batalla. Como igualmente procedían de allí las contestaciones que recibía, y que guardaba celosamente en un cofrecito cerrado con llave.

El grupo de don Pablo tenía como punto de encuentro y de comunicación una pastelería llamada L'Epicèrie parisienne, propiedad del matrimonio Pecastaing, franceses de origen. Aunque no ocultaban su nacionalidad la tienda, repleta de delicadezas de la pastelería gala, era frecuentada por gente de todas las nacionalidades incluida la alemana. La hija del matrimonio situada en la caja recibía con las facturas que le daban los Collart –oficialmente proveedores de vinos de Burdeos– los mensajes secretos que ella pasaba después, con el cambio de dinero, a agentes como la famosa Marthe Richard, amiga de Von Krohn.

En París el capitán Ladoux acababa de leer un mensaje del Cuartel General alemán a su Embajada de Madrid. Como los anteriores ha sido captado por la escucha radiofónica situada en la torre Eiffel y reza...

«Decid al agente H-21 que vuelva a Francia para continuar allí su misión. Recibirá un cheque de 5 000 francos enviados por Kraemer al *Comptoir d'Escompte.*»

Para Ladoux la situación estaba clara. No quedaba más que esperar a Mata-Hari en París y detenerla. Había la posibilidad de que ella temiese haber sido descubierta en su doble juego –algo de lo que quizá tenía él culpa al haberle escrito poco y fríamente– y que se quedase en la España neutral a salvo de la policía francesa, pero, a su favor, jugaba la oferta de 5 000 francos que tenía que cobrar en París, bastante aliciente como para que efectuase el viaje.

Aunque... en el mundo de los espías todo resulta mucho más complicado que en la vida normal. ¿Por qué le

mandaban los alemanes el dinero a París en lugar de a Madrid? ¿Sólo para situarla en su lugar de acción? Pero ella podía haberse trasladado a París desde España al día siguiente de recibir los fondos y, por otra parte, nadie le impedía que abandonase Francia inmediatamente de cobrar el cheque. Con lo que quedaba abierta otra posibilidad. Que la agente H-21 trabajase de verdad sólo para los franceses, que los alemanes lo hubieran descubierto y que, para vengarse, la colocaran en las manos de Ladoux, es decir, ante la segura condena a muerte de quien a su vez se creía traicionado.

¿Demasiado complicado y por tanto imposible? El jefe del contraespionaje francés sabía de historias mucho más inverosímiles ocurridas ante sus ojos. Por lo tanto esperaría.

Von Kalle, mientras tanto, encuentra una misión para Margaretha. Tiene que ponerse en contacto con unos compatriotas suyos, holandeses que trabajan en Madrid en casa de diplomáticos aliados para que escuchen las conversaciones de sus amos y comuniquen lo que crean interesante. Los así contactados no deberán ir al hotel Ritz donde serían vistos por los servicios enemigos de información. Tocaría a ella, Margaretha, visitarlos en sus casas o en el lugar de sus ocupaciones, lo que al tratarse de una compatriota, no despertaría sospechas.

Von Kalle se revelaba un poco ingenuo con esta sugerencia. Proceder del mismo país no iguala a las personas y la amistad de una señora que se adorna en un abrigo de pieles y se toca con un sombrero caro, no resulta normal en el caso de una doméstica aunque ambas hablen la misma lengua y procedan del mismo país. Especialmente cuando hay una guerra y Madrid está lleno de espías.

Que por cierto ahora, en el caso de los Coissart, están en plena acción para intentar obtener al menos alguna de las cartas escritas por Mata-Hari y que siguen siendo un misterio para ellos.

La oportunidad de lograrlo se la dio la aparición en esa época de una epidemia de gripe en Madrid, la misma que con el nombre de «gripe española» haría estragos en Europa en los próximos años. La idea de Roda, la mujer de don Pablo, fue convencer a Mata-Hari del peligro al

contagio y de la necesidad de permanecer recluida en su habitación del hotel lo más posible. Ello la obligaría a usar un mensajero para llevar a Correos la correspondencia; ese enviado sería lógicamente su camarero preferido, Juan, con lo que las cartas serían leídas primero por ellos tras abrir el sobre para volverlo a pegar con el mismo cuidado, antes de remitirlas a su destino; se discutió la posibilidad que se mandasen a París para ser analizadas por el Departamento Central de Contraespionaje, pero ello llevaría demasiado tiempo y podría provocar las sospechas de la persona a quien iban dirigidas. Bastaría con leerlas y mandar el texto a los servicios centrales franceses que no dejarían de apreciar la importancia de su contenido.

Para asegurar más la operación se decidió que la llevaría a cabo un agente importante. El conserje Julián «convenció» al camarada Juan de que se encontraba mal y necesitaba retirarse a su domicilio; él acudiría en su lugar al cuarto de su huésped más observada. Al recibir su habitual desayuno, Mata-Hari se sorprende:

–¿Y Juan?

–Enfermo de gripe, señora, lo siento. Es una enfermedad que está atacando a medio Madrid. Pero yo puedo atenderla igualmente.

–¿Es contagiosa?

–¡Mucho, mucho!

A pesar del aviso Mata-Hari salió aquel día y el siguiente; bien abrigada y como la había advertido Julián, evitando el contacto físico con los transeúntes. Y lo mismo ocurrirá al otro día. En el tercero, sin embargo, la campaña psicológica había hecho sus efectos. Mata-Hari estaba enferma o al menos se sentía enferma. Dijo a Julián que se quedaba en su cuarto y que avisara al médico del hotel.

–No hay problema, señora condesa –contestó obsequioso el conserje–. Subirá en seguida.

–Pero... ¿y mi correspondencia?

–Yo me encargaré de llevarla personalmente a Correos, señora condesa.

Unas horas más tarde, el equipo de don Pablo se reunía alrededor de la mesa para examinar el botín de

cuatro cartas. Tocó a Roda el abrirlas utilizando una aguja de hacer calceta previamente pasada por agua hirviendo para que la entrada al borde del sobre fuera más fácil. A medida que el papel se despegaba, la mujer de Pablo comprobaba con una lupa si había o no un pelo o pluma situado bajo el pegamento, vieja precaución con que los agentes secretos podían comprobar después si alguien lo había hecho caer al abrir una carta que no era para ellos.

Afortunadamente Mata-Hari no había tomado esa medida protectora de su intimidad epistolar y a los pocos minutos las cartas extraídas estaban dispuestas para el examen riguroso de unos seres emocionados.

¿Qué iban a descubrir? Nada... tres cartas iban dirigidas, eso sí, a tres oficiales del ejército pero sólo llenas de comentarios anodinos sobre Madrid y sus relaciones personales. La destinada al capitán Masslov era mucho más interesante pero sólo para los aficionados a las relaciones amorosas. Margaretha volcaba en ellas su pasión reclamando sobre todo noticias del amado que no recibía desde hacía tiempo. También contenía el sobre una fotografía suya dedicada a Vadim, por su «pequeña y querida Marina». Roda, siempre cáustica cuando se trataba de Mata-Hari, comentó que sólo el amor podía empequeñecer así a una mujer que medía cerca de metro setenta y cinco.

El sarcasmo se debía también a la decepción que todos experimentaban; ¿tanto trabajo para aquello?

Pablo, sin embargo, no se dio por vencido. En la carta cabía la posibilidad de dos mensajes ocultos. Uno usando la famosa tinta simpática, pero para hacerla aparecer en el papel no poseía un laboratorio adecuado en Madrid, por lo que había que advertir a París que interceptase y estudiase las cartas al cruzar Francia. La otra forma de enviar un mensaje en secreto es un código previamente establecido que dé a frases, en apariencia banales, la intención necesaria.

Por ejemplo, «¿Dónde estás mi amor? ¿Cómo te encuentras? ¿Qué es lo que haces ahora? Yo sólo pienso en ti, ¿en quién piensas tú? ¿Estás enfermo?, ¿de qué?» pueden ser simples muestras de un sentimiento de cariño o

corresponder según la clave establecida, a otras preguntas precisas sobre el lugar donde se encuentra el regimiento de Masslov, cuáles son los planes que tiene, si mantenerse en la guarnición, prepararse a marchar o a emprender un ataque en el punto A o X. Cada expresión de afecto, cada información sobre la salud, deseos amorosos, ansia de reunión con el ser adorado, podría entonces traducirse en lugares precisos sobre el mapa de operaciones militares. Y no hace siquiera falta que todas las frases anodinas contengan un mensaje secreto. Basta que, perdidos entre ellas, una sola tenga valor de pregunta concreta esperando una respuesta también concreta.

Además, aunque no se descubra de golpe todo el armazón –razona Pablo– estamos obteniendo nombres de corresponsales de Mata-Hari, lo que es crucial. Tocará ahora al servicio de contraespionaje francés vigilar a esos oficiales para saber si hay algo sospechoso en su vida anterior a la guerra, si tienen parientes en Alemania o han vivido allí, si, en fin, tienen algún motivo familiar o sentimental para traicionar al país cuyo uniforme visten.

Porque, sigue explicando Pablo, lo que no es natural es que por mucho que una mujer guste de recibir cartas de antiguos amigos, dedique tanto tiempo de su día a escribirles sólo niñerías. Algo tiene que ocultarse bajo esa frívola apariencia.

Por otra parte, si las cartas no contenían más que frases amistosas o amorosas ¿por qué la «condesa Marina» no había dado a Julián autorización expresa a fin de que, además de depositar la que salía, recogiese la correspondencia que llegaba para ella? ¿Quizá porque eran más importantes las respuestas que las preguntas?

En el laboratorio de Lyon, el ya mencionado Landru no espera que Pablo le envíe sus suspicaces conclusiones. Desde hace unas semanas los servicios de Correos tienen la obligación de mandarle todos los envíos postales que llegan con el remite de Margaretha Zelle. Ahora tiene enfrente un periódico que tendrá que leer cuidadosamente por si hay entre sus líneas unos puntos indicadores de que aquella voz concreta forma parte de un mensaje

completado a lo largo de todo el periódico. Trabajo pesado para el agente que la compuso y mucho más difícil y frustrante para el descifrador. Tras inútiles esfuerzos, Landru iba a colocar de nuevo la faja y reenviar el periódico hacia su destino cuando la observó un rato y la sumergió en el producto revelador de la tinta simpática. El mensaje empezó a aparecer nítidamente.

Ya tenían otra prueba contra Mata-Hari.

Margaretha ha vuelto a salir a la calle después de una enfermedad que quizá sólo existiera en su imaginación tras el esfuerzo alarmista de Julián. En la calle frente a la puerta del hotel, está ahora un nuevo perro de caza, el llamado Alfredo que esta vez, sin embargo, no la sigue a ella y sí a un pequeño mozalbete de los que piden limosna a la puerta del hotel; desde detrás de un tronco de árbol, ha visto que Mata-Hari ha dado al chico una limosna pero también un papel doblado; tras cruzar unas palabras el chico aprovechando la amabilidad de un carretero, se ha dirigido hacia las afueras de Madrid. Alfredo consigue la benevolencia de otro del mismo gremio y continúa tras el pequeño hasta Carabanchel. Allí le verá acercarse a una casa blanca, llamar a la puerta y ver cómo un sacerdote (al menos lleva sotana y cuello de la Doctrina Cristiana) abre y recoge el papel... Investigaciones posteriores de Alfredo en el pueblo resultan en un asombroso descubrimiento. Nadie conoce la existencia allí de sacerdotes dedicados a la enseñanza, aparte del párroco.

Fiestas, tristes fiestas navideñas en París. Lo serían especialmente para Margaretha Zelle si supiese que la torre Eiffel acaba de captar otros dos radiogramas procedentes de Madrid y que le conciernen.

El primero decía:

«H-21 pedirá a través de un telegrama del cónsul de Holanda en París que se haga una nueva entrega de dinero a su doméstica en Rosemond; se ruega que a ese propósito se advierta a Kraemer, cónsul de Alemania en Amsterdam.»

El siguiente, del día 26 de diciembre, precisaba:
«H-21 llegará mañana a París. Pide que se le mande inmediatamente por telegrama y a través del cónsul Kraemer en Amsterdam y de su doméstica Anna Lintjens en Rosemond, 5 000 francos al *Comptoir d'Escompte* de París a nombre del cónsul de Holanda, Bunge.»

Sabiendo que Kraemer era el jefe del espionaje alemán en Holanda y que Anna Lintjens era la criada de Margaretha Zelle, la rueda quedaba prácticamente cerrada. Para completarla sólo faltaba que fuese precisamente Mata-Hari la que retirase el dinero de la caja de ahorros parisina.

Por su parte el equipo de España funcionaba bien. Vigilando la casa blanca de Carabanchel, Miguel pudo seguir hasta Vigo a dos «hermanos de la Doctrina Cristiana» que planeaban embarcar en aquel puerto en dirección a Holanda. Alertados los ingleses, un buque de guerra detuvo el barco en que viajaban y detuvieron e interrogaron largamente a los falsos sacerdotes sin conseguir ninguna información. Tampoco entre sus equipajes se encontraba nada sospechoso pero la casualidad, que juega a veces a favor y otras en contra de los espías, hizo que el oficial británico que los interrogaba jugara distraídamente con una pluma estilográfica –invención reciente– de uno de los detenidos. En sus manos la pluma se abrió y cayó sobre la mesa un fino rollo de papel que estaba escondido en el capuchón. Contenía información detallada sobre la actividad de los franceses en España. Una comprobación ulterior en Londres a donde fueron transportados los «hermanos» les reveló como espías conocidos al servicio de Berlín. Poco después eran fusilados.

La segunda fama de Mata-Hari ha empezado a circular. Ya no es sólo la bailarina exótica que impresiona a los hombres y admiran las mujeres. Ahora corren rumores sobre sus actividades llamémosles políticas que desconciertan a antiguos amigos y admiradores como el senador español Junoy que la agasajaba cuando ella pasaba por Madrid o él por París y que ahora le escribe una carta

mostrando su preocupación ante su cambio de personalidad:

«Querida señora: acaba de ocurrir algo importante que creo mi deber comunicarle.

»He recibido la visita de un agente secreto francés, enviado, según él, por el ministro de Asuntos Extranjeros de París y autorizado a interrogarme sobre mis relaciones con usted. Me ha preguntado por qué tomaba café con una persona hostil a la causa aliada.

»Le respondí que os conocía como una mujer encantadora, inteligente y espiritual y que jamás habíamos hablado de política.

»Esa visita me parece muy rara y como caballero español le quiero advertir sobre ella.»

Mata-Hari queda desconcertada; si los franceses la investigaban no era por sus visitas a Von Kalle, realizadas a la luz del día y que formaban parte de su trabajo de enviada secreta de París. Es que no se fiaban de ella considerándola agente del enemigo.

Aparte de las consecuencias lejanas que eso podía aportar había otra muy inmediata. Si Von Kalle conocía esas sospechas francesas consideraría sus servicios imposibles de llevar a cabo e incluso podía tomar la venganza típica en esos casos con un agente «quemado», como se decía en la jerga del espionaje, de alguien que ya no sirve para los intereses de un bando pero que ya sabe demasiado como para dejarla en libertad de informar al otro. Por otro lado hay cinco mil francos esperándola en París y Margaretha Zelle, la bien pagada artista de antes, los necesitaba ahora con urgencia para vivir. Si Von Kalle se entera de su inutilidad como espía puede avisar a Kraemer de que no envíe el giro y de que la persiga a muerte. En Francia estará a salvo del cónsul.

... Pero no de la policía francesa, claro. Mata-Hari lo sabe pero confía en convencer a Ladoux de su buena fe... y lealtad a Francia.

(Y aquí el biógrafo tiene que hacerse una pregunta, otra más entre las muchas que despierta la vida de esa mujer. Era evidente que el *Deuxième Bureau* sabía que sus preguntas al senador Junoy llegarían a oídos de Mata-Hari provocando una reacción inmediata de pánico. Pero

¿cómo podía saber si eso le conduciría a París donde Ladoux la esperaba para arrestarla o la entregaría totalmente en los brazos de los alemanes que podían ayudarla a refugiarse en su país, Holanda, como neutral a salvo de la justicia francesa? Es probable que conociendo el ansia de Margaretha por el dinero pensaran que el señuelo de los 5 000 francos esperándola en París, sería más fuerte que el temor a una persecución policial.

Así ocurrió. El mismo día en que recibe la carta del amigo senador, Mata-Hari se va a visitar a Von Kalle para anunciarle su marcha... y lo encuentra indignado.

–¡Eres un agente doble! He recibido mensajes de Berlín advirtiéndome que los franceses han enviado radiogramas a todos sus representantes en Marruecos para que buscasen e identificasen a los desembarcados de un submarino nuestro. Y esa noticia sólo la sabías tú porque yo te la había comunicado. Y sé que tenías que fingir trabajar para ellos a fin de conseguir informaciones para Alemania pero lo que está claro es que sólo sirves a París.

Los gritos son altos, la irritación del agregado militar no es fingida pero Margaretha se siente mejor que cuando entró en la Embajada. Por ese exabrupto deduce que Von Kalle no sabe nada de la desconfianza francesa hacia ella, lo que la inutilizaría como espía. Sólo tiene una posible prueba a la que puede llamar traición... o simple indiscreción. Pero, además, le queda otra posibilidad de evadir la responsabilidad.

–Me acusas de traicionar una confidencia... ¿cómo sabes que fui yo la que mencioné ese desembarco?

–Porque no lo sabía nadie más en la Embajada. Ni siquiera Von Krohn.

–Ya ¿y los franceses?

–¿Qué franceses?

Una persona sorprendida está en situación de inferioridad. Mata-Hari habla ahora, como una maestra paciente explicando algo difícil a un alumno principiante.

–Dices que estás al tanto de las comunicaciones de los franceses, ¿cómo sabes que ellos no captan las tuyas? ¿Los crees menos dotados para ello? No, ¿verdad? Entonces no necesitarían buscar otras fuentes de información que desde luego no sería yo. Me entristece que puedas

creer que he sido capaz de traicionar a una causa que defiendo y, lo que es peor, de engañar así a un hombre al que además he dado todo mi ser.

La posibilidad existía aunque fuera remota y Von Kalle, como todos los hombres enamorados, no necesitó más para aceptarla y pedirle perdón. Unos minutos después yacían juntos y las palabras entrecortadas que cruzaban estaban muy lejos de los problemas políticos internacionales y de la capacidad de los servicios secretos para desentrañar los misterios del enemigo.

... Aunque en el caso de ella fuera pura apariencia; mientras jadeaba falsamente, el cerebro de Mata-Hari trabajaba febrilmente sobre lo que había oído y la invadía una alegría sin límites. La suerte que parecía haberla abandonado volvía a ponerse a su lado. Con lo oído podía presentarse a Ladoux con un regalo precioso que obligaría al *Deuxième Bureau* a devolverle su confianza y, con ella, a aumentarle el estipendio. Era la importante noticia de que los alemanes conocían la frecuencia utilizada por la radio francesa y podían captar todos sus mensajes. Francia cambiaría inmediatamente esas frecuencias.

... Y ella estaría a salvo.

Tras el amor, los negocios. Pasado el incidente y restablecido el ambiente anterior, Mata-Hari comunica a Von Kalle su intención de volver a París. ¿Tiene algo concreto que pedirle aparte de la información general sobre la guerra?

–Sí –contesta él–, los servicios secretos alemanes saben que existe un excelente piloto en el ejército del aire francés cuya arriesgada misión consiste en transportar espías a territorio germánico, donde aterriza por la noche en una arriesgada maniobra. Sería conveniente saber el nombre y acabar con él.

Mata-Hari se lo promete como podría prometerle cosas más difíciles; no tiene más obsesión que dejarle y volver a Francia. Es probable que a esa altura de su vida y de sus experiencias como espía haya decidido jugar a un solo color siguiendo el símil de la ruleta que le ofrecía Ladoux. Es el color francés. Basta ya de doble juego.

He dicho que es probable pero no seguro. Por lo que sabemos de esa mujer después de tantos años de investi-

gación, las deducciones que se pueden sacar de sus actos son todas aproximadas. Hay en su elección tres países en lucha.

Borrada Holanda de la que tiene malos recuerdos, desde su duro padre a su agresivo marido, le atrae Francia por su elegancia y por haber sido el primer país donde triunfó. Por otro lado, Alemania la aclamó cuando París empezaba a olvidarla y presenta el mejor plantel de militares de Europa, algo importante en su vida sentimental. Es verdad que a Francia sirve el más auténtico amor de su vida, Vadim Masslov, pero eso no basta para volcar la balanza a favor de París porque el cuarto atractivo que se disputa su preferencia es probablemente el más importante y de mayor peso. Se trata del dinero.

Quien vivió con poco durante su niñez y adolescencia, quien supo de casas, coches, pieles y joyas después, no está dispuesta a renunciar a una vida opulenta y por tenerla sacrificará a quien haga falta. Que gane el mejor postor.

Convencida de que está a salvo de sus enemigos, sólo le queda informar con todo detalle al coronel Denvigne; ¿por qué él y no Ladoux? Porque cree a éste predispuesto contra ella y el agregado militar le supera en rango. Cuanto más alto sea éste, más eficaz será una petición que quiere dar cuenta de sus servicios al Estado francés dando gran énfasis a sus éxitos. Entre ellos, naturalmente, estaba la noticia de que los alemanes habían descubierto las frecuencias con que transmitían las radios francesas con lo que interpretaban todos sus mensajes.

Este descubrimiento Mata-Hari lo explicaba como fruto de largas y complicadas investigaciones propias cuando habían surgido de forma casual de los labios de su amante. Claro que, si el hecho era de gravedad suma, no tenía la menor importancia cómo había llegado a su conocimiento, pero un agente secreto tiene que mostrar su información como resultado de pacientes pesquisas en vez de la casualidad.

El segundo dato aludía al aviador francés que llevaba regularmente espías a territorio alemán y ponía en guardia al *Deuxième Bureau* sobre las intenciones alemanas de descubrir su identidad y acabar con su actividad supri-

miéndole físicamente. También aseguraba que esos detalles, obtenidos en diez minutos junto al fuego de una chimenea en una charla amistosa con Von Kalle, le habían costado innumerables gestiones y una paciencia infinita.

Ya tenía dos puntos básicos en que apoyar su petición de que le devolviesen la confianza que le estaban negando en París. Mata-Hari les ha dedicado ocho o nueve páginas de su carta adornándolas con detalles a veces anodinos para que la cantidad de renglones hinche, en cierta manera, su interés. Ahora, mientras muerde el mango de la pluma, bucea en su memoria para añadir algo más que magnifique su labor ante las autoridades de París. ¿Qué puede ser? ¡Ah!, ya lo tiene. Y en su afán de quedar bien y borrar la impresión desfavorable que siente tienen hacia ella, comunica al coronel Denvigne su certeza de que los agentes secretos alemanes en Madrid utilizan tinta simpática para enviar sus mensajes a Berlín. Lo que no añade es que su conocimiento del hecho es seguro porque ella misma emplea ese sistema al enviar sus propios informes al alto mando alemán. Con lo que ese párrafo queda como monumento insigne de cinismo.

...Y de ingenuidad al creer tan torpes a los funcionarios del *Deuxième Bureau*.

Ha terminado. Mata-Hari cierra el sobre con gesto seguro; baja a la conserjería del hotel y pide a quien ya considera amigo, Julián, que le saque un pasaje en el barco que saldrá de Vigo el 2 de febrero para Francia.

Y después a entregar personalmente la carta en la Embajada de Francia. Denvigne estaba en París y tuvo que dársela a su ayudante, el marqués Paladine; con él se lamenta de la injusta investigación de que es víctima y que ha comprometido incluso su amistad con un prohombre español, Junoy, ¿qué pensará de ella? Paladine le aseguró que no estaba al corriente de nada, que debía tratarse de un exceso de celo de agentes franceses en Cerbere, en la frontera franco-española, que se desplazaban a Barcelona por su cuenta y riesgo. Luego le advierte de la extrema importancia de su misiva que debía salir hacia París sólo por valija diplomática; se lo prometieron y ella salió contenta para volver al hotel. Todo iba a

arreglarse. Su estancia en España terminaba. Cobraría el dinero que le debían y su vida iba a emprender un rumbo distinto y más tranquilo.

Esa sensación de final de una etapa también la compartían sus enemigos mortales de Madrid. Pablo, a quien Julián había advertido de la inminente partida de Mata-Hari con un mensaje que rezaba «mi prometido me deja. Estoy muy triste porque vuelve a Francia el 2 de enero. Por favor haga algo», ultimaba el *dossier* que iba a enviar él también a París y que llegaría casi al mismo tiempo que el de ella aunque uno contradecía al otro. La devoción a Francia que transpiraba en el escrito de Margaretha Zelle se contradice en el de Pablo Collart en una relación completa del daño que la holandesa había hecho a la causa aliada con sus actividades de espía. Ladoux tendría que sopesar ambas versiones y decidir a cuál iba a creer.

En cuanto a su vigilante encarnizado en España podía estar satisfecho de la labor realizada. Como lo estaban sus jefes que le premiaron con la máxima condecoración francesa años después.

La concesión de la Legión de Honor a Pablo Collart se basaba, según la orden ministerial, sobre todo porque «estuvo en el origen del arresto de la célebre espía Mata-Hari de quien fue el primero en señalar su presencia, actividad y movimientos cuando vivió en España».

Mata-Hari cambia de idea y en lugar de barco tomará el tren desde Madrid para París...

Aquí tengo que hacer un paréntesis. Esto es lo que dice la historia pero la leyenda, que ya se ha apoderado de la figura de Mata-Hari en vida, asegura otra cosa. Según ella, la holandesa no quería volver a Francia donde imaginaba recibiría el castigo que se merecía su doble juego, pero un amante suyo al encontrarse juntos en San Sebastián, le propuso un paseo en automóvil. Tomaron la dirección de la frontera «para ver el hermoso paisaje» y cuando llegaron a las cercanías de Hendaya, el conductor, en lugar de frenar, aceleró el coche y cruzó la línea divisoria entregando a la aterrada Mata-Hari a unos gendarmes ya prevenidos que la esposaron y llevaron a París...

El protagonista de esta trampa según la historia se

llamaba Enrique Gómez Carrillo, al que hemos citado antes, nombre que hoy no dice nada a la mayoría de los españoles pero que entonces era el de uno de sus más cotizados y admirados periodistas. Nacido en Guatemala se trasladó pronto a París desde donde escribió numerosas crónicas para diarios de Madrid y Buenos Aires. Fue buen cronista de guerra en la contienda de 1914-1918 y contó sus numerosos viajes por el Oriente a la manera barroca de un Pierre Loti hispánico.

El porqué ese hombre quiso entregar a Mata-Hari a sus enemigos se explica por los celos que tenía su mujer, Raquel Meller, de los éxitos artísticos de la bailarina. Pero aparte de que hay numerosos testimonios del viaje normal por ferrocarril de Madrid a París, ese odio del guatemalteco por Mata-Hari no se sostiene cronológicamente. Gómez Carrillo sólo conoció a su futura esposa Raquel —por cierto, a través de la intervención de un gran poeta y un gran artista (Manuel Machado y Mariano Benlliure)— en 1919, es decir, dos años después de la muerte de Margaretha Zelle.

Podía buscarse otro motivo de esa animadversión en el fuerte sentimiento francófilo del escritor centroamericano que le impulsara a colaborar en la prisión de una enemiga de Francia pero esa posibilidad queda anulada por la propia confesión de Gómez Carrillo en su libro *Vida y muerte de Mata-Hari*, publicado en 1913. En sus páginas niega, no sólo el hecho de la entrega a las autoridades francesas sino el conocimiento personal de la danzarina a quien sólo vio actuar una vez en París sin llegar a estrechar su mano. Podría tratarse de un acto de caballerosidad pero esto, no corresponde demasiado al retrato que de Gómez Carrillo hacen sus contemporáneos. Hombre brillante y vanidoso era más fácil verle presumir de sus conquistas, especialmente de mujeres famosas, que de ocultarlas.

[illegible] Enrique Gómez Carrillo, al que hemos citado antes, hombre que hoy no dice nada a la historia de los españoles pero que entonces era [illegible] uno de sus más conocidos y apreciados periodistas. Nacido en Guatemala se trasladó pronto a París desde donde escribió numerosas crónicas para diarios de Madrid y Buenos Aires. Fue buen cronista de guerra en la contienda de 1914-1918, y contó sus numerosos viajes por el Oriente a la manera exótica de un Pierre Loti hispánico.

El porqué ese hombre quiso entregar a Mata-Hari a sus enemigos se explica por los celos que tenía su mujer, Raquel Meller, de los éxitos artísticos de la bailarina. Pero aparte de que, por numerosos testimonios del tiempo, [illegible] de Madrid a París, [illegible] por Mata-Hari no se sostiene [illegible] Gómez Carrillo sólo conoció a su futura esposa, Raquel —por cierto, a través de la intervención de un gran poeta y un gran artista [illegible]— en 1919, es decir, dos años después de la muerte de Margaretha Zelle.

Podía buscarse otro motivo de esa participación en el buen sentimiento [illegible] del escritor centroamericano, que le importaba [illegible] colaborar en la prisión de una extranjera [illegible] pero eso [illegible] por la propia crónica de Gómez Carrillo en su libro [illegible], publicado en 1917. En sus páginas [illegible], no sólo el hecho de la entrega a las autoridades francesas sino el conocimiento personal [illegible] a quien sólo vio alguna vez en escena [illegible] Podría tratarse de un acto de [illegible] pero [illegible] de sus contemporáneos [illegible] sus [illegible], especialmente de [illegible] de escritoras.

LA PROCESADA

El París que encuentra Margaretha Zelle está triste, frío, sucio y brumoso. La larga guerra empieza a pesar en el ánimo de los ciudadanos antes tan optimistas. Mata-Hari se instala en su hotel favorito, Elysée-Palace en los Champs Elysées, en una habitación que da a la amplia y animada avenida.

Desde su llegada es vigilada y, naturalmente, seguida, cuando va a retirar sus 5 000 francos del *Comptoir d'Escompte*. Intenta ponerse en contacto con Denvignes, que la evita en lo posible. Al enterarse de que el militar vuelve a España acude a la estación; sólo así puede conversar con él brevemente y en la portezuela de su vagón. Ella, nerviosa, quiere saber lo que piensa de su actividad. Él permanece frío y distante.

–¿Qué desea?

–Saber si habéis visto a Ladoux y si le han llegado mis informes y qué piensa de ellos.

El coronel se encoge de hombros.

–Sólo he hablado con su jefe Goubert. Me ha dicho que vuestros informes no le interesaban mucho y que sois inteligente.

–Pero ¿y mis cartas?

–No sé nada. Ahora, adiós. El tren está a punto de salir.

Cuatro días después consigue ver al capitán Ladoux que la recibe igual de seco y la riñe por haber ido a quejarse a la Embajada en Madrid...

–Pero al menos, ¿está contento con los datos que le he mandado?

–¿Qué datos? ¡Ah!, lo del submarino que fue a Marruecos, las radios, la tinta simpática, todo esto no vale nada. Mire. Lo que no sabíamos de antemano es mentira. Von Kalle os ha engañado.

Mata-Hari se hunde. Es evidente que su trabajo ha fracasado y sus jefes no tienen la menor confianza en ella ni en sus dotes de agente secreto. Es mejor dar por terminada esta etapa de su vida.

–Entonces me voy a Holanda. No tengo dinero para seguir viviendo en París.

Ladoux cambia de actitud y le pide que se quede todavía unos días en la ciudad. Quizá todo pueda arreglarse...

Pero la vigilancia de que Ladoux hará objeto a Mata-Hari en París es tan descarada que irrita a la holandesa. Como contará en su interrogatorio del primero de marzo de 1917...

«... Vivía en el Elysée-Palace pero me di cuenta de que era objeto de una vigilancia ejercida por agentes que llegaban incluso a interrogar a los empleados del hotel.

»Un día, un botones del hotel, tras haber hablado a uno de esos individuos me trató de "boche" (el nombre despectivo que se daba a los alemanes); tuve que imponerme amenazando con partirle la cara a cualquiera que se permitiera llamarme con ese nombre. Cuando telefoneaba escuchaban detrás de la cabina... Cuando entraba en el hotel, apagaban la luz y se escondían en el despacho del director para observarme. Una vez me entregaron una carta que se notaba había sido abierta al vapor, por lo que tuve que ir a quejarme a la comisaría de policía. No pudiendo más, acudí al señor Maunoury que me aseguró que no tenía nada que ver con esas vigilancias.

»Hacia el 15 de enero escribí al capitán Ladoux una carta extensa, donde, en resumen, le decía: ¿qué quiere de mí? Estoy dispuesta a hacer lo que quiera, no deseo conocer vuestros secretos, ni conocer a vuestros agentes; yo soy una mujer internacional, no discutáis mis sistemas ni estropeéis mi trabajo con agentes secretos que no pueden comprenderme. Deseo que me paguen lo que me es debido pero quiero marcharme.»

«Soy una mujer internacional, no estropeéis mi trabajo.» En esta etapa de su vida, Mata-Hari se enfrenta a la adversidad con la cabeza muy alta. Aclamada por el público en la escena de antaño, pretende que en este nuevo teatro se la respete igualmente como *prima donna* y que sea el director artístico en persona, no cualquier tramoyista, quien esté a su alrededor para señalarle sus defectos.

Contará Mata-Hari: «Volví a ver al señor Maunoury y le rogué que pidiese al capitán Ladoux que autorizase mi marcha a Suiza. Mi firme intención era ir a ver al agregado militar en Berna, emplear con él el mismo sistema que con Von Kalle y llevar a la Embajada de Francia (en la capital helvética) todos los informes que pudiera recoger. El señor Maunoury me respondió que el capitán Ladoux estaba en la Riviera y que no podía darme el visado sin su autorización. Añadió que el capitán permanecería fuera otras tres semanas.»

Este escrito de Mata-Hari provoca preguntas varias. Por un lado está la hábil, quizá habilísima forma de defenderse de las suspicacias del gobierno con una indignación que, en principio, sólo podía sentir una persona injustamente acusada y no quien se sintiera culpable. Pero luego surge la petulancia típica de la ex bailarina asegurando que irá a Berna, verá y vencerá. En ningún momento se plantea la posibilidad de que el agregado militar alemán en Suiza sea viejo, fiel a su esposa o que simplemente no le gusten las mujeres morenas. Ella llegará, le seducirá, le sacará secretos de importancia y los llevará triunfalmente a sus jefes franceses que, por fin, reconocerán sus méritos como gran espía y le pagarán generosamente por ello antes de su retiro definitivo.

La realidad es que los caminos se le están cerrando. Los de ahora y los antiguos.

«Durante este tiempo recibí una carta del coronel Van der Capellen (por una vez no le llama a "mi amante") en la que decía que me había enviado más dinero pero que no podía continuar manteniendo mi casa de La Haya si yo no volvía. Por los mismos días me llegó una carta de mi criada de allí aconsejándome que volviera porque el coronel se estaba cansando de aquella situación.»

Como se ve, volvía la astucia a la pluma de Mata-Hari. Al mencionar a Van der Capellen como proveedor de los fondos que había recibido y que lo que sabía había sido anotado por los servicios secretos franceses, preparaba su defensa ulterior ante el juicio que veía avecinarse. Cobraba como cortesana, no como espía. Pero para entonces sólo quería irse...

«Cansada de luchar fui a la oficina de Extranjeros y rellené la solicitud para volver a Holanda a través de Suiza.»

(Solicitud que por cierto debió de parecer sospechosa al funcionario encargado de recibirla. Porque de Suiza a Holanda no puede irse sino a través de Alemania. Claro que tampoco le iban a dar el permiso de salida aunque su viaje fuera geográficamente más justificado.)

«Pasaron diez días sin recibir respuesta. El 12 de febrero volví a la misma oficina donde me dijeron que los documentos no habían llegado todavía.»

No podrían llegarle porque su suerte estaba decidida y Mata-Hari no iba a salir nunca de Francia. Para el día siguiente, 13 de febrero, se había fijado su detención.

Y vuelve a surgir otra pregunta. ¿Por qué se tardó tanto en detenerla mientras, al mismo tiempo, se la cercaba con un aparato policial que no pasaría inadvertido a nadie tan listo como Mata-Hari? Da la impresión que Ladoux, al no tener pruebas suficientes para procesarla, buscaba la forma de provocar su huida. Con ello se autoculparía dándole la razón en sus sospechas pero le evitaría un proceso donde le faltaban pruebas para condenarla.

O quizá pueda amalgamarse esta teoría en la versión oficial: Ladoux esperaba reunir más datos sobre su culpabilidad, entre ellos los informes españoles y el análisis de las cartas enviadas por Mata-Hari e interceptadas por las autoridades postales a requerimiento de Pablo. Entonces la aparatosa vigilancia alrededor de la holandesa sólo equivaldría a avisarla de que sus intentos de huir serían inútiles.

Desde luego ella no lo intentó.

La verdad es que Ladoux está esperando los informes de «don Pablo» desde Madrid, que por fin llegan. Ahora

tiene pruebas más sólidas y da órdenes de que se estreche la vigilancia en torno a Mata-Hari que ya no dará un solo paso sin ser seguida.

La pregunta que se hace el biógrafo ahora se la hicieron muchos en aquellos momentos. ¿Por qué no escapó de Francia Mata-Hari mientras podía?

La respuesta es familiar porque aparece en las más conocidas novelas románticas. La espía Mata-Hari no podía irse porque su otro yo, Margaretha, la burguesita holandesa, seguía locamente enamorada del único hombre que de verdad le había importado en su vida. El capitán Vadim Masslov, que cualquier día podía dejar el frente y venir de permiso a la capital de Francia.

Y ese día llegó... para darle otra puñalada moral. Volvemos a la literatura porque la escena auténtica que se desarrolla en la habitación del Elysée-Palace de París, podía haberla firmado Alejandro Dumas, hijo, o cualquier otro folletinista de la época.

Una llamada a la puerta, el alborozado grito de ella: ¡Vadim! y un militar que se deshace del frenético abrazo mirándole a los ojos, más como un juez que como un amante.

–¿Quién eres tú?

Margaretha vacila, ¿quién es ella en realidad? Entonces él le cuenta que el coronel de su regimiento le llamó a su despacho y le mostró una carta del embajador ruso en París informándole que el capitán Masslov a sus órdenes «tenía relaciones con una aventurera sospechosa de espía».

–¿Qué hay de verdad en esto?

Margaretha le escucha con los ojos bajos.

–¡Contesta!

–No puedo responderte.

Nadie contesta así cuando el cargo es tan falso que resulta calumnioso; Vadim Masslov no está dispuesto a comprometer carrera y felicidad futuras por quien le ha mentido desde el principio de su relación y se va con un portazo.

Su marcha es el principio de una caída cada vez más acelerada en su triste destino. El 10 de febrero, provisto ya de las pruebas que cree suficientes, el general Lyautey

denuncia formalmente a la «señora Zelle» al Gobierno Militar de París. ¿Razones? Pertenece al Centro de Información de Colonia y su cifra de agente es H-21. Ha entregado informes al agregado militar Von Kalle que, a su vez, los ha hecho llegar a Berlín.

Admitida la denuncia, la detención de Mata-Hari se efectuará dos días después, el 12 de febrero a las ocho de la mañana. El encargado de la operación, comisario Priolet, toma unas precauciones que indican, por vez primera, que se trata de una peligrosa agente al servicio del extranjero. Una policía queda al volante del coche frente al hotel, otro se sitúa en el vestíbulo, otro en la escalera y dos más siguen al comisario por el pasillo que conduce a la habitación 113. (La supersticiosa de ayer parece no haber aprendido durante su estancia en España las cifras que dan mala suerte.)

El comisario ordena a la camarera Louise que le anuncie. Respuesta de Mata-Hari: «Estoy sin arreglar. A una dama no se la visita a estas horas sin avisarle.»

–Para esta clase de visitas no me anuncio nunca –se oye a través de la puerta–. Soy el comisario Piolet del Distrito.

–Está bien, entren. Pero denme quince minutos para vestirme.

El pequeño grupo penetra en el dormitorio. Mata-Hari se ha refugiado en el cuarto de baño de donde sale al poco tiempo semidesnuda. Empieza a vestirse despacio mientras habla cortésmente con sus invitados forzosos.

–¿Un cigarro, comisario? ¿O prefiere un bombón?

El policía agradece la oferta sin aceptarla, pero se fija en la curiosa bombonera colocada sobre una mesa.

–Es un casco alemán, regalo del capitán Masslov.

Mata-Hari ya está arreglada, siempre elegante, se despide de Louise que llora. «Volveré pronto, debe de ser un error, no te preocupes.»

(Siempre los detenidos lo son por error. Siempre es una equivocación que tiene que aclararse tarde o temprano.)

Entre las miradas curiosas del personal y de los clientes, policías y detenida salen del hotel; el coche les lleva al Palacio de Justicia; en el despacho del capitán Bou-

chardon escucha la acusación oficial por «espionaje, complicidad, inteligencia con el enemigo con el objeto de favorecer sus designios».

Una hora después llega a la prisión Saint-Lazare; es un viejo convento construido en 1683 en el Faubourg Saint-Denis. Encima de la puerta un reloj solar con una inscripción: *Haec Mea Forte Tua*. Es una suerte que Margaretha Zelle no sepa latín porque la traducción «quizá sea ésta mi hora, quizá la tuya» no es para animar a un recién llegado.

El edificio es grande, ciento sesenta y siete celdas en el que se aglomeran cuatrocientas cuarenta y siete reclusas. La policía vigila fuera pero el servicio interior lo desempeñan unas monjas, «hermanas de San José».

La celda que le designan es la número 12 con un colchón como único mobiliario; luz de gas. Allí queda aislada sin recibir visitas hasta que llega la de su abogado.

Se trata de Eduard Clunet, el hombre de setenta y cinco años que un tiempo fue su amante y que en el momento en que todos negarán cualquier relación con ella, se ofrece voluntariamente para defenderla. No sabe nada de su caso, no conoce el trabajo que ha desempeñado Mata-Hari desde que no la ve pero guarda un buen recuerdo de ella y está seguro de que hay un error al acusarla de hechos delictivos contra Francia. Que no se preocupe, él la salvará de los peligros que la acechan; Margaretha le escucha escéptica –no se trata de un jurista de fama– y al mismo tiempo conmovida. Alguien que quiere estar a su lado cuando todos la abandonan. Por otra parte sus menguados recursos económicos no le dan demasiadas posibilidades de elección.

La misión de interrogar a la acusada corrió a cargo del capitán Bouchardon, conocido por su habilidad y técnica para hablar a los acusados de espionaje. Estaba a solas con la acusada, aparte del sargento Baudoin que ejerció de escribano. Su método como el de tantos inquisidores de ayer y de hoy, consistía en hacerles perder la serenidad en largas sesiones durante las cuales alternaba las preguntas machaconas con largos silencios o el paseo por el

despacho, desde su sillón a la ventana, donde tamborileaba sobre el cristal mientras el prisionero, mordiéndose los labios, se preparaba para la incisiva pregunta siguiente.

La ventaja del hombre que puede haceros permanecer durante horas en la misma silla obligando a repetir mil veces la misma explicación como si no la hubiera oído antes, la ausencia de cualquier amigo –su abogado Clunet sólo pudo asistir, según el código de Justicia Militar, al primero y al último interrogatorios– dan al instructor de la causa todas las ventajas y Bouchardon sabía aprovecharlas.

En sus memorias, este instructor describe la pequeñez de la sala de interrogatorios lo que ayudaba a la opresión psicológica de la acusada, lo que no le impedía, como hemos visto en algunas de las citas anteriores, hablar con una soltura y precisión que admiraban incluso a su atormentador.

«Su lenguaje era del mejor tono y lo usaba con gran agilidad de medios. ¡Cuánta ironía! ¡Qué oportunidad por dar la réplica adecuada!»

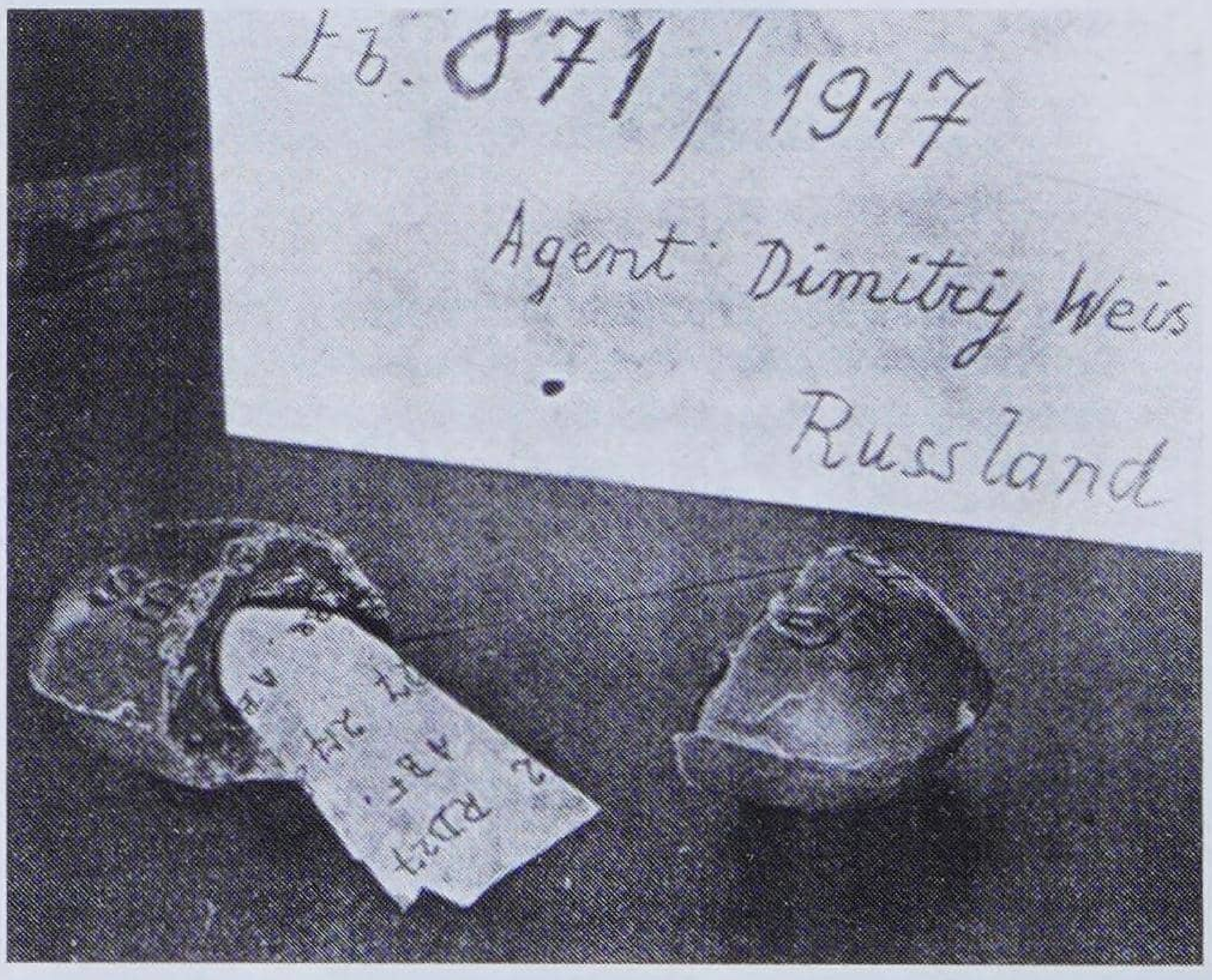
Como es natural Mata-Hari mostrará en esas conversaciones su simpatía de siempre por la causa francesa. De haber estado en manos de los alemanes podría mostrar igual número de ejemplos de lo contrario. No en balde se había autoidentificado como «mujer internacional».

En este caso recordó que, estando en Berlín...

«... hacia mayo o abril de 1914 volví a ver a mi antiguo amante, el teniente Kiepert, que me invitó a cenar al día siguiente. Un periodicucho popular contó irónicamente esta cita diciendo que, con ella, Francia había venido a Austria-Hungría (hay que advertir que Kiepert estaba casado con una austríaca). Después de este incidente el teniente me dijo: "No puedo veros más pero pronto estaremos juntos en París." Le contesté que tendríamos que esperar al menos seis meses porque yo tenía un contrato con el Metropole-Theatre. "Estarás allí antes y yo también", me contestó con una sonrisa. En aquel momento no tomé esa profecía en serio pero después de reflexionar, su frase me pareció grave y escribí inmediatamente al ministro francés de la Guerra que era amigo mío advir-

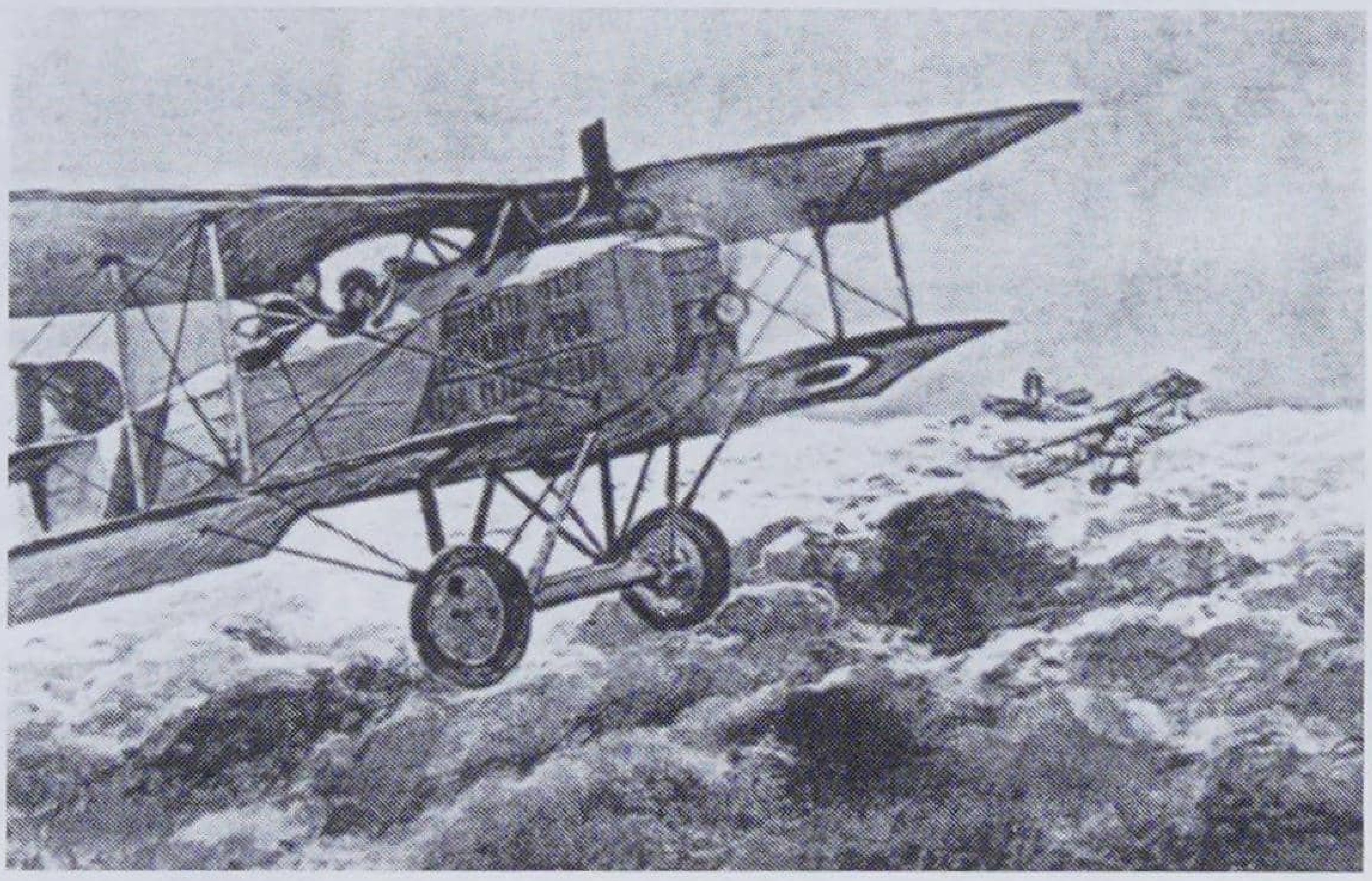
La primera guerra mundial sorprende a Margaretha (Greta Garbo en el fotofilme) **alternando en Berlín con militares y policías, su espectáculo *El ladrón de millones* a punto de estreno en el Metropol. Esa coyuntura será fatídicamente interpretada en la movilizada Francia** (los taxis que de París llevaron al Marne a combatir a sus ciudadanos, abajo) **como prueba de su germanofilia.**

Tan necesitada como siempre de numerario, nuestra heroína da un peligrosísimo paso —en Amsterdam y en 1915— al ponerse al servicio del jefe del contraespionaje germano, coronel Kramer. Quien, tras bautizarla como agente H-21, le asigna París como inmediato banco de pruebas (la psicosis de «espionitis» que conturba la capital en el «affiche») **después de instruirla en los métodos para transmitir mensajes.** (En la inevitable pastilla de jabón o en el encaje de un pañuelo bordado, abajo, por ejemplo).

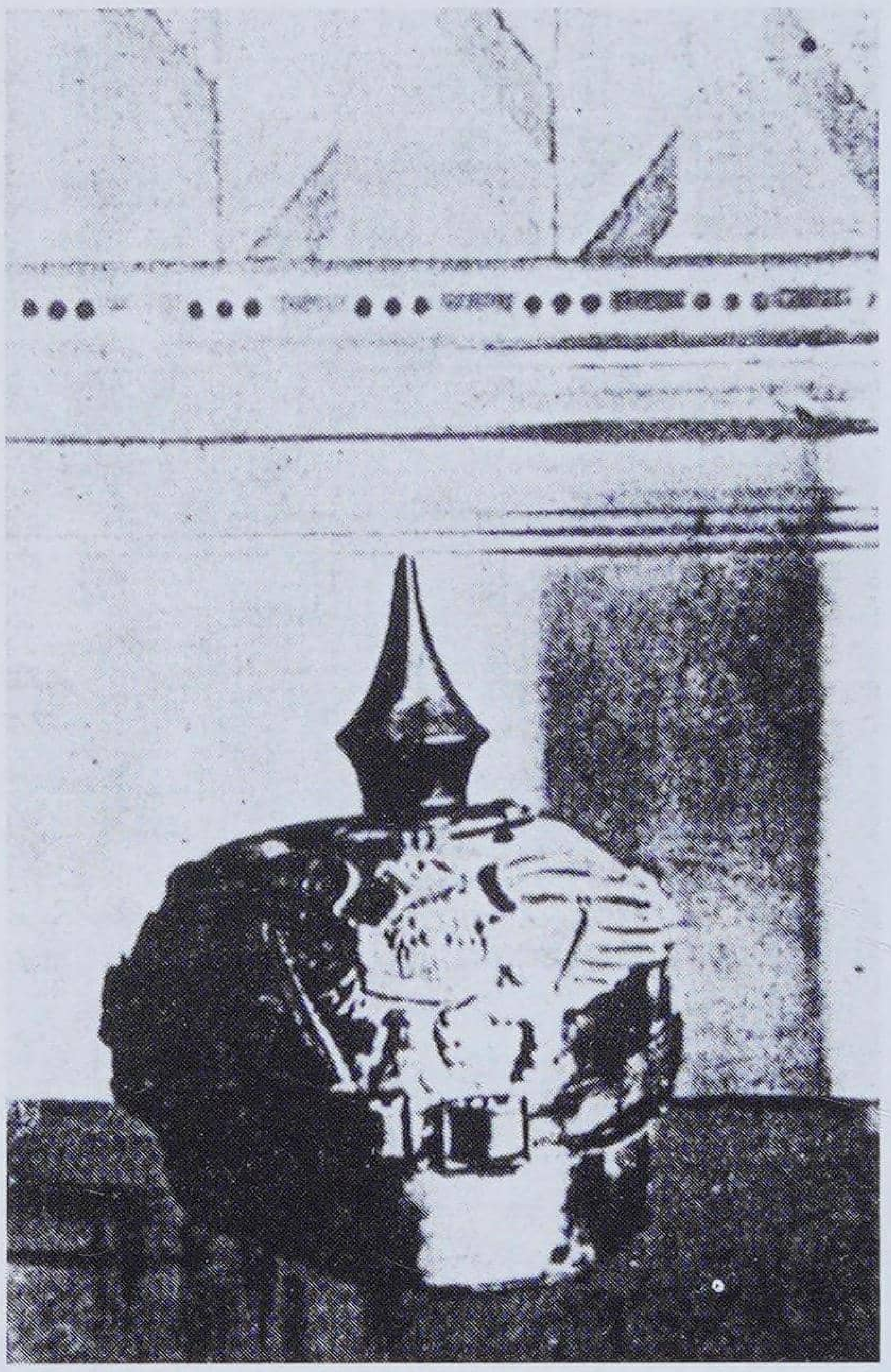


En París conoce al «único amor de su vida», un capitán ruso de permiso llamado Vadim Masslov (en el filme). Aunque Mata-Hari es ya una madura cuarentona (abajo) y él sólo tiene veintitrés años, la llama que les consume a los dos es la misma, el Grand Hôtel como lujoso nido de aquellos días de vino y rosas.

En su condición de feliz espía Mata-Hari cavila que la plata fluirá a raudales si, *al mismo tiempo*, pone su oficio al servicio de Francia. Consciente de su «doblez» —y sometiéndola a estrecha vigilancia—, el jefe de espionaje galo (el capitán Ladoux, su futuro e implacable perseguidor) **acepta el juego y la envía a la neutral Madrid** (su Puerta del Sol en una foto de 1916).

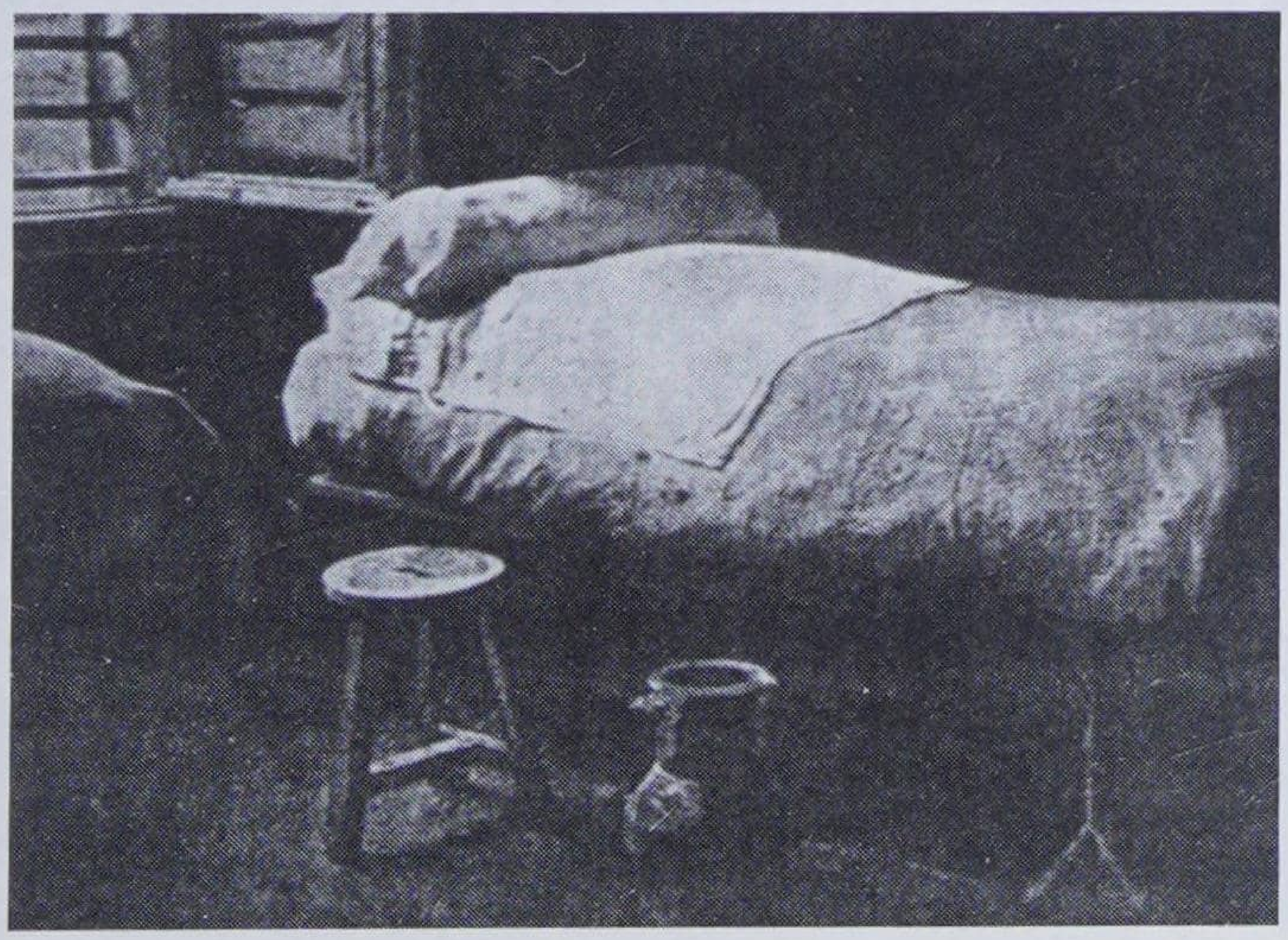


Amén de la embajada alemana, en Madrid tiene Mata-Hari el Ritz (a la hora del té, en este dibujo) **como «campo de operaciones». Aunque caben razonables dudas de su eficacia como espía, los franceses la culparán de más de un desastre bélico propio** (de la batalla aérea del Marne, concretamente). **Por lo que se apresuraron a llamarla de nuevo a París. Y es aquí donde la leyenda hace intervenir, en su contra, al tándem Gómez Carrillo-Raquel Meller, la sin par cupletista** (en la foto) **celosa al parecer de Margaretha.**



En la ciudad del Sena el «bizarro» Masslov (arriba, su casco/vaso de champán) **se quitará rápidamente de en medio en cuanto sus superiores le adviertan lo peligroso de su *liaison* con «una aventurera sospechosa de ser espía». Detenida el 12 de febrero de 1917 y trasladada al Palacio de Justicia, el capitán Bouchardon** (arriba, a la derecha) **inculpa oficialmente a Mata-Hari y la encierra en la prisión de Saint-Lazare, un viejo convento en cuyas 167 celdas se apretujan 447 inquilinas.**

Convenientemente fichada e instalada como una reclusa más (su celda, abajo), **la suerte de la ajada Mata-Hari está echada de antemano. Ladoux y Bouchardon se comportaron como perros poco dispuestos a soltar una presa cuyo proceso distraerá por unos meses la atención de los franceses, alarmados e inquietos, por entonces, ante el curso de la guerra en los frentes y la retaguardia.**



Destinada posteriormente en el pabellón de espías de Saint-Lazare bajo la benéfica tutela de sor Leonide (en la foto), el irregular proceso a la enlutada Mata-Hari culmina con la esperada sentencia a muerte, el polígono militar de Vincennes lugar escogido para la ejecución. Substanciada ésta el 15 de octubre de 1917, nadie reclamará *in situ* el cadáver. Por lo que el antaño lúbrico cuerpo de Margaretha irá a la Facultad de Medicina de París para que los alumnos hagan prácticas con sus despojos...

tiéndole que deseaba verle con urgencia ya que en Berlín tenía datos militares y políticos que le interesarían. El ministro me respondió que, dado su cargo, le era imposible cruzar la frontera y no supe nada más.»

Waagenar en esta ocasión y con un comentario oportuno juzga esta «convocatoria a Berlín de un ministro de guerra francés» muy propio del estilo Mata-hariano.

Realmente hacía falta ser muy endiosada para imaginar que la promesa de las revelaciones de una bailarina bastaría a movilizar a un dignatario de tal calibre.

Siguen las profecías *a posteriori* de nuestro personaje. Cuando nosotros la imaginábamos gozando de los placeres de la vida en brazos de su Kiepert, en realidad ella verá avecinarse la catástrofe de 1914 y hacía lo imposible por advertir de ello a París.

«En mayo de 1914 me convertí en la amante de un oficial de la marina, el capitán Kuntze, jefe de la base de hidroaviones de Putzig, quien me hizo confidencias parecidas» (es decir, la citó en París a donde llegaría como vencedor de una breve guerra). «Esta vez sentí que el asunto era muy grave y me dijo: "Tengo que advertir a París." Escribí a uno de mis antiguos amantes, Kapferer, el primer aviador que sobrevoló París y no tuve respuesta.»

Hay que recordar que Mata-Hari en estos momentos se está jugando la vida en esas respuestas, lo que explica sus ingenuas protestas de francofilia, alternadas con alusiones continuas al acto sexual. Aprendía en su lecho una noticia y se apresuraba a enviarla a quien lo había compartido en otro tiempo. Aunque después, ante un desastre que podía evitar, se conformaba con el silencio epistolar de su corresponsal sin tomar otras medidas tales como insistir en dar la voz de alarma o, en caso tan extremo como imaginaba que aquél lo era, desprenderse del amor de turno y correr a París a hablar directamente con los responsables de la política francesa.

Esta larga serie de manifestaciones de amor a Francia no hicieron la menor mella en Bouchardon que se limitó a registrarlas y ni siquiera convocó a los aludidos por la ex bailarina para que confirmasen si habían recibido los avisos.

Sobrevino un período de sesenta días en los que la investigación se centró en las tarjetas masculinas que Mata-Hari tenía en su poder cuando fue arrestada. Lo que indicaron fue que nuestra heroína lo era de verdad y no sólo literariamente cuando se trataba de coleccionar caballeros, especialmente en uniforme militar. La verdad era que cuando Mata-Hari contestaba a las diversas preguntas con un «me lo dijo mi amante» no fantaseaba como hacía al hablar de sus orígenes hindúes. La lista registrada a través de sus recuerdos conservados es impresionante. Bouchardon los enumera con la frialdad de un entomólogo pero esos nombres representaban pasiones despertadas tras un encuentro que, para muchos, representó algo importante. Veamos algunos ejemplos.

«Hallamos también la tarjeta del sargento aposentador George Louis del 12 batallón de coraceros destacado en la escuela de Aviación de Cazauz (Girond). Mata-Hari explica que ha conocido a ese suboficial en el andén de la estación de Austerlitz, la tarde en que tuvo la última conversación con el coronel Denvignes.»

Un momento. Esa entrevista, si recordamos bien, fue una de las más dramáticas de su vida; tras evitarla durante varios días, el agregado militar francés en Madrid no tuvo más remedio que confirmarle la situación desastrosa en que se encontraba Mata-Hari en opinión suya y del capitán Ladoux, los dos seres de quienes dependía su trabajo y quizá su existencia. Y apenas salido el tren que se llevaba al portador de las malas nuevas, Mata-Hari se deja abordar por otro militar y entabla con él una conversación que no precisa si terminó donde acostumbraba.

¿Aunque se tratase sólo de un sargento? Pero ese suboficial, recordémoslo, estaba destinado a una Escuela de Aviación, óptimo punto para obtener informaciones sobre nuevos tipos de aparatos y vuelos programados hacia el territorio enemigo. Podía haber ocurrido también que Mata-Hari hiciera ahí un último esfuerzo para ganarse la confianza de los alemanes en vista de lo mal que le estaba yendo con los franceses.

... O sencillamente quiso olvidar por un rato en los brazos de un hombre joven, las angustias que sentía en aquellos momentos.

Los demás «registrados» en las tarjetas de la colección de Mata-Hari, verdaderas fichas de personal seducido por ella a lo largo de los años, eran de mayor categoría militar. Como redacta Bouchardon con prosa administrativa...

«Encontramos también la tarjeta del capitán y diplomático Henri de Maraudes. Según la inculpada, se trata de un militar que la cortejaba desde antes de la guerra y que la acompañaba alguna vez en sus paseos a caballo por el Bois de Boulogne. Después tenemos la tarjeta del teniente coronel Patzpomarnatzky del Estado Mayor ruso. La inculpada dice haber conocido a ese oficial en el tren de Burdeos cuando volvía a París.»

Como se ve no había actividad deportiva, laboral o viajera en la que nuestro personaje perdiese el tiempo. Como un donjuán del género femenino siempre tenía tiempo y ocasión para tender sus redes y capturar peces de distinto tamaño, pelaje y raza. Sigue la lista con un tal...

«Henry Mege. La acusada pretende que se trata de un teniente que la siguió cuando salía del número 282 del Boulevard Saint-Germain y que le pidió una cita. Según ella, ésta se había limitado a una taza de té en el hotel Plaza.»

Poca cosa para esa devoradora de hombres o quizá lo aseguraba así para no perjudicar a la familia del mozo al no tener necesidad de él como proveedor de alguna noticia importante. En ese caso no hubiera vacilado en admitir que mantuvieron relaciones íntimas porque entonces la información tendría más credibilidad. Se habla de manera mucho más franca entre sábanas que a ambos lados de una mesa de té.

En este particular interrogatorio, Mata-Hari a veces subraya la finura de sus gustos. Como al citarse a Pierre Arrienceaux, residente en Hendaya. «Según madame Zelle era un oficial encargado del control de viajeros en la estación de Hendaya que le había pedido una cita sin el menor éxito, tentativa que repite en una carta dirigida a París y que ella no responde. Preguntada ¿por qué? contestó que su tono era demasiado vulgar.»

Ni la tinta simpática (que no lo era) ni otros productos

encontrados en el cuarto de Mata-Hari prueban hasta ese momento su culpabilidad; y mucho menos la obligará su interrogador con la que cree pregunta mortal sobre su pertenencia al espionaje alemán.

«–¿No habéis reconocido que en la época próxima a la guerra teníais relaciones íntimas con el teniente Alfred Kiepert del 11.º regimiento de húsares en Crefeld?

»–El hecho de que haya tenido relaciones con esas personas no indica de ningún modo de que haya hecho espionaje. No lo he hecho nunca por Alemania ni por otro país que Francia. En mi calidad de bailarina podía tener relaciones con personajes de Berlín sin ningún pensamiento oculto que os hiciera sospechar. Y además os recuerdo que soy yo misma quien os ha dado estos nombres.»

Una respuesta que justifica la admiración a su habilidad y dialéctica antes señalada por Bouchardon. Porque el hecho era cierto.

Vencida temporalmente su obsesión de encontrar pruebas de la culpabilidad de la acusada, Bouchardon la conduce una vez más a su aislamiento en su celda de Saint-Lazare esperando, como se dice en la jerga judicial, que eso la maduraría, hasta forzarla a declarar la verdad o al menos la verdad que él esperaba. Mientras tanto, también como en las novelas, un oficial llamado Masslov que luchaba en las trincheras y que en esos momentos sufría tanto con el dolor de una nueva y grave herida, reprochó a su amada la falta de noticias en una carta que, abierta por Bouchardon, fue luego entregada a la prensa; Mata-Hari se echó a llorar al leerla. Inmediatamente escribió a su carcelero pidiéndole piedad...

«Estoy desesperada y lloro continuamente; tened la bondad de ir a buscarle (a Masslov) al hospital de Epernay. Os lo ruego. ¡Me duele tanto pensar que quizá haya muerto y que yo no estaba a su lado...! Y encima ha creído que le olvidaba. No sabéis lo que sufro. Sacadme de aquí, no puedo más.»

Naturalmente su torturador no hizo ninguna de las dos cosas; ni ir a buscar al capitán ruso ni permitir que lo hiciera ella. Al contrario, se alegró pensando que la triste noticia debilitaría la voluntad de su prisionera y admitiría

su culpabilidad en el momento en que él tenía más pruebas con que acusarla.

Las explicaciones de Mata-Hari no convencen a Bouchardon, que le recuerda:

«Aceptamos vuestras declaraciones pero seguimos haciendo un razonamiento muy simple. Cuando se os ha preguntado por el servicio de investigación habéis escondido cuidadosamente vuestras relaciones con Kraemer, el número clave H-21 y la misión encargada. En cambio, cuando os presentáis a Von Kalle os apresuráis a explicarle que os han obligado a aceptar una misión del servicio francés. Es decir, que escondéis a los franceses que estáis en el servicio alemán mientras que a los alemanes les contáis en seguida vuestra relación con los franceses. En esas condiciones ¿a quién habéis servido y a quién traicionado? ¿A Francia o a Alemania? Creo que la respuesta nace por sí sola.»

La pregunta era envenenada. Esta vez Mata-Hari estaba contra las cuerdas y le hacía falta toda su presencia de espíritu para salir del paso. La holandesa lo intentó:

«Si mi actitud ha sido distinta en lo que se refiere a los franceses y a los alemanes, se debe a que yo quería dañar a los segundos y ayudar a los franceses, lo que conseguí llevar a cabo. Yo no podía pasar a Alemania sólo con una botella de vinagre. Tenía que hacerles creer que trabajaba para ellos cuando, en realidad, lo hacía para los franceses. Una vez obtenidas ciertas informaciones de Von Kalle fui tres veces en vano a ver al capitán Ladoux. Si le hubiera podido hablar le habría dicho: "He aquí una muestra de mi eficacia. Ahora os toca actuar."»

Pero Bouchardon no se dejó impresionar. Desgraciadamente también se podía dar a esos actos otra interpretación. «Dado que era improbable que vierais a Von Kalle sin que se enteraran nuestros agentes, teníais necesidad de adelantaros y venir a decirnos: "Voy a ver a Von Kalle pero es para ayudaros." Todos los que conocen el espionaje saben que cuando un agente de espionaje se encuentra en vuestra situación, el enemigo, para inspiraros confianza, le provee de informaciones auténticas pero que

han perdido valor cuando se permite que las obtengan.»

Mata-Hari se rebela. ¿Por qué le habla como si ella fuera un técnico del tema cuando es una simple aficionada?

«–Me parece que divagáis. Nunca había hecho de espía; he vivido siempre para el amor y el placer y no he tratado jamás a gente que pudiera enseñarme esas técnicas. Dicho esto os hago observar que las informaciones que he aportado de Von Kalle no son ni viejas ni poco importantes. El mismo coronel Denvigne me aseguró que el coronel Goubet las había encontrado interesantes.

»–Veamos. Por un lado aseguráis que no sabéis nada en lo que se refiere al espionaje, por el otro nos proponéis un golpe importante y lo tasáis nada menos que en un millón de francos. ¿En qué quedamos?»

Era la vanidad de Mata-Hari la que, una vez más, le había jugado una mala partida, como en el caso de los *Ballets rusos* cuando admitió que «había hablado demasiado» de lo que sólo era un vago proyecto. Ahora la bailarina se calla y Bouchardon sigue golpeando el hierro caliente presentándole el plantel de oficiales que había frecuentado el año anterior durante su estancia en París. Una lista llena de entorchados.

«Os estamos vigilando desde junio de 1916 y sabemos que estando en el Grand Hotel habéis entrado en relación con los militares de todas las nacionalidades que estaban de paso por París. Así el 12 de julio habéis almorzado en el Grand Hotel con un militar que resultó ser el subteniente Hallaure. Del día 15 al 18 de julio habéis vivido con el comandante belga De Beaufort. El 30 de julio salisteis con el comandante de Montenegro, Yovilchevilch. El 3 de agosto con el subteniente Gasfield y el capitán Masslov. El 4 de agosto comíais en Armenoville con el capitán italiano Mariani. El 16 del mismo mes almorzabais con dos oficiales irlandeses, Plankette James y O'Brien Edwin Cecil. El 24 otro almuerzo, con el general Baumgarten. El 31 en Armenoville se os vio con Fernie James Stewart llegado el mismo día de Inglaterra. Todas estas relaciones con militares podían sin ninguna duda (y sin que eso sea culparles de más que del pecado

de imprudencia) suministraros un conjunto de informaciones que podían interesar a Alemania.»

En aquellos tiempos la canción favorita en las trincheras era *La Madelon,* la historia de una cantinera que enloquecía a los soldados a quienes daba de beber. En un momento de la canción, un capitán se enamora de ella y quiere desposarla, pero la Madelon se ríe rehusando: «¿Qué voy a hacer yo con un hombre? Si necesito un batallón.»

Algo parecido podía contestar nuestro personaje. Esta retahíla de hombres uniformados sería cómica si no fuera que cada uno de ellos representaba una prueba más en la acusación contra Mata-Hari... que, esta vez, no se calla porque se encuentra en terreno más firme, el de constante enamorada de la milicia.

«Amo a los militares. Los he amado siempre y prefiero ser la amante de un oficial pobre que de un banquero rico.»

La música es antigua pero esta nota es nueva en la vida de una Mata-Hari que no se ha distinguido nunca por buscar amantes sin recursos. Quizá en este momento no está pensando en los militares en general y sí en uno que ha sido evocado de pasada por Bouchardon pero que para ella destaca sobre todo: el capitán Masslov.

«Mi mayor placer es acostarme con ellos sin pensar en el dinero y además me gusta hacer comparaciones entre los procedentes de distintos países. Pero os juro que las relaciones que haya tenido con los militares a que os referís sólo estaban inspiradas por los sentimientos que he mencionado y, además, son ellos siempre los que me han buscado aunque sea yo quien ha accedido con todo mi corazón. Después volvían a la guerra contentos y sin haber hablado de ella ni que yo les preguntara nada indiscreto...»

Y tras una pausa...

«Sólo he guardado a Masslov porque le adoraba.»

La polémica podía seguir horas porque era difícil precisar cuánto había de interés sexual y cuánto de interés político en los encuentros de Mata-Hari con aquellos hombres. Por ello el interrogador vuelve al tema económico. Como buen francés apegado al dinero no puede

admitir que si Mata-Hari ha cobrado 20 000 francos de Alemania a través de Kraemer no haya tenido que entregar a su vez algo importante y valioso.

«Alemania no da nada a cambio de nada y las sumas que entrega para gastos de viaje no alcanzan nunca esas cifras. Además ya habíais servido a los alemanes en vuestra primera visita a Francia.»

Ahí la prisionera se encrespa. Hay agentes y agentes.

«No se hace viajar a una mujer como yo con casa puesta y amantes en Holanda sin compensarla dignamente. En cuanto a mi visita a Francia a fines del 1915 no estaba al servicio de los alemanes. Sólo a mi vuelta de él, Kraemer me preguntó sobre la vida en París. Le dije que los aliados ingleses se portaban en Francia como gente superior, que les servían antes en los restaurantes y que eso producía resquemor entre los soldados franceses.»

(De ser cierto, quizá de esas críticas pudo Kraemer deducir que Mata-Hari no era muy amiga de los aliados y era oportuno hacerle la propuesta de servir a la causa alemana.)

Siguieron varios interrogatorios más, sin que ninguno de los dos variase su postura inicial. Cuando muchos años después, en 1953, Bouchardon escribía sus *Memorias*, insistirá en que los trabajos para Alemania fueron más de los que admitía Mata-Hari. Es decir, los primeros 20 000 francos de Kraemer eran por un servicio ya realizado, los segundos 5 000 francos correspondían al anticipo de futuras informaciones y los últimos ingresos (3 500 pesetas y 5 000 francos) constituían el pago de esas informaciones.

El 22 de marzo de 1917 se enfrenta con el capitán Ladoux. Y ahí la incomprensión mutua es peor aún que en el caso de Bouchardon. Porque daba la casualidad que había sido el mismo capitán quien le diera la orden de espiar, es decir, la había contratado para luego negar toda relación con ella ante las autoridades inglesas primero, negándose a darle instrucciones en Madrid y rehuyéndole después en París. Pero según él...

«La McLeod no había sido contratada al no recibir una misión, un número de orden, medio de comunicación, dinero. A la McLeod se le indicó que puesto que se iba a Holanda esperase allí que un agente secreto francés la

contactara y le diese instrucciones en caso de necesitarla.»

Mata-Hari ridiculizaba esa vaguedad. «Él sabía que yo iba a relacionarme con el Estado Mayor alemán en Bélgica. Dijiste que *podríais* hacerlo y por ello yo tenía que esperar a lo que me dijeran mis informadores en Holanda. ¡Pero sí habíamos quedado en un millón *sólo* después de realizar la operación! No perdía nada.

»–Es que yo ya sospechaba de ella.»

Y así vueltas y vueltas sobre el mismo asunto. La versión del capitán Ladoux era una difícil trampa para Mata-Hari; si no la consideraban un agente francés no podía darle protección para fingir ser un agente alemán, con lo que ese papel constituye un crimen a los ojos de la justicia francesa. De todas maneras, Mata-Hari insiste en que, aunque prometida, no ha dado información alguna a los alemanes.

«Sí los dio..., aunque sin importancia, pero un agente francés no puede decidir por sí mismo y sin la autorización de sus jefes, lo que es importante y lo que no es.»

En casos de persecución como éste siempre hay, aparte de los cazadores, hienas que acuden al olor de la sangre. Una manicura del hotel Plaza-Athenée se presentó voluntariamente a decir que Mata-Hari había hablado mal, en su presencia, de los invadidos belgas y de los aliados ingleses. Probablemente Mata-Hari hizo un comentario sobre algunos huéspedes de esas nacionalidades que se encontraban en el hotel, juicio personal que la empleada amplió a dos naciones amigas. En todo caso ese testimonio debía haber dado a los instructores una prueba más que la inculpada no era una espía alemana, ya que ninguna de esa profesión airearía sus antipatías en un lugar público.

En su última declaración de esta parte de la instrucción, Margaretha Zelle recuerda a sus inquisidores que todas las conversaciones con Ladoux habían tenido lugar en su despacho oficial, lo que las hacía más dignas de crédito sus ofertas de trabajo, que no eran simples tanteos. Además que, para una persona enamorada de un capitán ruso (aliado de los franceses) con quien pensaba casarse, al único bando que le convenía ayudar era al francés.

En esa prolongada detención de Mata-Hari antes de

ser procesada queda otro punto oscuro. ¿Por qué, tratándose de una persona de nacionalidad holandesa, no intervino la Embajada de su país en su defensa al menos preguntando dónde estaba?

Al parecer el Gobierno holandés sólo lo hizo cuando el barón Von der Capellen insistió ante el Ministerio de Asuntos Extranjeros de La Haya sobre la compatriota desaparecida en París. El telegrama enviado a la Embajada neerlandesa en esa ciudad decía:

«Por favor, comunique por telegrama la dirección actual de Margaretha Zelle alias Mata-Hari (es la primera vez que alguien la llama con el nombre apropiado). Su última dirección conocida era hotel Plaza, Avenue Montaigne, 25; pregunten y por favor si ella tiene intención de regresar pronto a su país.»

La misión diplomática holandesa contestó el 23 de abril de 1917 que había obtenido datos «semioficiales» según los cuales Mata-Hari «estaba detenida en Saint-Lazare acusada de espionaje. Las autoridades (francesas) instruyen las diligencias de un asunto que parece muy grave». Se añadía una carta enviada a Anne Lintjens con instrucciones de Mata-Hari para que su doméstica no se preocupara.

Esa nota tranquilizadora no corresponde para nada a una espía alemana, que, por de pronto, debía haber usado el correo «Anne» para advertir a su cómplice Kraemer. Esa lejana imagen de un solícito agente secreto, se mantiene en otras cartas del tiempo en que Margaretha atiende asuntos de mínima importancia en comparación con lo que se estaba jugando en París. Así, enterada de que la reclama un modisto de La Haya, escribe al Consulado holandés en París para que explique a su acreedor la razón de su retraso.

«Por favor póngase en contacto con la señora Hijmans de la calle Nieuwe Uitweg (vecina suya) para contarle lo que me ha pasado porque parece que lo ignora en Holanda a pesar de que lo haya comunicado a mi doméstica.»

Debía de ser triste para una persona cuyos pasos internacionales se publicaban en todas las capitales de Europa comprobar que, en su propio país, ignoraban su triste paradero.

«Creen que vivo por gusto en París y que no pienso volver. Dado que tengo bienes en La Haya, así como amistades que no puedo perder, agradecería que avisaran a mi abogado del accidente que he sufrido.

»Supongo que no me expongo a dificultades graves dado que poseo en La Haya una bonita casa y que no tengo ninguna deuda, aparte de una factura de modista que todas las señoras tenemos. El modista tendrá que esperar. Me es imposible aceptar ahora una factura donde compruebo hay cerca de 500 florines de más y otros 700 que ya han sido pagados, sin consultar antes todas las facturas que tengo suyas, donde probablemente hay cargos ya pagados. El modista puede estar tranquilo. Recibirá el dinero que le debo si hace falta con intereses pero estoy en la cárcel por un accidente de guerra y los interrogatorios se suceden desde el 13 de febrero de 1917 por lo que resulta imposible ocuparme de mis asuntos.»

A pesar de lo cual pasa a ocuparse de algunos...

«Pida por favor a mi abogado, el señor Hijmans, que pida a mi vieja criada que vaya a verla; que vaya luego a buscar a mi amante el barón Von der Capellen.» (Como se ve Mata-Hari usaba la expresión «amante» con la naturalidad con que podía decir doctor o ingeniero. Era como una profesión.) «Y le pida que dé 1 000 florines al modista Kuhne aún sin reconocer la deuda citada y que Kuhne me deje en paz y no envíe más cartas a mi casa de allí ni aquí porque no puedo contestarlas.

»Pregunten, por favor, a mi abogado si en mi casa de La Haya todo está en orden, y si han pagado el alquiler y los impuestos a fin de que, al menos en este terreno, pueda estar tranquila. La desgracia que ha caído sobre mí es terrible pero soy inocente y todo se aclarará.»

Como se ve Mata-Hari estaba tan convencida de que sería absuelta que seguía llevando al día sus asuntos personales incluidos los más mínimos. Como en una nota ulterior del 16 de julio —sus horas estaban ya marcadas— en la que pedía a su abogado Clunet que reclamase a la compañía naviera Royal Dutch Lloyd el importe del pasaje desde Inglaterra a Holanda que no había sido utilizado debido a la detención de Mata-Hari por las autoridades británicas. Y la reclamación fue atendida; a punto de

iniciarse el Consejo Militar que iba a condenarla, recibió de la naviera la acreditación a su nombre de la suma de 328 francos, importe del billete no utilizado desde Falmouth a Amsterdam. Fue en lo único que consiguió justicia.

Y de pronto Ladoux recibe una asombrosa noticia. Los servicios de escucha de la torre Eiffel han captado un mensaje de Berlín a Von Kalle.

«Rogamos nos comunique si el agente H-21 ha recibido el aviso de que se sirve para sus comunicaciones de la tinta secreta y si se ha demostrado que este sistema no puede ser descubierto por el enemigo.»

¿Cómo es posible que se aluda a un agente en ejercicio cuando la tenemos en la cárcel de Saint-Lazare? ¿Puede ser que nos hayamos equivocado y que H-21 no sea Margaretha Zelle? A nadie le gusta admitir un error, y Ladoux prefiere creer que se trata de una trampa alemana. En Berlín se han enterado de que París descifra sus mensajes y manda esta falsa información con el fin que pensemos que Mata-Hari no es H-21 y la soltemos para que pueda hacernos más daño...

Ignorante de este episodio, Margaretha Zelle sigue en prisión, ahora en el ala destinada a las espías y que está al cuidado de sor Leonide que ya se ha ganado su afecto. Entre sus otras «pupilas» está una camarera del hotel Meurice de París y una tal Francillard de Grenoble, agente secreto por amor de un alemán a quien comunicaba sus informes a través de Suiza. La celda que ocupa ahora Mata-Hari fue la de madame Caillaux, la asesina del director de *Figaro* porque atacaba en el periódico a su marido y Therèse Humbert, las dos famosas en el París de la época por la resonancia de sus crímenes.

Si estaba seguro de su culpa ¿por qué no iniciaba Bouchardon el proceso? El problema radicaba en que Ladoux le había entregado a Mata-Hari pero reservándose los documentos que la incriminaban como los cables alemanes relativos al agente H-21 y captados por la torre Eiffel, porque esa operación era alto secreto militar.

Si los textos probatorios llegaban en manos de la burocracia no pasaría mucho tiempo sin que la noticia de que su código estaba descubierto llegase a oídos de los espías

alemanes. ¿Valía la pena desenmascarar públicamente a Mata-Hari a cambio de advertir a Berlín que habían conseguido descifrar sus mensajes? En esta duda transcurría el tiempo de prisión y, desde el punto de vista legal, tenía toda la razón el abogado Eduard Clunet al protestar el 23 de abril de 1917 ante Bouchardon.

«Capitán: me permito insistir enérgicamente para que se ponga fin a la instrucción contra mi cliente. Hace dos meses que está encerrada en Saint-Lazare bajo la acusación de espionaje y no se ha presentado ninguna prueba contra ella que apoye esa acusación...

»No es posible mantener este estado de cosas por más tiempo contra esta desdichada y hay que dejarla inmediatamente en libertad provisional. Dado que la acusación viene del Ministerio de la Guerra, ese departamento tiene que presentar *inmediatamente* (subrayado en el original) esas pruebas concretas. Prolongar esta situación equivale a injusticia y crueldad.»

Su argumento no tenía réplica posible y el Ministerio prefirió arriesgar sus secretos a dejar escapar a quien considera culpable. Una semana después Bouchardon recibe y puede presentar a Mata-Hari las copias de los telegramas cruzados entre Berlín y Von Kalle.

—Aquí están las pruebas que os denuncian.

Margaretha los ojea y tiene una hábil reacción, quizá la más inteligente de todo el proceso. Puesto que de mentiras se nutre el espionaje, ¿cómo puede admitir Bouchardon tales datos sin dudar de ellos?

—¿No es posible que hayan sido los mismos alemanes quienes lanzaron el espionaje francés a una pista falsa quizá por venganza? ¿Estáis seguros que ellos no sabían que captarían esos mensajes? ¿No podría ocurrir que telegrafiaban lo que querían que supieseis?

Es conducida de nuevo a la cárcel pero ahora a una celda que resulta más amplia y confortable que la anterior. Solicita el uso de un baño diario, lo que se le concede y un teléfono en la celda, que se le niega. Habla con el doctor Brizard, médico de la cárcel y le comunica que no quiere que le atiendan las monjas encargadas del establecimiento. El médico le convence de que ello es imposible y que gustará de su trato, lo que efectivamente ocurre.

Especialmente sor Leonide se convertirá en su mejor amiga.

Ella no recordaba al doctor Brizard pero éste sí la había visto antes, al principio de la guerra cuando, como encargado de la higiene pública, visitaba una casa de citas de la rue Troyon. Al pasar junto a él la dueña le comentó que se trataba de la famosa Mata-Hari, que cobraba mil francos por encuentro, de los que ella percibía la mitad y que no acudía más que a aquella casa en todo París. Luego el doctor tuvo ocasión de hablar con las dueñas de otras casas similares que le contaron la misma historia: sólo iba a aquel lugar.

De vuelta a la cárcel escribe la primera de las muchas cartas que enviará pidiendo justicia (no es culpable) y un mejor trato carcelario.

«¡Francia me encierra y me hace sufrir en la cárcel! –empieza dramáticamente–. Os lo repito. El capitán Ladoux no ha comprendido nunca ni ha sabido usar las cartas que hubiese podido jugar conmigo. Yo había puesto mi confianza en la propuesta del capitán Ladoux al prefecto de policía que ha visado mi pasaporte. ¿O también eso era una trampa? ¿Cómo iba a saber que me engañaba? No podía imaginar que incluso el prefecto de policía se prestase a ese juego.»

La verdad es que en su queja tenía algo de razón. ¿Se pensaba en ella desde el primer momento como un peón oportuno y útil o como alguien a quien se tiende una trampa? Mata-Hari quiere verle... «Pero el capitán Ladoux no jugaba.» «Era sincero y me ha contratado con la propuesta de entrar al servicio de Francia y de Alemania a la vez.»

Confesiones aparte, está el hecho grave y real de su situación de prisionera.

«Estoy asombrada y entristecida que rehuséis mi libertad provisional. No habría abusado de ella pero las condiciones en las que debo vivir aquí son tales y está todo tan sucio que no sé cómo puedo soportarlo.»

Y surge la elegante y famosa artista de antaño:

«Pensad que soy una mujer muy distinta de las que están a mi alrededor pero me tratan como a una de ellas. Os lo ruego. Cambiad vuestra decisión y permitidme vivir

fuera de la cárcel. No me escaparé, no os preocupéis. Nunca, nunca he hecho la menor tentativa de espionaje; aquí sufro mucho y lo que más necesito es el permiso de ir a ver a mi prometido, el capitán Masslov. No encuentro palabras para pedíroslo. Nunca he hecho daño a este país. ¡Devolvedme la libertad!

Nuevo interrogatorio. Bouchardon le pide una lista de sus amantes y ella se la da pidiéndole discreción por el perjuicio que puede causar a las respectivas familias. Ya veremos cómo mantendrá esa noble actitud en el proceso. El juez instructor le muestra un frasco encontrado en su habitación. ¿Es tinta simpática? ¿La obtuvo en España?

Margaretha sonríe. Efectivamente. Pero sólo se trata de oxicianuro de mercurio... ¿Y para qué sirve?

–Se inyecta en las venas y con ello se impide el embarazo.

Ahora quien le interroga es Ladoux.

–Tenemos pruebas contra usted.

Mata-Hari se asusta.

–¿Me van a condenar?

–Seguramente.

–¿Y a fusilarme?

Ladoux sabe que esa amenaza desata muchas lenguas y matiza su respuesta.

–Depende de los jueces. Pero si me dice toda la verdad puede salvarla de parte de la ejecución.

Mata-Hari se agarra al clavo ardiendo que le ofrecen.

–¿Si digo la verdad me salvo?

–Sólo el juez puede decirlo.

–Pues que lo diga.

Ahora es Mata-Hari quien lleva las riendas del asunto. Quiere garantías. El capitán Ladoux –siempre según sus recuerdos– salió del despacho a consultar y volvió al poco rato con una respuesta honesta y veraz.

–Lo siento. Me es imposible daros mi palabra de soldado que no seréis fusilada.

–Entonces devolvedme a la cárcel. No diré nada.

Y así lo hacen. Este diálogo es extraño, ¿qué podía decir Mata-Hari que no supiesen o supusiesen ya sus perseguidores? Ya veremos que lo que confesaría después

no se refiere al pasado y sí a unas posibilidades del futuro que sólo están en su imaginación.

Primero de mayo. Bouchardon es su interrogador de nuevo, un interrogador que más bien afirma.

–Cuando os presentasteis al capitán Ladoux, ¿erais ya espía alemana?

–¡Falso!

Bouchardon consulta unos papeles.

–Vuestro alias era H-21 y vuestro empleo dependía de la Central de Información de Colonia. Enviada por segunda vez a Francia en mayo de 1916. Luego, siguiendo órdenes, pasáis a Madrid en mayo de 1916. Allí habéis dado al agregado militar alemán, Von Kalle, informaciones muy importantes y completas sobre asuntos políticos, diplomáticos y militares.

Ella se levanta.

–¡Absolutamente falso!

Bouchardon sigue leyendo con voz monótona.

–Ya que os ponéis así diré que tenemos el texto íntegro de un comunicado enviado el 13 de diciembre de 1916 por Von Kalle al Estado Mayor de Berlín y hay otros. Sois el agente H-21. ¡Ah! y no me digáis que habéis fingido serlo porque es fácil de comprobar.

Margaretha Zelle se ha sentado de nuevo y contesta más tranquila.

–España está llena de agentes alemanes. Von Kalle ha buscado a quienes eran en una relación a través del Ritz.

–¿Y cómo conocía la existencia de vuestra criada en Holanda?

Bouchardon muestra el mensaje pero ella no se inmuta.

–Al leer mi correspondencia con ella gracias a sus espías del hotel. Insisto que yo no soy el agente H-21. Von Kalle no me ha dado dinero. Los 5 000 francos que recibí proceden de mi amante, el coronel Kraemer, de Amsterdam.

Bouchardon vuelve a repasar papeles.

–En dos meses y medio habéis recibido catorce mil francos ¡y a nosotros nos pedíais un millón! ¿Cómo no habláis de ese dinero en vuestra carta?

Mata-Hari se yergue.

–Soy la amante de Van der Capellen, coronel del Segundo Regimiento de Húsares. Está casado y no quería que mencionase dinero en las cartas.

El interrogador pasa a otro tema.

–¿Y la tinta simpática?

–Si la llevaba yo ¿por qué no la encontraron los ingleses al registrarme?

Encerrada de nuevo, recibe la visita de su abogado Clunet que le dice:

–Puesto que hay constancia de que habéis recibido dinero de los alemanes basaremos nuestra defensa en que a pesar de eso no habéis trabajado para ellos.

¡Qué pobre defensa! –piensa Mata-Hari decepcionada–, pero no dice nada a un amigo, evidentemente poco preparado para la misión que ha tomado sobre sus hombros.

Sus carceleros buscan ahora la presión psicológica y la dejan quince días aislada quitándole los privilegios anteriores. Ella se queja a Bouchardon.

«Moral y físicamente me habéis hecho tanto daño que os ruego que esto termine. No puedo soportar más tiempo la suciedad, la falta de cuidados para el cuerpo y esta repugnante comida. No se puede degradar a una mujer día tras día como habéis ordenado que se haga. Estoy aquí por equivocación y os ruego que dejéis de hacerme sufrir. ¡No puedo más!»

No hay respuesta y Mata-Hari reflexiona sobre su estrategia. Es evidente que sus enemigos conocen su relación con la Embajada alemana en Madrid por lo que es mejor admitir lo secundario ocultando lo principal. Sí, informó pero poco... Así cuando el juez la convoca, explica...

–Al tener que volver a España desde Inglaterra no encontré su dinero para proseguir el viaje a Holanda. Fui a ver a Von Kelle y le entregué un informe sobre Francia compuesto de noticias recogidas de periódicos y concentraciones públicas oídas en París, es decir, algo de poca importancia. Me dio 3 500 pesetas...

(De 1916. Hay que recordar que en aquellos tiempos, en España, el periódico se vendía a 5 céntimos y una habitación del Ritz costaba 20 pesetas.)

–... pero como además habíamos hecho el amor, me ofreció un anillo. Sólo cogí el dinero.

–¿Y los cheques de París?

–Procedían de Kraemer, un amigo de Holanda.

El juez busca herirla en su vanidad de mujer.

–Masslov ha contado su aventura con usted.

–Esto es exacto. Lo sabía antes que usted.

Hay que reproducir ahora otra carta de protesta de la condenada a Ladoux. Es reiterativa como era reiterativa, monótona y desagradable la estancia en la cárcel.

«No he hecho jamás la menor tentativa de espionaje y no tengo sobre la conciencia la muerte de ningún soldado francés. No, no he pensado siquiera en dedicarme a este tipo de actividades.»

Antes había mencionado los «acontecimientos» que la llevaron a su mísera situación. Ahora emplea otra expresión más de acuerdo con lo real.

«Estoy por encima de esas cosas pero la fatalidad ha guiado los hechos y no he podido evitar ciertas apariencias que comprendo hayan podido inquietaros.»

Denominar «cierta apariencia» a sus visitas al agregado militar alemán y a recibir dinero de la misma procedencia germana es, al menos, ingenuo.

En la cárcel el doctor Brizard, a ruego de sor Leonide, le hace un reconocimiento médico. Se encuentra bien de salud pero envejecida, algo que ya había notado en las visitas asiduas a las casas de citas que él controlaba. Y la fotografía, tomada tras su arresto, le da la razón. Estamos ya lejos de la espléndida Mata-Hari del Olympia.

22 de mayo. Más preguntas sobre el primer viaje a Francia durante la guerra. Recibió 20 000 francos de Kraemer.

–Algo hay que dar a una mujer como yo.

–Pero ¿estaba en el servicio alemán?

Admite:

–A mi vuelta a París, Kraemer me preguntó varias cosas pero no le conté nada importante.

Veinticuatro horas después, con los nervios cada vez peor, decide ampliar su confesión para ver si contentando a las autoridades francesas, le dan mejor trato carcelario o quizá la libertad provisional. No sabe que en el

proceso iniciado sus perseguidores nunca se conforman con los que oyen, convencidos de que hay más y más. Y especialmente en su caso cuando las pruebas seguían siendo magras.

–Os diré la verdad.

(Mal principio porque indica que hasta ahora ha mentido y puede volver a hacerlo.)

«En mayo de 1916, en mi casa de La Haya, Kraemer al saber que iba a Francia, me pidió que le diera datos de este país ofreciéndome 20 000 francos. Le dije que era poco y me contestó que para obtener más tendría que demostrar mi capacidad de informadora. Reflexioné y como en Berlín se habían quedado pieles valiosas en el teatro donde trabajé, pensé que era la ocasión de recuperar al menos su valor y acepté la oferta. Entonces me dio tres frascos con líquido blanco y con líquido verde. El primero servía para humedecer la hoja de papel, el segundo para mojar la pluma en él y escribir, y el tercero (no precisa el color) para borrar lo escrito en caso de error. "Escriba –me dijo– los informes y encima, con tinta normal, una carta de tipo corriente con noticias banales dirigiendo el sobre a mi nombre (Kraemer en Holanda es como Dupont en Francia o Smith en Inglaterra) al hotel Europa de Amsterdam." Cogí los 20 000 francos y tiré los frascos al mar en cuanto salió el barco de Amsterdam...»

La idea era buena al admitir la apariencia –ya conocida por el juez instructor– negando la sustancia. Pero sigue en pie el enigma de unos pagos...

–Pero ¿por qué iban a pagar los alemanes 5 000 francos y más otros 5 000 y 3 500 pesetas por nada? ¿Por nada?

No la creen, es evidente. Está bien: si no aceptan lo que ha hecho hasta ahora puede que encuentren atractivo lo que puede ofrecerles en el futuro. Escribe a Bouchardon:

«Capitán: he estado pensando lo que podría hacer por usted. Si el capitán Ladoux me consigue la libertad inmediata y el permiso de salir para Holanda le daré en un mes lo que quiere conocer de mí.»

¿Entonces lo estaba ocultando? No, claro, hay que añadir una salvedad.

«... y de lo que ahora no sé nada; es decir, los detalles

de la organización del espionaje en Francia y en París. ¿Es eso lo que quiere saber? Pues que me dé la oportunidad de que me ocupe de ello. Pero os ruego que crea y que convenza al capitán Ladoux que, en este momento, lo ignoro en absoluto. No estoy al corriente de los secretos alemanes pero puedo obtenerlos aunque, claro está, no desde una celda de Saint-Lazare. Podéis amenazarme y hacerme sufrir. No puedo deciros lo que no sé.»

En sus memorias Bouchardon hace constar lo absurdo de esta carta que sólo podía dictar la desesperación de una presa que ve de cerca su condena a muerte. Mata-Hari aseguraba que los 20 000 francos fueron obtenidos engañando a los alemanes y ahora quería hacer lo mismo pero al revés. ¿Qué iban a pensar los servicios secretos de Berlín al saberla en libertad? Que la trampa se tendía ahora hacia ellos.

Vuelve a convocarla y a preguntarle por sus amantes. Mata-Hari insiste en su predilección por los militares pero también por el dinero.

«Me gusta tenerlo y poder comprar lo que me apetece.»

Bouchardon cierra el *dossier* y se pone en pie. Sus palabras son difinitivas.

–He terminado la instrucción del proceso y seréis juzgada dentro de dos o tres semanas.

¿Por qué ese retraso? Ahí el juez instructor muestra cierta generosidad.

–Es mejor que no sea ahora porque hay huelgas en la retaguardia y motines en el ejército; las heridas no están cerradas y la gente está inquieta.

El capitán se refería a los acontecimientos que marcaron el año 1917 como el más difícil para los franceses. La prometida victoria parecía cada vez más lejana, gran parte de Francia seguía ocupada, los Estados Unidos no habían entrado todavía en la guerra y la retaguardia, ese sostén necesario de los combatientes... empezaba a flaquear ante la falta de noticias optimistas y la de provisiones en las tiendas hasta llegar a varias huelgas. Se confirmaba así el temor reflejado en un chiste gráfico que se hizo famoso entonces. Decía un combatiente preocupado a su compañero de trinchera:

–Mientras ellos aguanten...
–¿A quiénes te refieres?
–A los paisanos.

Pues bien, los paisanos, los civiles, habían empezado a fallar ante la presión psicológica pero también lo hacían los soldados. Bouchardon sabía que en esos casos el miedo desemboca en la crueldad y no quería que la acusada tuviera en contra, además de sus culpas, esa tensión generalizada en la Francia de 1917.

Margaretha Zelle le escucha mientras le da vueltas a su problema. Es evidente que su ofrecimiento no ha convencido al instructor... quizá porque no ha sido lo bastante específica en cuanto a sus ofertas de colaboración. Hay que hacerlas más apetitosas, más golosas para Francia. Sobre todo hay que ganar tiempo...

«Capitán: ya que es la última vez que hablamos, os diré lo que pensaba hacer, algo importante de lo que no he dado cuenta al capitán Ladoux. En 1907 fui la amante del hermano del duque de Cumberland, casado con la hija de Guillermo II. Su cuñado (el Kromprinz, heredero del trono) le ha hecho jurar que no reivindicaría el trono de Hannover, lo que ha hecho por sí mismo pero no para sus descendientes. Él odia al Kromprinz y yo me proponía explorar ese odio en el interés de Francia... Habría renovado mi relación con el duque de Cumberland haciendo todo lo posible para separarle de Alemania y ponerle al servicio de la Entente (aliada).

»Habría bastado con prometerle el trono de Hannover en caso de triunfo alemán.»

Esta invitación de Mata-Hari, aún dentro de sus fantasías, tenía una base histórica. El Estado alemán de entonces no era monolítico al subsistir dentro de él viejos reinos, aún con cierta autonomía, pero que desde la victoria sobre los franceses en 1870, dependían del rey de Prusia, Káiser (emperador) de Alemania.

El citado Ernst Augusto, duque de Cumberland, descendiente de la familia real inglesa era rey de uno de esos feudos, Brunswick, además de yerno del Káiser Guillermo; su abuelo, Jorge V de Hannover, había perdido su trono gracias a Prusia. Cumberland fue obligado a renunciar a sus derechos a ese trono y era posible que, efectiva-

mente, soñase en que un desastre alemán en la guerra del 1914, le permitiese recuperarlo. Por cierto que ese príncipe –ex amante de Mata-Hari– fue el padre de la reina Federica de Grecia, madre de la actual reina de España.

Lo que no tenía verosimilitud es que eso lo hubiera podido conseguir el encanto marchito de la persona que nos muestran las fotografías tomadas al entrar en la cárcel; la espléndida y codiciada artista de diez años antes había dado paso a una mujer gruesa y abotargada, con sólo el recuerdo de lo que fue en los grandes ojos rasgados. Ahora, al lanzar su última oferta a su atormentador, nota el escepticismo en su mirada y cambia de registro para proclamar ¡una vez más! su inocencia.

«Añado que al venir a Francia estaba pura de todo contacto con los alemanes. Toda mi vida he sido espontánea y nunca he actuado de forma mezquina. Veo grandes fines y me encamino directamente a ellos sin rodeos.»

En este momento, cuenta Bouchardon, Mata-Hari se levantó para su frase final.

«Nunca he preguntado a nadie acerca de la guerra. Mi conciencia está tranquila.»

Esta vez al llegar a la prisión recibe una sorpresa. Como procesada tiene derecho a una celda «de pago», 6 francos al mes en verano y 7,60 en invierno, se supone por la calefacción supletoria. A ese tipo de prisión tienen derecho los detenidos que lo han sido por vez primera pero no los acusados de delitos contra la moral.

Estas reclusas pueden comer lo que quieran de la cántina sin excluir vino, café y carne.

–¿Y el capitán Bouchardon está de acuerdo con este cambio? –pregunta Margaretha extrañada.

–Ha sido él quien lo ha decidido –contesta sor Leonide–. Con la instrucción terminada quiere que estéis en forma para afrontar el Consejo de Guerra. ¿Os gusta la celda?

Margaretha se encoge de hombros.

–No está mal.

EL FIN DE UNA MUJER
Y EL PRINCIPIO DE UN MITO

27 de julio de 1917. La una de la tarde, calor en la sala llena de público. Margaretha Zelle entra con un elegante vestido azul y blanco, escote en pico pronunciado; en la cabeza un sombrero en forma de tricornio militar, muy de moda en la época. No se consideró necesario esposarla.

Ante ella bajo el busto de Marianne, símbolo de la República francesa, se alineaban los siete jueces militares; eran, con el presidente teniente coronel Albert Ernest Semprou, de la Guardia Republicana, dos capitanes, Jean Chatin y Lionez de Caylá, dos tenientes, Fernand Yoobert y Henri Deguessau; un subteniente, Joseph de Mercier de Malaval, y un suboficial.

Se abre la sesión procediéndose a leer los autos preliminares y la identificación de la acusada que contesta con el apellido primero y luego el nombre. «Zelle, Margaretha Geertruida, cuarenta años, divorciada, profesión bailarina; mi domicilio antes de mi detención estaba en París, Boulevard des Capucines, número 2.»

Tras otros detalles procesales el teniente Mornet pidió al tribunal que el juicio se celebrase a puerta cerrada y que no se publicase ningún informe sobre las audiencias porque el delicado asunto del proceso podía ser perjudicial para la seguridad del Estado. Era una precaución hasta cierto punto lógica, dado el tema de la acusación, pero que, por otro lado, daba al tribunal unas atribuciones que no podían ser detectadas o criticadas por el público ausente. El abogado defensor en nombre de la

acusada se opone a la medida por creer que perjudicaba a su cliente. El tribunal se dio por enterado de la petición y de la protesta y se retiró a deliberar mientras los demás seguían en su puesto. A los diez minutos, volvieron los jueces y su presidente el teniente coronel Semprou, leyó la resolución adoptada:

«Considerada la petición de la acusada y oído el abogado defensor, el presidente ha formulado las siguientes preguntas: 1.º ¿Hay motivo para mandar que la audiencia tenga lugar a puerta cerrada? 2.º ¿Hay motivo para prohibir se publique el informe sobre las audiencias del proceso Zelle? Tras haber votado por separado en relación a las dos preguntas, el tribunal, considerando que la divulgación de todo cuanto será discutido en el curso del debate podría poner en peligro el orden público y que, además, sería igualmente peligroso para el orden público permitir la publicación de los informes del proceso, dispone: 1.º, que el proceso criminal contra Zelle, Margaretha Geertruida se celebre a puerta cerrada; 2.º, que se prohíba, bajo cualquier forma, la publicación del informe de las audiencias.»

De acuerdo con la resolución, dos guardias a la orden del secretario procedieron a hacer salir a los espectadores que lo hicieron entre protestas a media y alta voz, ¡tanto esperar en vano para ver el juicio de la famosa Mata-Hari!, manteniendo después a los curiosos que se negaban a dispersarse a diez metros de la puerta.

Ya está Margaretha Zelle sola ante sus jueces. El investigador oficial, capitán Bouchardon. La lectura a un informe donde se citan todos los interrogatorios de que había sido objeto la acusada desde que fue detenida. Empezaba por la descripción física del personaje, como si no se hubiera ya detallado mil veces.

«Zelle, Margaretha, conocida como Mata-Hari, que se aloja en el hotel Palace (en realidad Elysée hotel Palace), de religión protestante, nacida en Holanda el 7 de agosto de 1876, de un metro setenta y cinco de estatura...»

Una característica física que había impresionado a todos los que la conocieron o simplemente la vieron pasar por la calle. Unas proporciones que aún hoy la harían destacar entre una muchedumbre y que en aquella

época entre mujeres mucho más bajas, representaba un aliciente más para ser admirada... y envidiada. Pero las medidas que habían impresionado incluso a la escritora Colette, aquí eran sólo una aportación a la ficha antropométrica de una procesada.

La descripción seguía asegurando que «sabía leer y escribir» y pasaba a enumerar que había sido acusada de «espionaje, colaboración y convivencia con el enemigo con el fin de facilitar sus operaciones».

Ha llegado el turno del teniente Mornet, el acusador público; con él se inicia una lucha dialéctica con la acusada que, básicamente, se reduce a dos posturas diametralmente opuestas. El fiscal sostenía que Mata-Hari había tenido relaciones con diversos oficiales de las fuerzas armadas aliadas, lo que ella no negaba. La diferencia se establecía cuando Mornet aseguraba que esos contactos habían servido para obtener informes militares que pasaría al enemigo mientras ella sostenía que sólo los había aprovechado para obtener un placer físico. «Desde muy joven –explica candorosamente– he tenido pasión por los oficiales, cualquiera sea su nacionalidad y graduación; creo que son unos personajes extraordinarios y para mí muy atractivos.»

Eran palabras graciosas por lo desenfadadas le hubieran granjeado la simpatía del público francés, lo que evidentemente imaginó Mornet cuando pidió se celebrase la sesión a puerta cerrada.

Hasta aquí las posturas enfrentadas sin posibilidad de saber quién tenía razón. ¿Se unía Mata-Hari a los militares para arrancarles secretos o simplemente para disfrutar de la compañía de un héroe? Al no tener Mornet ninguna prueba de información obtenida en esos encuentros amorosos y pasados luego al enemigo, tiene que imaginarla. Por ejemplo, ¿por qué pidió Mata-Hari un salvoconducto al capitán Ladoux, jefe del Servicio Secreto, para trasladarse a las termas de Vittel, zona restringida, considerada de guerra?, pregunta Mornet que quería llevar a la mente de los jueces que se trataba de buscar datos militares con que comunicar a los enemigos de Francia.

Pero Margaretha dio otra versión de los hechos. Su

intención de ir a Vittel era pasar unos días con su amante Vadim Masslov. Pero, insistió, el fiscal... Si ello era cierto, ¿por qué entonces le dijo a Ladoux que esa ida al balneario se debía a motivos de salud y al mismo tiempo comunicaba a su amante holandés, barón Von der Capellen, que se encontraba espléndidamente?

La acusada sonrió al oír la pregunta; al parecer el teniente acusador no había oído hablar jamás de una mujer que miente para ocultar una infidelidad. A su amante holandés no podía decirle que se encontraba mal provocándole una posible preocupación y su inoportuna llegada a París. Al capitán Ladoux, en cambio, tenía que decirle otra mentira para que le facilitase el encuentro con su amor ruso.

Los jueces se miraron entre sí y alguno quizá más avezado al mundo femenino, sonrió discretamente. La explicación de la acusada tenía sentido. Mornet volvió a la carga con munición más peligrosa.

–En el *Comptoir d'Escompte* de París cobró usted hasta un total de 20 000 francos llegados a su nombre; este dinero procedía del agregado militar en la Embajada alemana en Madrid, comandante Von Kallen. ¿A cambio de qué se le entregaba ese dinero?

Mata-Hari le miró con cara ingenuamente sorprendida.

–Me extraña la pregunta, teniente. Si un hombre es mi amante parece natural que pague los servicios prestados, ¿no cree?

Mornet se asombra.

–¿Con 20 000 francos?

La sorpresa del fiscal casi ofende a Mata-Hari. En su respuesta le hizo notar que lo que a él le parecía cantidad excesiva, era normal para una artista que en el Olympia de París había llegado a ganar diez mil francos por actuación diaria, una dama que vivía en su palacete o en los mejores hoteles y que se desplazaba en coches de lujo.

Mornet volvió a insistir en que sumas parecidas sólo podían ser abonadas a cambio de un servicio de información militar. Como Mata-Hari no sabía los datos que poseía al respecto el fiscal, prefirió admitir la posibilidad de que el militar alemán lo hubiera hecho público.

–El comandante Von Kalle puede haber dicho que ese dinero era para pagar secretos de Estado o lo que le convenga porque es una forma de justificar unos dispendios personales de carácter íntimo que había tenido, no sólo conmigo, si no con otras mujeres.

Pero el dinero ¿no venía directamente del cónsul alemán –otro enemigo de Francia, claro– a la Haya?

–Mi amante de Holanda ayudaba así sin saberlo a pagar lo que me debía mi amante de España.

El desconcierto aumenta entre los jueces. Esa mujer parece admitir que era una Mesalina pero jamás que sirvió de espía a nadie.

–¿Ni siquiera a Francia? –le pregunta el presidente–, porque usted se ofreció como tal al capitán Ladoux...

Mata-Hari: «Querer servir a Francia no es un delito me imagino. Por otra parte yo necesitaba dinero y por eso hablé con el señor Ladoux.»

Lujuriosa, codiciosa, egoísta, todo era evidente pero seguían sin aportarse pruebas de su trabajo de entendimiento con el enemigo.

Empiezan a desfilar los testigos convocados por la defensa y la acusación. El problema con que se enfrentaba Clunet era que, quienes podían hablar favorablemente de su cliente, eran en su mayoría respetables hombres casados y padres de familia que se aterraban ante la posibilidad de desvelar unas relaciones escandalosas con una mujer pública, acusada además de espía. Eso le ocurrió con un antiguo admirador y ex ministro de la Guerra, el general Adolphe Messimy. El presidente del tribunal leyó en alta voz la carta de la esposa del convocado en la que pedía excusase la presencia del general por estar postrado con un ataque de reumatismo. Además, añadía, su declaración sería inútil por no conocer de nada a la acusada. Esta afirmación produjo la única carcajada de la dramática vista. La soltó Mata-Hari.

–¿Que no me conoce de nada? Pero ¡qué cara tiene!

Si Cambon, como veremos luego, fue su testigo más favorable, el papel más dañino correspondió al coronel Denvigne éste negó que hubiera animado a Mata-Hari a volver al lado de Von Kalle, con lo que un encargo

francés se convertía en un acto voluntario de la acusada y además declaró que la noticia del desembarco alemán en Marruecos se la había dado él mismo, con lo que la contribución a Francia de que ella tanto presumía dejaba de tener valor.

Pero el golpe peor para su moral se lo asestó el presidente al leer públicamente una carta de Vadim Masslov en la que el joven capitán, evidentemente asustado ante las consecuencias que para su carrera militar tenían sus relaciones con una acusada de espionaje, afirmaba que aquéllas apenas habían tenido importancia y que ya estaba decidido a romperlas cuando supo que ella estaba en la cárcel. Esta carta –rebatió Margaretha furiosa– se debe a las malas artes del coronel Denvigne; éste pidió al agregado militar de la Embajada de Rusia en París que me describiera como una aventurera al coronel del primer Regimiento Imperial ruso donde servía Masslov. Ante la reconvención de su jefe, Vadim no tuvo más remedio que negarla como San Pedro a su Maestro.

El presidente le pregunta por qué iba a actuar así el testigo; Mata-Hari contesta que lo hizo por despecho al verse derrotado como amante por Vadim.

Como de costumbre la acusada reducía todos los problemas al aspecto íntimo y amoroso. Donde sus acusadores buscaban intereses políticos internacionales ella presentaba relaciones personales. ¿Qué quería obtener de sus amantes? ¿Noticias del frente, de la disposición de los ejércitos aliados, de los planes para una nueva ofensiva? No, contestaba ella; sólo buscaba el goce sexual y, a menudo, una compensación económica que me permitiera seguir viviendo en el ambiente de lujo que siempre me ha gustado.

Prosigue la vista con la misma lucha de intenciones entre fiscal y procesada; la verdad es que la acusación no puede aportar sus mejores triunfos porque son secretos de guerra y aun cuando las sesiones se celebren a puerta cerrada, siempre es posible que lleguen a oídos del enemigo. Así Mornet no presentará mensajes transmitidos a propósito de Mata-Hari desde Madrid a Berlín porque esto significaría admitir que el servicio secreto francés los capta, desde la torre Eiffel, algo que debe permanecer

oculto para los alemanes. Igualmente los telegramas cruzados entre Madrid y Amsterdam se darán ya descifrados con lo que la duda se mantiene sobre la veracidad. Igual podían haber sido escritos en París sólo para mandar a la acusada al paredón.

Tampoco podía Clunet, por las mismas razones «oficiales», destacar esas deficiencias probatorias en su alegato oficial. Sólo le quedaba recordar al tribunal, como lo hizo, que en ningún momento se había demostrado que su defendida enviara al enemigo informes susceptibles de provocar daño alguno a Francia y a sus soldados. Que las relaciones de Mata-Hari con diversas personalidades políticas y militares habían tenido un carácter exclusivamente personal y que el dinero recibido por ella correspondía a un comercio tan antiguo en la humanidad, sin que interviniese la menor intención de espionaje.

Por todo eso cuando se declara la vista terminada y lista para sentencia, retirándose los jueces a estudiarla, Margaretha Zelle queda relativamente tranquila. No se ha presentado contra ella nada concluyente y sólo por sospechas no puede enviarse a nadie a la muerte. Seguramente la condenarán a algunos años de cárcel, lo que significa que cuando termine la guerra y las pasiones de ahora se calmen, podría ser revisada su causa y en todo caso obtener la libertad condicional. El porvenir no estaba tan oscuro como había temido al principio del proceso y Clunet compartía su optimismo.

Mientras tanto los jueces discutían su suerte. Todos actuaban como juristas pero en el fondo eran, sobre todo, militares y patriotas franceses quienes, defectos formales aparte, veían a la bella Mata-Hari como la clásica espía de las novelas, sorbiendo secretos militares de los labios de sus amantes para hacerlos llegar a quien los aprovecharía para conseguir la muerte de miles de hombres en el frente. Era una imagen que se sobreponía a la del mediocre agente secreto que, según las pruebas, resultaba Mata-Hari. Por otro lado, aquellos militares situados en puestos de retaguardia mientras sus compañeros se batían en el frente, se sentían más obligados a mostrarse duros y si era necesario crueles para no desmerecer a los que luchaban en las trincheras; que no se creyera que la comodidad de

sus puestos en París les hacía complacientes con los enemigos de Francia en aquellos momentos de tensión nacional.

Dado que el problema principal en el juicio de la Mata-Hari estribaba en que las pruebas concluyentes no fueron presentadas por tratarse de secreto militar, quienes las conocieron personalmente estaban mucho más seguros de la justicia del veredicto que los que sólo oyeron las declaraciones públicas. Uno de los primeros era el coronel Massard, jefe a la sazón del Cuartel General de París. Su opinión, publicada años después del juicio, es definitiva.

«Recibir la orden de hacer fusilar a un hombre o a una mujer causa siempre una impresión desagradable. La orden de fusilar a Mata-Hari no me emocionó. Yo había asistido a las audiencias secretas del Consejo de Guerra, y sabía por qué y de qué manera la bailarina había sido condenada.»

A pesar de su animosidad contra la acusada, el general no puede por menos que admirar su señorío...

Se habían encontrado en casa de Mata-Hari muchas cartas de oficiales, de aviadores y de personas notables de París. Una de estas cartas estaba escrita por un ministro de la Guerra y contenía pasajes muy íntimos. El presidente del Consejo de Guerra creyó que debía leerla, para que los demás jueces se enteraran de sus términos. Apenas comenzó la lectura, Mata-Hari se irguió, suplicándole que no siguiera adelante.

–Tengo que leerla –contestó el coronel Semprou.

–Entonces le suplico que, al menos, no diga el nombre –murmuró ella.

–¿Por qué?

–Porque el autor de esa carta tiene una esposa, una familia, y yo no quiero ser la causa de la desgracia de un hogar.

Algo del pasado de Mata-Hari que irritaba a los jueces era haber vivido la jornada del principio de la guerra en Berlín; cuando los alemanes, enloquecidos de entusiasmo gritaban «¡A París!» (en la misma fecha y con idéntica inconsciencia los parisinos gritaban «¡A Berlín!») la bailarina no sólo se paseaba en medio de esa masa compar-

tiendo en cierto modo sus ideas; además lo hacía en compañía de una autoridad prusiana.

—El día de la declaración de guerra —le dice a la acusada el presidente— almorzó usted con el prefecto de policía de Berlín, y luego lo acompañó usted, en su coche, en medio de la multitud, que vociferaba.

—Es cierto —contesta Mata-Hari—. Yo había conocido al prefecto en el *music-hall* donde bailaba. En Alemania la policía tiene el derecho de censurar los trajes de las artistas. Habían dicho en los periódicos que yo aparecía demasiado desnuda y el prefecto fue a examinar mi *toilette*. Así entramos en relaciones.

—Muy bien. En seguida el jefe del espionaje alemán le dio a usted una misión de confianza y le entregó 30 000 marcos.

—Lo relativo a la persona y a la suma es exacto. Recibí 30 000 marcos de aquel alto funcionario; pero no como pago de servicios del carácter que usted indica, sino en pago de mis favores. El jefe del espionaje alemán era mi amante.

Lo sabemos... Sin embargo, esa suma resulta, como simple regalo galante, algo extraordinaria...

—Para mí, no... Nunca nadie me dio menos...

Una y otra vez el mismo juego, la misma incomprensión por ambas partes. ¿Dinero a cambio de documentos? Mucho más sencillo. Dinero a cambio de caricias, un trato nacido hace muchísimos años y que no tiene trazos de acabar.

Igual pasa con sus favoritos entre los hombres. Siempre militares. Porque sabían mucho del frente, claro. No; porque me han resultado siempre apetecibles.

«Los hombres que no pertenecen al Ejército no me han interesado nunca. Mi marido, era capitán. El oficial es para mí un ser superior; un hombre que vive en plena epopeya, siempre preparado para todas las aventuras, para todos los peligros. Si he amado ha sido siempre a militares bravos y corteses, y eso, sin preguntarles a qué país pertenecían, porque para mí los guerreros forman una raza especial que está por encima de los demás mortales.»

En esos interrogatorios parece a veces que el imagina-

tivo sea el juez y la realista la acusada. El primero sueña con misteriosas relaciones íntimas donde Mata-Hari, entre beso y beso, va sacándole al enamorado oficial las informaciones que luego transmitirá a sus amigos alemanes. La segunda quiere situar ambas relaciones en un plano más prosaico. El amante francés le daba placer, el germano dinero. En ambos casos sólo contaba el sexo.

–... Desde que llegó usted a Francia, no se la vio sino en compañía de militares. Los aviadores, especialmente, parecen haber inspirado a usted un afecto extraordinario. Ellos también la buscaban a usted, la halagaban, la cortejaban. ¿Cómo conseguía sacarles los secretos de que eran depositarios, sin que se dieran cuenta de lo que hacían? Ése es un misterio de alcoba. Lo indiscutible es que usted indicaba al enemigo los lugares en los cuales nuestros aeroplanos depositaban a los agentes encargados de vigilar las avanzadas del frente. Así hizo usted fusilar a muchísimos de nuestros soldados.

–No niego –contesta ella– que desde la zona de Vittel continuaba yo teniendo correspondencia con el jefe del espionaje alemán, que se encontraba en Holanda. Yo no tengo la culpa de que él haya ejercido aquel cargo. Yo no le hablaba de la guerra ni le enviaba datos de ninguna especie...

La verdad es que nadie durante aquel proceso pudo presentar una sola de las cartas que, según la acusación, iba cuajada de datos estratégicos. Podía haber ocurrido efectivamente, pero no hay quien lo demuestre. En la mente de los jueces existía una certeza *moral* de su culpa; pero ésta no se probó jamás sobre un papel escrito salido de sus manos.

Y siempre el velo de misterio flotando sobre el proceso, tanto que seis años después, cuando Gómez Carrillo menciona en su libro el interrogatorio de Jules Cambon, testigo de la defensa, no se atreve a dar su nombre dando sólo la vaga referencia de su posición diplomática.

–Haced entrar al primer testigo de la defensa –ordena el coronel.

Un caballero de aspecto distinguido adelántase hacia el pretorio.

–¿Para qué ha hecho usted citar a este señor? –pregunta el fiscal.

Ella, muy suave, muy risueña, muy tranquila, contesta:

–Este caballero ocupa en el Gobierno francés, como todos lo saben, una de las más altas situaciones. Está al corriente de lo que se dice en los consejos de ministros y sabe lo que se prepara en el campo de batalla. Pues bien, sin buscarlo, lo encontré a mi regreso de Madrid. Había sido mi primer amante después de mi divorcio y era natural que lo volviera a ver con gusto. Pasamos tres noches juntos. Preguntadle si, en la intimidad más tierna, en nuestras largas charlas de alcoba, tuve jamás una pregunta sobre la guerra...

El testigo, que entonces es embajador de Francia cerca del rey de un país aliado, o que lo ha sido poco antes, contesta con voz velada por la emoción:

–Jamás, jamás...

–Es inverosímil –exclama el fiscal– que hayan podido dos personas estar tres días juntos sin hablar de lo que a todos nos obsesiona.

–Será inverosímil –contesta el testigo–, pero es cierto.

Y como alguien puede dudar de su palabra, agrega:

–Hablamos de arte, de arte oriental...

Como es natural, el abogado defensor quiere aprovechar la oportunidad e interviene entusiasta.

–... ya lo veis, esta mujer que pasa tres días con uno de los directores de nuestra política y que no le habla de lo que más puede interesar a nuestros enemigos, es inocente.

El fiscal no se deja impresionar y retuerce dialécticamente el testimonio escuchado. Al señor Cambon, diplomático experimentado, no se le puede sacar fácilmente una información confidencial pero su amistad pública es un arma mucho más eficaz para los designios de Mata-Hari.

–La acusada es bastante hábil para saber que a un hombre acostumbrado a tratar con diplomáticos no se le saca los secretos cual a los jóvenes oficiales ebrios de amor e incapaces de desconfiar de un artista ilustre. Pero no por eso deja de servirse de la influencia del personaje que la distingue con su afecto. Se ha dicho, y es muy

probable que sea cierto, que algunas de las notas enviadas por Mata-Hari a sus amigos de Madrid y de Amsterdam y destinadas a ser leídas por los jefes del espionaje alemán están escritas en papel del Ministerio de Negocios Extranjeros. Eso es lo que a ella le interesaba; que supieran los que la pagaban que sus relaciones oficiales eran de tal naturaleza, que le resultaba fácil penetrar en los secretos de Estado. Haciéndose ver por otros espías en compañía del ilustre embajador que ahora se halla ante la barra, obtenía una aureola que le permitía mostrarse más exigente...

(Detengámonos en una de estas frases del fiscal al mencionar la correspondencia de Mata-Hari en papel oficial: «Se ha dicho y *es muy probable* que sea cierto.» La probabilidad de certeza no se basa en ningún documento encontrado sino en el espíritu de Mornet porque «tenía que ser así».)

Después de esta acusación el presidente al preguntar al testigo si tiene algo que agregar, Cambon contesta desde los hechos que a él le constan, no de lo que pudiera haber ocurrido.

–Sólo que en nuestras relaciones esta dama jamás me hizo dudar de la buena opinión que tenía de ella.

Y con una inclinación de cabeza al presidente y otra a la persona que ha defendido, y que le sonríe agradecida, el embajador Jules Cambon se retira de la sala con la misma dignidad con que entró.

La oferta de una sortija debía de ser costumbre de los agregados militares alemanes porque Marthe Richard, la mujer que triunfó en el mismo campo de espionaje donde se hundió Mata-Hari, confiesa en sus memorias publicadas muchos años después que, en Madrid, su amante Von Krohn le ofreció un anillo con solitario de una acreditada joyería de Barcelona, cuando estaba a punto de salir de España dando por terminada su misión de agente secreto. La señora Richard como despedida cínica se permitió el lujo de describir al embajador alemán ese regalo, prueba de las relaciones íntimas que había tenido con su agregado naval y aún quiso advertirle, como última flecha, que Von Krohn gastaba en ella el dinero que tenía a disposición para pagar a los espías. La revelación era doblemen-

te vejatoria al haberse utilizado esas subvenciones para un agente del bando contrario.

... Es decir, lo mismo que Von Kalle con Mata-Hari. Fue una pena que Marthe Richard no fuera llamada a declarar en el proceso –imposible, estaba todavía en activo– porque su testimonio hubiera dado credibilidad a unas declaraciones de Mata-Hari de tono parecido pero que habían sido acogidas con escepticismo por los jueces. No fue la única que faltó a la cita. Dos testigos que podían asegurar que Mata-Hari no les pidió información alguna sobre asuntos de la guerra fueron excusados con esta breve nota:

«Los testigos capitán Masslov y el teniente Hallaure no han podido ser contactados al ser citados. El Consejo, tras deliberar, ordena que se pase a otro asunto, conforme al artículo 126 del Código militar.»

Sostener que dos oficiales en activo no pueden ser encontrados tras la orden de comparecencia de un Consejo de Guerra, sólo podía significar que los jueces, sabiendo que su testimonio sería favorable a la acusada, no tuvieron el menor interés en traerles hasta la sala del Tribunal. La misma lenidad se observa en el caso del general Adolphe Messimy, ministro de la Guerra en el momento de iniciarse la contienda y que podía haber corroborado los avisos de Mata-Hari sobre las instrucciones militares germanas descubiertas en sus conversaciones con oficiales de la Marina y la Aviación de aquel país. La excusa doble del militar (estaba con reumatismo y además no conocía de nada a la procesada) –frase que como ya dijimos, provocó la única carcajada, en todo el proceso, de Mata-Hari– no debería haber sido aceptada por el Tribunal. Si la acusada aseguraba que había tenido relaciones amistosas con alguien de esa categoría militar y política, el deber del juez era insistir en que el general compareciese y se prestara a un careo con la procesada.

Pero no lo hizo, igualmente porque se trataba de un testigo de la defensa. De haberse tratado de alguien capaz de aportar mayores pruebas sobre la culpabilidad de Mata-Hari, se habría cursado la orden perentoria de comparecer ante el Tribunal.

Aunque de esos testigos posibles a Margaretha sólo le

interesaba uno, uno que le hubiera roto el corazón seguramente al declarar –la carrera militar le iba con ello– que lo suyo fue una aventura sin la menor importancia y que, desde luego, de haber sabido entonces el trabajo a que ella se dedicaba, ni siquiera habría dudado lo que duró. Sí, quizá tuvo suerte Mata-Hari en no ver por última vez en aquellas circunstancias a su Vadim Masslov... aunque tuvo que escuchar una declaración por escrito en la que el capitán ruso afirmaba lo mismo. Al menos no lo oyó directamente de su boca.

Por cierto, nueve años después, Messimy admitió que había conocido a Mata-Hari –es decir, que había mentido al Consejo de Guerra– pero sin llegar a ser su amante. Que, eso sí, aquella mujer había empleado todas sus artes de seducción, en la que era maestra, para convertirse en ello pero que él le había mandado una nota con esta palabra definitiva: «No.»

Como es lógico queda la sospecha de si quien mintió antes no volvía a hacerlo ahora, aprovechando que la persona aludida ya no podía poner las cosas en claro.

Para complicar más un asunto ya difícil, resulta que por entonces se creó una confusión entre el citado Messimy y otro político francés, Malvy, porque una de las cartas presentadas al proceso estaba firmada M-Y; se tomó al uno por el otro e incluso en 1926 –el mito como se ve seguía vivo– ese Malvy, ministro a la sazón del Interior, fue acusado en la Cámara de diputados franceses de haber sido el amante de Mata-Hari, lo que le produjo tal impresión que cayó desmayado.

* * *

El proceso llega a su fin. Éstas son las ocho preguntas a que deben contestar los jueces:

1.ª La llamada Margaretha Geertruida Zelle, esposa, divorciada de McLeod, llamada «Mata-Hari» ¿es culpable de haberse introducido en diciembre de 1915 en el campo fortificado de París para procurar documentos o informaciones importantes para entregar a Alemania, potencia enemiga?

2.ª ¿Es culpable de haber facilitado en Holanda, espe-

cialmente en el primer trimestre de 1916, a Alemania, potencia enemiga, concretamente en la persona del cónsul Kraemer, documentos o informaciones capaces de perjudicar las operaciones de nuestro ejército o de comprometer la seguridad de plazas, puestos y otros establecimientos militares?

3.ª ¿Es culpable en Holanda, en mayo de 1916, de haber mantenido relaciones con Alemania, potencia enemiga, en la persona del dicho Kraemer con el objetivo de favorecer las empresas enemigas?

4.ª ¿Es culpable de haberse introducido en junio de 1916 en el campo fortificado de París para conseguir documentos o informaciones en interés de Alemania?

5.ª ¿Es culpable de haber mantenido, desde mayo de 1916, relaciones con Alemania con el objetivo de favorecer las empresas de dicho enemigo?

6.ª ¿Es culpable de haber mantenido en Madrid (España) en diciembre de 1916 relaciones con Alemania a través de personas del agregado militar Von Kalle con el fin de favorecer las empresas enemigas?

7.ª ¿Es culpable, en las mismas circunstancias de tiempo y lugar, de haber procurado a Alemania a través del citado Von Kalle documentos o informaciones capaces de perjudicar las operaciones del ejército francés y de comprometer la seguridad de plazas, fuertes, justos y otros establecimientos militares; documentos o informaciones referidas especialmente a la política interior, la ofensiva de primavera, el descubrimiento por los franceses de una tinta simpática alemana y la divulgación del nombre de un agente al servicio de Alemania?

8.ª ¿Es culpable de haber mantenido en París, en enero de 1917, relaciones con Alemania con el fin de favorecer las empresas de dicho enemigo?.

Las preguntas constituyen una especie de resumen de la vida de Mata-Hari en los últimos años; desde su primera entrevista y por tanto primer posible delito de acuerdo con el cónsul Kraemer en Holanda hasta su última llegada a París a principios de año del proceso... Pero como se ve las acusaciones ocultas en forma de interrogantes no son más que un rosario de intenciones de la acusada; en ningún caso se dan pruebas del daño preciso que esas

actividades procuraron al ejército francés. La única excepción es donde se concreta la acción delictiva que está en la pregunta séptima donde se menciona el descubrimiento del *Deuxième Bureau* del invento alemán de tinta simpática o invisible y la divulgación del nombre de un agente al servicio de Alemania. Y, sin embargo, justamente esta pregunta fue contestada con un «no» rotundo tres veces por uno de los miembros del Tribunal mientras sus compañeros daban el sí a todas.

Ese valiente juez anónimo en contra de la opinión –léase presión– de sus seis colegas, insistió en su negativa a condenar a una persona sin pruebas. Admite que Mata-Hari había tenido relaciones con los alemanes, que había intentado pasar información a los alemanes, pero rehusaba asegurar que las había entregado... sencillamente porque no se había presentado al Tribunal la mínima prueba: ni un agente desenmascarado, ni un documento de que esto hubiera ocurrido.

Para este hombre que ponía la jurisprudencia por encima del patriotismo, al no constar en el expediente la certidumbre de esa entrega, Mata-Hari no era culpable de traición a Francia.

Fue una actitud quijotesca pero que, dada su soledad, estaba abocada al fracaso. Enfrentado con la unánime voluntad de los otros seis jueces, nuestro héroe solitario dejó de serlo y votó, él también, por la muerte.

Parece evidente que ese juez hasta entonces no aceptó como buenas ninguna de las pruebas que se habían presentado en ese apartado, insisto, el más grave de todos porque establecía un hecho concreto de espionaje y no la vaga intención de realizar actividades en favor de una potencia enemiga.

Los jueces se retiraron a deliberar mientras Mata-Hari permanecía en un cuarto contiguo a la sala de Audiencia con su abogado Clunet. Éste, lógicamente nervioso ante la tardanza –aunque la reunión fue breve, sólo diez minutos–, sale a preguntar y vuelve con la triste noticia: condenada. Ahora Margaretha pierde la serenidad, se hunde.

–Es imposible... –murmura–, imposible.

Llamada a la Audiencia compone su actitud y entra en la sala. Los soldados están ahora firmes, el tribunal de pie,

igual que la acusada y el defensor. El secretario judicial lee la sentencia.

–En nombre del pueblo francés la acusada es declarada culpable de haberse introducido en 1916 en el campo fortificado de París...

Es la primera de las preguntas a las que siguen todas las demás con las respuestas afirmativas dadas por los jueces. Y al final...

–El tribunal condena a la acusada a la pena capital...

De la boca de Mata-Hari vuelve a surgir la expresión de incredulidad:

–... Es imposible... imposible...

Hasta entonces había mantenido la serenidad porque estaba segura de verse condenada como mucho a varios años de cárcel, esperanza basada en gran parte en la convicción de su defensor. «No hay pruebas concretas... no pueden hacerte nada.» Ahora, a su lado, intenta consolarla. Pedirán el indulto, todo se arreglará, pero él mismo está perdiendo la esperanza.

El proceso ha terminado y la acusada es devuelta a la cárcel de Saint-Lazare. Como es costumbre en casos de condenados que pueden atentar contra su vida en la espera última, el reglamento dispone que no permanezca sola y Mata-Hari se encontrará con que dos reclusas comparten ahora su celda. Su cama está en medio de las dos para que puedan vigilarla mejor. Sor Leonide le explica el arreglo, la acompaña hasta que se acuesta.

–Que duerma bien...

–¿Cree usted, querida hermana, que voy a poder hacerlo esta noche?

Pero con el nuevo día renace su esperanza. Todavía puede conseguir su libertad o al menos una estancia más o menos larga en la cárcel en lugar del fusilamiento. Clunet le comunica que los holandeses se han preocupado de una compatriota condenada en París y esta vez no se trata de una mentira piadosa. El propio primer ministro de Holanda Van der Linden hizo una gestión diplomática oficial para conseguir el indulto de Margaretha Zelle, gestión a la que se unió, a título particular, el príncipe consorte. Éste, sin embargo, no pudo conseguir que se asociara a la petición la reina Guillermina, lo que hubiera

dado un mayor peso a la demanda ante el presidente de la República francesa. Quizá las mismas razones que movieron al príncipe –la belleza, la fama frívola de la bailarina– fueron las que informaron la decisión contraria de su esposa.

Margaretha Zelle tendrá que valerse sólo de sus propios recursos para mantenerse con vida. Hace ciento veintitrés años otra mujer en sus mismas tristes circunstancias desveló al Gobierno que la había condenado los escondrijos donde estaban ocultas sus joyas, creyendo ingenuamente que con ellas compraba su libertad o al menos su vida. Había sido amante de un rey y se llamaba madame Du Barry. Mata-Hari sólo había llegado al lecho de un príncipe y no podía ofrecer alhajas a sus jueces pero sí, o al menos creía ella, influencia debida a sus relaciones personales. Por ello comunica a su asiduo visitante el doctor Brizard que puede obtener la liberación de diez oficiales franceses prisioneros de los alemanes a cambio de su propia salida de la cárcel. Pero eso sí, advierte orgullosamente, ella quiere la libertad total. Nada de cambios; no aceptaría el trueque a cambio de pasarse varios años en trabajos forzados. El médico oculta caritativamente su escepticismo ante la posibilidad de ese arreglo y le recomienda que lo proponga discretamente al subsecretario de Guerra, Pierre Masse, y Margaretha lo hace. Su carta empieza con la acostumbrada alusión a la injusticia que se comete con ella.

«Os ruego con todo mi corazón que me protejáis e impidáis que sea fusilada. De verdad que se trata de un error. Jamás he hecho la menor tentativa de espionaje en detrimento de Francia y no merezco este castigo.»

Es curioso que no precise aquí si en cambio había realizado labor en «detrimento de Alemania» ya que se había presentado voluntaria para ello al capitán Ladoux. A continuación le plantea al subsecretario la oferta antes mencionada. Sus amigos holandeses conseguirán se suelte a diez oficiales franceses prisioneros en Alemania si ella es indultada y se le permite salir del país.

La petición no obtiene respuesta y Mata-Hari parece conformarse con su suerte inmersa en la vida cotidiana de la cárcel. Habla continuamente con su médico, con la

buena sor Leonide y con las reclusas que comparten su celda quienes con quienes se ha hecho buenas amigas. Con ellas se divierte en recordar escenas de su vida mundana, narración que las humildes presas escuchan encantadas. Margaretha hace sus confidencias galantes cuando están solas, jamás en presencia de las monjas a quienes no quiere ofender.

Con el silencio de Masse ya sabe que sus horas están contadas y sólo cabe esperar que llegue la última. Sus condiciones de condenada a muerte le permiten –otro sarcasmo de la ley– cualquiera de los vicios antes prohibidos. Por ejemplo, fumar. Pero ella no fuma. O leer toda clase de libros. Pero ella no lee... sólo le gusta hablar, recordando viejos tiempos. El 13 de octubre es sábado y se irá a la cama más tranquila. El Estado francés no fusila jamás los domingos por respeto a la festividad. Otro detalle.

Pero sí puede hacerlo un lunes. El 14 a las tres de la tarde del domingo, el comandante Massart, del Gobierno Militar de París, recibe en el cuartel de los Inválidos este mensaje:

«La ejecución de la condenada Zelle se realizará mañana 15 de octubre de 1917 en el Polígono de Vicennes a las 6.15 de la mañana. Se le ordena preparar el traslado de las personalidades que deben asistir a la ejecución.»

La noticia llegó inmediatamente a Saint Lazare y el doctor Brizard lo supo al incorporarse al trabajo después del almuerzo. Habló con sor Leonide y decidieron no comunicar la nueva a la condenada para permitirle una última noche tranquila. Ambos fueron a visitarla; como ocurre en esos casos buscaron temas ligeros que pudieran distraerla y en un momento en que Mata-Hari se refería a sus actuaciones artísticas, sor Leonide la interrumpió:

–A ver, Zelle, enséñenos un poco cómo bailaba.

Se quedó sorprendida la presa, insistieron alegres las compañeras de celda y el médico y al fin con una sonrisa feliz, sobre el frío suelo de la celda, manejando en el aire unos chales inexistentes, Mata-Hari dio algunos pasos evocadores de sus éxitos. El escenario era mísero, la música inexistente, el público mínimo pero, por unos instantes, Margaretha Zelle volvió a ser la famosa, fabulosa Mata-Hari triunfando en escena.

De noche una cárcel es todavía más tétrica que de día. Cuando por sus pasillos resuenan de madrugada los pasos de un grupo de personas, la angustia de quienes las escuchan aumenta en los condenados a muerte porque, a esas horas, el ruido sólo significa que ha llegado el último día para uno de ellos. Pegados a las puertas de su celda cada una de las posibles víctimas oyen, estremecidas, las pisadas que se acercan y aliviadas las que se alejan. Por esta vez se han salvado y el destino está llamando a otra puerta.

La designada ahora es el número 12. El carcelero hace girar la llave y el pequeño grupo –capitán Mornet, Bouchardon, Thibault, secretario judicial, el pastor Arboux y tres médicos, Brizard, Socquet y Bralez, además del abogado Clunet a quien le tiemblan las piernas– penetra en el recinto donde hay tres camas. En dos se despiertan asustadas las reclusas pero la ocupante del centro sigue dormida. Sólo cuando sor Leonide le pone la mano sobre el pecho, Mata-Hari se incorpora asustada... El rostro de la monja le es familiar pero los otros civiles y militares le sobresaltan.

–¿Qué pasa? ¿Qué hacen éstos aquí?

Antes de que la hermana le conteste ha comprendido; sobre todo al ver entre ellos a un rostro lloroso, el de Clunet. Se dirige sólo a él.

–Gracias por haber venido, señor Clunet.

Y volviéndose a la monja que no puede contener las lágrimas:

–No temáis hermana, sabré morir sin desfallecer, ya lo veréis.

Sentada en la cama vacila mirando al grupo inmóvil. El pastor Arboux hace el gesto de dirigirse a ella.

–Dentro de un momento, pastor. Por favor señores, hagan el favor de salir; tengo que vestirme.

La mujer que no vacilaba en presentarse desnuda al público de los teatros europeos, o ante el camarero del hotel Ritz de Madrid, quiere preservar a estas últimas horas la dignidad del condenado a muerte. Sólo hace una excepción al ver salir al grupo.

–Doctor Bralez, quédese. Sólo los médicos tienen derecho a asistir a mi arreglo.

El llamado obedece mientras los otros cierran la puerta tras cruzarla. Según el recuerdo de la hermana Leonide, Mata-Hari, mientras se arreglaba, empezó entonces a hablar febrilmente a las tres mujeres y al hombre que quedaba; su último público.

–¿Habéis visto? Tenían miedo de que llorase y pidiese piedad... ¡qué bien he dormido! En otra ocasión no les habría perdonado el despertarme tan temprano. ¿De dónde sale esa costumbre de ejecutar a los condenados al amanecer?

... y en las cercanías del fin le surge natural el mundo entre falso y verdadero que le dio dinero y, sobre todo, fama y la admiración de tantos hombres y mujeres. El mundo del Ganges y de las danzas sacras.

–En la India no lo hacen así. Allí la muerte es una ceremonia festiva que se celebra a pleno día ante muchedumbres que se adornan con flores...

Mata-Hari no era ya la mujer desesperada que había gritado «¡No es posible!» ante la sentencia de muerte pero sor Leonide, con su experiencia, no estaba muy segura de cuánto iba a durar aquella euforia y le interrumpió para proponerle que tomase una bebida reconfortante. Interviene el médico.

–¿Quizá un grog?

Margaretha asiente.

–Sí; me gusta.

El doctor Bralez sale y dice a los de fuera:

–Hay que tener paciencia. No saldrá de Saint Lazare hasta que esté vestida y con sus mejores adornos.

Vuelve con el agua caliente y el ron y le prepara la bebida que la presa bebe mientras sigue hablando.

–¿Puedo ponerme el corsé?

–Sí, claro... –Le pide a sor Leonide que le dé también el cubre-corsé. Pregunta qué tiempo hace. Bueno, le responden. Entonces me pondré el abrigo claro, el beis, el que traía al entrar aquí.

Si entre quienes la escuchaban había algún aficionado a la historia ante esa elección, quizá recordaría la de Danton cuando se preparaba para salir hacia la guillotina

ciento veinticuatro años antes... aquel día hacía frío y un carcelero le advirtió que se abrigara.

–¿Por qué? –contestó irónico el tribuno–. ¿Temes que coja un resfriado?

En contra del político, la espía se vestía de acuerdo con una temperatura que apenas tendría tiempo de afectarle.

Ahora volvía a filosofar: la muerte no es nada. Morir, dormir, soñar, desaparecer ¿qué importa? Hoy, mañana, en vuestra cama, a la vuelta de un paseo... Todo ilusión.

Margaretha Zelle conocía España pero probablemente no sabía que en ese momento estaba parafraseando a uno de sus escritores más famosos: Pedro Calderón de la Barca. Pero esa evocación del fin hace recordar a sor Leonide sus obligaciones para con el alma de la detenida.

–El pastor espera fuera, Magdalena.

Ella se miraba en el espejo, se peinaba, se aplicaba polvos cuidadosamente. Al terminar se volvió:

–Puede llamarle, hermana. No es que tenga muchas ganas de verle pero ya que su ministerio le obliga a ello, que pase.

Es así, por cortesía hacia el ministro del Señor más que por religiosidad o miedo al más allá, que Margaretha Zelle acoge a quien quiere ayudarle en el trance: e incluso humilla la cabeza para que Arboux que ha enjuagado el vaso de grog llenándole de agua deje caer unas gotas sobre ella mientras musita una plegaria. Luego en voz alta a Massart, al que oye pasear impaciente al otro lado de la puerta, dice:

–Podéis pasar, estoy vestida.

Entra el grupo y Mata-Hari sigue su arreglo.

–Pasadme los guantes y el sombrero. –Se vuelve coqueta a Clunet–: Me sienta bien, ¿verdad abogado?

Al oír esto, su defensor se hunde. La coge entre sus brazos y empieza a besarla convulsamente en las mejillas, en la boca. La insistencia del viejo resulta tan tragicómica que uno de los presentes hace un comentario malintencionado en voz baja.

–¡Pobre chica! El Consejo de Guerra no le había condenado además a eso...

Cuando logra desasirse de las atormentadas caricias, Mata-Hari se endereza el sombrero y pide las largas agujas que en aquel tiempo servían para mantenerlo unido a los cabellos, pero Massart se las niega. Cualquier pieza de vestir capaz de producir una herida a la condenada o a sus guardianes está rigurosamente prohibida.

Margaretha se encoge de hombros: *tant pis!* y se da los últimos toques. Viéndola preparada para el viaje último el secretario cumple con su obligación preguntándole si tiene algo que declarar. Ella le mira fríamente.

—¿Yo? No. Y si lo tuviera tampoco se lo diría a usted.

Según recordaba años después el capitán Bouchardon, en ese momento al desesperado Clunet se le ocurrió un intento último de salvación y le dijo al oído que la presa estaba encinta, lo que, según la ley, equivalía a la suspensión de la sentencia de muerte. Bouchardon se acercó a ella y se lo preguntó en voz baja. Reacción de Mata-Hari:

—¿Quién ha sido el imbécil que lo ha dicho?

—Su abogado, señora.

—¡Ah! No, no lo estoy.

E inicia la marcha. Un guardia se le acerca para cogerle del brazo y ella le rechaza.

—No me toquéis, no quiero que nadie me toque... más que usted, sor Leonide. Deme la mano; me acompaña, ¿verdad?

El guardia mira a su jefe que señala se aparte. Parece claro que esa condenada no va a revolverse contra sus guardianes buscando una huida imposible y lo mejor es terminar cuanto antes una espera que le parece interminable... Y cuando Mata-Hari dice que quiere escribir unas cartas Massart contesta bruscamente que lo hará abajo. Cuanto antes abandone la celda, mejor.

Y es en la pequeña oficina del secretario judicial donde Margaretha Zelle redacta sus tres últimas misivas. Una a la hija a la que no ha vuelto a ver desde su separación hace muchos años y por la que no parece haber tenido el menor cariño. No conocemos su contenido pero parece claro que si no se arrepintió de su pasado galante tampoco lo hace del comportamiento que tuvo con su hija. La segunda va dirigida a un alto funcionario francés desco-

nocido; la última al único gran amor de su vida, Vadim Masslov.

Al entregar estas dos últimas abiertas, como es preceptivo, a su abogado Clunet, las acompaña con un comentario típico de alguien con experiencia de riñas conyugales por el descubrimiento de su correspondencia con maridos infieles.

–Tenga cuidado de no equivocar los sobres de esas cartas, querido señor Clunet. ¡Podríais causar graves problemas familiares!

¡Por fin!, musita Massart, ya podemos salir. Pero ¿qué pasa en la puerta? Pasa que decenas de personas se han reunido a pesar de la temprana hora para ver salir a la espía hacia la muerte. «¿Cómo diablos lo han sabido?» Los guardias los hacen retroceder y los curiosos se resisten mientras miran intensamente el interior del primer coche donde va la famosa espía... ¡Qué elegante!, murmura una mujer. Entran en el coche. A su lado se sienta el pastor; frente a ellos en los transportines sor Leonide y otra monja. Junto al chófer un solo guardia. Detrás, en otros dos coches, el resto de la comitiva. Mínimas precauciones como se ve para llevar a un condenado a la muerte. Sólo al detenerse en la Caponière se incorpora al cortejo una escolta de Dragones sable en mano; pero es parte del protocolo militar más que temor.

Durante el viaje que dura una media hora, sor Leonide se empeña en cumplir con su misión cristiana.

–Vais a comparecer ante Dios y no podéis conservar sentimientos de odio hacia vuestros jueces.

–Pues no puedo perdonarlos –es la respuesta.

–Es necesario, hija mía.

Ante la petición de una persona a quien quiere, sonríe y se encoge de hombros...

–Bueno, si quiere les perdono.

Como con el pastor, Mata-Hari deja pasar a la cortesía antes que sus sentimientos. ¿Qué le cuesta hacer feliz a la buena monja? Le dirá que sí dejándola contenta, ¿qué más da ya un sí o un no?

Ya están entrando en Vincennes; sin acercarse al castillo, el cortejo se dirige al polígono donde se realizan comúnmente las prácticas de tiro. Esta vez se realizarán

sobre un blanco humano atado a un poste; una mujer. Y los encargados de hacerlo serán...

El día anterior en la guarnición de zuavos de Rosny-Bois el oficial de guardia ha recibido una orden de Vincennes: debe preparar un pelotón de ejecución para el día siguiente por la mañana, algo usual en principio pero que, en este caso, reviste un carácter especial. Los elegidos deben de haber servido como combatientes en el frente. Al tratarse de fusilar a una mujer a un soldado bisoño puede encogérsele el corazón y debilitar su pulso. Pero un *poilu*, un veterano que quizá ha perdido a un camarada de armas por las revelaciones de la espía, tendrá el ojo más certero y la mano más firme.

El oficial, cuyo nombre no ha llegado a nosotros, toma esa precaución y aún la intensifica. Si el reglamento militar indica que el pelotón de doce debe estar compuesto por cuatro suboficiales, cuatro cabos y cuatro soldados, él escogerá sólo militares de la primera categoría, ocho de los cuales deberán cambiar las insignias de su grado para aparecer como simples reclutas y no extrañar a los testigos. Y ahora el oficial está allí al frente de sus hombres viendo llegar los automóviles. A su lado están otras tropas formadas en tres líneas, una guardia de honor que en el momento de detenerse el primer vehículo presenta armas mientras suena la llamada *Marche*. Son honores militares que sólo se dan a altos jefes... y a los condenados a muerte.

Un guardia abre la portezuela y ofrece el brazo a Mata-Hari, que lo rehúsa. Es ella la que lo da cortésmente a su invitada.

–Venga hermana, apreteme la mano. –Y con ella echa a andar por delante de la guardia de honor con la dignidad y elegancia con que lo haría una princesa pasando revista a sus tropas. Un soldado no puede resistir ese contraste y se desmaya. El doctor Brizard se inclina sobre él, hace una seña y es sacado por sus compañeros. Mientras Margaretha Zelle sigue caminando impertérrita hacia el lugar que ya divisa; el poste colocado en el campo de tiro.

Todavía podía llegarle la noticia del indulto al borde de la muerte. Esto ha ocurrido en las novelas y también en la vida real... pero en este caso...

A las cuatro de aquella mañana el ministro de la Guerra, Masse, entra en su dormitorio; su mujer al verle con aire cansado le pregunta:

–Pero ¿no te has acostado?

–No. Hasta ahora he estado estudiando el proceso de Mata-Hari para encontrar una razón que me permitiera solicitar su indulto al presidente de la República y no lo he encontrado. Esa mujer es responsable de la muerte de demasiada gente y debe pagar por ello.

Aquí no habrá, pues, la llegada de un jinete al galope gritando que se interrumpa la ejecución como en las novelas o en las películas, ni siquiera la menos efectista llamada telefónica de parte del Elysée. Nadie detendrá la marcha de Mata-Hari hacia su cita final a la que se encamina con paso seguro, cabeza alta, una mano en la de sor Leonide y la otra recogiéndose la falda para evitar mancharsela con los charcos que la lluvia matutina ha dejado sobre la tierra. Quizá durante su estancia en España alguien tradujo a la bailarina una bella copla andaluza:

Una paloma sedienta
bajó a una charca a beber;
por no mancharse la cola
se fue sequita de sed.
¡Que paloma más señora!

Margaretha va a la muerte pero no quiere que ésta la encuentre desaseada. No se ha puesto sus mejores galas para ensuciarlas cuando más elegante quiere estar.

Ya está junto al poste; suelta la mano de la monja... «Ahora todo ha acabado, hermana, déjeme», y se vuelve hacia el público, su último público. El abogado la abraza de nuevo temblando y se retira a su vez. Mata-Hari mira a la tropa formada y de pronto lanza un beso con la mano ¿a un oficial en particular?, ¿a los militares que tanto ha amado durante su vida? No se sabrá nunca.

Una orden seca. El pelotón de zuavos llega a paso ligero, se alinea frente al poste. El secretario se adelanta y lee en voz alta la sentencia:

«Por decisión del Tercer Consejo de Guerra, la mujer Zelle ha sido condenada a muerte por espionaje.»

Magdalena no se inmuta y entrega dócilmente sus brazos para que los guardias se los aten al poste. Los servidores de la ley no aprietan el nudo. Están seguros de que la condenada no intentará resistirse ni huir.

El pastor empieza a decir sus plegarias en voz alta; un soldado se acerca con una venda en la mano iniciando el gesto de taparle los ojos y Mata-Hari le rechaza volviendo la cabeza hacia un lado. Sin drama, sin énfasis. No la necesita y basta. Cuando el soldado se retira levanta la cabeza aspirando el aire fresco.

El oficial levanta el sable. «¡Apunten!» Ahora parece que la condenada quiere hablar y algunos testigos creen oír...

«Señor, yo os agradezco...»

«¡Fuego!» Sólo se oye un disparo, cubriendo doce simultáneos. El cuerpo de Mata-Hari da una sacudida y se desliza hacia abajo a lo largo del poste hasta quedar tumbado, la cara apoyada dulcemente en el suelo, como si durmiera.

Un sargento se acerca y suena el tiro de gracia, curiosa denominación con que el ejército matiza su crueldad haciendo más breve la agonía del fusilado. Luego suenan las trompetas y las tropas desfilan ante el cadáver. Es otro rito para que todos los soldados vean de cerca al culpable de traición y aprendan esa lección para el futuro.

Es el turno del médico y el doctor Socquet se inclina sobre Mata-Hari, deshace los lazos del corsé y pone su mano en el pecho retirándola roja de sangre. «Una bala en el corazón», anuncia... El ceremonial prosigue con la obligatoria pregunta en alta voz del secretario judicial: «¿Alguien reclama el cadáver?» Nadie contesta. Quien pudiera hacerlo, su ex marido, la hija que unos días después tendrá noticias de la madre que ha aprendido a odiar, están lejos en el espacio y más en el sentimiento.

El cuerpo irá pues, según la ley, a la Facultad de Medicina de París para que pueda servir de práctica a los jóvenes estudiantes. Allí se realizará la autopsia.

... y saltará la sorpresa. Aparte de la bala mortal sólo *otras dos* habían alcanzado el cuerpo de Margaretha Zelle. ¡Tres sobre doce disparos a pocos metros de distancia! Parece claro que no bastó la cuidadosa selección de

los más duros soldados para llevar a cabo la misión de acabar con una peligrosa espía. Esa espía seguía siendo una mujer que además miraba a la muerte con ojos muy serenos y nueve hombres dispararon al vacío por encima y a los lados del cuerpo que tenían ante sus fusiles.

Y tras la muerte los epitafios... unos epitafios que no hubieran gustado nada a la víctima de haber podido leerlos porque no le daban la importancia que ella quiso tener toda su vida.

El primero fue de su perseguidor constante, el capitán Ladoux, quien supo del fusilamiento al llegar a su oficina en la misma mañana del 17 de octubre. Según dicen se quitó el quepis saludando la memoria de quien fue «soldado de Alemania habiéndola servido por orgullo o por odio a Francia».

Curiosa alternativa. ¿Por orgullo de haber sido elegida como espía por las autoridades germanas? Dada su vanidad es posible que la complaciera el hecho de suponerla capaz de realizar con éxito una misión que no había desempeñado en su vida. Ya en las postrimerías de su carrera artística quizá agradeció esa inesperada muestra de atención y confianza hacia su persona solicitándola para otras actividades. Pero el odio a una Francia en la que obtuvo sus mejores éxitos y a uno de cuyos soldados amó como a nadie en su vida...

Y ese orgullo hubiera sufrido doblemente de poder oír la última parte del juicio de Ladoux sobre su trabajo como agente secreto.

«... Y sin demasiado oficio.»

Una opinión despectiva que confirmaría muchos años después su acusador público cuando le preguntaron si creía que Mata-Hari era realmente digna de la pena capital.

—No sé... realmente como espía fue poca cosa.

La expresión «no había en su actuación de que *fouetter un chat* (azotar a un gato) es muy francesa para mostrar un juicio despectivo hacia una persona o una actuación.

Entonces ¿por qué pidió la pena de muerte? La explicación está probablemente en la ya referida situación de

la guerra en aquel año de 1917, el peor de la contienda para los franceses cuando, con el enemigo firme en su suelo y antes de recibir el salvador apoyo de los Estados Unidos, la moral nacional estaba hundida.

En el mes de mayo de aquel año un batallón se negó a subir a los camiones que debía llevarle al frente y a esa actitud se unieron, con mayor o menor gravedad, 113 regimientos de infantería, 22 de cazadores, una batería de senegaleses, 2 unidades coloniales y 12 de artillería. Además la población civil, harta de restricciones alimenticias y de esperar una victoria siempre prometida y nunca alcanzada, había llegado a realizar huelgas esporádicas... Ante estas noticias el Gobierno tenía que tomar medidas enérgicas; muchos soldados rebeldes fueron fusilados tras juicios sumarísimos y los paros en la retaguardia, considerados sabotajes, severamente reprimidos. En estas circunstancias unos jueces militares no podían perdonar a una extranjera que según la enfática fraseología del tiempo, utilizaba sus encantos para apuñalar por la espalda a los heroicos combatientes. Es más que probable que de incoarse el proceso cerca de la victoria o después de ésta, la sentencia hubiera sido mucho más benévola.

Y ésta no fue la única vez que Mornet pidió, sin convencimiento, la pena capital. Veinticinco años después una brillante carrera le había llevado a procurador general del Estado y desde esa posición tuvo que solicitar el máximo castigo para alguien mucho más importante que una pseudoespía... En el banquillo se sentaba ahora un ex jefe de Estado y mariscal de Francia llamado Philippe Petain, cuyo brillante historial militar se había empañado con su actuación «colaboracionista» con los alemanes durante la etapa de Vichy. Mornet cumplió con su papel de duro acusador en nombre de Francia pero luego advirtió a uno de los jueces, Petrus Faure: «He pedido la pena de muerte, pero vosotros no debéis votarla...»

Y así ocurrió aunque sólo por un voto. Petain pudo morir seis años después en su cama de la cárcel.

... Es una pena que Mata-Hari, que probablemente hizo menos por Alemania en la otra guerra, no fuera tan importante.

Para demostrar la psicosis de espionaje –casi histéri-

ca– que había invadido el país buscando una explicación de las malas noticias del frente con los amotinamientos militares y las huelgas de la retaguardia, baste decir que el mismo capitán Ladoux, que tanto hizo para enviar a Mata-Hari al fusilamiento, fue detenido apenas unas semanas después de esa muerte acusado él mismo de espiar para el enemigo. Su denunciante era Pierre Lenoir, convicto de haber recibido fondos alemanes con los que compró *Le Journal,* periódico de París, con la supuesta intención de hacer propaganda pacifista y debilitar así el ánimo de los franceses. Lenoir fue condenado a muerte y Ladoux liberado pero la sospecha pesaba sobre él y en 1919 fue llevado ante el mismo Tercer Consejo de Guerra que había condenado a Mata-Hari.

Imagino que en sus largas horas de cárcel, desde el 2 de enero al 8 de mayo en que fue declarado inocente, pensaría a menudo si las acusaciones vertidas contra Mata-Hari eran tan poco consistentes como las vertidas contra él. En ese caso su remordimiento pudo ser grande aunque, años después, cuando publicó el libro tantas veces citado aquí, ya estaba totalmente seguro de que Mata-Hari era tan culpable como él inocente; forma parte de la naturaleza humana suponer que son siempre los otros los que se equivocan.

Esos procesos a gente aparentemente por encima de toda sospecha, muestran que la situación de 1917 era confusa, no sabiendo nadie dónde estaba el verdadero enemigo, si en el frente o la retaguardia. Ello hasta el punto que la admirada y nombrada Marthe Richard llegó a confesar al investigador Paul Allard que ella «podría haber terminado como Mata-Hari en lugar de verse condecorada con la Legión de Honor».

En cuanto a Mata-Hari el mismo Allard resume en su libro *Les énigmes de la guerre,* publicado en 1933, su opinión sobre ella...

«He leído todo lo que han escrito sobre la célebre bailarina-espía y puedo declarar sinceramente que estoy tan enterado como antes. No sé lo que ha hecho Mata-Hari. ¡Nadie lo sabe! Pregunte a un francés medio e incluso a un hombre culto. No saben nada. Eso sí, están convencidos de que ella era culpable... pero no saben por qué.»

Allard no había podido leer «todo» sobre el caso porque las actas del proceso de guerra no fueron hechas públicas hasta 1975. Lo mismo le pasó a Waagenar, cuyo libro data de 1965, y otros biógrafos. Pero los que sí hemos podido estudiarlas y sopesar esos documentos llegamos a la misma deducción que ellos y la pregunta sigue en pie.

¿Era culpable?

¿Más confusión? Escribe después de la guerra el general Gempp que había sido jefe de contraespionaje alemán:

«Inventan mucho sobre el espionaje alemán. ¡Se le atribuyen tantos éxitos! Como en el caso de la desgraciada Mata-Hari que no hizo nada para el servicio de información general.»

En cambio Fritz Karl Roegels, también identificado con el espionaje germano, aseguró que Mata-Hari había realizado grandes cosas por Alemania:

«Fue el correo de nuestros informadores instalados en el extranjero. Les llevaba dinero, cheques, órdenes; recibía a cambio noticias y las enviaba... Fue la espía más peligrosa al servicio de Alemania, un agente de talla.»

Las contradicciones descubiertas no se limitan a su actuación sino también a la imagen de su muerte que todos creíamos conocer por la famosa fotografía mil veces publicada en la que, la espía, elegantemente vestida y tocada, miraba serenamente al pelotón que iba a fusilarla.

Y sin embargo... La revista *Histoire* de París que la ofreció como ilustración un artículo dedicado a Mata-Hari, publica en un número posterior las cartas de un lector que decía textualmente:

«El documento de la ejecución no corresponde a las condiciones exactas de la ejecución. Es una foto tomada a pleno sol. Pero el 15 de octubre de 1917 a las seis y media de la mañana, el día acababa de levantarse y el cielo estaba gris y brumoso; unas horas después llovía. Además los soldados llevaban quepis y no casco y vestían de forma variada. La disposición general no concuerda con el ceremonial habitual de la Caponière, tanto para esta ejecución, como para las otras de la misma época.

»Ni el coche que había traído a la condenada ni el que debía llevarse el cadáver estaban dentro del campo visual

del lugar de la ejecución, como tampoco el grupo de paisanos a la derecha. Mata-Hari no llevaba ese gran sombrero.»

Quizá en general esas observaciones puntuales fueran ciertas pero el sombrero fue mencionado por todos los testigos que escribieron o hablaron con los periodistas sobre esa escena. ¿Y quién es el que las contradice? ¿Un historiador más minucioso? No. Este testigo estaba cerca, dramáticamente cerca de la condenada. Lo dice en el último párrafo de su carta...

«¿Las razones de mi afirmación? Yo estaba allí. Formaba parte del piquete de ejecución.»

Y firma Maurice Koenig, residente (en 1977) en la calle Ramon Llull. Perpiñán.

¿Memoria inexacta? ¿Intento de presumir de testigo? En todo caso una duda más que añadir a las muchas que tenemos sobre Mata-Hari.

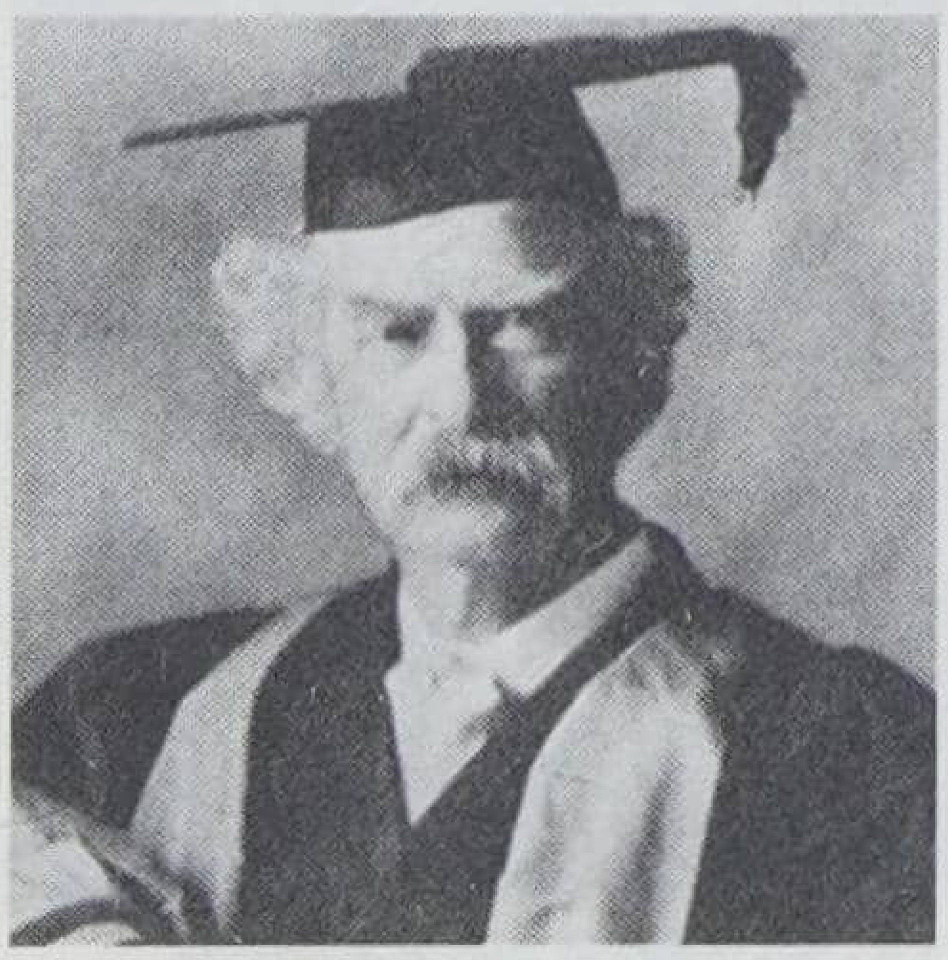
BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Paul Allard, *Les énigmes de la guerre,* París, 1933.
Charles Wighton, *Grandes espías,* Barcelona, 1947.
P. L. Rivière, *Madrid, Centre secret,* París, 1936.
E., Gómez Carrillo, *Vida y muerte de Mata-Hari,* Madrid, 1923.
Ladoux, Capitain, *Les chasseurs d'espions,* París, s.f.
Bouchardon, *Memoires,* París, 1930.
Javier Barreiro, *Raquel Meller y su tiempo,* Zaragoza, 1992.
La vie quotidienne a Paris pendant la grande guerre, París, 1975.
F., Díaz-Plaja, *Francófilos y germanófilos,* Madrid, 1989.
Michel Leblanc, *L'ennemie de Mata-Hari,* París, 1974.
Sam Waagenar, *Mata-Hari,* París, 1965.
Gabriel Perreux, *Les civils en France pendant la grande guerre,* París, 1966.

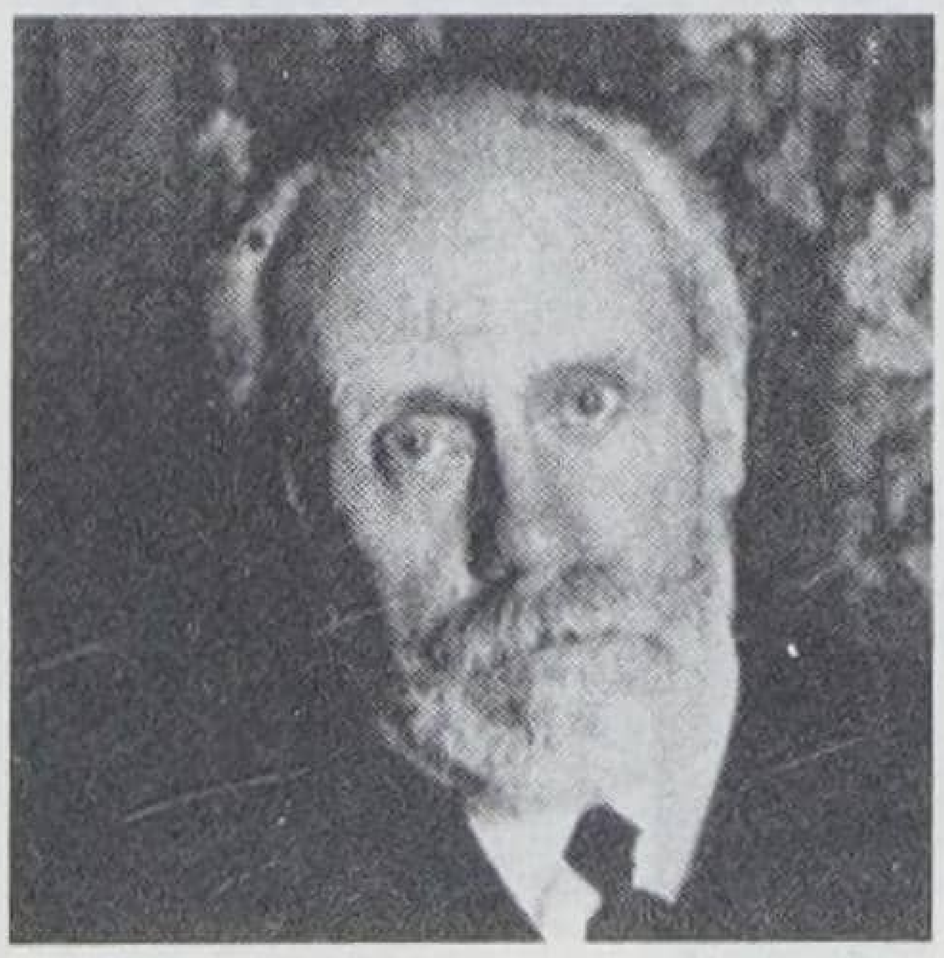
CRONOLOGÍA

	Vida	Mundo
1876	Nacimiento en Leeuwarden (Holanda), hija de Antje Vandermeulen y Adam Zelle, un sombrerero con manías de grandeza.	Victoria I de Inglaterra, emperatriz de la India. El Zollverein, germen del poder prusiano. Porfirio Díaz caudillo de México. Custer masacrado por los sioux en Littel Big Horn. Bell inventa el teléfono. *Las aventuras de Tom Sawyer*, de Twain. Fin de las guerras carlistas en España.
1877		Schiaparelli descubre Marte. Lámpara incandescente de Edison.
1878		Turquía despojada de gran parte de su Imperio (Congreso de Berlín).
1879		Primer ferrocarril eléctrico (Berlín). Fundación del PSOE por Pablo Iglesias.
1880		Descubrimiento de los fertilizantes químicos. *Los hermanos Karamazov*, de Dostoievski.
1881		Asesinatos del zar Alejandro I y del presidente de los Estados Unidos, Garfield. Primera central eléctrica (Apleton, EE. UU.). Sagasta sustituye a Cánovas.
1882	Alumna en el colegio local de más postín, sus ínfulas e impertinencias —su afición al lujo y el moreno color de su piel, tal vez— la distancian de sus compañeras.	

A. Graham Bell.



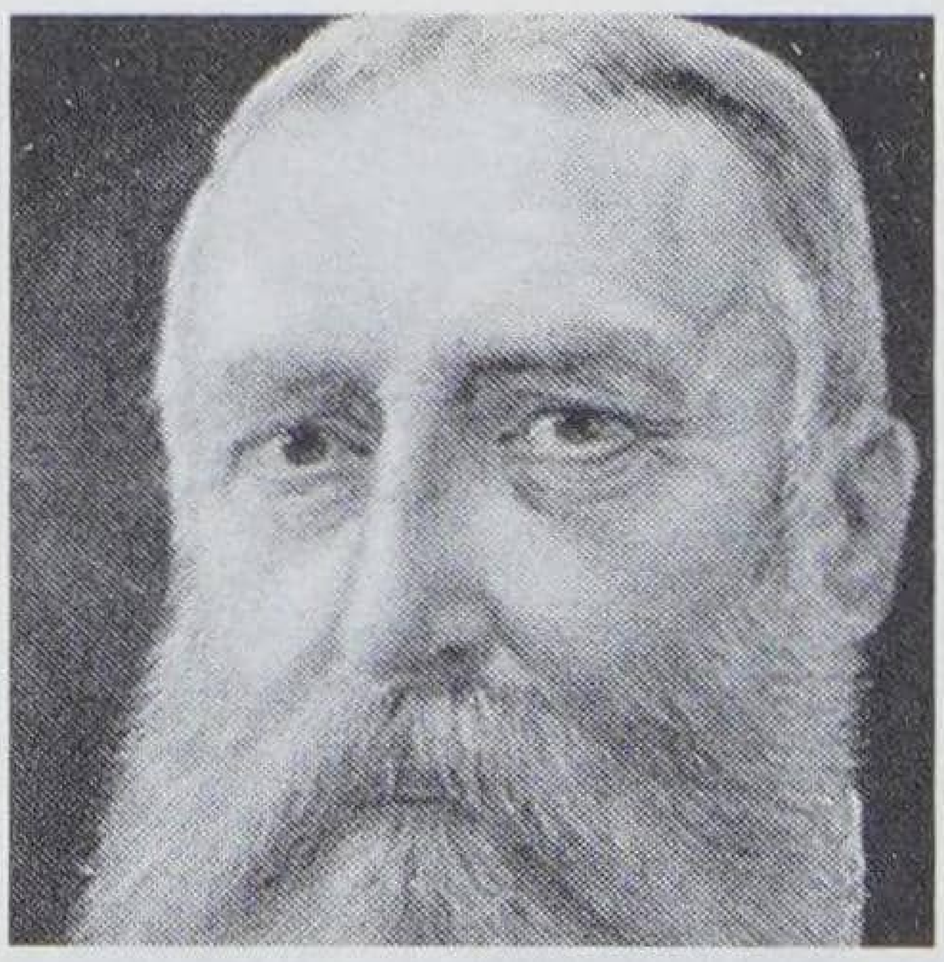
Mark Twain.



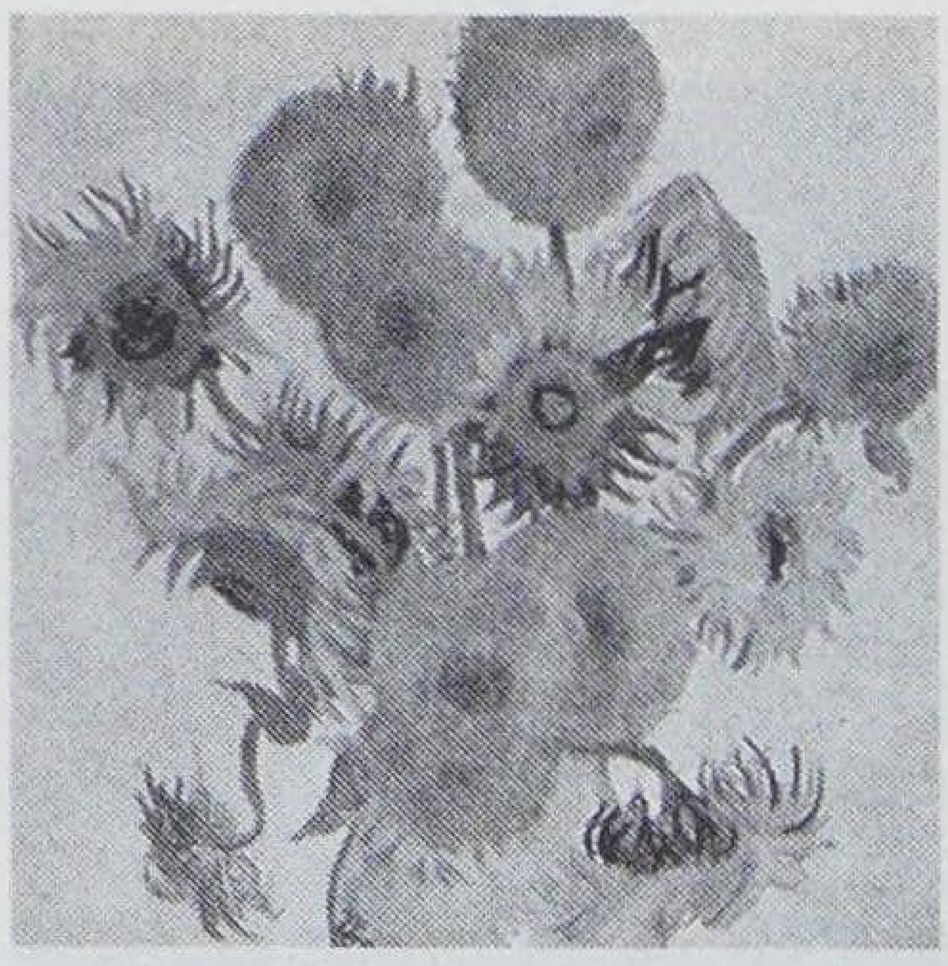
Pablo Iglesias.

	Vida	Mundo
1882		Gran Bretaña ocupa Egipto. Milán II, rey de Serbia. Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Gaudí inicia la construcción de la Sagrada Familia en Barcelona.
1883		El volcán Perbuatan destruye parcialmente la isla de Krakatoa. El golfo de Tonkin en manos de Francia. Inventada la ametralladora (Maxim). Construcción del puente de Brooklyn (Roehling). *La isla del tesoro*, de Stevenson.
1884		Europa se reparte África (Conferencia de Berlín). Motor a gasolina (Daimler). Memorial de *greuges* catalanista. *La Regenta*, de Clarín.
1885		Leopoldo II de Bélgica, amo del Congo. Vacuna antirrábica de Pasteur. Muerte de Alfonso XII de España y regencia de María Cristina de Habsburgo-Lorena.
1886		Oro en el Transvaal. *Más allá del bien y del mal*, de Nietzsche; *Fortunata y Jacinta*, de Pérez Galdós.
1887		Se inicia en París la construcción de la torre Eiffel. *Sherlock Holmes*, de Conan Doyle.
1888		Guillermo II, emperador alemán. *Los girasoles*, de Van Gogh. Exposición Universal de Barcelona y fundación de la UGT.
1889		Reconstruida en París la II Internacional. Brasil, república. Hoffman «inventa» la aspirina Bayer.
1890	Queda bajo la custodia de su progenitor al separarse sus padres. La madre no tarda en morir.	Guillermina I, reina de Holanda. Fundación del partido socialmarxista holandés por Troelstra. Luxemburgo, independiente.
1891	Ingresa en la Escuela Normal de Leyden. Su director no tarda en acosar, enamorado, a la bella Margaretha.	*Rerum Novarum*, de León XIII. *Pithecanthropus* de Java (Dubois). *La moral anarquista*, de Kropotkin.

Pasteur.



Leopoldo II de Bélgica.



Los girasoles *de Van Gogh.*

	Vida	Mundo
1892		Lesseps inculpado en el *affaire* Panamá. *Ensayo sobre la herencia y la selección natural*, de Weismann. Ciudad Lineal de Madrid. Bases de Manresa.
1893		Partido Laboralista británico. Asia y Oceanía bajo el imperialismo anglofrancés. Nansen en el Polo Norte. Automóvil Ford. Suero antidiftérico (Behring). *El grito*, de Munch.
1894	Se traslada a La Haya, donde vivirá con su tío Tacomis. Primeros flirteos con cadetes militares: el uniforme castrense será una fijación deslumbrante a lo largo de su vida.	Nicolás II, zar de Rusia. *Affaire* Dreyfus. *El libro de la selva*, de Kipling. Fin de la campaña militar española en Marruecos.
1895	Relaciones epistolares con Rudolf McLeod, oficial destinado en las Indias Orientales holandesas. El flechazo amoroso —carnalmente materializado en Amsterdam— significa el embarazo de Margaretha y el matrimonio civil de ambos. Viaje de novios en el balneario de Wiesbaden. La pareja se instala provisionalmente en casa de una tía de Margaretha.	Martí y la lucha por la independencia de Cuba (Grito de Baire). Japón se impone a China en Corea y Formosa. Cinematógrafo (hermanos Lumière) y rayos X (Röntgen). *Poesías completas*, de Rimbaud.
1896		Crecen los conflictos coloniales. Institucionalizados los Premios Nobel. Telegrafía sin hilos (Marconi). *El Estado judío*, de Herlz.
1897	Ascendido a comandante, Rudolf es destinado a Malang (Java), hacia donde parte el matrimonio.	Rearme en Alemania. *Los alimentos terrestres*, de Gide. Asesinato de Cánovas del Castillo por el anarquista Angiolillo.
1898	Aburrida con la monótona vida de las colonias, Margaretha se siente fascinada por las ceremonias religiosas y las danzas de los isleños; y por su desinhibición y permisividad sexuales.	

Nicolás II de Rusia.

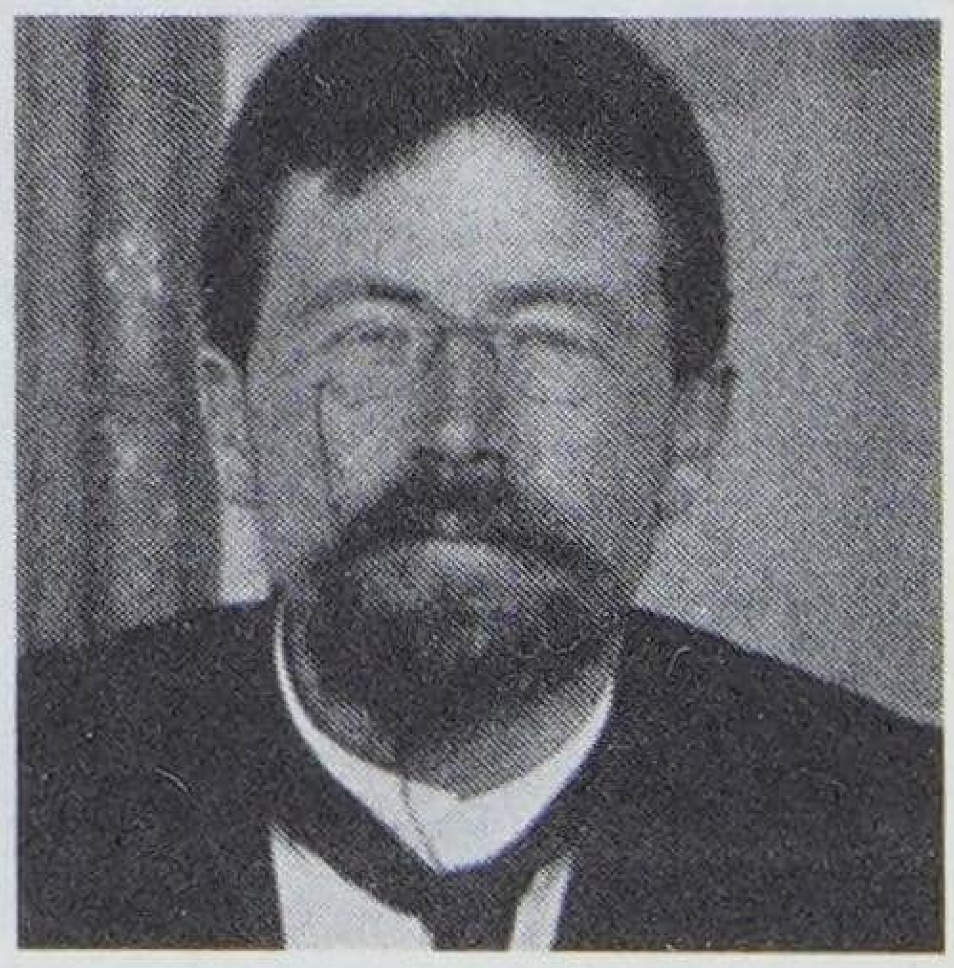
Los hermanos Lumière.

José Martí.

	Vida	Mundo
1898		Sissi, asesinada. Muerte de Bismarck. *Otra vuelta de tuerca*, de James. Fin del imperio colonial español tras la guerra con los Estados Unidos (Cuba y Filipinas).
1899		China abre sus puertas al comercio mundial. Guerra anglo-bóer. Conferencia de La Haya.
1899-1900	Inicio de las desavenencias matrimoniales. Ella acusa a Rudolf de déspota; él a Margaretha de disoluta. El envenenamiento de su hijo Norman por un criado resentido agrava la situación.	
1900		Víctor Manuel II, rey de Italia. Abonos nitrogenados. *Interpretación de los sueños*, de Freud. Parque Güell (Gaudí).
1901		Eduardo VII, rey de Inglaterra. T. Roosevelt, presidente de los Estados Unidos. *Los Buddenbrooks*, de Mann. *Oligarquía y caciquismo*, de Costa.
1901-1902	Jubilado Rudolf, el matrimonio vuelve a Holanda y se separa legalmente. El marido se queda con la custodia de la pequeña Luisa (Non), comprometiéndose a pasarle a Margaretha una pensión mensual de cien florines, que no hará efectiva.	
1902		Los reflejos condicionados (Pavlov). El rayón y la seda artificial (Little). Alfonso XIII, rey de España.
1903		Vuelo de los hermanos Wright. *El jardín de los cerezos*, de Chéjov.
1903-1904	Decide iniciar en París una nueva vida como bailarina javanesa con el nombre de Mata-Hari («Ojo del día» u «Ojo del Sol» en la lengua nativa). Para la empresa cuenta con el apoyo de su padre, que admite ser, a partir de ahora, el rajá Assirvadam. Ella dice haber sido raptada por un capitán del ejército colonial holandés.	
1904		Tensiones entre Inglaterra y Francia con los imperios centrales. Radiactividad (Rutherford). La «casa Wright» en Buffalo.

Bismarck.

Eduardo VII.

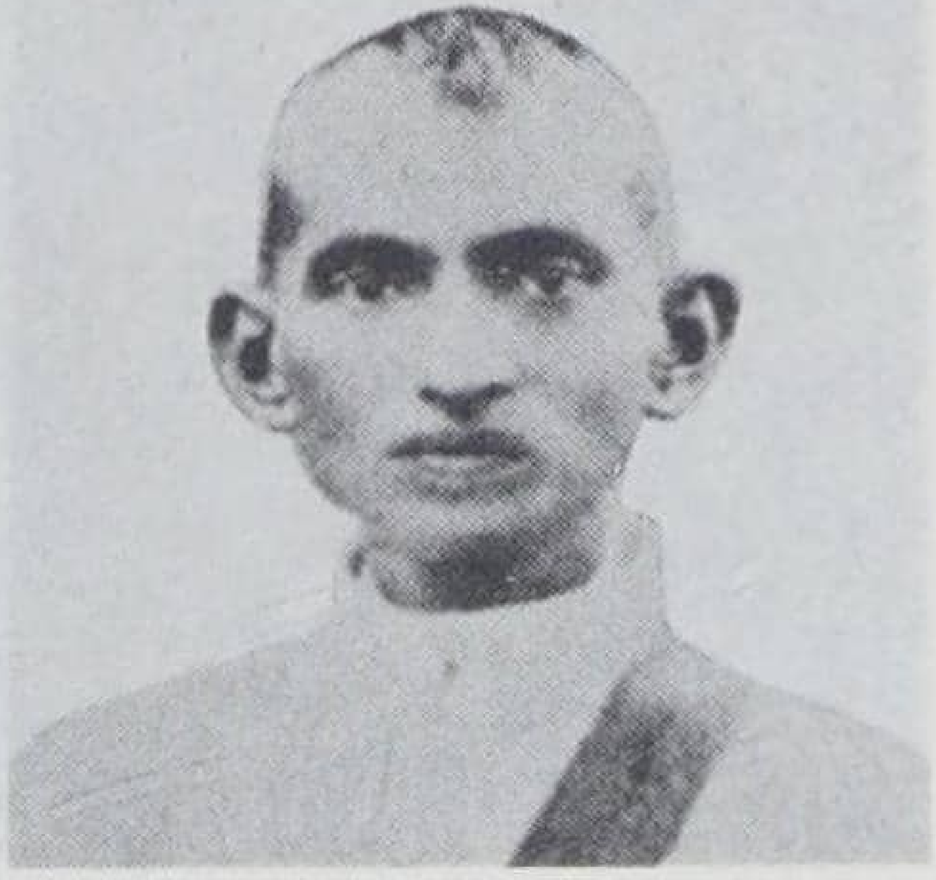


Chéjov.

	Vida	Mundo
1905	Triunfa como bayadera en París. Las variantes ofrecidas a la prensa sobre sus orígenes y formación consolidan el mito Mata-Hari. Debut en el Olympia. Su fastuosa vida crece proporcionalmente a sus deudas.	Japón se impone a Rusia en Extremo Oriente: disturbios en el imperio zarista. Separación entre la Iglesia y el Estado en Francia. Teoría de la relatividad de Einstein. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, de Weber. Los fauves. La Pedrera (Gaudí).
1906	Actuación en el Central Kursaal, templo de las *varietés* madrileñas. En Madrid conoce a dos de sus mejores amigos y amantes: el embajador Jules Cambon y su abogado Édouard Clunet. Giras por Montecarlo y Berlín (donde se enamora del teniente Alfred Kiefert), Rusia y Viena.	Atentado fallido contra Alfonso XIII y Victoria Eugenia de Battenberg el día de su boda en Madrid. Cajal, premio Nobel de Medicina.
1907	La separación de Rudolf McLeod en vías de divorcio (legalizado en 1916). En Egipto mantiene un apasionado romance con el Kronprinz prusiano, relación que se volverá en su contra en el futuro al ser tachada de germanófila. Fracasa en Berlín ante Richard Strauss (cuya *Salomé* quería protagonizar).	Resistencia pasiva de Gandhi frente a los ingleses. Lavadora eléctrica (Hurling). *Les demoiselles d'Avignon*, de Picasso. Ley de Jurisdicciones en España.
1908		Tensiones en los Balcanes y Turquía. *Sangre y arena*, de Blasco Ibáñez.
1909		Alberto I, rey de Bélgica. Blériot vuela sobre el canal. Peary en el Polo Norte. El salvarsán, eficaz antisifilítico. Desastre español en Marruecos: Semana Trágica de Barcelona (*affaire* Ferrer Guardia).
1910	Muerte de su padre. Pierde sus pleitos con el director escénico Antoine y triunfa como «man-	

Einstein.

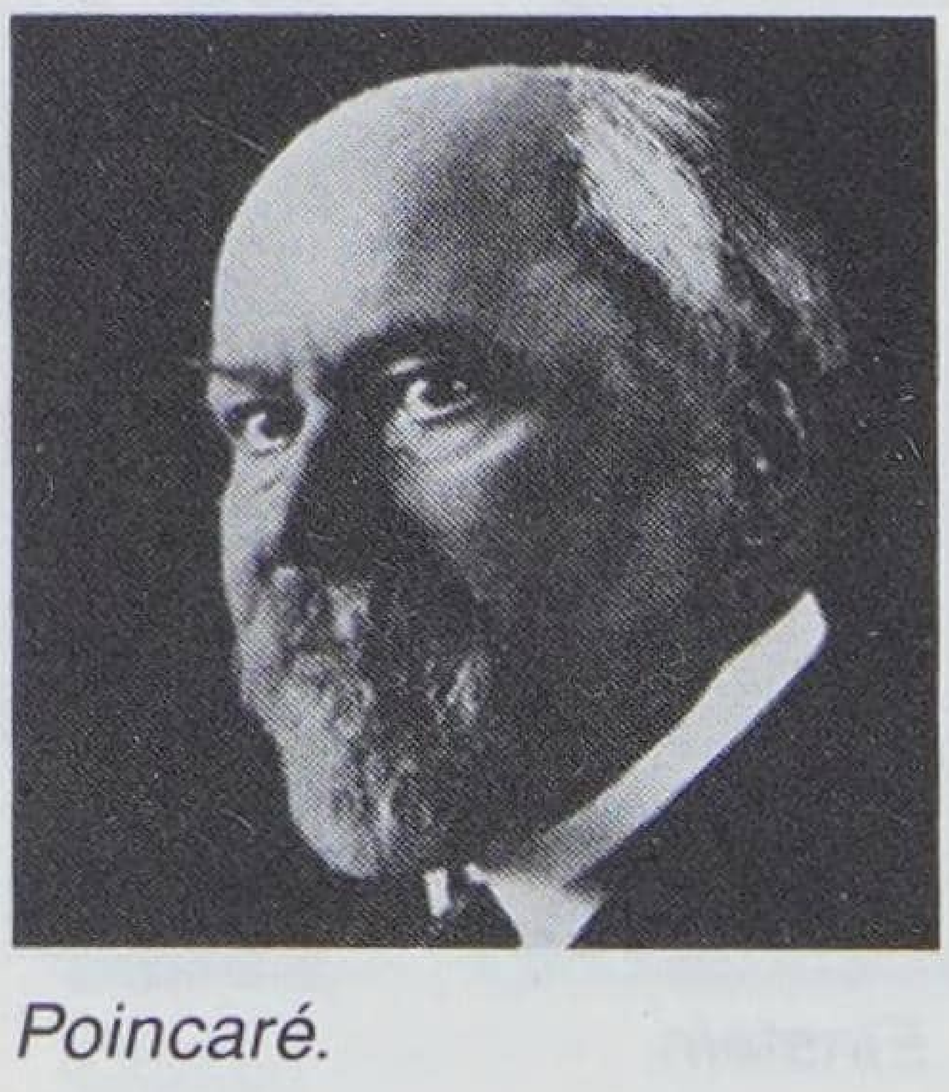
Richard Strauss.



Gandhi.

	Vida	Mundo
1910	tenida» del comerciante Xavier Rousseau, que la instala en La Dorée (Turena)... y al que no tarda en arruinar.	Jorge V, rey de Inglaterra. Portugal, república. El cometa Halley. Fundación de la CNT en Barcelona.
1911		Revolución en México y república en China. Asesinato de Stolypin en Rusia. Amundsen en el Polo Sur.
1911-1912	Dueña de un chalet en Neuilly (París), su actuación en La Scala milanesa se salda con un fracaso; así como sus intentos por colaborar con los ballets rusos de Diaghilev. Ni su amigo el embajador Cambon logra, tampoco, que se le abran las puertas del Teatro Imperial de Berlín.	
1912		Guerra en los Balcanes. Hundimiento del *Titanic*. *Teoría del psicoanálisis*, de Jung. Asesinato de Canalejas, líder progresista, en Madrid.
1913	Ante las escasas perspectivas artísticas de su carrera, Margaretha ejerce en París de prostituta de lujo; esporádicas actuaciones en salas como el Folies Bergère.	Triunfo liberalsocialista en las elecciones holandesas que la reina Guillermina se niega a aceptar. Wilson y Poincaré, líderes de Estados Unidos y Francia. *En busca del tiempo perdido*, de Proust. *La malquerida*, de Benavente.
1914	La primera guerra mundial le sorprende en Berlín alternando con el jefe de la policía (uno de los presuntos cargos que agrava su proceso en 1917). Ante las dificultades para regresar a París, se instala temporalmente en Amsterdam. Su ex marido le impide reanudar los contactos con su hija *Non*. Margaretha logra que la mantenga de nuevo un viejo amante holandés, el barón Van der Capellen.	Asesinato de Francisco Fernando de Austria en Sarajevo e inicio de la primera guerra mundial. Holanda (como España), neutral. Apertura del

El presidente Wilson y Jorge V de Inglaterra.



Poincaré.

	Vida	Mundo
1914		canal de Panamá bajo control de los Estados Unidos. *La novia del viento*, de Kokoschka. La Mancomunitat de Cataluña.
1915	Tras su relación con el cónsul de Alemania en Amsterdam, Kramer —jefe, además, de los servicios secretos germanos—, Mata-Hari comienza su carrera de espía bajo las siglas H-21, España como primer banco de pruebas. Conoce al «amor de su vida», el oficial zarista Vadim Masslov.	Primera central telefónica automática (Londres).
1916	Contactos con el Deuxième Bureau, el capitán Ladoux como jefe y futuro perseguidor implacable. Sospechas de Berlín y París de su posible doble juego.	Muerte de Francisco José I: Carlos I, nuevo emperador austro-húngaro. Ondas cortas (Marconi). Obras literarias testimoniales comprometidas de Azuela, Barbusse, Joyce y Kafka. Muerte de Enrique Granados en el torpedeamiento del *Sussex*.
1917	Detenida en París (febrero) y encerrada en la prisión de Saint-Lazare, su proceso trata de distraer la atención de la opinión pública, inquieta ante el desarrollo de la guerra. La vista de su causa (julio) concluye con una sentencia de muerte por fusilamiento que el tribunal militar fija para su ejecución en Vincennes (15 de octubre). Cuando ésta se cumple nadie reclamará su cadáver.	Revolución bolchevique en Rusia. Los Estados Unidos entran en guerra frente a Alemania. Apoyo británico a las reivindicaciones sionistas (declaración Balfour). Descontento militar y politicosocial en España (Juntas de Defensa, Asamblea de Parlamentarios, huelga general revolucionaria). *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez.

La novia del viento, *de Kokoschka.*

La Revolución Rusa.

Índice onomástico

Alberto I, Honoré Charles Grimaldi, príncipe de Mónaco: 46.
Alfonso XIII, rey de España: 40, 105, 106.
Alfredo (espía): 116, 117, 127.
Allard, Paul: 101, 196, 197.
Amry (personaje legendario): 31.
Antoine, André: 57, 58.
Anuba, princesa (personaje legendario): 31.
Arboux: 186, 188.
Arniches, Carlos: 41.
Arrienceaux, Pierre: 147.
Assirvadam: *véase* Zelle, Adam.
Atruc, Gabriel: 38, 40, 45, 46, 60, 61, 62, 63, 64, 67, 72.

Bakst, Liev Samóilevich Rosenberg, *llamado* Léon: 63.
Baroja, Pío, 105.
Barry, Jean Bécu, condesa Du: 184.
Baudoin, sargento: 143.
Baumgarten, general: 150.
Baviera, Fernando de: 40.
Beaudu, Edouard: 54.
Beaufort, marqués de: 91, 150.
Bella Otero, Carolina Rodríguez, *llamada* la: 56.
Benlliure, Mariano: 135.
Betenfeld, Marthe: 103, 112, 113, 122, 178, 179, 196.
Bey, Hairy: 117.
Bissing, Moritz Ferdinand, barón Von: 92.
Bonaparte, Jerónimo: 19.
Borbón, María Teresa de: 40.
Bouchardon, capitán: 69, 108, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 156, 157, 159, 160, 161, 163, 164, 165, 166, 168, 186, 189.
Brahama (personaje mitológico): 35.
Bralez, doctor: 186, 187.
Brizard, doctor: 157, 158, 162, 184, 185, 186, 191.
Buda: 43.
Bunge, conde: 128.
Buye, mademoiselle: 12.

Caillaux, madame: 156.
Calderón de la Barca, Pedro: 188.
Cambon, Jules: 45, 64, 176, 177, 178.
Capellen, barón Van der: 71, 72, 94, 139, 140, 154, 155, 161, 170.
Carrión: 41.
Casanova, Giovanni Giacomo: 62.
Cavalieri, Line: 35.
Caylá, Lionez de: 167.
Cazeaux, Marcel: 101, 102.
Cecil, sir: *véase* Thomson, Basil.
Clunet, Eduard: 38, 45, 64, 143, 144, 155, 157, 161, 171, 173, 182, 183, 186, 188, 189, 190.
Coissart, los: 123.
Colette: *véase* Loysne, condesa de.
Colette, Sidonie Gabrielle: 169.
Collart, Paul Ferdinand: 108, 110, 113, 116, 117, 121, 122, 124, 125, 126, 134, 140.
Collart, Roda: 110, 117, 121, 122, 124, 125.
Cumberland, Ernst Augusto, duque de: 47, 165, 166.
Cumberland, Jorge Guillermo de: 47, 165.

Chatin, Jean: 167.
Chekri-Ganem: 57.
Chelito, la: *véase* Portela, Consuelo.

Damayanti (personaje legendario): 31.
Danton, Georges Jacques: 187.
Deguessau, Henri: 167.
Denvignes, coronel: 119, 120, 133, 137, 146, 150, 171, 172.
Diághilev, Serge de: 38, 63, 72.

Dumas (hijo), Alejandro: 60, 141.
Dumur, Louis: 33.
Duncan, Isadora: 48.

Eckmuhl, duquesa de: 33.
El-Hibba: 117.
Eugenia, Eugenia María de Montijo de Guzmán, emperatriz: 40.
Eva: 37.

Falla, Manuel de: 57.
Farrar, Geraldine: 46.
Faure, Petrus: 195.
Faust, Leo: 89.
Federica de Grecia, reina: 166.
Felipe I el Hermoso: 41.
Fernández de la Criolla, Antonia: 42.
Formarina, la: 41.
Francillard (camarera): 156.
Fraulein Doktor (espía): 80, 81.
Frunbeiss, suboficial: 117.
«Fuentes» (abogado): 76.

Gasfield, subteniente: 150.
Gautier, Théophile: 68.
Gempp, general: 197.
Gluck, C. W. von: 61.
Gómez Carrillo, Enrique: 31, 33, 34, 50, 107, 135, 176.
Goubert, Pierre: 137, 150.
Griebel: 69, 70.
Guillermina de Holanda, reina: 22, 183, 184.
Guillermo II, emperador de Alemania: 11, 52, 64, 70, 92, 105, 107, 111, 112, 120, 165.
Guimet: 28, 29, 36, 69.

Haaustra, Wibrandus: 13, 14.
Hallaure, subteniente: 150, 179.
Herodes Antipas: 53.
Hijmans: 155.
Hijmans, señora: 154.
Humbert, Therèse: 156.

Imperio, Pastora Rojas Monje, *llamada* Imperio: 120.
Indra (dios): 30.

James, Plankette: 150.
Jerónimo, rey de Westfalia: *véase* Bonaparte, Jerónimo.
Jesucristo: 172.
Jorge V de Hannover: 165.
Juan (*valet* español): 108, 109, 117, 121, 124.
Juana I la Loca, reina de Castilla: 41.
Junoy Gelabert, Émili: 129, 133.

Kalle, Von: 111, 112, 113, 114, 115, 116, 119, 121, 122, 123, 129, 130, 131, 133, 138, 139, 141, 149, 150, 156, 157, 160, 161, 170, 171, 179, 181.
Kanda Swany: *véase* Vandermenlen, Antje.
Kapferer: 145.
Karno, Fred: 38.
Kiepert, Alfred: 46, 47, 53, 69, 115, 144, 145, 148.
Kireevsky, madame: 28, 35.
Koenig, Maurice: 198.
Korsakov, Rimski: 57.
Kraemer, cónsul: 73, 74, 75, 87, 89, 93, 122, 128, 129, 149, 152, 154, 160, 162, 163, 181.
Krohn, Von: 103, 111, 112, 113, 122, 130, 178.
Krupp von Bohlen, Gustav: 82.
Kuhne (modisto): 155.
Kuntze, capitán: 145.

Ladoux, capitán: 76, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 98, 99, 100, 102, 106, 116, 117, 119, 122, 123, 129, 130, 131, 132, 134, 137, 138, 139, 140, 146, 149, 152, 153, 156, 158, 159, 160, 162, 163, 164, 165, 169, 170, 171, 184, 194, 196.
Landru: 76, 126, 127.
Landru, Henri Desiré: 76.
Lenoir, Pierre: 196.
Leo (malabarista): 38.
Leonide, sor: 156, 158, 166, 183, 185, 186, 187, 188, 190, 191, 192.
Leopoldo II de Bélgica: 56.
Lintjens, Anna: 127, 128, 154, 155.
Loti, Pierre: 27, 135.
Louis, George: 146.
Louise (camarera): 142.
Loysne, Colette de: 36, 37.
Luis XVI de Francia: 38.
Lyautey, general: 141.

McLeod, Frida: 15, 16, 23.
McLeod, Luisa (cuñada): 22, 23.
McLeod, Luisa (hija): 22, 23, 71.
McLeod, Norman: 15, 17, 19, 23.
McLeod, Rodolf: 14, 15, 16, 17, 19, 21, 22, 23, 37, 39, 40, 51, 71, 72, 180.

Machado, Manuel: 135.
Malvy: 180.
Maraudes, Henri de: 147.
Marenco: 61.
Margerie, Henri de: 89, 90, 91.
María Cristina de Habsburgo-Lorena, reina de España: 105.
Mariani, capitán: 150.
Marianne: 167.
Mariquita, madame: 58.
Massard, coronel: 174, 185, 188, 189, 190.
Masse, Pierre: 184, 185, 191.
Massenet, J. Émile: 45, 46, 47, 53.
Masslov, Vadim: 86, 89, 90, 91, 118, 121, 125, 126, 132, 141, 142, 148, 150, 151, 159, 170, 172, 179, 180.
Maunoury: 95, 138, 139.
Maura Montaner, Antonio: 120.
Mecklemburgo-Schwerin, Enrique, duque de: 183, 184.
Mecklenburg, Cecilia de: 52.
Mege, Henry: 147.
Meller, Raquel: 135.
Menier: 36.
Mercier de Malaval, Joseph de: 167.
Mérimée, Prosper: 68.
Merode, Cleo de: 42, 56.
Mesalina, emperatriz romana: 51, 171.
Mescheb (personaje legendario): 31.
Messimy, Adolfo: 171, 179, 180.
Metternich-Winheburg, Klemens: 118.
Miguel (espía): 122, 128.
Mirasol, condesa de: 40.
Montez, Lola: 56.
Moret, Segismundo: 40.
Mornet, teniente: 167, 169, 170, 172, 178, 186, 195.

Namur, Frantz: 56, 57.
Nion, François de: 38, 39.
Niyinsky: 38.

O'Brien, Edwin Cecil: 150.
Olivier, Paul: 64, 65, 67.

Pablo (compositor): 34, 35.
Paladine, marqués: 133.
Panhurst, miss: 49.
Patzpomarnatzky, coronel: 147.
Pauline (doncella): 59.
Pecastaing, matrimonio: 122.
Pedro, apóstol: 172.
Petain, Philippe: 195.
Platón: 53.
Porra: 41.
Portela, Consuelo: 41.
Priolet, comisario: 142.
Proebster, capitán: 117.
Puccini, Giacomo: 46.
Puteaux, René: 51.

Quevedo, Francisco de: 88.

Rama, príncipe (personaje mitológico): 21.
Ratibor, príncipe: 111.
Rembrandt, Rembrandt Harmenszoon van Rijin, *llamado*: 13.
Richard, Marthe: *véase* Betenfeld, Marthe.
Richepin, J.: 67.
Roegels, Fritz Karl: 197.
Romanones, Álvaro de Figueroa, conde de: 120.
Rotschild, barón Henri de: 35.
Rousseau, Xavier: 59, 60.

Sakuntala (personaje legendario): 31.
Sanfelices de Aragón, marqués de: 40.
Semprou, Albert Ernest: 167, 168, 174.
Shaw, George Bernard: 77.
Sita (personaje mitológico): 21.
Siva (dios de la mitología hindú): 30, 32, 35, 52.
Socquet, doctor: 186, 193.
Sofía de Grecia, reina de España: 166.
Sorel, Cecile: 35, 36.
Sorga (cantante hindú): 65.
Stewart, Fernie James: 150.
Strauss, Richard: 53.
Suprachetty: *véase* Zelle, Adam.

Tacomis (tío de Mata-Hari): 14, 23.
Taille-Tetrinville, condesa de la: 59.
Tamayo y Baus, Manuel: 41.
Thibault (secretario judicial): 186, 189, 192.
Thomson, Basil: 97, 98, 99, 100.
Thuayat-Khan, profesor: 65.

Urvaci (personaje legendario): 31.

Valade, Julián: 108, 109, 121, 124, 126, 127, 133, 134.
Valle Inclán, Ramón del: 41.

Van der Linden (primer ministro de Holanda): 183.
Vandermenlen, Antje: 11, 12, 13, 24, 32.
Van der Schak: 92.
Victoria Eugenia de Battenberg, reina de España: 105.
Vishnu (personaje mitológico): 35.

Waagenaar, Sam: 59, 89, 90, 145, 197.
Wondkers, los: 12, 49.
Wurebain: 92.

Yoobert, Fernand: 167.
Yovilchevilch, comandante: 150.

Zambelli, la: 46.
Zelle, Adam: 11, 12, 13, 15, 22, 24, 32, 50.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

DOCUMENTOS:

La historia de España en sus documentos (del siglo XIV *al* XX*). Manual de historia documental de España.*

ANTOLOGÍA:

Antología del Romanticismo español. El amor en las letras españolas. La historia de España contada por los poetas. Teatro español de hoy. Si mi pluma valiera tu pistola. La Guerra Civil y los poetas españoles.

VIDA COTIDIANA:

La sociedad española desde los orígenes hasta nuestros días. El siglo XVIII*. El siglo* XIX*. Las Españas de Goya. La vida cotidiana en la España Romántica. La vida cotidiana en la España Musulmana. La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro.*

ENSAYO LITERARIO:

El español y los siete pecados capitales. El norteamericano y los siete pecados capitales. El francés y los siete pecados capitales. El italiano y los siete pecados capitales. Los pecados capitales de la Europa del Este. El automovilista y los

siete pecados capitales. Mis pecados capitales. Nueva historia de la literatura española. Francófilos y germanófilos. Un corresponsal en la guerra de Troya. La Biblia contada a los mayores. Mitología para mayores. El libro de las manos. El libro de los ojos. El casado imperfecto. Cómo escribir y publicar.

ENSAYO HISTÓRICO:

Otra historia de España. Griegos y romanos en la Revolución francesa. Ejército Imperial: Años decisivos: 1898, 1909, 1917, 1931 (cuatro volúmenes.) *Histoire de l'Espagne. Histoire de Mexique. Castillos de España. La España que sobrevive. La vida cotidiana de los Borbones. La vida íntima de los Austrias. A la sombra de la guillotina.*

VIAJERA:

El mundo de colores. Manual del imperfecto viajero. Vida norteamericana. La Europa de Lenin. Viajes por la Europa Roja. Los Brasiles. Y Europa resucitó. Madrid (desde casi el cielo).

BIOGRÁFICA:

Teresa Cabarrús. Guzmán el malo. Cervantes, la triste vida de un triunfador. El Abate Marchena, su vida, su tiempo y su obra. Catalina la Grande. Fernando VII. María Walewska. Eugenia de Montijo. Madame Du Barry.

IMAGINACIÓN:

A Roma por todos los caminos. Cuentos crueles. Puente de sol, puente de sombra. El desfile de la victoria. Miguel, el español de París. Un río demasiado ancho.

TRADUCCIONES:

(del inglés) *El mono vestido* de Desmond Morris; *Macbeth* de W. Shakespeare; (del francés) *No habrá guerra de Troya. Ondina y Anfitrión,* de J. Giraudoux; *La reina muerta* de Henry de Montherland; (del italiano) *Nápoles millonaria* de Eduardo de Filippo; (del alemán) *La visita de la vieja dama* de F. Dürrenmatt.

Impreso en Talleres Gráficos
DUPLEX, S. A.
Ciudad de Asunción, 26, int., D
08030 Barcelona

Otras obras del autor
publicadas por Editorial Planeta:

Colección Memoria de la Historia

A LA SOMBRA DE LA GUILLOTINA

CATALINA LA GRANDE, EMPERATRIZ DE TODAS LAS RUSIAS

FERNANDO VII. EL MÁS QUERIDO Y EL MÁS ODIADO DE LOS REYES ESPAÑOLES

LAS ESPAÑAS DE GOYA

Colección Mujeres Apasionadas

EUGENIA DE MONTIJO, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

MARÍA WALEWSKA. EL GRAN AMOR DE NAPOLEÓN

MADAME DU BARRY. DEL LECHO DE UN REY A LA TABLA DE LA GUILLOTINA.

Editorial Planeta
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona

Mujeres Apasionadas/24

«La mujer que logró convertirse en paradigma de la espía que obtiene noticias secretas entre caricia y caricia, nació en un pueblecito de Holanda con el nombre de Margaretha Zelle. Como quien tenía que ganarse la vida con el engaño, empezó a falsear su propia biografía convirtiéndose en hindú unas veces, en javanesa otras, creciendo entre textos védicos y danzas sagradas en aquellas lejanas regiones donde sí estuvo, pero mucho más tarde, como esposa de un militar holandés.

»Y cuando agotó el éxito de su exótico espectáculo oriental, inició otra misión, también cuajada de misterios: la de agente secreto de un país, primero llamado Alemania, después denominado Francia.

En un momento determinado servía a los dos intentando convencer a cada uno que era el único al que seguía fiel...

»Hasta que la suerte la abandonó, sus manejos descubiertos y Mata-Hari, detenida en París, resultó procesada y condenada a morir por fusilamiento en el castillo de Vincennes.»

(Del prólogo del autor.)

O8-DDL-551
695024

9 788408 011583